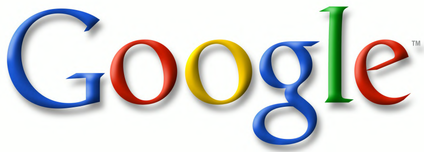
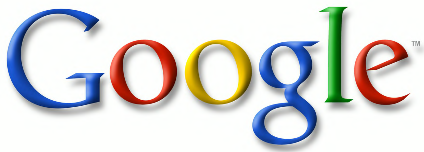



Google



Mentzberry

IMPRESIONES

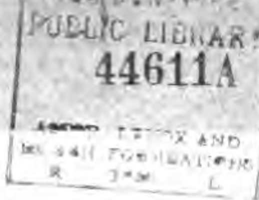
DE

UN VIAJE Á LA CHINA,

POR

DON ADOLFO MENTABERRY.

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL GLOBO
DIRIGIDO POR JOSÉ CAYETANO CONDE
1876


PUBLIC LIBRARY
44611A
LENOX AND
FOUNDATIONS

EXCMO. SR. D. MANUEL SILVELA.

MI MUY QUERIDO AMIGO: A Vd., que cuando me cupo el honor de tenerlo por Jefe, me elevó á la categoría de Primer Secretario de la Legacion de España en Pekin; á Vd., que desques de comunicarme las instrucciones oficiales, propias de mi mision, me dió la particular de que escribiese mi viaje; á Vd., ilustre Académico de la Española, por sus méritos literarios que igualan á los que le distinguen como eminente jurisconsulto y hombre de Estado; á Vd. solo pertenece la dedicatoria de este libro.

Suya es la idea generadora; si la forma, si el estilo no corresponde á la inspiracion, el lector, que nos conoce á ambos, culpará á su apasionado amigo y atento servidor

Q. B. S. M.

Adolfo de Mentaberry.

IMPRESIONES
DE
UN VIAJE Á LA CHINA

I

Costumbre inveterada es de los viajeros que vuelven de remomotos países contar maravillas, aventuras fantásticas, usos extraordinarios y casos fenomenales que han contemplado ó saben por referencia, confiando quizás en que

> El mentir de las estrellas
> Es muy seguro mentir,
> Porque ninguno ha de ir
> A preguntárselo á ellas.

De manera que es prudente acoger con tanta reserva esas narraciones como las apoteosis que ciertos maridos se permiten hacer del matrimonio, con la pérfida intencion de que otros naufraguen en las mismas sirtes en que ellos se fueron á pique.

Líbreme Dios de cargar mi conciencia con semejante enorme pecado, que tuve buen cuidado de evitar cuando cometí el venial de publicar mi *Viaje á Oriente*.—Y eso que el Egipto, la Siria, la Palestina, el Asia Menor, las islas del griego Archipiélago, la bella Stambul, mirándose en el magnífico espejo del Bósforo, con sus mezquitas y palacios de mármol, con sus dorados minaretes y sus incomparables odaliscas, tan hermosas como sensibles al amor, me encantaron cautivando mi corazon y mi fantasía; sin embargo, no por eso me entregué á la hipérbole.

Y lo mismo me propongo hacer refiriendo mis impresiones en el

viaje al Celeste Imperio, cumpliendo así, primero con un deber de sinceridad y despues con la caritativa intencion de evitar á alguno de mis lectores bastante aventurero para emprender tan larga y azarosa excursion, el desencanto que á mí me hizo sufrir el país de las largas trenzas negras, de los piés deformes, de las mujeres de ojos oblícuos y enjuto seno, del bambú y de la canga (1), el país donde el thé se bebe sin azúcar, donde los palitos de marfil sirven de cuchara y tenedòr, donde se comen perros y ratones, filetes de caiman y hormigas rojas, gusanos de seda fritos y salsas hechas con aceite de ricino; un país tan ceremonioso que obliga á tratar á cualquier desconocido de hermano mayor; un país donde un acreedor tiene el derecho de cobrarse en un pedazo de la carne de su deudor recalcitrante, donde es uso y costumbre que el deudor se vengue de ese atropello ahorcándose á la puerta del acreedor.—Pero no anticipemos los sucesos, y permítame el lector que le refiera cómo fuí á China, pues tengo la evidencia de que no le importa conocer la causa ó razon que moverme pudo á ir.

Y, despues de todo, en el siglo del vapor y la electricidad, de los cables trasatlánticos y los istmos canalizados, ¿qué es un viaje consistente en media hora dentro de un *simon* que lo lleva á uno de su casa á la estacion del Mediodía; diez y ocho horas á Valencia en ferro-carril, de allí en otras doce se llega embarcado á Barcelona, y veinticuatro despues ha doblado el cabo de Leon y se descansa en Marsella, donde se sube á bordo de un *paquebot* de las *Mensajerías francesas*, y en cuarenta dias se encuentra úno en Canton, primera ciudad china que el viajero visita?

Aunque así no fuera, la modesta opinion que de mí humilde persona tengo, hace que me parezca justa y natural la indiferencia del público y me releva del deber que algunos escritores creen tener de hacerle indiscretas confidencias. Así, pues, no alarmaré la exquisita sensibilidad de ninguna bella lectora diciéndole si me fué más ó ménos doloroso desprenderme de los dulces lazos que la naturaleza forma ó anuda la simpatía para lanzarme á navegar por mares peligrosos: no, el sentimiento es tal vez la única cosa que en plena y absoluta propiedad pertenezca al hombre más absolutamente y más en pleno que su inteligencia, que sus pensamientos, que

(1) *Cangh*, argolla chinesca que se emplea en ciertos suplicios.

sus ideas, pues estas al cabo tienen que pagar el debido tributo á su siglo, contribuyendo con su utilidad ó con su explendor á la eterna obra del progreso humano.

Guardo, pues, el misterioso arcano de mis angustias ó de mis alegrías, de mis esperanzas y de mis temores, de las expansiones de mi buen humor y de mis melancólicos éxtasis en lo íntimo del alma, para decir sencillamente cómo me embarqué en Marsella una hermosa tarde del mes de Octubre del año cuya fecha no hace al caso, en el vapor *Peluse*.

Durante los seis dias que permanecí á bordo de su flotante edificio nada ocurrió que digno de contar sea; ni la calma venturosa de las aguas del Mediterráneo, que no rizaba el más ligero soplo de Mistral, me autoriza para hacer la descripcion de una tempestad; ni las cámaras del *Peluse* albergaban uno siquiera de esos tipos de alto relieve, ninguna individualidad original y grande de esas que con su solo aspecto se imponen á la atencion universal. No habia más que gentes vulgares mareadas ó soñolientas, que cinco veces al dia se reunian en derredor de grandes mesas para reparar sus fuerzas, gastadas sin duda por la brisa del mar, pues á bordo se hace poco ejercicio, y no obstante he visto proezas gastronómicas dignas de un apetito heliogábalico: el café á las ocho de la mañana, el almuerzo á las nueve y media, el *lunch* á las doce, la comida á las cinco de la tarde y el thé á las ocho y media de la noche estaban igualmente concurridos, y todos los pasajeros no sometidos á los horrores del mareo les hacian honor.

El tiempo cada dia más bonancible, más bonancible de lo que el repostero hubiera deseado, pues sus ganancias en gran parte dependen de la inapetencia de los pasajeros, nos fué propicio hasta el fin y desde el alcázar pude contemplar á mi sabor el azul golfo de Nápoles, su hermoso cielo entónces no cargado de nubes; su anfiteatro de cerros caleinados, cuyas cimas coronan blancas *villas*.—Messina, la náyade que nada entre los abismos de Scila y Caribdis, la divisé tambien entre las brumas del lejano horizonte, así como á la izquierda aquel confuso éimponente monton de rocas negras, que ¡oh mitología! era la isla de Creta. Llegamos á *Port-Said*, la antigua tierra de los Faraones, al amanecer del sétimo dia, tan temprano que el sol que íbamos á sorprender en su cuna, no habia montado aún en su carro de oro.

Port-Said es la puerta del canal de Suez; poblacion improvisada, sus casas parecen de carton y sólo en sus fachadas se destacan muestras de tiendas, cafés, fondas y algunas de fotógrafo... á lo lejos de trecho en trecho algunos árboles jóvenes que parecen deportados á aquel desierto de amarilla arena por delitos políticos. En doce horas atravesamos el canal, abrasados por los fulgurantes rayos de un sol horroroso en su esplendor, asfixiados casi por un polvo que cegaba nuestros ojos: yo comprendí entónces la sensacion que un pollo vivo sentiria metido en el asador y en este estado ígneo el *Peluse* nos trasbordó en Suez al *Cambodge*, navío de vapor que mide 4.000 toneladas y es impulsado por una máquina de 500 caballlos.

No creia yo que bajo el sol de Oriente pudiera existir una ciudad fea: Suez me sacó de este error. Lugar casi despoblado, en la extremidad de un desierto que él limita por aquella parte, arrastraba mísera existencia hasta que los ingleses fundaron en su puerto una estacion de su gran camino para la India; despues los trabajos del istmo y la vía férrea de Alejandría aumentaron sus elementos de vida con los numerosos operarios, empleados y viajeros obligados á residir ó detenerse allí; y empezaron á construirse casas cuyas fachadas grises se destacan sobre el fondo azulado del *Gebel-Atta-Kas* (1). Entre las antiguas se enseña una que sirvió de alojamiento á Napoleon I cuando se llamaba el general Bonaparte y era caudillo de aquel ejército que, próximo á ser destruido por los mamelucos, alcanzó una gran victoria electrizado por la histórica frase; "desde lo alto de esas Pirámides, cuarenta siglos os contemplan."

Fué creciendo, pues, con las necesidades creadas por el tráfico y las obras del canal; mas como todo el mundo preveia que una vez canalizado el istmo desapareceria la importancia de Suez y la naturaleza no ofrezca en aquel sitio nada que no sea repulsivo, esos elementos que han dado orígen á tantas ciudades grandes, ricas y hermosas, no consiguieron dar á ésta forma de tal. Suez no es ciudad, villa ni aldea: es una aglomeracion de casas grandes y pequeñas sembradas, más bien que alineadas, sobre aquella arena incandescente; hay tiendas y almacenes europeos, donde se venden por gentes de mala catadura, malteses, griegos é italianos, las sobras de los

(1) Monte Sinaí.

peores artículos de Europa; hay tambien un bazar turco, en cuyo infecto recinto yacen hacinados los géneros indígenas que el mercado del Cairo desecha; y una poblacion contrahecha, leprosos unos y ciegos otros, con un cútis tal, que yo llamaria sácio si éste fuera un color, pues sus indivíduos no son blancos, negros ni mulatos.

Estas gentes arrastran una vida efímera á costa de los europeos transeuntes; los niños de diez á catorce años son alquiladores de burros, animales vigorosos, ligeros y muy útiles en todo el Egipto, donde hay pocos carruages y son largas las distancias. Así es en cada plaza ó calle ancha hay paradas de asnos correctamente alineados, con buenos jaeces á la gineta y custodiados cada uno por un negrillo, cuyo trage recuerda las modas del Paraíso terrenal ántes del pecado. Los infelices tienen la consigna de importunar á todo el que pasa para que monte su burro, y cuando no lo consigue, termina su jaculatoria tendiendo su mano para solicitar un *bakchis*, palabra turca que el viajero no cesa de oir desde que pisa la tierra de Oriente, y viene á significar una cosa intermedia entre la limosna y el regalo.

Nada encontré que digno de comprarse fuera, y aunque estaba abrasado por la sed, no quise entrar en ninguno de los numerosos cafés y cervecerías que ví á mi paso. Esos establecimientos respiran un álito mefítico y en todos sentidos mal sano, sobresaliendo entre los demás miasmas los alcohólicos que perturban la razon y aniquilan el organismo de la poblacion europea, la cual abusa de los licores en estos climas enervantes para sostener su energía; sale además de aquellos antros un rumor de fichas, bolas de billar y náipes, mezclado con disputas é imprecaciones en diversas lenguas, que el espíritu y el estómago impulsan las organizaciones delicadas á apartarse de aquellos focos de corrupcion.

Algunas mujeres de indudable traza, ridículamente vestidas, tostados sus rostros por el sol, de mirar descarado y boca desgarrada por las carcajadas de la orgía, se mostraban de vez en cuando á la puerta de las tiendas. Ellas, lo mismo que los hombres que ví, tienen en la frente no sé qué sello fatal y siniestro: diríase que, venidos de distintos puntos del globo, pertenecen á la misma raza de réprobos.

Hasta la raza árabe, tan bella, tan arrogante, dotada cual ninguna otra de esa gallardía, de esa dignidad natural que hace

que los hombres envueltos en su albornoz blanco ostenten la majestad de emperadores romanos, que el turbante realce su tostada frente como una diadema, y que tanto respeto imponen con sus barbas patriarcales, aparece aquí degenerada; cuerpos frágiles, miembros escuálidos, crespo cabello y rostro lampiño, sin altivez en la mirada, ni gallardía en el andar; séres, en fin, que son la caricatura de la especie humana.

Así es que cuando dieron las cuatro de la tarde, hora marcada por el comandante del *Cambodge* para que volviésemos á su bordo, levantar anclas y entrar en el mar Rojo, todos los pasajeros saltamos apresuradamente en un vapor chato, á propósito para atracar al muelle, que se habia acercado al anden. Pronto el ómnibns flotante soltó sus amarras para desprenderse de la orilla silbando alegremente: el pecho respiraba con satisfaccion la brisa del mar, y el alma se ensanchaba gozosa al alejarse de la fatal ciudad que habíamos visitado por capricho.

Marchábamos despacio á lo largo de un estrecho canal, formado por dos lenguas de arena que avanzan muchos metros en el mar, cuando vimos una ligera embarcacion tripulada por seis marineros y llevando flotante en su popa la bandera francesa. Dos personas estaban sentadas en el fondo: una era un hombre de pequeña estatura, cubierto con un ancho sombrero, sobre el cual flotaba un amplio velo de gasa blanca, precaucion indispensable en estos países para evitar insolaciones, y vestido con un trage de lanilla gris, cuya americana lucia en un ojal la cinta de la Legion de Honor; se puso en pié, cambió algunas palabras con el capitan del pequeño vapor, paróse éste un momento, y dejó atracar el bote á su costado de estribor.

Entonces pude apercibir la otra persona, que era una dama alta, quizá demasiado para una mujer, pálida y de cabellos negros, mirada intrépida y lábios fuertemente arqueados; su rostro resultaba más y más acentuado por una gran cicatriz que diagonalmente lo cruzaba. La herida debió ser horrible é indicaba la huella de un corvo yatagan turco; no obstante, la dama era hermosa, su belleza habia sobrevivido á tan tremendo golpe. Solamente su hermosura tiene algo de lo que la leyenda atribuye á las amazonas, cierto carácter de virilidad que no sienta mal en medio del desierto y chocaria en un salon de baile. Brevemente conversaron

ambos con un personaje francés que con nosotros viajaba, y una vez despedidos, su bote remó hácia Suez y nuestro buque siguió avanzando.

Entonces me acerqué al conde Méjean, que era el personaje aludido; por él supe que las personas que le habian saludado era el cónsul de Francia en Suez y su esposa, M. y Mme. Emerat, cuya trágica aventura no puede V. ignorar.—En efecto, creo recordar... —¿No estaban en Yedda el año 1858?—Precisamente, M. Abeillard, padre de esa señora, era á la sazon cónsul de Francia en ese punto, y M. Emerat canciller: ya sabria V. la insurreccion de los fanáticos musulmanes de aquella localidad, exaltados por los peregrinos que regresaban de la Meca. Degollado sin piedad el cónsul inglés con cuantas personas habia en su casa, y asaltada la del francés, M. Abeillard y su esposa perecieron tambien; la turba, ébria de sangre, perseguia al infortunado canciller de habitacion en habitacion, cuando aparece la señorita Abeillard, la dama que acaba V. de ver, que entonces apenas contaba quince años de edad. Armada de una cimitarra, entabla desesperada lucha con aquel tropel de hombres furiosos: hirió, mató y, aunque herida ella misma en la cara, pudo salvar la vida de M. Emerat; el Gobierno francés recompensó su heroismo con una dote de 100.000 francos, y el Sultan hubo de pagarle 200.000 de indemnizacion por el asesinato de sus padres. La Emperatriz Eugenia, cuyo noble corazon siente y comprende todo lo que es grande y heróico, le dió pruebas de afectuoso interés é hizo que se casára con el canciller, condecorado ya y nombrado cónsul en Suez. En cuanto á M. Emerat fué demasiado feliz probando de tan dulce manera su gratitud á la mujer que le habia salvado la vida.

Solo una cosa me admira, dije al conde, y es que teniendo una fortuna modesta, pero suficiente, se resignen á vivir en este horrible país.—¡Ah! ¡Ah!... replicó riéndose con la cáustica volubilidad de un marqués de la córte de Luis XV, ya sabe Vd. que los franceses, por ejercer un poco de autoridad y lucir la cinta roja, vamos al confin del mundo.

En esto habíamos salido del dédalo de canales y ensenadas que la arena forma en sus caprichosos juegos con el mar; apenas se divisaba ya el gran canal de agua salada, cuya superficie azul cortaban aquí y allí argentadas corrientes de agua dulce, cual si una y

otra, separadas por la naturaleza desde la creacion del mundo; se rebelaran contra la despótica voluntad del hombre empeñado en mezclarlas. Entramos en el mar Rojo y nos trasbordamos al *Cambodge*.

Tiene este buque grandes dimensiones, buenas cualidades marineras, instalacion lujosa y una limpieza igual á la que se admira en nuestros buques de guerra, condiciones que me lo hicieron desde luego extraordinariamente simpático; tan simpático como serlo puede una prision donde hay que encerrarse durante muchos dias, sujeto á severo reglamento y reducido casi á la condicion de fardo numerado. El comandante M. de L'Escaille me habia llevado en Agosto de 1868, desde Alejandría á Marsella en otro buque que entónces mandaba; nos reconocimos inmediatamente y tuve el gusto de reanudar con tan bravo marino y distinguida persona las amenas conversaciones que habíamos interrumpido más de un año antes.

Aquella tarde permanecimos al ancla delante de Suez, sufriendo el ruido atronador y crispante de las gruas que chirreaban elevando cajas y fardos de las chalanas atracadas al costado del vapor hasta el puente, para sepultarlas luego en la bodega. Al dia siguiente, cuando me desperté, el *Cambodge* navegaba á toda máquina en el mar Rojo, dejando á estribor la costa de Africa y á babor la de Asia, costas tristes y desoladas ambas, sin un árbol ni una mata, sin la menor huella de un manantial: colinas calcáreas de forma cónica ó llanuras sin fin; pero siempre rojiza arena, tierra calcinada por el sol que á través de los siglos prosigue su implacable obra de combustion. Al Mediodía, cuando la temperatura se eleva á más de 40° Reamur, cuando debilitado y jadeante de calor, el pasajero se tiende sobre una larga butaca de paja de Ceilán, de junco ó de bambú, á la sombra del toldo de popa, interrogando al horizonte con febril y ansiosa mirada, solo descubre las mismas áridas costas que el sol parece querer fundir; la accion calórica de ese astro fulminante desprende, en efecto, de los montículos y llanuras que sirven de límite al mar millones de átomos ígneos en forma de nubes de rojizo polvo que la brisa disuelve en el espacio y la rutilacion de Febo tiñe más y más de ese color y los enciende, dando á la atmósfera el fantástico ardiente colorido de un gigantesco globo en conflagracion, grandioso espectáculo que debió impresionar la poética

y sensible imaginacion de los primeros árabes que vieron esta region tan profundamente, que pusieron á las aguas que surcaban el nombre de mar Rojo, no obstante ser sus aguas azules, puras, trasparentes y ricas de espuma como las del Mediterráneo en una noche serena del mes de Agosto.

Durante dos dias, la costa no se pierde de vista; mas como pasado el estío, el monzon sopla al N. O. y no impele hácia el mar las arenas del desierto, es la estacion otoñal la más favorable para navegar por estos mares; de modo que pudimos dejar abiertas de dia y de noche las portas á fin de no asfixiarnos en los camarotes; pero, así y todo, ni en las penosas jornadas de mi peregrinacion á los Santos Lugares cuando atravesaba la Fenicia y la Palestina, ni en las tropicales noches de Beirut sentí un calor igual. ¡Qué será cuando en el mes de Julio los navegantes tienen que cerrar las portas, entoldarlo todo cuidadosamente, no respirar sino aire filtrado, y á pesar de estas precauciones no se libran de aspirar el rojizo polvo que todo lo invade, mancha y tiñe de su color!

No hay naturaleza, ni espíritu, ni actividad que resista á la enervante accion de este clima; la postracion física determina un abatimiento, una pereza intelectual tan atroz, que las ideas no afluyen al cerebro, y si acaso aparecen, es débilmente, como confusas indeterminadas sombras ó pálidos bosquejos, sin marcarse distintas y claras con la fórmula pronta para su expresion. La mente las adivina, las presiente, más bien que las vé, y no acierta á definirlas, mientras que débil la voz y torpe la lengua, se pregunta uno si esa forzosa inaccion será perpétua y esos importantes órganos serán sustituidos por algun telégrafo humano fundado en el magnetismo, que facilite la trasmision y el cambio de las ideas entre los hombres por medio de otros signos.

Los baños frios, los sorbetes, las sandías heladas mitigan un tanto los rigores de esta travesía; pero ¿qué digo, baños frios?... aunque el agua sube directamente desde el mar hasta la pila, por medio de una bomba, está tibia, y algunos segundos despues de la inmersion, apenas se nota diferencia entre la temperatura del baño y la atmósfera exterior.

Al cuarto dia de navegacion por el mar Rojo, dejamos á sotavendo un islote desierto y sin ninguna vegetacion, seco como todo lo que recibe los mortales besos de sol tan ardiente. Los ingleses

le llaman *Furnace* (1); pero, aunque es suyo, todavía no se han atrevido á poner guarnicion en esa abrasada peña que se levanta allí erguida y vigilante como un centinela avanzado del estrecho de Perim, que pasamos en la tarde del siguiente dia, saludando á los fuertes ingleses que defienden la entrada. Una vez dentro del estrecho, la brisa refresca algun tanto y devuelve con sus suaves caricias al individuo parte del rigor perdido, ya puede hablar y pasearse sobre cubierta, compadeciendo la suerte del destacamento inglés que guarnece á Perim, peñon desnudo, árido y candente, en cuyo suelo la industriosa Albion no ha podido plantar más que cañones en batería.

Recuerdo que aquella noche se improvisó un baile sobre cubierta, iluminándose el toldo con faroles y haciendo veces de orquesta tres saboyanos que iban á Calcuta con dos arpas y un violin; tristes, pero resignados, como van á todas partes, ejecutaban mal ó peor, sin tener conciencia de la música escrita. Habia algun balance por efecto de las corrientes y de la brisa algo fresca, lo cual motivó la caida de algunas parejas sobre el tablado, afortunadamente sin más consecuencias que una exposicion de redondas y blancas, aunque tal vez no muy correctas, piernas holandesas, única distraccion de la fiesta para los que no bailaban.

Anochecia cuando fondeamos en la bahía de Aden. ¡Qué alegría sentí al oir el estruendo de las cadenas que retienen las anclas ansiosas de clavar sus gárfios en el fondo del mar! ¡Iba á pisar tierra, la tierra de la Arabia Feliz! Habia realizado casi la mitad de mi viaje y desde allí podia enviar á Europa, á España, cartas certificando mi existencia á las personas queridas, que por ella rogaban quizá al cielo, y á cuya piadosa intercesion debia tal vez haber cruzado felizmente y á pié enjuto el mar Rojo, lo mismo que los israelitas guiados por Moisés, si bien ellos no necesitaron el prosáico concurso de un vapor de hélice, ni conocian la brújula, el termómetro, el barómetro ni ninguno de los instrumentos náuticos que ayudan al hombre á burlar la furia del líquido elemento. La Providencia vela siempre por nosotros, cambia quizá la forma y hasta la palabra designadora de los milagros que obra, segun las épocas que atraviesa el mundo. Al oráculo de los prodigios paga-

(1) Horno.

nos sucedió el misterio de los milagros cristianos, misterio que el racionalismo moderno sustituye por fenómenos explicados científicamente; pero los hechos son siempre idénticos, y aunque puedan explicarse sus causas como combinaciones de la naturaleza, como esas combinaciones, esos fenómenos se verifican en virtud de las eternas leyes que dió al universo mundo el Supremo Hacedor, resulta que no dejan de ser milagros. Cuestion de nombre.

Haciendo estas reflèxiones habia saltado en una falúa que iba á tierra, y en breve desembarqué en el muelle iluminado por la claridad de una luna explendorosa; en compañía de varios compañeros de viaje, visité las baterías bajas, armadas de monstruosos cañones Amstrong, los grandes almacenes de carbon mineral que el Gobierno inglés tiene siempre llenos y dispuestos para el consumo de su flota de las Indias, los depósitos que con el mismo objeto poseen las compañías *Peninsular* y *Oriental* inglesa y *Mensagerías francesas*, todo lo cual, así como la administracion de Correos, estacion telegráfica y demás dependencias, está perfectamente organizado en edificios nuevos, sólidos, blancos y correctamente alineados á lo largo del paseo del muelle, camino sin árboles pero cubierto de finísima arena regada con agua del mar y muy bien conservado.

Desemboca este paseo en una plaza semicircular, donde vimos un vasto edificio plateado por la luna que embellecia y daba contornos de luz y fantásticas proporciones á las columnas de su elegante pórtico, defendido por una baranda de madera.

Este recinto exterior toma su nombre de la defensa indicada que tienen todas las casas en la India, se llaman *verandah*, y sirve de sala de recepcion por las noches, y aun durante el dia, en los países cuya rica vegetacion permite cubrirla de verdura, haciendo imposible que penetren los rayos del sol; tambien sirve de comedor y hasta de alcoba en las noches estivales cuando el habitante teme asfixiarse dentro de un cuarto cerrado. Aquel edificio era la *Fonda del Príncipe de Gales* y tan pomposo título nos decidió á pernoctar en ella.

Un distinguido viajero belga (1), un capitan de fragata español y yo tomamos solos esta resolucion; juntos recorrimos las habitaciones de la fonda, y en vista del calor sofocante que hacia, resol-

(1) M. T'Kind de Roodembeq, ministro de Bélgica en Pekin.

vimos dormir en la baranda; esto es, en la plaza, separados únicamente de la vía pública por la verja de madera que se eleva hasta una tercera parte de la altura de las columnas. El clima de Oriente modifica esencialmente las severas leyes del pudor occidental.

La fonda estaba dirigida y servida por indivíduos de una secta que los indostanes llaman *parsis*, últimos dispersos restos de los sectarios de Zoroastro. Cuatro de ellos descalzos, pero mejor vestidos de lo que en estos países se acostumbra, puesto que llevaban camisa y hasta pantalones de algodon, colocaron prontamente tres camas cubiertas con sábanas que me parecieran blancas hasta que el sol, saliendo á la mañana siguiente, me probó lo contrario.

El caballero belga, el capitan y yo nos deseamos mútuamente las buenas noches, y despojados de nuestros vestidos, nos acostamos á la luz de la gran lámpara del firmamento, suscitando la curiosidad de una multitud de árabes, cipayos y negros, más ó ménos desnudos, que de en medio de la plaza acudieron y agolpados cerca de la baranda nos miraban atónitos, hablaban unos con otros en voz baja y despues se reian con estrépito. El fondista colocó un centinela negro para que nos guardara, asignándole una silla por garita, nos preguntó en mal inglés si necesitábamos algo, y oyendo tres *nos* simultáneos que le contestaran, saludó, cerró su puerta con llave y nos privó de su zoroástrica presencia; entre tanto, dos negrillos, de formas de ébano pulimentado, cabeza afeitada, ojos brillantes y blanquísimos dientes, habian saltado la baranda sin hacer ruido y, armados cada cual de un abanico, se plantaron á mi cabecera uno y otro á la del capitan, y nos hicieron aire; abrí los ojos sorprendido por brisa tan inesperada, y en muy malos términos les dije en árabe que se marcharan, órden obedecida apenas pronunciada, no sin perdirme antes un *bakchis*.

Poco á poco fuéronse retirando los curiosos, unos hácia las tabernas de donde habian salido y otros se tendieron en medio de la plaza sobre el tapiz de arena que la cubre; allí, con voz altisonante y guturales inflexiones de que tan pródiga es la lengua de Mahoma, conversaban sin darse punto de reposo; léjos un grupo se habia formado en derredor de un jóven negro cuya sonora voz lanzaba al espacio notas cadenciosas de esas estrofas melancólicas y dulces, cuyo compás remeda la perezosa ondulacion de la palmera cuando nuncios del dia, misteriosos caballos del carro de Febo, las brisas de

la aurora sacuden los pliegues de su ropaje de esmeraldas y rubíes; tambien solia atravesar la plaza un tropel de gentes, entonando algun canto del poema de Antar, el vate negro, el Homero de la Arabia, el cantor de las proezas y los amores de las belicosas tríbus beduinas.

Este conjunto de voces y rumores tiene su poesía, poesía inefable que en la mente hace bullir confusamente mundos de ideas nuevas y antiguas, semejando en sus caprichosas ondulaciones el pensamiento á un lejano horizonte que al ponerse el sol ostenta en su línea limítrofe arreboles de nubes nacaradas, irisaciones de carmin y oro, que en la penumbra se mezclan, se confunden formando las figuras más caprichosas y fantásticas; mas poético, bello como era ese conjunto, nos impedia dormir: vanamente me revolvia en mi duro lecho, buscando una postura que me aletargase; vanamente tambien entablé una conversacion formal con mi vecino para que me sirviese de narcótico.

—¡Capitan!—exclamé,—¡cuán agenos estarán nuestros amigos de Madrid de suponernos acostados al aire libre y contemplando este paisaje sin árboles! Si supieran, si lo pudieran vernos se sorprenderian tanto como yo mañana si me encuentro vivo y con mi ropa á la cabeza.

—¿Tiene Vd. rewolver?—dijo lacónicamente el capitan.

—Sí, —contesté,—aquí está debajo de mi almohada, junto á la bolsa; ambos objetos representan la defensa y la conservacion de la vida, nunca viajando me separo de ellos.

—Entonces, procuremos no dormir.

—No estamos de acuerdo; yo dormiré lo más que pueda; así como así, si nos matan dormidos, nada sentiremos, y si antes nos despiertan no hemos de dejar que nos maten.

Ignoro si hablamos más, porque aquí perdí la conciencia de mi sér y no la recobré hasta que, abriendo los ojos, me veia inundado de luz y la baranda rodeada de gente curiosa de asistir á mi *toilette*. El capitan estaba medio vestido, y el ministro belga, madrugador sistemático, á fuer de hijo del Norte, se paseaba muy tranquilo por la plaza, compuesto, atildado y rígido con el lente al ojo, cual si esperase la hora de una audiencia.

No tardamos en reunirnos con él, y, despues de haber sorbido una taza de aromático Moka, saltamos en un carruaje y nos enca-

minamos á la ciudad de Aden, propiamente dicha. Un cesto cubierto con un toldo de lona encerada, dos asientos en el fondo y otro en el pescante, un rocin pequeño y flaco, pero muy vigoroso, y un automedonte negro como el café requemado, cuya librea consistia en una camisa abierta sobre el pecho y que apenas llegaba á las rodillas: tal era nuestro tren, pobre ciertamente; mas aun éramos demasiado dichosos de encontrarlo en el confin salvaje de la Arabia Feliz, en la abrasada orilla del mar Rojo; además el negro auriga guiaba hábilmente y con valentía su pobre céfiro que, en verdad, desplegó un vigor y una frescura que su exterior no prometia, recorriendo al trote largo en veinte minutos las cuatro millas que separan la ciudad del puerto.

Sobre la calzada de arena, construida y conservada tan cuidadosamente como el paseo de una gran ciudad inglesa, encontramos otros vehículos como el nuestro, y otros más elegantes en que iban funcionarios y oficiales británicos inmaculadamente vestidos de blanco, con el casco de fieltro grís y el velo blanco adoptados por las tropas de Inglaterra en la India; pero lo que más frecuentemente obstruia el paso, era una larga reata de pequeños camellos, esbeltos y delgados, muy inferiores en su aspecto á los de Egipto y Siria, cargados de café ó de lana, principales productos que el desierto envia á la costa para la exportacion. Un asno colocado á la cabeza guia los camellos y á veces un solo hombre, una mujer ó un niño montado en aquel pequeño cuadrúpedo, vigila toda la caravana. Los pobres animales, asustados, se arremolinaban al ruido del coche, pero sus conductores y los demás árabes que en el camino hallamos, no desmentian la tradicional dignidad que distingue el porte de su raza: nuestra vista no distraia ni fijaba siquiera su atencion.

Altas colinas de abrasada roca, cuyas crestas coronan baterías formidables, armadas de enormes cañones, dominan el camino por la derecha, y por la izquierda lo limita la ola invasora que crece ó se aleja gimiendo de la playa para volver más tarde. El horizonte es, por consiguiente, tan limitado y temeroso por un lado como bello é infinito por el otro: los buques surtos en el puerto, otros más lejos surcando el mar, la nubecilla girando en el espacio y plegando sus gasas de mil modos para mirarse coquetamente en el inmenso espejo de las aguas... y al frente nada, absolutamente nada

más que las empinadas negruzcas peñas que hasta la playa se extienden y circundan la ciudad, dominada por ellas de tal modo, que media hora de bombardeo bastaria para hacerla ceniza.

Para entrar en el recinto de esas fortalezas, el camino tuerce á la derecha y en rampa sube hasta la roca que, convertida en muralla por el ingénio inglés, ofrece en este punto una abertura, especie de gigante aspillera formada por dos rocas cortadas á pico, más que un puente une en su cúspide, puente cuyo único arco forma la puerta defendida por bocas de fuego y por centinelas cipayos, vestidos de azul y encarnado, negros y mal formados, pero afectando la formalidad inglesa hasta en sus pobladas patillas. Era la vez primera que yo veia negros con patillas y con el cabello lácio, aunque, á decir verdad, no son negros los cipayos, sino más bien de un color avinado, cárdeno é incierto. Sus facciones nada tienen de comun con los abultados lábios y deprimida frente de la raza etiópica, sino que más bien se asemejan á las de la caucásica; pero les falta en su conjunto la armonía, la nobleza, la serena é inteligente expresion que constituye la superioridad física de la raza blanca.

Los centinelas saludan militarmente á nuestro paso; atravesamos el arco formidable que defiende la entrada, y el coche empezó á rodar por una calzada sin árboles, pero suave y tersa como un tapiz de pelo de camello, dejando á la izquierda, y siempre rasante, la misma muralla de rocas que antes habíamos visto desde fuera avanzar hasta el mar. A la derecha, en un profundo valle, la ciudad se descubre con sus blancas casas alineadas sobre la arena de oro; sus puertas y ventanas son verdes ó del propio color de la madera calcinada por el sol. Moran allí 30.000 árabes más ó ménos negros, que todos viven del tráfico con el Desierto, y principalmente de la utilidad que deja la guarnicion inglesa, cuyos cuarteles acasamatados se asientan sobre la cima de las colinas; súbese á ellos por caminos cubiertos y los defienden las mismas baterías giratorias que á un tiempo dominan el mar y la ciudad, de tal modo, que podrian con sus fuegos echar á pique una flota invasora, tan fácilmente como reducir á escombros en media hora la deleznable fábrica encerrada en un círculo de piedra y hierro.

Las casas fueron edificadas por ingleses, ó por lo ménos ellos dirigieron su construccion, y á esto se debe su agradable exterior y cierto aspecto limpio y saludable que se echa de ménos en las ciudades

otomanas. Respetando la arquitectura arábiga, como más adecuada al clima, usos y costumbres del país, Inglaterra ha introducido en cuanto es posible el órden y el aseo de las poblaciones europeas, beneficio que quizá no agradecen bastante los moradores de Aden. Por tradicion de raza, el vulgo de los árabes, turcos, persas, indios, chinos y malayos tienen esos cuidados por inútiles é impertinentes.

Café de Moka, plumas y huevos de avestruz, canastillos más sólidos que primorosos, y largos bástones negros de asta de búfalo, es todo lo que al viajero ofrecen, ya en las tiendas, ya los vendedores ambulantes. Así, pues, fué muy breve nuestro paseo por la ciudad, que dejamos para ir á ver las famosas cisternas, único recuerdo material con que las antiguas edades han marcado su huella en este punto; monumentos que los ingleses encontraron abandonados y ocultos por espesas capas de arena, acumuladas allí en el trascurso de los siglos por el simoun, cuyos furiosos ímpetus consiguieron cegar aquel abismo.

No están léjos de la poblacion, y aunque abiertas casi en la pendiente de una elevada montaña, son de fácil acceso. Un pequeño jardin inglés, cuyos árboles enanos y raquíticos arbustos prueban que todo el esmero, todo el trabajo que en cuidarlos se emplea es impotente para vencer la inerte resistencia de una naturaleza rebelde, imposible triunfar de la esterilidad del suelo favorecida por la escasez de aguas. Esto es lo primero que se ve cuando se empieza á subir, ascension que solo puede hacerse á pié; en seguida, por calles de boj muy bien trazadas y escalinatas de piedra, se van dominando sucesivamente las diversas mesetas qne forman los *zig-zags* de la montaña; pero ni la proximidad del agua, ni la ténue sombra de los árboles bastan á refrescar la atmósfera: vestidos de blanco, cubiertos con ámplios sombreros de paja y guarecidos bajo grandes quitasoles, el calor abrasa, seca los lábios, los ojos parece quieren saltar de sus órbitas, y encorvado el cuerpo por la fatiga, se suben penosamente las altas graderías de peña viva hasta llegar á la boca de las cisternas.

Cuatro son, abiertas en la roca viva, anchas como estanques y profundas como pozos; todas comunican unas con otras, de manera que el agua que la más alta recibe de las nubes y de las corrientes que la lluvia forma en las hendiduras de las rocas que la dominan

y circundan, pasa, cuando llega á cierta elevacion, á la inmediata y sucesivamente desciende á la tercera y á la cuarta, gran depósito que alimenta las fuentes del jardin, y otra mayor de la cual se surte el vecindario. Esta cisterna tiene una capacidad de 255.121 galones; las demás 70.944, 21.011 y 4.881 respectivamente.

Flores plantadas en cuadros trazados con cascos de botella cubren las mesetas, bordan la boca de las cisternas, formando un jardin de diversos niveles, que cultivan algunos árabes bajo la direccion de un oficial inglés. Tres de aquellos, casi desnudos, descalzos y con la cabeza descubierta, expuestos sin la menor aprension á los resplandores de aquel sol de fuego, trabajaban junto á la primera cisterna, y viéndonos saludaron llevando sus diestras desde el pecho á la frente y gritando: *¡naharak Saide!—Naharak-Barak* (1) les contesté.

—Puesto que V. habla el árabe,—me dijo el ministro belga,—pregúnteles la capacidad específica de las cisternas.

Hícelo así, y á ellos debo las cifras que dejo estampadas.

—¿Por qué no están llenas? ¿Por qué ni una sola gota de agua moja esas inmensas cavidades y reverbera el sol en sus blancas paredes?

—Todavía no ha empezado la estacion de las lluvias.

—¿Cuándo se llenarian?

—¡Dios lo sabe!—Me contestó uno elevando con respeto sus manos hácia el cielo; despues, lanzando un profundo suspiro, exclamó:—¡Tres años hace que las celestes cataratas no fecundan esta tierra!

Dímosles un pequeño *bakchis* y bajamos al sitio donde esperaba el carruaje; mas antes entramos en el cementerio que al pié de la montaña luce sus blancos muros, su negra cruz de hierro y las verdes copas de algunos melancólicos cipreces que proyectaban sus agudas siluetas sobre las tumbas solitarias.

Recordando que en esta mansion de muerte reposan los mortales restos del general Mac-krohon y del contraalmirante Salcedo, el capitan y yo penetramos en su recinto. Rezamos por sus almas; al salir, ambos permanecimos silenciosos y meditabundos durante muchos minutos: los dos pensábamos quizá en los singulares caprichos

(1) Feliz dia,—Dios bendiga el vuestro.

del destino, en los inexcrutables designios de la Providencia. Aquellos malogrados generales se embarcaron juntos para Manila: Mackrohon pereció asfixiado en la travesía del mar Rojo, en cuyas aguas no fué sepultado, merced á Salcedo que á ello se opuso enérgicamente, y tres años despues el mismo Salcedo, cuando regresaba de las islas Filipinas, sucumbió á su vez en el Océano índico; su cadáver fué inhumado en el propio cementerio al lado de su antiguo compañero de armas, en aquella misma tierra sobre la cual se habia arrodillado para orar un dia, bien ajeno de imaginar que tomaba de antemano posesion de su última morada.

Mientras nuestro vehículo rodaba hácia el puerto, contemplaba yo estupefacto la negra piel del cochero, enjuta, no obstante que nada le preservaba del sol, mientras nosotros, vestidos y á la sombra, estábamos anegados en sudor. Insensible á los rigores del calor, únicamente su caballera larga, porque sin duda él no era musulman, se habia, con el tiempo, vuelto pajiza, del color de la yesca; aquella melena calcinada, cayendo bronca y desordenada sobre el atezado cuello, parecia la crin salvaje de un leon.

Ya en el último barrio, cerca de las fortificaciones, vimos entreabierta la puerta de un café, y delante de ella, sentados en pequeños taburetes que invaden la vía pública brindando sombra y descanso al transeunte, negrillos servidores del establecimiento, que nos invitaban con insistencia á entrar. La sed y la curiosidad aliadas nos indujeron á aceptar; levantóse ante nosotros la cortina de estera de palmas que tapaba la entrada y penetramos en una gran sala cuadrada, amueblada con divanes de madera cubiertos de esterilla tan fresca y tan fina como la que servia de *portiers*.

No habia mesas como en los cafés europeos, ni tampoco *skanlets* (1) como en los cafés turcos; pero en breve tuvimos cada uno en nuestra mano una pequeña taza del aromático y espumoso licor de Moka, que nadie sabe preparar como los árabes: ellos hacen una infusion en agua hirviente y nosotros una decoccion; ellos no lo filtran, y al beberlo saborean el finísimo polvo que impalpable flota sobre la espuma. Huevos de avestruz, sujetos por cordones de seda encarnada, pendian del techo á guisa de lámpara; el pavimento no era un mosáico de mármoles, jaspes y nácar como los de las casas

(1) Pequeños veladores de forma cilíndrica, fabricados con madera de cedro y piezas de nácar, marfil y oro en lujoso mosáico.

damasquinas, sino de arena color amaranto apisonada y sembrado de piedrecitas blancas y negras formando turaquesas y otros caprichosos dibujos. Las puertas y ventanas entornadas dejaban filtrar, á través de las cortinas de palma, una luz ténue que sumia la estancia en suave crepúsculo siempre grato á los espíritus contemplativos, mucho más en estos ardientes climas en que cada rayo solar es un dardo enrojecido.

Mientras gozábamos de un *kief* (1) tan improvisado como imprevisto, me pareció oir confuso rumor de voces hablando quedito y todas á las vez; tambien escuché, entre el dulce cuchicheo, algunas risas contenidas. No habia duda: éramos espiados por una banda de curiosas y alegres mujeres.

No tardaron mis ojos en descubrirlas mirando con avidez desde una ventana entreabierta, á la cual todas en tropel se agolpaban, mostrando solamente sus ojos ardientes y blancas dentaduras sobre un fondo de ébano animado.

—Entrad, entrad, encantos del Paraíso, promesas del Profeta, entrad,—les dije, descorriendo la cortina.

Hubo un momento de vacilacion, miráronse unas á otras, la más audaz dió un paso y las demás entraron con ella en el salon.

Cinco eran, y cada una de ellas presentaba un tipo distinto: una hija del Desierto, alta y de crespa cabellera, delgada, alta de talle, sus piernas eran largas y nerviosas como las del avestruz: un anillo de oro atravesaba la perilla de su nariz, una mal cerrada túnica de lienzo azul como el collar de cuentas de vidrio que ceñia su garganta y un par de ajorcas de plata en los tobillos componian todo su atavío. Sus dientes eran blancos y agudos; su sonrisa, brillando entre dos lábios gruesos y oscuros, irradiaba una luz intensa sobre su rostro negro, que parecia envuelto en una auréola de sensualidad. Todo su sér indicaba gran vivacidad, y así aceptó, sin más ceremonia que besarme la mano, la taza de café que le hice servir, no haciéndolo yo mismo, porque hubiera infringido la etiqueta árabe; las mujeres de Oriente no están acostumbradas á hacerse servir por los hombres, sino al contrario.

Una jóven de color dorado, pequeños ojos y lábios purpurinos,

(1) Descanso, gusto. La frase italiana *dolce farniente*, interpreta mejor que ninguna española esa palabra turca.

que parecian destilar sangre á causa del *betel* (1) que mascaba, esbelto talle, túnica encarnada, pecho desnudo, piés breves y combados, pelo negro y reluciente, recogido en gigantesco moño sobre la parte superior de la cabeza; su postura en tercera, el suave balance que agitaba su cuerpo como si estuviera pronto á saltar y la lánguida complaciente sonrisa esteriotipada en su boca, todo me reveló su condicion: era una bayadera indostánica.

Dos naturales de Aden, cuyo cútis es de aljófar, abundosa la negra cabellera de azulados reflejos, los ojos grandes, de mirar sombrío y profundo como la noche, afilada la nariz que desfigura un enorme arete de plata y turquesas pendiente de una de sus alas. Completaban su tocador arracadas de filigrana blanca y profusion de collares de medallas, monedas y talismanes del mismo metal, que se agitan y suenan como un chinesco al menor movimiento; la blanca túnica, de algodon muy tosco, es corta, carece de mangas, y permite lucir unos brazos fuertes y bien moldeados, un seno firme y rico, y unas piernas plantadas con la valentía y la gracia de una estátua de bronce: tan exuberante vigor acusa la fecunda sávia de la raza árabe. Nacidas en la Arabia Feliz, el contento resplandecia en sus rostros y con sonrisa nada avara parecian invitar á compartir su dicha.

La quinta era de Abisinia, producto de esa raza delicada que tanto se parece á la europea en la pureza de sus líneas, la suavidad de sus contornos, la armonía de sus proporciones y la expresion inteligente de sus fisonomías. Ella con su aspecto demostraria, si demostrado ya no estuviera, que la belleza no reside en el color, sino en la armonía del conjunto. Yo he visto mujeres abisinias de semblante y formas tan bellas como las circasianas; sin embargo, son negras, pero no de un negro bruñido como el azabache, cuyo brillo tanto repugna en el hotentote; no, su impalpable cútis tiene el mate del ébano de Ceilan, y hace que resalte más el fuego de los ojos, sombreados por largas y arqueadas pestañas, la púrpura de los lábios, la deslumbradora blancura de los menudos dientes y hasta el brillo de los sedosos rizos que ondulantes caen sobre la espalda y seno provocantes.

---

(1) Hoja de ese árbol que envuelve cierta dósis de nuez moscada hecha polvo y un poco de cal viva.

La abisinia, en cuestion, era sumamente jóven, casi una niña, y apenas osaba mirarnos. Como sus compañeras, iba descalza, pero bastante ménos vestida que ellas: un simple paño de lienzo blanco, sujeto á la cintura con un cordon azul, caia sobre sus torneadas piernas en forma de enaguas y una especie de *schal* de algodon rayado flotaba sobre su hombro izquierdo y daba alguna sombra á su palpitante seno.

Ella, como todas, trascendia á perfumes fuertes: esencia de rosa, mirra é incienso, aromas trastornadores que juntamente con sus gesticulaciones demasiado expresivas, sus gritos penetrantes y sus desenvueltas maneras, producian una impresion directamente contraria á la que tal vez querian producir.

La precoz depravacion de que á más de estos indicios indicaban ciertas frases francesas, inglesas y españolas, pronunciadas por ellas, y que solo se oyen en las tabernas de los barrios de Lavapiés, la *City* y la *Giotat*, me inspiró un sentimiento tal de repugnancia mezclada de lástima, sentimientos que reflejaban tambien los semblantes de mis dos compañeros, cuyos lábios contraria dolorosa sonrisa que, habiéndonos consultado con una mirada, nos levantámos, pagamos el gasto, y saltando ligeros en el birlocho, emprendimos al trote nuestra vuelta al puerto. Habíanme dicho que en la fonda del Príncipe de Gales se vendian curiosidades de la Arabia, de la India y de la China. Entré, pues; mas, examinado el escaso surtido de objetos que me presentaron, nada encontré de mi gusto. Verdad es que mientras los *parsis* me enseñaban sus deterioradas mercancías, yo pensaba en ellos más que en su comercio.

Su blanca túnica, su faja de vivos colores, su alto gorro de carton forrado de hule que remeda á la mitra, y sus torvos y puntiagudos zapatos, fijaron mi atencion, no ménos que sus redondas caras morenas y su respetable rotundidad. Esta raza sin patria, y dispersa como la hebráica, es oriunda de Persia, donde por mucho tiempo dominó el culto de Zoroastro; mas cuando los califas triunfantes llevaron sus estandartes y las máximas de Mahoma desde Bagdad hasta el Indo, los *parsis* se negaron á adjurar su fe en el sol y en el fuego: perseguidos como infieles, huyeron en direcciones varias, refugiándose la mayor parte en la Mingrelia y en la Mongolia. Un numero considerable se fijó en Bombay, y de esta ciudad anglo-indostánica procede esa pléyade de mercaderes que se encuen-

tra en todos los puntos de la Indo-china, hombres activos é inteligentes que pasan á la par por ser ricos y honrados.

Los principios de su religion prescriben que se alimenten bien (Zoroastro dijo que cuando la materia esté débil el espíritu tambien lo estará). Jamás apagan la lumbre, aunque su casa arda, ni hacen uso de armas de fuego; se casan con mujeres de su misma casta, sin mezclar su sangre con la de otra raza, y el matrimonio entre hermanos lo tienen por cosa lícita y con frecuencia se verifica; sus cadáveres no se entierran, sino que quedan expuestos al aire libre en la cumbre de una montaña, hasta que el sol consuma la cremacion, sistema que ahora quieren aplicar en Italia y Alemania, donde ya se han hecho algunos ensayos; no se creen dichosos en esta ni en la otra vida si en el mundo no han tenido una mujer y de ésta un hijo, á fin de que su paso por la tierra no haya sido estéril. Yo sospecho, Zoroastro me perdone, que este principio fué sugerido á los *parsis* por los pontífices de su secta con la mira de evitar la extincion de la casta, cuyo fin lo seria tambien de sus temporalidades.

Al bajar del carruaje en el muelle, me creí trasportado como por encanto á España, porque se insurreccionó el cochero. Esta clase es idéntica en todo el orbe: pedia cuatro rúpias, no obstante que segun la tarifa pegada en el interior del vehículo, solo eran dos; dímosle tres por no oirle jurar y, como no callara, acudió un *policemen* cipayo, descalzo y mal traido, pero celoso en el cumplimiento de su deber é inflexible como la ley misma, hizo entrar en razon al codicioso auriga. Entónces me convencí de que me hallaba léjos de mi país natal,

Desde 1839, en cuyo año tomaron posesion los ingleses de este árido peñon que cierra el estrecho de Babel-Mandeb (1), han gastado tesoros en fortificarlo y hacer que sea habitable hasta cierto punto, construyendo un pueblo nuevo con arreglo á los buenos principíos de salubridad pública en vez del infecto monton de chozas que ántes habia. En el trascurso de los años pasados hasta la fecha, Aden ha ganado mucho en riqueza, en higiene y en seguridad individual, dentro de su muralla, se entiende, que fuera está cualquiera expuesto á ser secuestrado, robado ó asesinado, ó las tres cosas juntas, por las tribus nómadas.

---

(1) Puerta de las lágrimas.

Dentro de estos límites la justicia impera y la ley es igual para todos los indígenas, conquistadores y extranjeros: las leyes y reglamentos se aplican con tanta vigilancia y rigor como en la metrópoli. De este modo se explica la resignacion y hasta el contento con que la poblacion árabe sufre una dominacion extranjera, siempre odiosa é intolerable cuando ella no compensa con grandes y positivas ventajas á los pueblos sometidos là pérdida de su autonomia, de su independencia, que es la suprema vanidad, el noble orgullo de las naciones. La Inglaterra, cuyo sistema colonial dista mucho de ser perfecto, conoce el secreto de fomentar su comercio y enriquecer su Erario, proporcionando al mismo tiempo á sus colonias un bienestar y una prosperidad que de otra manera no tendria; el secreto consiste en una buena administracion, inteligente, estable y bien retribuida, cuyos funcionarios están seguros de hacer fortuna con sus ahorros, sin envilecerse cometiendo cohechos que tambien saben són castigados severamente por inflexibles tribunales no avezados á torcer la vara de la justicia ante la vulgar consideracion de que el reo concusionario tiene una esposa y algunos hijos. No parecè sino que se casó obedeciendo á un mandato superior, y, en todo caso, ¿qué es más natural? ¿que un padre mire por la honra y el porvenir de sus herederos legítimos, venciendo por amor á ellos las tentaciones de la codicia, ó que el Estado los ame más que el hombre que pasa por ser autor de sus dias y deja impunes delitos con mengua de su decoro y peligro de que las colonias se subleven para romper un yugo esquilmador?

Nuestras islas Filipinas tan pobladas, vastas y ricas, que bien administradas bastarian sus rendimientos para sufragar los gastos de una nacion, como la isla de Java, con ménos recursos naturales sufraga los de Holanda, tiene su agricultura tan atrasada como en los primitivos tiempos, carecen de una gran red de vías terrestres y telegráficas; Manila está alumbrada con candiles, son fangosas sus calles y los edificios caidos jamás se levantan cuando son propiedad del Estado; en fin, durante la estacion de las lluvias pasan meses y meses sin que las diversas provincias en el Archipiélago que está dividido se comuniquen, sin que sus naturales y las tropas destacadas reciban cartas ni víveres. ¿Por qué?

¡Ah! si España fuera un reino codicioso, un pueblo ávido, esplotador, que no tuviese más fin que esprimir el jugo de sus colo-

nias para abandonarlas despues como abandona el labrador una tierra esterilizada, yo, abominando este inícuo y egoista sistema, lo comprenderia; sin embargo, al cabo era un sistema. Y, si repugnando el Estado la explotacion directa de las colonias, se dirigia al mismo fin por otros medios, dando, por ejemplo, á los españoles privilegios sobre los indígenas con objeto de que la agricultura, el comercio y la industria de sus vastas posesiones estuviera casi exclusivamente en manos peninsulares, seria tambien injusto y contrario á toda ley económica este sistema, pero al ménos práctico en sus inmediatos resultados.

De algunos años á esta parte, el epígrafe de aquel capítulo de nuestro presupuesto de ingresos, que decia: "Sobrantes de Ultramar" no es más que una curiosidad arqueológica del género paleográfico-financiero; España ni un céntimo recibe de las islas de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas. ¿Por qué?

Larga, compleja y asaz difusa habria de ser la respuesta á las dos preguntas que anteceden, y por esta razon me abstengo de darla, considerando además que la era de paz dichosamente inaugurada recientemente extenderá su benéfica influencia más allá de los mares, pues convencidos como estarlo deben nuestros hombres de Estado de cuán necesario es mantener en constante armonía los intereses coloniales y los de la metrópoli, á fin de que aquellas no necesiten ni quieran su emancipacion, dictarán las medidas conducentes á realizar en lo posible ese ideal de la política ultramarina.

¡Misteriosa asociacion de las ideas!—Porque todas las que he procurado condensar en los períodos anteriores asaltaban mi mente y á tales reflexiones me entregaba cuando la afilada proa de una ligera piragua hendia las aguas y yo dentro de ella las veia mezclarse fuera de la bahía con las del Océano índico; mientras trepaba por la escala del *Cambodge* y desde su castillo de popa contemplaba los saltos prodigiosos y largas inmersiones de algunos mozos árabes y multitud de chicos que, por coger tal cual moneda de cobre, se arrojan desde lo alto de las vergas al fondo del mar con la agilidad de consumados buzos.

Las damas que á bordo habia, contemplaban esos ejercicios de tritones con atencion, pero impasibles, como si nada nuevo vieran, á pesar de la absoluta desnudez de los nadadores. Creo firmemente,

haciendo el debido honor á la castidad que supongo y atribuyo á mis bellas compañeras de viaje, que si alguno de los pasajeros intentara imitarlos, todas en masa, como una sola mujer, se habrian retirado muy escandalizadas y protestando con púdica indignacion de tamaña falta del respecto que tributar debemos al bello sexo; ya se ve, aquellos hombres no eran lo mismo que nosotros: más atezados, más flacos, más sencillos, más... y sobre todo, ellas pensaban quizá como la antigua dama romana y, parodiando su frase, dirian para sus adentros: "un salvaje no es un hombre."—Si este pensamiento surgió realmente de aquellos cerebros femeniles y llegan á penetrarlo los nadadores, ¿qué hubieran hecho?—¡extremece la idea! Hombres al fin y heridos en la más delicada fibra de su dignidad varonil, ¿quién sabe el diabólico medio á que acudirian para demostrar el error en que habian incurrido aquellas buenas señoras? Afortunadamente aquellos faunos negros permanecieron indiferentes ante la cándida curiosidad de que eran objeto, y ráudos como tiburones se alejaron, nadando, del vapor cuando éste aparejó para zarpar.

II

La vida á bordo de un buque de gran porte, ofrece durante una larga travesía ciertos accidentes dignos de referencia. Por la mañana se lucen los trajes más ligeros y caprichosos que es dado imaginar; como, generalmente hablando, los hombres nos levantábamos á las cinco ó las seis, despues de tomar un baño subiamos todos sobre cubierta á tomar café ó chocolate y fumar un cigarro; las señoras no han salido aún de sus camarotes, y, por consiguiente, es lícito pasear vestidos á la china, ó sea con una *pachama*, que se compone de tres piezas: un pantalon ancho y cerrado sin botones, atado á la cintura por medio de una cinta pasada en jareta; una chaqueta flotante y sin cuello, que se abrocha con presillas y botones de torzal; estas prendas son de lana muy fina, de seda ó de algodon rayado ó blanco. Completan el atavío matinal un casquete de seda azul que apenas cubre el *obciput*, y de cuyo centro se desprenden profusamente cintas estrechas de colores varios, bastante largas para caer sobre la espalda, y unas chinelas de Hong-Khong, tejidas con paja de arroz; este trage escusa la camisa: sin embargo,

no resulta enteramente deshonesto, es muy fresco y peculiar de los europeos que viven ó han vivido en la India, especialmente de los holandeses; mas tampoco faltan franceses y aun ingleses que lo adopten, observacion que confirma más y más la tésis por mí sostenida en otras publicaciones de que el pudor, las conveniencias de la sociedad y hasta sus leyes en su esencia dependen, son funciones ó están informadas, como ahora se dice, por el clima de las diversas regiones del globo, cuya latitud influye hasta en la religion que sus habitantes profesan.

Ni en el Oriente, ni ménos en el extremo Oriente, puede exigirse á un inglés, que en Lóndres no osaria pronunciar la palabra camisa delante de una señora, que la tenga puesta á ciertas horas del dia. La humanidad hace lo que puede y no siempre lo que debe: en Europa el frio permite á sus habitantes afirmar y sostener rígidos principios de moral é inexorables reglas de etiqueta; mas cuando surcan los mares y en determinado país sienten las abrasadoras caricias del sol de los trópicos se inclinan dóciles é imitan el ejemplo que les dan esos mismos pueblos que califican de bárbaros, adoptando su vestido más ó ménos modificado, sus usos, sus costumbres y hasta sus debilidades galantes. Los *residentes* de Java, los oficiales del ejército anglo-indostánico y los alcaldes mayores y menores de los distritos filipinos, saben algo de esto; mas, entiéndase bien, yo no los acuso ni censuro, antes propendo á disculpar esos deslices propios de la existencia indolente, suntuosa y sultanesca de que no puede prescindirse en los climas tropicales, donde no solamente es natural sino que constituye la única compensacion de un espíritu civilizado que se encuentra léjos de su pátria, fuera de la cultura occidental en que se educó y era su centro.

Si un baño es siempre agradable, figúrese el lector cuán delicioso será en estas latitudes sumergirse, despues de una ardorosa noche pasada en la estrecha litera del camarote, en blanca concha de mármol, llena de límpida agua salada, aunque esté á una temperatura casi igual á la de la atmósfera. Sin embargo, pasado el estrecho de *Bab-el-Mandeb*, y entrando en el golfo de Oman, el calor no es tan sofocante, brisa ténue refresca las aguas del anchuroso Océano. Aquí, en fin, se respira, no obstante que á medida que se avanza la latitud es más baja; pero habíamos salido de ese lago ardiente que se llama el mar Rojo.

Á las nueve y media todos los pasajeros están convenientemente vestidos é invaden el comedor; terminado el almuerzo, vuelven al puente, y allí los más jóvenes se entretienen jugando á los tejos, mientras los hombres graves pasean ó leen tendidos en largos sillones de bambú; mas su lectura era generalmente muy breve; pues los horrores de la digestion y el balance del barco son aliados de Morfeo, y pronto quedan sumidos en dulce letargo. Yo, que no dormia ni jugaba, ví muecas tan poco graciosas, fenómenos fisionómicos de esos cuyo secreto debia ocultarse en el misterio de las alcobas, y contemplando el rostro desfigurado, la boca torcida y la colgante lengua de algunos durmientes, pensaba que Balzac tuvo razon cuando, en su *Fisiología del Matrimonio*, aconsejó á los maridos, entre otras máximas útiles para conjurar el Minotauro, la muy esencial de que cuiden de no dormirse ántes y despertar despues que sus castas esposas.

Á las doce vuelve á sonar la eterna campana que llama al comedor, es la hora del *lunch* ó del *tiphin*, como en la India inglesa se dice. Jamones de York, galantinas, queso, pan y sandías heladas, todo ello anegado en un mar de cerveza, son los componentes de este refigerio, por punto general. El español no bebe ó bebe poca cerveza; mas los ingleses, los alemanes, los holandeses ¡qué esponjas! Como sazona todos sus manjares con mostaza, *caviar, cárri* y otros excesos, han menester refrescos copiosísimos. Las sandías de la Arabia Feliz son las mejores del mundo: de un tamaño mayor que las colosales de Valencia, exhalan un aroma tentador, y su color rojo es tan subido, que estan diciendo ¡comedme!

Durante las horas de siesta, se lee, se escribe ó se duerme, exceptuándose únicamente de esta regla, los músicos y los enamorados, que nunca faltan á bordo, pues al pasajero que no lo estaba cuando se embarcó, suele Cupido herirle con sus dardos en plena mar. Y es natural: los jóvenes, cuya preocupacion es el amor, hermoso ideal que persiguen todas las almas y cuya vanidad no se reconoce ni confiesa hasta el otoño de la vida, cuando la nieve de los años que blanquea nuestros cabellos, calma tambien la fiebre de nuestros sentidos; ó ántes de esa edad cuando pasiones voraces y amargos desengaños desvanecen cual huracan furioso las nubes que ocultaban al perturbado entendimiento la verdad, que es el sol del humano espíritu y tiene, como el astro del dia, fúlgidos resplandores y oscu-

ras manchas: las manchas de la realidad siempre tristes, que tornan nuestra alma sombría á medida que sus resplandores iluminan nuestra inteligencia.

Si, en esa edad feliz que fugaz se desliza entre placeres, cuando el hombre cree y espera, cuando henchida su alma de ilusiones no imagina siquiera que ha de llegar un dia en que la realidad de la vida se le presenta con toda la deformidad de su esqueleto y le diga que cuando más creia brillar y divertirse, amar y ser amado, no era sino un personaje cándido, juguete de sus locas pasiones; cuando la férrea mano de un destino implacable no ha estrujado todavía nuestro corazon, se siente uno dispuesto, inclinado fatalmente á amar y más aún viajando por mar, pues la ociosa vida del navegante brinda más ocasiones de enamorar en un dia á una mujer, que tal vez durante un año en tierra. Viviendo en íntimo contacto, á cada momento los ojos se encuentran, se cruzan sonrisas, brotan espontáneamente las palabras, mézclanse los suspiros, los pensamientos se cristalizan, bullen tumultuosos los deseos, y el amor crece con rapidez pasmosa y fuerza incontrastable. Por algo Metastassio definió de esta manera el orígen y progrésos del

AMORE

E un falso nume
che d' ózio nasce,
é che si pasce
di vanita
scherzando accende,
si fa costume
al fin si rende
necessitá.

Es innegable, además, que la contemplacion de las maravillas de la naturaleza, conmueve el alma y la predispone á sentir con vehemencia las dulces emociones del amor. Al ponerse el sol, cuando su rubicunda faz se encuentra en el ocaso del diáfano cielo de las Indias, se le vé trasponer rápidamente y casi sin crepúsculo, ahuyentando con sus postrimeros rayos refulgentes las nubes de gasa caladas y de caprichosos mirages que parece escoltan su dorado carro y vagan ligeras por el espacio en torno suyo: mirando cual se hunde allá en la línea del horizonte el luminoso globo entre las aguas y á estas relucientes en seguida como bruñido espejo que re-

fleja las blancas centelleantes luces de millones de estrellas, ¿cómo no ver un tan grandioso espectáculo la imágen de vida?

Aquel fugaz crepúsculo es la juventud primera que momentáneamente brilla y desaparece como un meteoro, aquel mar es la penumbra en que se pierden nuestras ilusiones, aquellos luceros que cruzan el espacio como cohetes desprendidos de la celeste bóveda, son los indelebles recuerdos que el alma atesora y cuyos destellos contempla con inefable melancolía, como las odaliscas en su harem viendo caer las hojas del jazmin piensan que sus encantos se marchitarán como ellas. En estos momentos siente el corazon terrible angustia; parece que la vida se escapa y el instinto de la propia conservacion, aliado con el sentimiento de lo bello, se aferran tenaces á la existencia y no pudiendo prolongarla quieren al ménos gozar los instantes que dura. Entónces se ama, y se ama por instinto, sin más fin que sembrar su camino de flores que el viento arrebatará sin piedad un dia; su más fragancia y su color embellecerán un instante de la existencia; la mirada busca ansiosa un rostro de mujer, y ella, como presiente ó está agitada por el mismo sentimiento, electriza el espacio con sus húmedos ojos, la corriente magnética se establece y nace una pasion ó cosa parecida.

Esta observacion es fruto de mis largos viajes, en ninguno de los cuales he dejado de ser testigo de una ó varias pasiones.

El *Cambodge* contaba entre sus pasajeros tres señoritas holandesas, criollas de Java, que se habian educado en Bruselas y volvian á la tierra de fuego donde nacieron. Toda mujer bonita tiene madre, marido, hermano, ó por lo ménos una tia que es su cancerbero, la sombra del cuadro, la primera espina de la flor de los amores, un personaje siniestro que desempeña papel muy principal en toda intriga amorosa.

Afortunadamente, estas tres beldades eran hermanas y no habia más que una madre; pero esta ventaja se compensaba con dos inconvenientes: un tio, respetable por su abdómen, y un primo buen mozo y de brutal aspecto. Tres guardianes, tres nada ménos, y luego la circunstancia de estar las niñas recien salidas del colegio, intacta la corola de la flor de su timidez, de esa timidez propia de la inexperiencia que cubre de rubor sus mejillas ante la mirada, ante la voz de un hombre... imponen á cualquier mortal que no esté premeditando un casamiento.

Las tres gracias tenian además un séquito de compatriotas funcionarios, negociantes ó plantadores de especias en Java, cuya jerga gutural no me era simpática, y cuyos ordinarios modales no me hacian desear su sociedad, por todo lo cual no formaba yo parte de la córte de aquellas niñas, si bien cuando se ofrecia les prestaba los servicios á que las damas tienen derecho, segun las leyes de la galantería. Siempre que hablaba con ellas me hacian preguntas mil sobre España y sus costumbres, sorprendiéndose cuando les referia algun rasgo heróico, un arranque de entusiasmo, una de esas magníficas, elocuentes y apasionadas páginas que solo se escriben en los países caballerescos. Silenciosas y pensativas, yo leia en sus puras frentes la comparacion que mentalmente hacian de la generosa sangre castellana con la cerveza evaporada que circula por las venas holandesas.

La hermana mayor se llamaba Ulfa, tenia diez y ocho años; era alta, esbelta, muy blanca, con ojos azules como záfiros, pero sin expresion; exuberante cabellera rubia dorada, roja casi, caia en espléndidos rizos sobre sus hombros, escapados de un sombrero adornado con velo de gasa azul más claro que la lana de su sencillo trage de camino. Desde los primeros dias de navegacion se mostró sensible á los suspiros de un jóven francés, empleado en el *Comptoir d'scompte*, y esto me dió inferior idea de la delicadeza de su gusto.

La segunda respondia al nombre de Gretchen, habia nacido dos años despues que su hermana y tenia tambien rubios los cabellos y blanco el cútis; sin embargo, era morena. Me explicaré, que esta afirmacion no es paradógica como parece á su simple enunciacion: Severo Catalina ha dicho en un libro célebre, que el amor es rubio, pero la pasion es morena. Pues bien, la celestial mirada de Gretchen lanza destellos tan vivos, tan intensos, tan cargados de electricidad, sus lábios sonríen de un modo tan vago y provocativo, las sonrosadas ventanillas de su fina nariz se entreabren con tal frecuencia para dar paso á una respiracion ardiente que agita las trasparentes olas de su seno, más desarrollado de lo que á su edad corresponde, hay en sus movimientos una languidez y en sus actitudes un abandono, que no era posible equivocarse: cualquier hombre de mundo con solo cambiar una mirada con la gentil criolla, se convencia de que tenia delante una mujer que, no obstante su blonda

cabellera, es morena, morena de alma de fuego y fantásticos ensueños. Gretchen es la heroina de la breve historia que voy á referir.

Habia entre los pasajeros españoles un jóven de veinte años, guapo mozo, de fisonomía dulce y expresiva. Muy pagado de su figura, peinaba con escesivo esmero su lustrosa negra cabellera y su barba recortada en aquella forma que el tenor Niccolini puso á la moda en Madrid allá por los años de 1863 á 1864; sin embargo, debo hacerle justicia, el pelo, la barba y dos ojos vivos y picarescos hacian resaltar la palidez mate de su tez. De modo que ese jóven, bien vestido y con maneras ménos afectadas, habria sido capaz de fijar la atencion y hasta de volver loca de amor á cualquier dama de cuarenta años, edad feliz en que la mujer cree, *dit-on*, en la eternidad de las pasiones; mas ¡ay! mi compañero de viaje, tan simpático y bello, se habia equipado en alguna ropería de Santa Cruz, eso saltaba á la vista, y además abusaba de la bandolina, propendia á tomar posturas académicas é inclinaba su cabeza sobre el hombro derecho con ánimo deliberado de parecer más guapo.

Estos ligeros defectos, juntamente con la barba Niccolini, le hubieran perdido en todo salon elegante; pero como jamás pisó ninguno y hasta aquel momento histórico se habia contentado con los fáciles triunfos que brinda el salon de Capellanes durante su largo Carnaval, ó bien con las flores más ó ménos frescas que algunas bellezas otoñales habian quizá arrojado en su camino, no habia corrido semejante peligro. Sea como quiera, él sabia que era bonito, Gretchen le gustaba, y si no declaraba su atrevido pensamiento consistia en que no hablaba más idioma que el castellano, y la morena de cabellos rubios poseia, además de su lengua nativa, la alemana, la inglesa y la francesa, poliglotismo que no debe extrañar á nuestros lectores porque en todas las colonias orientales se enseñan á las niñas muchos idiomas, á fin de que sepan el de su futuro esposo, cuya patria se ignora casi siempre; ellas saben, no obstante, que han de casar con un extranjero, es más, lo desean, prefiriéndolo á un rudo plantador que se duerme á las ocho de la noche rendido de fatiga, ó á un hombre de negocios que cuando cesa de hablar de exportacion é importacion, de alza y de baja de valores, no sabe qué decir y aburre á su mujer que, educada costosa y brillantemente en Europa, tiene un espíritu cultivado, altas aspiraciones en su alma y acaso tambien refinamientos de gusto,

Que la mujer al cabo ménos lista
Tiene en su corazon algo de artista.

Los holandeses aborrecen el nombre español, y por esta razon y otra más práctica, que consiste en los pocos compatriotas nuestros que visitan la isla de Java, los padres de Gretchen no le dieron profesor de la lengua de Cervantes. El doncel enamorado lo supo y se abstuvo de hacerse presentar á su Dulcinea; mas siempre la estaba mirando, y ella pronto se apercibió, que por algo es mujer, y mujer de sentimientos tan vivos como el carmin de los tulipanes de Batavia.

Un domingo se bailaba, con gran escándalo de los misioneros protestantes, luteranos, reformistas, presbiterianos, anabaptistas, que púdicamente y uno trás otro fueron abandonando la cubierta para refugiarse en sus camarotes, donde quizá soñarian que en una tribuna elevada sobre la llanura sin límites de Delhi ó desde la altura incomensurable de las aristas del templo de Boro-Bodor, colosal monumento de una arquitectura monstruosa que tomó por tipo de sus molduras las cortaduras de las sierras, y nadie sabe la época en que fué erigido porque á ella no se remontan las tradiciones del arte, pronunciaban un sermon dividido en noventa puntos y unas cuantas comas, ~~y era~~ tal su elocuencia, tan ardiente su celo propagandista, que 300.000 indios se convertian al cristianismo. Solo un eclesiástico presenció el baile, un jóven mestizo de Tagalo y China, ó vice-versa, nombrado canónigo de la santa iglesia catedral de Manila en los primeros albores de la revolucion de Setiembre. Sus ojos oblícuos relampagueaban mientras se seguian la curva que en sus ondulaciones forman las parejas arrebatadas en confuso torbellino por un wals de Strauss; mas el fin que el señor canónigo se propuso al quedarse, era, como no podia ménos, un fin santo. Para combatir con éxito el vicio, es preciso estudiarlo de cerca, me dijo su reverencia.

Sentado á la turca en la penumbra formada por los faroles de color que iluminaban el toldo del salon del baile y la oscuridad del resto del puente, fumaba yo un habano, recordando sin pena los tiempos no remotos en que cometia la inocentada de bailar por bailar, cuando Gretchen y su pareja se detienen junto á mí para descansar.

Me levanté y ofrecí á la palpitante jóven mi butaca, que ocupó,

despues de haber despedido á su caballero con una reverencia de gracias. Nuestra conversación empezó por la siguiente pregunta:

—¿Por qué el más jóven de vuestros compatriotas que viene á bordo, no se acerca nunca á nosotras?

—Le parece inútil la aproximacion, toda vez que no puede expresar la admiracion que V. inspira.

—Y bien, que la exprese.

—Imposible; ese caballero no habla más que español, y V. creo no se ha dignado aprender esa lengua.

—No importa; yo sé hablar con un mudo, si tiene ojos.

—Pero, señorita, ¿quién ha enseñado á V. esa distincion tan sutil que solo adquieren las naturalezas superiores con la experiencia de la vida? Supongo que eso no se aprende en el colegio belga.

—No es belga, sino inglés, el colegio de donde salgo.

—Lo tendré presente,—oí que murmuraba á mi lado el conde Mejan,—para no educar en él ninguna de mis hijas.

—Felicito á V. por sus precoces conocimientos,—continué;—usted será una mujer famosa; y si rodando por el mundo llego alguna vez á Batavia, deseo encontrarla casada con un hombre respetable, rico banquero ú opulento plantador holandés.

—¡Con un holandés! V. se chancea, eso jamás; yo me casaré con un español, y no quiero vivir en las Indias, sino en Europa.

—¿Con un español?—repuse con acento que parecia alarmado.—Debo advertir á V. que yo he pronunciado ciertos votos y...

—¡Fátuo!—gritó con cómica indignacion,—tome V., esto merece un castigo;—y me dió un abanicazo en la mano. Luego, pesarosa, dijo:—¿le he hecho á V. daño?

—Manos blancas no ofenden,—le contesté inclinándome.

—¡Ah! los españoles son insoportables con sus eternos requiebros; vamos, imíteme V., levántese y demos una vuelta.

—Pero, yo no bailo, señorita.

—Conmigo bailará V.; ¿qué se diria si me dejase en pié delante de tanta gente?

Enlacé mi brazo alrededor de su talle, murmurando la palabra ¡hechicera!... y nos perdimos en la confusion del baile.

De regreso en nuestro sitio, me entregó su abanico y sonrió más bien que pronunció estas palabras:

—Debe V. tener calor.—Tomé el abanico y le hice aire con él.

—¡Ay! ¡qué agradable frescura!... ¿Los españoles abanican siempre así á las damas?

—Sí, hasta que se casan.

—Y, una vez casadas, ¿sin duda las abanicará su marido?

—No, señorita.

—¿Pues quién?

—Cuando se case V. tendré el honor de contestar á esa pregunta.

Un criado pasó en este momento con una bandeja de copas de Champagne *frappé*. Gretchen tomó una, la levantó á la altura de mis ojos y se la bebió en un trago; yo imité su conducta.

Quedóse ella pensativa durante algunos instantes; de repente exclamó:

—¡Hermosa noche para pensar en amores!

—Las personas que los tengan,—observé con intencion.

—¿Qué, V. no tiene?

—No, señorita.

—Pero ¿habrá V. tenido?

—Tampoco.

—No lo creo; porque V. tambien tiene ojos de esos en que las mujeres sabemos leer.

Estas palabras fueron dichas en voz tan ténue que parecia un suspiro. El mozo pasó otra vez con la bandeja llena de espumantes copas; la bella holandesa tomó otra copa ofrecida por mí, y viendo fermentar otra en mi mano, saludó con gracia encantadora, diciendo:

—¡A vuestros amores!

—¡A vuestra belleza!—contesté saludando y bebiendo á mi vez.

Un caballero vino á solicitar una polka, y Gretchen me dejó, pero su abanico y su pañuelo, abandonados á mi lado, me indicaban que volveria.

Un colegial inesperto, un pollo sietemesino se hubiera creido en plena conquista: mas esta idea no me pasó por las mientes; estaba seguro que no era ese el móvil inspirador de las inocentes coqueterías de Gretchen; un secreto presentimiento me advertia que ella no era impulsada por ningun fin que me fuese personal.

Volvió la linda criolla; púseme en pié para entregarle su pañuelo, y le hice aire con su abanico.

—¿De veras, no ama V. á nadie?

—Señorita, yo amo á todas las mujeres.

—¿A todas?...—interrumpió riendo como una niña;—entonces tambien á las feas... ¡ah! ¡ah!

—Las feas, señorita, no son mujeres, en mi humilde opinion.

—Es curioso; ¿le parecen á V. hombres?

—No tal; la impresion que me causan es la de séres bípedos é implumes, organizadas quizá como la mujer, en lo que ésta tiene de humano; mas les falta el *quid divinum*, la chispa eléctrica que enciende las almas, y no se me alcanza su utilidad; pero los altos juicios de Dios son incomprensibles.

Gretchen se rió mucho de estos desatinos que yo decia con grave continente y voz reposada. Cuando cesó de reir me interrogó en estos términos:

—¿Ama V., segun eso, á todas las hermosas?

—Sí; pero las amo en conjunto, como expresiones vivas de la belleza, como prodigios de la naturaleza, como humanas estrellas, como un firmamento de tentaciones.

Esta definicion de mi sentimiento estético la hizo reflexionar un momento, al cabo del cual, exclamó:

—Comprendo, comprendo y quizá admiró la ardiente imaginacion de que brotan ideas tan originales, mas no quisiera ser yo su esposa.

—Por mi parte, jamás me atreví á soñarlo siquiera.—Ella no me oyó ó hizo como si no oyera, y continuó:

—¿Qué son y cómo son los hombres?... cuestion difícil; tienen ojos ó no los tienen; en este caso me dan horror, yo no puedo sufrir nada vulgar; en cambio los hombres no vulgares me gustan, lo confieso, pero me dan miedo porque suelen ser, como V., exajeradamente artistas y ¡ah! ¡tiemblo á la sola idea!

—Diciendo estas palabras, sus ojos centelleaban, y este detalle confirmó mi opinion de que Gretchen era morena sin parecerlo. Ella, entre tanto, murmuraba:

—¡Trance cruel! imbécil ó infiel... no hay término medio.

—Sí que lo hay, no lo dude V., y yo espero que el esposo que usted elija se lo probará.

Rióse locamente y repitió varias veces:

—¡Mi marido! ¡Mi marido!... Allá veremos.

El *Champagne* vino de nuevo á tentarnos; Gretchen tomó su tercera copa, miróme de frente y sin dejar de sonreir. La luna, aquella luna cuyos destellos bordan de plata el golfo de Bengala,

iluminaba en toda su plenitud el semblante encantador, cándido y provocativo á la vez de la criolla; yo la contemplaba con un arrobamiento de artista que tenia algo de impertinente. Levantó su copa lentamente y como saboreando el efecto que producia; se acercó mucho, aunque no demasiado, á mí, y brindó ¡á vuestros ojos!—La tercera copa pasó como las dos anteriores.

Aquella mezcla de candor y de desenvoltura, de casta ignorancia y de refinada galantería, constituia un tipo digno de estudio; no digo especial, porque estas antítesis son frecuentes en las mujeres.

—Espero que estará V. contento de mí,—dijo con su voz más dulce,—¿no es verdad que soy amable?

—Adorable, irresistible, sin par.

—Gracias, es demasiado favor. Ahora va V. á hacerme un favor.

—Mande V., y obedeceré como el más negro de sus esclavos.

—Entonces preséntеme V. ese jóven y taciturno español; quiero bailar con él esta noche.

Momentos despues estaba hecha la presentacion; llevé mi condescendencia hasta traducir sus primeros cumplimientos, y me retiré. Al dia siguiente me contaron que no se habian separado durante el baile, y, lo que es más, hablando contínuamente con gran animacion. ¿Cómo se entendian?—Yo lo ignoro; pero es lo cierto que sin hablar la misma lengua ellos se comunicaban y estaban en inteligencia, puesto que unas veces parecian tristes y otras alegres, lo mismo que dos personas que cambian entre sí ideas y sentimientos.

Los episodios de este amor naciente fueron pronto el tema usual de las conversaciones de á bordo; sin ser malévolos, sino curiosos simplemente, muchos pasajeros tomaron como pasatiempo observar á los amantes y burlarse de los ardides que imaginaban para encontrarse solos un instante, estrechar sus manos al bajar ó subir una escala y otros goces no ménos inocentes; los holandeses hicieron el vacío en derredor de la interesante criatura que osaba amar á un hombre nacido en la misma tierra que el gran duque de Alba; su familia parecia no sospechar lo que pasaba, y los jóvenes eran felices. Unicamente dos ayas suizas, de religion protestante, que iban á Batavia en busca de niñas que educar, los criticaban acerbamente; y esto es natural: las desgraciadas no eran hermosas ni mucho ménos, y no podian ver sin envidia una dicha que el desti-

no, ó mejor dicho, sus mal trazadas personas les habia rehusado, condenándolas á perpétuo celibato.

Mas si la naturaleza fué con ellas ingrata, Dios, en su infinita misericordia, les concedió la chispa divina, recibieron una educacion superior, y estas cualidades les permitian enseñar lo único que enseñar puede el sér femenino desprovisto de encantos físicos: geografía, historia, literatura é idiomas. ¡Sér desgraciado que lleva faldas y no es mujer, sino simplemente hembra, para él no rige la eterna ley de las compensaciones!

Soplaba el monzon de Nordeste y el viento nos era contrario; pero el cambio de monzon empezaba entonces, habiendo cesado á últimos de Setiembre el de Sudoeste, mucho más duro y traidor que el N. E.—Mas bien que viento soplada una brisa fresca y ligera que hacia más llevadera la existencia en aquella zona de fuego que no se apaga hasta llegar á Hong-Kong, lo cual compensaba la lentitud de nuestra marcha. Pasada la isla de Socotora, no andábamos mas que nueve millas por hora, siendo así que el andar del buque es de doce; mas esto es preferible á ser impelido por el monzon de S. O., que levanta olas como montañas, sacude los navíos cual si fueran frágiles esquifes, y suele convertirse en uno de esos tremendos huracanes que se llaman tifones que sumergen las naves en un solo remolino. Así, pues, habiendo sido feliz mi travesía por el Océano índico, no tengo el derecho de que usan y abusan casi todos los que tienen la debilidad de contar sus viajes diciendo estas presuntuosas palabras: «A la mesa casi nunca nos sentábamos mas que el comandante y yo, señal inequívoca de que el narrador es hombre de sólido estómago, cabeza firme y algo linfático, un lobo marino, en fin.

La palabra mesa evoca la idea de comida, y voy á hacer el boceto del cuadro de costumbres extremo-orientales que presenta la cámara de popa, salon y comedor alternativamente en ese momento. Inmenso salon de caoba, cuyas paredes, artísticamente talladas, disimulan las puertas de diez camarotes de preferencia y de la sala reservada á las señoras, tiene en su fondo, sobre la misma hélice, un piano flanqueado por dos bibliotecas. La distancia que media entre cada uno de estos tres muebles la ocupan dos divanes de crin adaptados al medio punto de la rotonda; dos mesas para cincuenta cubiertos la dividen longitudinalmente en tres calles que facilitan

la circulacion de lòs mozos de comedor; un magnífico aparador llena el otro testero frente al piano. De la techumbre penden dos *punkas* (1) que á las horas de comer mueven jóvenes chinos con la cabeza afeitada y sueltas sus largas trenzas, desarrollando una suave corriente de aire, brisa artificial muy agradable, merced á cuyo soplo es posible comer, y tan necesaria, que en toda la India, en el Sur de China, en Cochinchina, en el Cambodge, etc., no hay casa, fonda ni navío sin ese precioso mueble. Los chinos afectos á este servicio no deben ser empleados en otras tareas, pues no solamente en el Celeste Imperio, sino en todos los países orientales el principio de la libertad del trabajo, bueno en sí, se lleva hasta una exageracion antieconómica. Un chino, sea funcionario público, obrero, criado ó *culi*, no hace más que una cosa; si, por ejemplo, el mayordomo de una casa ve que esta se quema, lleva su celo hasta el punto de avisar al jardinero para que acuda con su regadera, mas nunca cogeria un cubo ni una piqueta.

En cuanto á los adscritos al manejo del *pankah*, son muy interesantes: pálidos, inmóviles, con su fisonomía impasible, su túnica de blanco algodon y sus anchos calzones de seda azul, parecen cariátides de marfil esculpidas en las puertas de caoba, ó bajo-relieves pintados de amarillo, blanco y azul.

Otros súbditos del sublime Emperador—hijo del sol, habia á bordo dedicados á oficios varios; los fogoneros son naturales de Aden ó de Suez, únicos séres capaces de vivir como salamandras en la atmósfera infernal de los hornillos. Aún así, su capataz, hombre flaco en extremo, nervioso, de cútis pajizo y vestido con un traje encarnado que parece la librea del diablo, tiene que apelar al látigo para obligarles á entrar en la caldera. Estos infelices viven poco. Malayos, chinos, indios, europeos, y tambien algunos chinos, componian la tripulacion; de modo que las razas, las religiones, los trajes, las costumbres más heterogéneas y contrapuestas, se mezclaban allí confusamente. Un barco es un universo en miniatura, donde tampoco faltan intrigas y pasiones que se agitan tempestuosas ó arteras en aquel recinto limitado y mal seguro.

Por lo dicho se viene en conocimiento de que el dia está bien

(1) Grandes abanicos de forma rectangular, hechos de tela y que se agitan por medio de un sistema de poleas y cordones muy ingenioso.

distribuido entre los baños, las comidas, la música, la conversacion, la lectura y la escritura; réstame solo hablar de las noches.

¡Ah! las noches de la India son indescriptibles. ¿Quién es capaz de pintar esos crepúsculos instantáneos, pero espléndidos como una aurora boreal? ¿Qué pincel, qué pluma tiene el mágico poder de condensar sobre papel ó sobre lienzo la ténue sombra que á esos crepúsculos sucede, sombra que bruñe las aguas en los sitios donde la claridad de la luna no recama lujosamente con sus luces de plata la inmensa líquida extension, el trasparente manto de las coquetas ninfas? Las éstrellas brillan apenas y á lo léjos se muestran tímidas, respetuosos pages del séquito innumerable de Diana, mientras el navío se desliza magestuoso como un gigante rey de aquellas soledades imponentes, azota el espacio con su negro penacho de humo; negras é indistintas siluetas de marineros que trepan lijeros á la jarcia, se destacan entre los mástiles, cual fantásticos espíritus que danzan en el aire evocados por el penetrante silbido de una divinidad infernal.

Y el hombre, el pasagero, el marino en tanto suspendido entre dos infinitos, imágen cierta de la existencia humana, se siente vivir y en su fantasía puebla aquellos desiertos, sin fin visible, con los recuerdos que su alma guarda y con los sueños que su mente halaga. Verdes colinas, esmaltados prados, salvages rocas, caudalosos rios, mansion humilde ó espléndido palacio, las láminas todas del álbum de su vida, allí las ve animadas, palpitantes. En su abstraccion, escuchando el silencio elocuente de la naturaleza oye tambien el timbre de aquellas voces que más amó, reminiscencias de la música del corazon, ecos sagrados que trasmite por evocacion el mismo génio que combina la luz y la sombra para hacernos ver imágenes más ó ménos sobrenaturales.

Lo que cada viajero piensa, lo que siente en estos momentos de éxtasis, ¿cómo decirlo aunque lo supiera?—Misterios inefables y puros, yo os respeto y no levantaré siquiera una punta del velo en que os envuelve el divino artista de la creacion.

III

Diez dias despues de nuestra salida de Aden, llegamos á Punta de Galles, puerto de la isla de Ceilan, la isla de Rachius de los fenicios (1), la Trapobana de griegos y romanos, nombre derivado del sanscrito Tapô-vana (2) ó de Tapô-ravan, bosque de Râvana, el rey de las diez cabezas conquistador de la isla, subyugado á su vez por Rama; que en esto difieren los autores, opinando algunos que ese nombrê se deriva de Tambapamica, hoja de betel, cuya forma tiene la isla; los árabes le llamaron Serendib, los tamules Elangey, los indóstanes Lanka (3), los singaleses, sus naturales Chingala (4), y de aquí por corrupcion europea Ceilan. En las lenguas malaya, siamesa y birmana tiene respectivamente los nombres de Sakapura, Tevalanka y Seho. Fueron sus primeros habitantes conocidos los *vedas*, raza que se conserva todavía en el interior de la isla, pero sin civilizacion, sin cultura, degenerados sus descendientes hasta el último punto, vueltos al estado salvaje; su idioma es ignoto y no pertenece á ninguna de las familias conocidas en el mundo filológico, á juzgar por lo extraño de sus voces, cuyas raíces y terminaciones no indican el más remoto parecido con algun lenguaje humano; su religion es el sabeismo y su culto ofrendas á los muertos; observan la poliandria, que permite á cada mujer el lujo de nueve maridos legitimos, lujo que por lo demás se permiten todas las demás castas, desde los singaleses hasta los tamules; viven en troncos de árboles y se alimentan con carne de ciervo cocida al sol, miel y frutas. Sus armas son la maza, el arco y la flecha de asta, cuya longitud máxima es un metro, siendo tan buenos tiradores, que con ellas matan elefantes; para conseguirlo, le apuntan desde muy cerca y al corazon, al contrario de los europeos, que siempre tiran á la frente del animal.

---

(1) Jovan, rey de Tiro, mandó grabar en el templo de Melcarte una relacion del viaje hecho á esa isla por Cotilo, Cedaro y Jamino, (Sanchoniaton, Fragmentos.)

(2) Bosque del *tapas*, donde los anacoretas (*tapasvius*) hacian penitencia. *Tapas* en sanscrito significa literalmente fuego, calor, y en sentido figurado, abstraccion completa del espíritu concentrado en un solo fin piadoso y útil.

(3) Resplandeciente.

(4) Isla de los Leones.

El año primero de la era budista, el mismo en que murió Buda (1), vinieron del Décan los singaleses, mandados por Vijaya, á la conquista de los vedas. Dominaron el país durante más de tres siglos, y Anurachupura, ciudad fundada por un sucesor de Vijaya, llamado Anuracha, fué córte de noventa reyes; despues de los singaleses vinieron los tamules, pueblo de la costa del Malabar, y por espacio de nueve siglos guerrearon con ellos sin poderlos desposeer ni ser vencidos, situacion que dió lugar á una trégua: los singaleses dominaron la parte Sur de la isla y los tamules la del Norte. Corta debió ser esta trégua, puesto que á la llegada de los árabes, en el siglo v, no solamente habia dos reinos, sino cinco, tres de los cuales nombraban sus monarcas por eleccion, sistema que no debió surtir mejores efectos en aquella isla que en el continente europeo, segun el siguiente dicho vulgar entre los singaleses: «Cualquiera de »nosotros es apto para ser rey: cuando hace falta uno se busca un »hombre del campo y despues de lavarlo y vestirlo, se le sienta en »el trono.»—Los proverbios son la sabiduría de las naciones.

En 1505 los portugueses se apoderaron de Ceilan; pasó en 1658 á ser posesion de Holanda, y en 1796, Inglaterra, so protexto de intervenir en las contiendas de extranjeros y naturales, se hizo dueña de la isla, no sin luchar algunos años, pues hasta el de 1816 no fué conducido prisionero á Madras Pilina-Talava, último rey de Kandy.

Ahora, trégua á la historia, y recorramos las calles y paseos de Punta de Galles, si os place, amabilísimos lectores, honrarme con vuestra compañía mental en aquesta visita al *Eden de las ondas orientales*, á la *Perla frontal de la India*.

El puerto es malo, los buques fondean á su entrada y léjos del muelle; mas, apenas han abismado sus anclas, centenares de botes, canoas y piraguas acuden presurosos á llevarse á tierra los pasajeros que trasportan. Las piraguas llamaron particularmente mi atencion: largas y estrechas hasta un punto que si no tuvieran balancin perderian el equilibrio, van tripuladas por dos indios desnudos; generalmente son niños de diez á catorce años, que reman en pié, uno á proa y otro á popa; dos pasajeros se sientan frente á frente, á los piés de los remeros. No hay más asientos.

---

(1) 543 antes de Jesucristo.

El capitan de fragata y yo saltamos en una con Silva, el intérprete de la fonda de Loret, un buen mozo negro y más locuaz que un barbero; durante los minutos que tardamos en llegar al muelle, no cesó de encomiar las condiciones de su hostería, excelentes, inmejorables, superiores á todo lo conocido é imaginado, en prueba de lo cual exhibia certificaciones de todos los capitanes generales, almirantes y altos funcionarios civiles que España ha enviado á las islas Filipinas en un período de veinte años. Mientras él ensartaba su relacion, yo examinaba la bahía, cerrada por la parte de tierra por grandes masas de verdura, bosques de cocoteros de inmensa extension casi todos; recreábame contemplando una vegetación lujuriosa cuya frondosidad consuela de la aridez de las tierras que dias antes habíamos costeado.

El desembarcadero es un malecon de tablas, en cuyo fondo se destaca un cementerio con su calavera pintada en la puerta y la lúgubre inscripcion: *memento mori*. Una compañía de cipayos, feos y mal traidos, pero corteses y celosos, guarda la antigua puerta de piedra que da acceso á la ciudad inglesa; allí esperaba el coche de la fonda. Subimos, y, atravesando al trote frondosas alamedas y algunas calles de arena, muy limpias, así como los edificios que las forman, llegamos á la morada del Sr. Loret. Todo lo que se ve recuerda que Punta de Galles ha pertenecido á los holandeses. Sus casas, correctamente alineadas, no tienen en general más que un piso, están pintadas de blanco y de verde las persianas; una baranda cubierta y defendida contra el sol por cortinas de finísimos juncos verdes, sirve de vestíbulo; allí y en todas partes se respira un ambiente embalsamado por las emanaciones de los jardines de magnolias y los bosques de aloes, caneleros y otros árboles aromáticos que rodean la ciudad; pero el calor es húmedo y sofocante, como que está á 12° de latitud.

En la fonda todos los muebles son ébano, palo santo, de rosa, limonero, caoba y otras maderas preciosas. La caoba se emplea hasta para las puertas, escaleras, bancos, mesas de cocina y tajos de cortador. Ramilletes de magníficas flores se ostentan por do quiera en grandes jarrones de cristal; una baranda interior, vestíbulo de un hermoso jardin plantado en medio de inmenso bosque de palmeras, sirve de comedor; allí la brisa sopla y los surtidores murmuran suavemente entre cascadas de hojas, el jazmin, los tulipanes

de fuego, las azucenas blancas, azules y rojas esparcen su aroma embriagador. ¡Cuán deleitosamente se fuma en este recinto encantador!... reclinado sobre un divan de seda india, ó tendido en una silla-cama de Pondechery, se sueña con el Paraíso; los pensamientos, al cristalizarse, forman estalactitas brillantes como íris de gloria. Durante el almuerzo, que nos fué servido por dos hermosos moros malabares, negros, de blanco vestidos, descalzos y con turbante rojo bordado de oro, anegando en *Champágne frappé* los suculentos manjares de la cocina inglesa, comprendí la existencia en las Indias Orientales, y con el capitan entoné á duo esta cancion de Camprodon:

"Yo aspiro aquí un ambiente
De inmensa languidez,
Y en este paraíso
Me falta una mujer."

Faltaba, en efecto, para completar el cuadro, una figura dulce que contrastase con la ruda combinacion de aquel sol abrasador cuyos rayos se quiebran en la calada bóveda formada por las copas de gigantes palmeras; con aquel cielo de lápiz-lázuli, con aquellos perfumes tan sutiles; sí, en medio de tintas, de colores tan vigorosamente acentuados, faltaba una mujer rubia, de ojos de záfiro, albas vestiduras, broche de flores y onduloso andar, acariciando el aire con las vibraciones eléctricas de su voz.

El dueño de esta mansion apareció algunas veces: es manco, pero se reviste de un aire tan importante que me chocó en un simple fondista. Hubo de conocerlo el negro Silva y me explicó cómo el Sr. Loret desciende de uno de los portugueses que conquistaron la isla, tiene por esposa una mujer muy linda, es celoso como un turco y no permite que nadie más que él entre en las habitaciones donde la ha secuestrado. Ningun huésped la ha visto nunca, ni á través de las celosías de su dorada prision. Silva añadió que su digno amo dormia poco, y durante sus largos insomios veia entre nubes la efigie del Minotauro y creia escuchar las sarcásticas carcajadas de Mefistófeles.

Hay todavía muchos portugueses como él en Ceilan, y se distinguen por su trage extrafalario: llevan sombrero alto de copa, levita ó frac de paño negro, chaleco y corbata blancos, una pieza de lienzo atada á la cintura, á quisa de pantalones, y zapatos escota-

dos. Completan su atavío un enorme paraguas y un aire de *fidalgo* muy finchado; son casi todos pequeños hacendados.

El comercio de importacion está en poder de moros y de ingleses; los Mustafás, los Mohammed alternan en las muestras de almacenes con los Smith, los Thompson y los Clifford; hay tambien tiendas de malabares donde se venden géneros del país, productos naturales del arte y de la industria, muebles de ébano, estuches, peines, cuchillos, collares, cadenas, broches y pulseras de concha rubia ó negra; elefantes de márfil, madera, piedra y hasta de plata; petacas y cajas de pita bastante sólidas, más de un tejido muy tosco é inferiores á las primorosas que los tágalos de Filipinas fabrican con la paja de nito; pero el artículo que más abunda son las piedras preciosas: záfiros, ésmeraldas, rubíes, amatistas, ópalos y topacios se ofrecen en la calle al viajero por vendedores ambulantes que á granel las llevan en un saco. ¡Ay del incauto que de ellos se fia! Aunque le den por cinco duros una joya tasada por ellos en mil, esté seguro de que le han estafado: esas preseas son pedazos de vidrio enviados á Ceilan por lapidarios de París y de Liverpool, y que los naturales finjen haber encontrado en las minas de la isla.

No ví la menor perla fina y, como manifestára extrañar esta falta, me explicaron que la antigua fama de la costa de Manaar, tan renombrada por sus perlas, se ha perdido porque los holandeses mataron la gallina de los huevos de oro, haciendo pescas cada cinco años, cuando antes de su dominacion tenian lugar cada doce; luego vinieron los ingleses y redujeron el plazo á dos años, de modo que los acéfalos no han podido aun reproducirse, y muchos han sido destruidos por los peces. La última pesca se verificó en Marzo de 1865, y produjo al Gobierno ingles cinco millones de reales (1).

En rigor, los objetos de concha, los muebles de ébano, las pieles de tigre y los dientes de elefante negro es lo único aceptable en el mercado de Ceilan.

La raza indígena es fuerte, pero muy fea, sobre todo las mujeres, que, por cierto, me costaba trabajo distinguir de los hombres; estos, generalmente carecen de barba, usan zarzillos y llevan el

(1) Es la estacion mejor porque el mar está tranquilo y las corrientes apenas se perciben.

pelo largo, tan largo que se hacen un gran moño y lo adornan con vistosos peines de carey. Unas y otros van descalzos, y por toda vestidura llevan un *saron* (1) que no tapa más que la parte inferior del cuerpo, untado todo con el aceite de coco, cuyo olor infesta las calles. ¡Gracias que la brisa, los árboles y las flores perfuman el ambiente y lo purifican de esos miasmas irrespirables! Al fin logré conocer la diferencia aparente de ambos sexos: las hembras adornan sus brazos y sus piernas con pulseras y ajorcas.

¡Séres repugnantes! Lás bayaderas de Aden son diosas comparadas con estos vestiglos de color café, de estas semi-monas cuya boca parece manar sangre á causa del betel que mascan, y que, segun dicen, conserva la dentadura. Es posible, sus dientes son blancos, pero las encías aparecen descarnadas y sangrientas.

Los moros son los únicos que en sus personas y atavíos tienen alguna dignidad. Aunque la piel es del mismo color, se dejan la la barba y afeitan su cabeza, ora ciñan turbante, ora la tengan descubierta. Su porte es altivo y fiero.

Los indios tienen barba tambien, pero solo llevan patillas cortadas á la inglesa, por espíritu de imitacion á sus dominadores. Ahora imagine el lector el tipo que presenta un indivíduo de atezado cútis, con largos bigotes y frondosas patillas negras, un moño con su peina y todo en la mollera, semi-desnudo con la nagüilla que forma su *saron*, y armado de un quitasol. Lo repito, al acercarse á la línea equinoccial se borra casi la que separa al hombre del mono. Darwin debió inspirarse en la contemplacion de singaleses, tamules, vedas, malayos é indios, razas que juntamente con los musulmanes y criollos europeos constituyen la poblacion de la isla.

La religion predominante en ella es la de Buda, pues los indígenas, en su repugnante materialismo, no comprenden el infinito; la idea de un Sér Supremo se escapa á su limitada percepcion, y Brahma, el dios de los indios, no está á su alcance. Como sér racional, aspira á la perfeccion, mas su aspiracion es vaga, finita: para ellos el estado perfecto consiste en el aislamiento absoluto, en huir el mundanal ruido, pero sin buscar la escondida senda que los sábios siguen, sin absorber su espíritu en la contemplacion de un sér eterno é inmaterial. Así, pues, el budismo y brahmanis-

(1) Delantal.

mo coinciden en algunos puntos como cultos, mas como religiones, como escuelas filosóficas, su índole es tan diversa como sus fines: uno es puramente terreno, y otro se propone cumplir una mision divina. Por eso los sectarios de Buda, que no conciben lo sobrenatural, nada han creado, ni siquiera grandes monumentos artísticos, mientras los de Brahma fundaron instituciones perdurables, haciendo de la India una region de portentos.

Sí, la India ha sido la primera parte civilizada del mundo antiguo, el foco de toda tradicion (1); Manú, el Digesto indio, Narada, Smitri-Chandica, Vrihaspati, Catgayana y otros célebres legisladores, jurisconsultos ó comentaristas fundaron la legislacion en que calcadas están todas las demás: la egipcia, la griega y la romana, copiadas literalmente de aquellas sin más diferencias que las necesarias impuestas por el clima, las costumbres y el tiempo, condiciones las tres que poderosamente influyen en las leyes (2). Hasta la poesía épica tiene su orígen en las civilizaciones gangéticas: los himnos de los Vedas, los poemas titulados el *Ramayana* y el *Mahabaratha,* compuesto el primero por Valmiki en el siglo IX antes de J. C.; escrito el segundo en tiempos posteriores por Vyasa; el *Schah-Nameh,* de Ferdusi, dado á luz en el siglo X de nuestra era, y otras inmortales epopeyas, son los ecos de las primitivas civilizaciones, ante las cuales la griega y la latina son filinagranados de un arteson morisco ó bajos relieves de Benvenuto Cellini; son las fuentes en que bebieron su inspiracion los poetas griegos, desde Homero hasta Píndaro (3).

Ahora bien; como la filosofía, la ciencia, el arte y la literatura de un pueblo reflejan sus costumbres, sus instituciones y su propia índole; como esos distintos ramos del saber humano revelan el grado de cultura que ese pueblo alcanza, resulta que la India es tambien cuna de todas las civilizaciones. Esto es tan cierto como que el sancrito es la lengua matriz: de ella se formaron los antiguos idiomas, y de estos se derivan los modernos; tan cierto como que en la Iliada de Homero trasciende el espíritu de Ramayana, y en las fábulas de Esopo el del brahman Remsamgayer. La ejecutoria

(1) William Jones.
(2) Montesquieu (*esprit des lois*).
(3) Canalejas y Casas.

que prueba la remota antigüedad de la India, y que es orígen de las razas que pueblan la Europa, el Asia y una parte del Africa, está escrita en las incripciones de sus colosales monumentos, en viejos manuscritos que atestiguan el explendor de sus artes, de sus ciencias, de su filosofía y de su literatura; está escrita con indelebles caractéres hasta en sus ruinas.

Basta, por el momento, de indianismo, y acabemos de describir á vuela pluma la isla de Ceilan, que los budistas veneran como santa mansion, consagrada por la presencia de Buda, como el arca donde se guardan los libros sagrados, como la playa que vió partir la nave cargada de bonzos (1) fanáticos con rumbo á Siam, al Cambodge, al Pegú y á la Birmania.

San Francisco Javier predicó el Evangelio en 1542 é hizo muchos prosélitos, cuyos descendientes, unidos á los de portugueses y holandeses católicos, han perpetuado el catolicismo en el país. Su capilla está á cargo del P. Martin, oficial carlista que emigró de España en el año 1839, hombre ejemplar que reparte á su pequeña grey los tesoros de energía y de bondad que su alma encierra. Los singaleses le respetan profundamente y le consultan sus más graves asuntos; el gobernador inglés suele acudir tambien á su intervencion en ciertas cuestiones administrativas, cuya solucion no gusta al pueblo, con objeto de que el buen Padre los someta con su elocuencia.

No tiene el P. Martin todo su rebaño dentro de Punta-de-Galles; muchas ovejas están esparcidas en el desierto, inmensa extension de bosques húmedos y temerosos, de sombra impenetrable que sirve de guarida al tigre y al elefante. ¡Cuántas veces el misionero ha recorrido á caballo estas soledades durante la noche para ir á socorrer un enfermo, á bendecir el alma de un moribundo, ó á celebrar el santo sacrificio en algun caserío?—¡Cuántas veces en estas excursiones ha tenido que ocultarse en la espesura para dejar libre el sendero á un elefante que avanza terrible y demoledor como una tromba, derribando árboles y rompiendo malezas!—¡Cuántas otras, amaneciendo, ha visto al tigre que, ahuyentado por la luz de la aurora, volvia á su madriguera, sangrientas aun las fauces de su palpitante festin de la noche!

(1) Monges.

Cuéntase que un dia pasó el tigre tan cerca del P. Martin, caminando á pié en compañía de un acólito indígena, que solo tuvo tiempo para caer de rodillas y murmurar fervorosamente una oracion mirando con fijeza á la fiera, que ella misma le miraba con temor, y siguió rápida su camino. El tigre habia cenado bien, quizá la carne de un *veda*. Cuando fuí á visitar la capilla católica estaba el P. Martin en el púlpito pronunciando un sermon en singales, del que naturalmente no comprendí una sola palabra. Vuelto al locutório me recibió y tuve el honor de encontrarme con varios obispos del extremo Oriente que allí se hallaban de paso para Roma, donde iban á tomar parte en el Concilio Ecuménico. A cada uno le hablaba en su idioma el buen misionero: tan familiar como el castellano son para él las lenguas inglesa, francesa, malayo, indostanés ó el cochinchino. Breve me pareció esta visita, y al retirarme volví más de una vez los ojos para mirar la blanca fachada que corona una cruz, y en medio de un cerco de árboles se levanta sobre la verde colina, dominando el florido valle que á sus piés se extiende hasta perderse en la frontera de selvas inextricables.

El bosque de canela, celebrado en todas las narraciones de los viajeros, fué objeto de mi última escepcion. A las cuatro de la tarde montamos en un cesto el capitan, el ministro belga y yo; la carretera de Colambo, la mayor ciudad de la isla, es una hermosa calzada que atraviesa un bosque inmenso de altos y frondosos cocoteros, entre los cuales se gallardean de trecho en trecho grupos de arrogantes y flexibles palmeras. El espeso ramaje de aquellos árboles de esçamoso tronco, se entrelaza en sus empinadas copas y forma impenetrable bóveda que impide el paso al sol; los aloes, los árboles de pimienta y canela aromatizan el ambiente mezclando su perfume con el de las flores que modestas crecen entre la yerba ó esmaltan con sus vivos colores las verdes praderas que aquí y allí, en los claros del bosque, rompen la monotonía del paisaje.

Pueblos y caseríos se encuentran al paso, conociéndose su aproximacion por las acequias, empalizadas que limitan y riegan plantaciones de viñas y de plátanos, frutas deliciosas que la isla produce en abundancia tal, que ellas son el principal alimento del pueblo; tambien se ven muchos chaquias, árboles del pan, don gratuito y muy socorrido de la naturaleza; cabañas de indígenas y campamentos de gitanos se ven asímismo á lo largo del camino; aquellas cons-

truidas sobre cimientos de pilotage para evitar la humedad de aquella arena roja y grasienta; éstas súcias y remendadas de mil colores, sirven de refugio al hombre y al búfalo, al niño y al asno, á la mujer de hermosos ojos negros y formas bronceadas, mal cubiertas con su flotante camisola y sus adornos de coral.

Si durante la veloz carrera del vehículo los ojos se fijan en algun camino ó senda transversal que, partiendo de la carretera penetra y se pierde en las profundidades del bosque, acaso vean entre la espesura, cerca ó léjos, alguna expléndida mansion, residencia de rico plantador ó de alto funcionario inglés.

Vasta construccion, de blancas paredes y persianas verdes, sostenida por columnas que rodean las cuatro fachadas formando la baranda, abre su puerta sobre un peristilo defendido contra el sol por trasparentes de China ó cortinas de junco. La escalera que conduce al peristilo es de mármol. Por columnas y ventanas trepan las enredaderas impulsadas por la potente sávia de una vegetacion lujuriosa y tejen cortinajes naturales, entre cuyas mallas de hojas y flores suele aparecer, como azucena arrebatada por el viento, la mano de una hija de Albion haciendo un ramillete.

Tras la baranda hay una mesa servida, cubierta de plata y de cristalería; las redomas de Bohemia brillan como topacios, granates ó aguas marinas de colosal tamaño, segun los vinos que contienen; los fruteros están cargados de piñas, banánas y naranjas; negros ó indios, con librea blanca, se preparan ya á agitar el *panka* mientras sus amos comen. Todo está pronto; solo falta que la campana llame con su metálica voz á los comensales.

Por el parque corren dos niños rubios y sonrosados que juegan persiguiendo á los potros que libres pastan y botan en la pradera; y allá, en la penumbra, se adivina, más bien que se ve, una mujer de cabellos de oro, cútis de nácar y flexible talle, que parece arrastrar con trabajo su vestido de gasa blanca, adornado con cintas azules, por una umbría calle de cocoteros; su aire distraido, la lentitud de su paso, que á veces detiene, ya para acariciar las flores con sus dedos de rosa, ya para golpearlas con su fino *stick* de doble regaton de plata, todo en ella indica una gran preocupacion. ¿Segaria sin piedad aquellas flores á impulsos de un triste pensamiento?... ¿desesperada á la idea de que nadie se las pide, que no tiene á quien ofrecerlas?—Es posible.

¡Ah, si fuera solo! yo habria, por lo ménos intentado penetrar aquel misterio vivo, saber si aquella era un alma inquieta, que siente lo bello, que tiene vagas, pero irrresistibles aspiraciones á la armonía universal, que es el amor, cuya imágen tenia ante sí á todas horas, contemplando una palmera y á cierta distancia otra palmera que solo con estar cerca de aquella es feliz y produce ricos dátiles; siguiendo la ondulacion de las ramas de otros árboles y plantas que tambien se buscan y se enlazan; viviendo, en fin, en medio de una naturaleza expléndida, exuberante, enamorada, se encontraba sola, sola con sus pensamientos, abstraida en contínua meditacion, convertida en el misterio, en la esfinge de aquellos bosques, escuchando los mil ecos que forman la respiracion de la naturaleza, sin que ninguno responda al de sus suspiros. En una palabra, una mujer como el Oriente las sueña, como el Occidente las realiza, como el amor las desea, como un marido la desdeña.

Hice parar el carruaje para gozar un instante más de esta vision, fiel imágen de la vida del europeo en las Indias. El capitan se encogió de hombros como quien no comprende, y el ministro, aunque sonriendo con cierta compasion irónica, no parecia exento del sentimiento que á mí me dominaba. ¡Quién sabe!... acaso recordaba algun episodio de su vida de jóven; tal vez su fantasía, más lozana que su edad, comprendia, como yo, que era dulce la existencia, á una de cuyas escenas asistíamos por merced de esa diosa de los prodigios que se llama casualidad; quizá el deseo murmuraba á su oido que la sombra fresca de aquellos bosques es fondo digno del cuadro de un amor infinito, que en aquel nido embellecido por las maravillas de dos civilizaciones, la antigua y la moderna, sería dulce amar, decirlo y escucharlo; que de noche, paseando bajo los gigantes cocoteros, dos miradas que buscan el mismo rayo de luna filtrado por la bóveda de ramaje, deben encontrarse con inefable simpatía; y que al escuchar el rugido del tigre que interrumpe aquel solemne silemne silencio para llamar á su fiel compañera, es grato sentir en su brazo el extremecimiento de una mujer que tiembla y oculta su adorable cabeza en el pecho de su caballero, inundándolo con las trastornadoras emanaciones de su cabellera.

Súbitamente un rudo golpe de *tamtam* rompió la poesía de nuestro éxtasis, y casi al mismo tiempo apareció en la baranda un señor alto, rubicundo, panzudo, calvo, con la barba recortada y

afeitado el vigote á la moda *yankee*. Con imperiosa voz llamó á los niños y se cruzó de brazos esperando á su esposa en la actitud impaciente de un hombre gloton é inteligente.

¡Prosa, siempre prosa! Lo mismo en los bosques vírgenes de la India que en los dorados salones de Europa. Á una señal mia, el cochero avivó los caballos, que pronto galoparon, mientras mis dos compañeras se miraban sonriendo al verme contrariado y furioso por una ilusion desvanecida bruscamente por aquel Minotauro de barba roja.

La carretera de Colambo es el paseo de Punta-de-Gales: á nuestro lado pasaban galopando, sobre caballos árabes, oficiales ingleses, con sus trajes blancos, sus cascos de fieltro gris y su continente grave y patilludo; familias indígenas caminando á pié, desnudos ó poco ménos; enormes carretas tiradas por búfalos enanos; coches de alquiler medio desvencijados y faetones de caza muy lujosos que guian ricos negociantes luciendo, á la par que sus trenes, lindas *Misses* y *Mistreesses* sentadas á su lado y prendidas con tanta elegancir como si fueran á exhibirse en Hyde-Park.

Frente á una casita fresca y limpia, protegida por la sombra de copudos árboles, echamos pié á tierra y abonamos seis peniques por el derecho de entrar en el jardin de canela. En vano lo busqué, mis ojos no lo vieron, porque ese jardin no existe más que en las narraciones de antiguos viajeros. Hoy solo quedan algunos árboles casi devastados, cuya pobreza contrasta con la frondosidad de las palmeras y cocoteros. No hay más canela que el aroma de unas varitas verdes ofrecidas á buen precio al viajero por muchachos harapososos que lo asedian, lo atosigan sin piedad; uno las compra por librarse de ellos. Sin embargo, en el interior de la isla se produce ese artículo tan abundantemente, que exporta cada año por valor de 12 millones de pesetas.

De regreso á la ciudad marchamos al paso, deseando gozar unos momentos más de las delicias de aquel sitio encantador, de aquellas magnificencias naturales, de aquella vegetacion potente y vigorosa que hace lamentar la horrible fealdad y servil espíritu de la raza indígena. A un tercio del camino nos detuvo una turba de chicos, instándonos para que visitáramos el templo de *Dadala-Penzela*, erigido en honor de Buda y rodeado de jardines. Por ellos paseaba un bonzo; al vernos salió á nuestro encuentro, no sin haber an-

tes alejado á los muchachos con un gesto severo, y se ofreció á servirnos de guía. Hablaba el inglés muy incorrectamente, pero, así y todo, aceptamos gustosos su amable invitacion.

Subimos una escalinata de piedra, atravesamos la baranda de tosca madera, y el bonzo exclamó: ¡Entrad, señores en la Dagobah! Así se llaman los templos en lengua sanscrita, pero el significado literal de esa voz, es tabernáculo, depósito de reliquias. De Dagobah los europeos hemos hecho Pagoda, nombre genérico de todos los templos indios y chinos; sin embargo, William Milne (1) opina que la palabra Pagoda se deriva de la india *butkuda* ó de la persa *putjada,* corrupciones ambas de la voz sanscrita *bhagavati*, que significa mansion sagrada, ó sea iglesia.

El bonzo convino en la exactitud de estas etimologías; pero añadió: "Tened entendido que pagoda es nombre propio y exclusivo del templo búdico y no se debe aplicar á las torres adornadas con campanillas que coronan los templos chinos." Las pagodas sirven para reuniones públicas, que nada tienen de religiosas, y en grave error incurrieron algunos autores suponiendo que los budistas rendian culto á los templos mismos, toda vez que Buda recomendó á sus discípulos en el momento de morir que le eleváran estátuas y templos, mas no para adorarle, sino para conservar viva su memoria, su moral, sus predicaciones y sus ejemplos de virtud.

Esta simple recomendacion bastaria para acreditar á Buda de génio superior entre los filósofos de todas las generaciones, si sus máximas profundas y sábias no fueran suficientes: en esas breves frases espuso concisa, sencilla y elocuentemente el objeto de todo templo. Invocar á Dios, escuchar por la voz de sus ministros los mandamientos de la suprema ley y edificarse con los ejemplos de piedad y abnegacion de sus más predilectos hijos. De esta manera la fé se aviva, se fortifican las creencias, la moral se eleva y reflejan las sociedades esta disposicion del espíritu de sus indivíduos.

Mahoma, ese otro hombre extraordinario, lleno de la ciencia infusa que distingue á los grandes reformadores, se proponia el mismo fin al ordenar á sus creyentes que jamás se desprendiesen de su rosario, que apenas lo soltasen de la mano, pronunciando el nombre de Dios al pasar cada cuenta. Por este ejercicio prometió á

(1) Misionero protestante autor de una notable obra sobre China.

los islamitas el perdon de tantos pecados como veces saliera de sus lábios ese nombre sacrosanto.

El vulgo musulman cree, buenamente, en esta promesa al pié de la letra; mas su espíritu es otro: el Profeta de Alah pensó, sin duda, y pensó bien, que cuando una criatura humana invoca fervorosamente á Dios, no medita un pecado, antes bien, se aparta de él con terror instintivo, ni por sus mientes siquiera cruza ninguna idea culpable; en aquel instante es incapaz de cometer la menor irreverencia, profanacion ó falta. Hágase, pues, que los hombres piensen siempre en Dios y su condicion mejorará; de modo que Mahoma, como Jesucristo y como Buda, no se propuso más fin, al dictar esa máxima, que absorber la mente humana en la contemplacion divina, medio indirecto de enderezar las almas por la senda del bien, única vía que nos perfecciona y conduce resignados hasta las puertas de otro mundo mejor.

Entregado á estas reflexiones seguia yo maquinalmente al bonzo á través de una oscura galería que circuye la nave central del templo y forma las laterales. En estas nada ví; pero en las paredes y el techo de aquella hay abigarrados tapices y pinturas al fresco, representando las siete encarnaciones de Buda y algunos episodios de su vida; elefantes, dragones, serpientes, tigres, hombres de voluminoso abdómen y espantables bigotes eran los principales personajes; cuadros, en fin, que hablan quizá á los sentidos, pero ante los cuales el alma permanece muda é indiferente. Nada hay en el génio ni en la manera de los pintores indios que conmueva y eleve el espíritu hácia la divinidad, que imponga el éxtasis por la irresistible elocuencia de las maravillas pictóricas. Privilegio es este del arte católico.

Inútilmente se buscaria tambien la perfeccion artística en el dibujo, en el colorido; no existe armonía entre los detalles y el conjunto. Y es que en la larga série de estos génios imbuidos, pero no inspirados, es imposible encontrar el Miguel Angel, el Rafael ó el Murillo del budismo: sus obras todas respiran un materialismo tan grosero, que solo logran efímero prestigio y perecen pronto como todo lo que es puramente humano; ni una sola de ellas se ha inmortalizado, mientras que los cuadros de artistas cristianos podrán sucumbir, desaparecerá su parte tangible, una escuela sucede á otra escuela, como las épocas unas á otras se suceden; pero la inspira-

cion nunca, nunca la idea moral, jamás el sentimiento religioso que los creó, pues siendo parte del espíritu es inmortal como él mismo.

En el fondo de la gran nave, que recibe la luz filtrada por trasparentes de vidrios pintado admirablemente entre la cornisa y la techumbre, hay tres altares. El mayor está sostenido por dos enormes columnas de pórfido negro y ostenta al pié una colosal estátua de Buda, hecha de madera y pintada como un retrato. Buda no se distinguia por la blancura de su tez ni por la riqueza de sus vestiduras. Lámparas, alimentadas con aceite de coco, alumbraban el altar mayor, pero en los otros dos no habia luz alguna.

Nuestro guía nos condujo en seguida á un patio interior, especie de átrio formado por las celdas de los bonzos, y nos acompañó hasta la puerta, en cuyo dintel (esto es comun á todas las religiones) nos presentó un cepillo, no para limpiarnos el polvo, sino para que en él depositásemos nuestro óbolo.

Cada uno de nosotros sacó una rupia y quiso introducirla por el buzon del cepillo; mas estaba hecho para monedas más pequeñas, y las rupias no pasaban. Cansado ya de hacer inútiles esfuerzos para conseguirlo, quise colocarlas en la mano del bonzo, pero él la retiró y con modesta sonrisa nos dijo que las reglas de su órden no consentian que el contacto del vil metal profane las manos de un religioso. Por eso ellos, á falta de guantes, usan cepillos para tener dinero sin tocarlo. Hubo de quedarse el buen sacerdote de Buda satisfecho de nuestra limosna, pues se empeñó absolutamente en enseñarnos el jardin, cogiendo y ofreciéndones al paso algunas flores. Yo no cesaba de mirar su estampa, que, en verdad, más predispone á la risa que á la veneracion: la cabeza afeitada, depilada la barba, en cumplimiento de su regla monástica que manda arrancarla dos veces al mes, una túnica amarilla, contrastando con el bronce oscuro de su rostro y formas componian un conjunto repugnante; sin embargo, movido á compasion por su juventud, le pregunté:

—¿Permanecereis mucho tiempo en el convento?

—Sí, toda mi vida la pasaré en el servicio de Buda, fundador de la órden y su poderoso protector.

—¿Entonces habeis profesado?

—Sí, pero nuestros votos no son eternos; mi objeto, al abrazar el estado religioso, es hacer méritos, perfeccionarme cuanto me sea po-

sible; pero yo y todos podemos retirarnos y dedicarnos á otra profesion cuando nos parezca conveniente. Yo,—prosiguió,—deseo continuar, y espero tener voluntad bastante para ser hasta el fin de mis dias agradable á Buda, pues nuestra órden es la base y el nervio del budismo en toda la India, en la China, en Siam, en Cochinchina, en el Cambodge y en la Birmania.

—¿Os llaman bonzos en esos países tambien?

—No, en Siam se nos designa por el nombre de *talapuntes*, derivado de *talapat* (1), y en Birmania nos llaman *fongias*; pero somos igualmente respetados en todas esas naciones. Nuestra mision, —dijo, animándose por grados,—es guiar hácia la perfeccion á nuestros semejantes por medio de exhortaciones y ejemplos de virtud; leemos en público los libros sagrados, y á esto se reducen nuestras funciones sacerdotales; somos muy numerosos, pues cualquiera es admitido en la órden si se presenta vestido de amarillo, y exhibe un documento que acredite el consentimiento paterno, no tener ningun defecto físico, saber leer y escribir, y recitar las oraciones más usuales.

No pude ménos de sonreirme al oir al bonzo hablar en tono enfático de defectos físicos que imposibilitaban la entrada en la órden; ¡él chato, bizco y un si es no es desnivelado de hombros!—Si no hay más rigor en las demás condiciones, me explico la supina ignorancia de la mayoría de estos monjes, efecto de esa indulgencia y de la dulce pereza á que se abandonan en sus conventos.

Buda hizo mucho para impedir la degeneracion de la órden en el trascurso de los tiempos: impuso la túnica amarilla para hacer humildes á sus indivíduos (2), y mandó además que no se hicieran de pieza, sino de retazos. Sumana-Cudom le secundó dictando reglamentos para el régimen y gobierno de las bonzerías; más son tan minuciosos, descienden á tales detalles de la vida íntima de los bonzos en todos sus instantes, que no me ocuparé de ellos por no incurrir en los pecados de realismo y proligidad. Para terminar, solo diré cuáles son sus deberes principales.

Levantarse al amanecer, pero no dar un paso antes que haya

(1) Abanico de palma que usan estos monjes.

(2) En su tiempo las telas de ese color no se usaban más que por la más ínfima clase de la poblacion india, por los parias.

luz bastante para distinguir las venas de las manos, á fin de no matar, ni aun por inadvertencia, ningun bicho, pues todo sér animado es inviolable, aunque sea insecto dañino. Se lavan los dientes, toman un baño, se visten, rezan en comunidad, y en seguida cada cual toma una marmita, salen á la calle, allí se dispersan y se paran uno á uno en las puertas de las casas. Allí aguardan silenciosos, con la marmita en la mano, hasta que almas caritativas se asoman y la llenan de arroz blanco con salsa picante. Con esta provision vuelven al convento y almuerzan, cada uno en su celda.

A las doce comen, y hasta la mañana siguiente no prueban, es decir, no deben probar bocado; únicamente son lícitos el the y los refrescos. Unos guardianes, llamados *sarang-sang* están encargados de vigilar estas comunidades, y señalar á la autoridad local, cuando es indígena, ó al superior de la órden cuando es europea, los bonzos cuya conducta es reprensible. No se pueden casar ni acercarse siquiera á una mujer, aunque ésta sea su hermana ó su madre, y se trate de salvarlas del fuego ó del agua: la mujer, considerada como sér impuro y no persona cabal aquí, como en casi todos los países asiáticos, mancharia con su contacto la pureza del monje; sin embargo, Buda se permitió la demasía de casarse y aun la de tener hijos, pero entonces todavía no habia fundado la órden, y además... las leyes tampoco en la India tras ó cisgangética, insular ó de tierra firme, tienen efecto retroactivo.

Su infeliz esposa ¡más le valiera no haber nacido!... cierto dia que los bonzos no tenian que comer, Buda la inmoló y dió alimento á la comunidad con su carne; rasgo digno de un hombre que en otra ocasion habia cortado de la suya propia para satisfacer el hambre de animales famélicos. Aun estuvo deferente con su mujer: ella, al fin, sirvió de pasto á hombres, y él, en parte, lo fué de bestias; pero se dirá: ¿por qué entonces él no se sacrificó, y despues, el muy cruel, lo hizo con su dulce compañera?—La respuesta es muy fácil: Buda era en lo físico un mónstruo de gordura, y con un par de túrdigas que se cortára pudo hartar á una manada de tigres; su esposa, por el contrario, era de escasas carnes, y los bonzos presentes tan numerosos que apenas quedaron sus huesos.

Los bonzos, es cierto, no deben matar persona ni animal alguno, ni en caso de justa defensa; más Buda, en su alta filosofía, pensó quizá: así como así, mi mujer es carne de mí carne y huesos de

mis huesos; por consiguiente, matándola yo no cometo asesinato, sino que practico una amputacion en mi cuerpo. ¡Dios nos libre de la lógica india!

Tan horrendo sacrificio se cita como ejemplo de los generosos sentimientos de Buda por los bonzos cuando predican la caridad.

Cuando es luna nueva ó luna llena, los bonzos convocan al pueblo en el templo; uno de ellos sube á un sillon dorado y se sienta sobre sus piernas cruzadas; lee un texto de los sagrados libros y diserta algun tiempo sobre el tema de los preceptos y virtudes de *Somana-Cudom*, exaltando sobre todas la caridad, lo cual se comprende: ellos viven de las limosnas del público; sin embargo, es preciso hacerles justicia; aunque su regla es severa, la observan puntualmente, bien sea por conviccion ó bien por conveniencia, y la observan por que quieren, pues ya dije ántes que pueden romper su yugo cuando les parezca insoportable.

Algunas veces son invitados á las ceremonias y fiestas de familia; pero antes de entrar en una casa se aseguran de si tiene más de un piso y si el superior está habitado, por no exponerse á la afrenta de que nadie, y ménos una mujer, tenga los piés en sitio más elevado que los suyos.

Tanto me entretuvo este estudio, que cuando llegué á la fonda era de noche, lo cual no indica que fuera tarde; pero es tan breve el crepúsculo en los países orientales, que á las seis anochece... Son dias de noche, como diria Pedro Alarcon, puesto que á la luz de la luna se leen cartas y periódicos de letra tan menuda como *El Times*.

Loret es el fondista predilecto de los españoles que por aquí pasan; mas hay otras dos famosas: *La Oriental*, monumento suntuoso cuya fábrica costó cien mil duros, y la de *Sea-Ven* (vista del Mar), célebre por las etiquetas tan inverosímiles como escabrosas que su propietario pone en las botellas de licor: *Muerte de Jacob*, *Abre el Ojo*, *Relámpagos y Truenos*, *Besame-Pronto*; como *spicemen*, me parece que basta. Ahora bien; acaecer puede que una pudibunda *lady* pida unas gotas de licor para hacer un *grog*; acude presuroso un camarero inconsciente y le suelta la siguiente retahila: relámpagos y truenos, bésame pronto, ¿ó prefiere Vuestra Gracia la muerte de Jacob?—Estas tres frases, así disparadas á quema-ropa, son el argumento de un drama y hasta de una tragedia; por ejem-

plo, si el marido es *yankee* saca su rewolver y tiende al camarero de un tiro.

Tengo yo la manía, cuando viajo, de bañarme en aguas ilustres. en parajes que la historia menciona conmemorando algun acontecimiento trascendental, como el peligro corrido ó la simple inmersion de personajes legendarios: manía que me hizo sumergir en el Jordan, en el mismo sitio donde San Juan Bautista bautizó á Jesús Nazareno; en el Nilo, que sostuvo la cuna de Moisés; en el Meles, que echó á su orilla la de Homero; en las aguas de Chipre, que mecieron la concha de Vénus; en el Cidno, donde tomó Alejando un baño casi mortal; en el Gránico, lecho mortal de Federico Barba-Roja; en la playa de Lesboos, líquida tumba de Safo; y no entré en la Piscina de Salomon porque ya está seca. Tambien he atravesado el Helesponto, como Leandro y lord Byron, quizá por iguales motivos, mas por distinto sistema.

Digo esto, para justificar mi deseo de bañarme en la bahía de Punta-de-Gales, deseo que no realicé por complacer á Silva. El digno negro me manifestó que no iria conmigo, porque la bahía está infestada de tiburones que devoran diez ó doce indígenas por semana.

—Eso no va con nosotros,—repliqué,—yo soy blanco y tú eres negro; á esos peces les gusta la carne bronceada. ¿Qué temes?

—Temo, señor, que no distingan de razas, y si nos comen por error, aunque ellos luego se arrepientan, nosotros comidos estamos.

Este razonamiento me convenció y sacrifiqué mi deseo en aras de la integridad de mi indivíduo.

Al acostarme noté que solo habia una sábana en mi cama; llamé, y un malabar vino á explicarse que en las Indias nadie se tapa para dormir. Unicamente por decencia, y para defenderse de las miriadas de mosquitos, lanceros alados que zumban sin cesar, cubre la cama un gran mosquitero de finísima gasa blanca; las ventanas no se cierran mas que con persianas. El aire, cuyas corrientes se evitan cuidadosamente en Europa, en estos climas se buscan con el ánsia de un supremo bien.

A las cinco de la tarde del dia siguiente zarpó el *Cambodge*, marchando tan rápidamente que en breve la isla se perdió en el horizonte y las acres brisas del mar sucedieron al zéfiro embalsamado que se respira en el paraíso que acababa de abandonar para lanzarme en ple-

no Golfo de Bengala. Solo se descubria la cabeza de un gigante de piedra, coronado de verdura, que se llama el pico de Adam, nombre que simboliza, no una, sino varias supersticiones.

Los mahometanos afirman que una pequeña cabidad elíptica que hay en su cumbre es la huella misma del pié de nuestro primer abuelo, del desterrado del Paraíso, en castigo de su incontinencia, de Adam en persona; los brahmanes sostienen que es el de Siva, y los budistas que es el de Buda. Estos creen que cuando Buda se trasladó de Ceilan á Siam y Annam, hizo el viaje saltando de una montaña en otra, y en la cima de todas dejó impresa la huella de su paso. Tanto esta como otra marcada en una altura á 130 kilómetros de Bangkok, son lugares de peregrinacion.

Tambien lo es el templo de Kalany, ciudad fundada en el siglo III, antes de Jesucristo, por el mismo Buda, en conmemoracion de su desembarco, que tuvo lugar allí hace 2.425 años; pero aún inspira más veneracion el *Dalaba-Muligave*, ó templo del diente, así llamado porque en su recinto está depositada una urna de oro que contiene un colmillo suyo. Esta es una supersticion más de los sectarios, pues el tal incisivo jamás tuvo el honor de nacer en mandíbula tan ilustre, habiendo muchos que por tradicion creen perteneció á Hameman, mono gigantesco, divinizado en la antigüedad, ó más bien en la fábula, que atribuye á este dios con rabo el incendio de Lanka.

Segun ella, irritado el orangutan, ató á la punta de su cola gran cantidad de materias inflamables, dióles fuego, y, corriendo frenético por calles y terrados en medio de pavorosa noche, incendió todas las casas y redujo la ciudad á pavesas. La verdad histórica es que el cadáver Buda fué quemado el año 543, antes de la Era cristiana, que el diente, causa de esa supersticion, era un colmillo de Gotama, tercero y último de los Budas (1) y que este hueso fué durante ocho siglos la inmasticable manzana de discordia entre varias ciudades de la India, que se disputaban la preciosa reliquia; hasta que en el siglo IV de nuestra Era vino á parar á Ceilan; los tiempos corrieron, la isla cayó en poder de Portugal, y un príncipe, D. Cristóbal de Braganza, se lo llevó á Goa el año 1560, que esta importacion no fué del agrado del muy Reverendo Arzobispo de aquela diócesi, y

(1) Sábios.

algunos meses despues hizo con ella público auto de fe: sus cenizas fueron arrojadas al mar. Intrigas políticas y régios amoríos, que á cuento no vienen, indujeron á Vicrama, rey de Kandy, á sustituir la reliquia perdida con otra que mandó forjar y consiste en un trozo de marfil, largo como de seis centímetros, labrado en forma de diente de cocodrilo. (1)

IV

A bordo volví á encontrar mis bellas holandesas, con su enojado séquito de compatriotas de ojos vidriosos é incomensurables piés. El jóven andaluz que cautivára el corazon de Gretchen estaba allí tambien, luciendo sobre su chaleco una cadena de concha enriquecida con numerosos diges, entre ellos el indispensable corazon, un anela y otros emblemas de constancia y fidelidad. Gretchen llevaba un collar de carey dorado y trasparente como el topacio: indudablemente se habia verificado un cange de regalos destinados á servir de recuerdo y de consuelo en la ausencia que se acercaba.

Entre tanto, seguíamos bajando en latitud, sin que se alterase la límpida tersura de las aguas: decididamente, el tridente de Neptuno habia obrado un gran prodigio librándonos de los tifones; pero andábamos poco, el monzon soplaba por la proa y toda la fuerza impulsiva de la máquina no alcanzaba más velocidad que siete ú ocho millas por hora.

El 28 de Octubre pasamos á la vista de las islas Nicobar: yo solo divisé la mayor, cuya rica vegetacion arranca de la misma orilla del mar y hace que parezca una selva vírgen flotando entre las olas. Está situada á 200 kilómetros N. O. de Sumatra y produce gran cosecha de betel y de nueces de coco que exportan sus moradores.

Pulo Pinang, la isla de las palmeras, cuyo fruto sirve para componer el buyo, pasó despues fugaz ante nuestros ojos, ostentando el pabellon inglés, que es el que más reflejan estos mares. Inglaterra posee esta isla desde 1786 y, aprovechando la frondosidad y frescura de ese oasis planteado en medio del Océano, han establecido un *Sanitarium* destinado á los convalecientes de las terribles enferme-

(1) Souza y Couto. (Crónicas.)

dades suscitadas por el clima enervante y mortífero de las Indias: el enfermo que logra dominarlas, recobra sus perdidas fuerzas en medio de aquellas frescas plantaciones de ananas, en las cuales no sé si admirar más el delicado fruto ó la hermosa flor. Los indígenas fabrican y venden al viajero excelentes cuchillos malayos, los célebres y destructores *Kris* y unos bastones de raíz de palmera muy tierna, que los ingleses llaman *lawyers* (abogados) considerando sus argumentos contundentes y decisivos (1).

Estas maravillas no distraian de sus amorosas ansias á la blanca hija de Java ni al fogoso español: se miraban, se buscaban, se juntaban, conversaban y lo que el lábio trémulo no acertaba á decir, lo explicaba elocuentemente una mirada negra ó azul. Trud, la hermana menor, languidecia: sus parpados enrojecidos, tristes sus bellos ojos, la risa habia huido de sus lábios; estando en plena conversacion general, se levantaba súbita é iba á encerrarse en su camarote cuando más alegre aspecto presentaba el puente.

¿Por qué sus lágrimas furtivas? ¿porqué su aficion á la soledad? ¿Por qué su naciente seno se hincha y palpita cuando parece estar más tranquila? ¿Por qué sus manitas no se cansan de acariciar los anillos del collar de carey que el novio de Gretchen le regaló tambien al mismo tiempo que á esta, tal vez por disimular su amor, por cortesía ó porque siendo rubias ambas, el instinto de la armonía inspiró al rendido galan?.. Yo no podia creerle capaz de un conato de bigamia platónica, y hoy mismo declaro que ignoro el contenido de las preguntas que anteceden y no lo quiero saber; pero, es lo cierto que cada dia sus mejillas subian de color, la verdad es que cuando se retiraba de nosotros, su hermana y el español estában en el período álgido de sus coqueteos. Pura casualidad, sin duda, pero casualidad que me permite señalar el siguiente fenómeno psicológico-fisiológico: una hija del Mediodía, se pone pálida y ojerosa en semejante caso, y la mujer de raza cimbria se pone colorada; esto prueba una vez más que las mismas causas suelen producir distintos efectos, sobre todo, cuando se trata de pasiones y temperamentos combinados.

Cerca del estrecho de Málaca (2) son frecuentes las lluvias; pero

(1) M. Charles Lemire. La Conchinchine Francaissé. et la Rayaume de Cambodge.
(2) Próximo á la línea Ecuatorial.

¡qué lluvias! grandes inundaciones como en el Ecuador y en los Trópicos, son bellas en su horror. En estos parajes las nubes no guardan, como en Europa, la consideracion de derramar su contenido en gotas, cual si fueran inmensas regaderas manejadas por Titanes, sino que audaces bajan de su altura y muy cerca de nuestra atmósfera, abren sus esclusas y sueltan de golpe un torrente de agua. Afortunadamente, estos chubascos pasan pronto y el cielo recobra su explendor y su trasparencia.

Contemplaba uno de estos grandiosos espectáculos, pensando quizá en otra cosa, que el pensamiento es de suyo rebelde y amigo de divagar por los espacios sin permiso del individuo cuyo huésped es; no hay carcelero capaz de incomunicar el espíritu, indócil prisionero que abusa de su impalpabilidad para dominar la cárcel donde debia estar encerrado, lo cual se explica de diversos modos, entre otros, por el sistema del conde de Maistre; "Entre el hombre y el *otro*, llámese como se quiera, vale el hombre tan poco, que el *otro* es el que triunfa." Ciertamente, esto ninguna relacion tiene con los amores de un andaluz y una javanesa, y, por lo mismo, me sorprendí cuando dos dias antes de llegar á Singapoore me abordó el enamorado doncel, diciendo:

—¿Quiere Vd. hacerme un favor?

—Con mucho gusto, amigo mio.

—Gracias: voy á explicar á Vd. de que se trata.

Por corresponder á la solemnidad de este preámbulo, tomé una actitud grave y atenta. Él continuó:

—Usted habrá conocido que yo amo á Gretchen.

—Tiene Vd. muy buen gusto; pero creo que es á ella y no á mí á quien lo debe comunicar.

—Ella lo sabe ya y... en fin, sin vanidad, participa, comparte, se asocia á mis deseos perfectamente lícitos.

—Sea enhorabuena; mas no veo la parte que me corresponde en este asunto; Vd. conoce el refran de "á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga;" y puesto que Vd. ama á esa linda señorita, no tiene sino aceptar la dicha que se le ofrece.

—¿Cómo no? Una parte esencialísima le incumbe á Vd. ¡Yo me quiero casar!

—Y bien, yo no me opongo.

—En ello estoy; mas, para casarme con Gretchen, me he de en-

tender antes con su familia; yo no hablo francés, y quisiera que usted, en mi nombre, se dirigiese á la madre, pidiéndole formalmente la mano de su hija.

—¡Formalmente! Ya lo creo, no conozco nada más formal que ese paso; mas ha de permitir Vd. que yo decline ese honór.

—De ninguna manera; Vd. es el español más caracterizado que viene á bordo; además tengo para mí que Vd. sabrá lo que decir procede en casos tales, y tratará el asunto de un modo superior.

—Usted es muy amable; pero se engaña atribuyéndome esa capacidad que no tengo ni quiero tener; yo jamás he pedido una blanca mano á la madre, al padre, al tio, ni siquiera al tutor de su propietaria: mi sistema es pedírsela á ella misma.

Entonces me miró asombrado, y exclamó:

—¿Será Vd. quizá uno de esos hombres que cifran su felicidad en el celibato absoluto?

—¿Absolu... qué? Al contrario, muy al contrario, palabra de honor; ¿por quién ó por qué cosa me toma Vd.?

—No quiere decir eso,—se apresuró á añadir todo confuso y cariacontecido.

Ví anublarse la frente del pobre jóven, y volver su inquieta mirada hácia donde estaba su novia, que, por cierto, no nos perdia de vista. Estaba en el secreto de lo que hablábamos, segun supe despues: la niña queria casarse á bordo, donde no faltaban curas, ó, cuando ménos, quedar comprometida: realidad ó esperanza.

Ya no resistí más; el caso era tentador por lo raro y divertido, y me presté á hacer lo que mi paisano deseaba, pero con ciertas restricciones.

—Yo,—dige,—no niego á Vd. mi cooperacion, mas declino toda responsabilidad y el carácter de su representante; ¿quiere usted que lo acompañe en calidad de intérprete á la entrevista con su futura suegra? Estoy pronto y me lo debe agradecer, porque no iré sin temor: hágase Vd. cargo; se trata de una suegra, aunque sea *in partibus infidelium;* de una suegra, que, generalmente, es un animal dañino; de una suegra de Java, como quien dice, de una pantera: ¡piénselo Vd. bien! ¡Medítelo!

—Nada tengo que pensar; *ella* lo quiere, adelante; vamos donde está su madre.

Y diciendo y haciendo, me cogió del brazo; asi nos encaminamos al castillo de popa.

Allí, sentada en una silla de tijera, estaba la respetable mamá, grave, rígida, severa, majestuosa como un pastor metodista. Yo nunca la habia hablado, mi paisano tampoco; de modo que nuestra visita le sorprendió tanto, que caló sus lentes para asegurarse de que realmente éramos nosotros mismos en persona y no en efigie.

El pretendiente hizo una reverencia, yo le imité, y la señora contestó á nuestro saludo con una lijera inclinacion de cabeza; momentos de pausa; el jóven se turba y la señora no comprende la situacion.

—Hable Vd., hable,—me dijo él;—hable Vd. primero, yo traduciré en seguida. Diga Vd. que tengo que hablarle de un asunto sumamente grave.

—Señora, tengo el honor de presentar á Vd. al señor, que desea celebrar con ella una breve conferencia.

—Con-fe-ren-cia,—repitió lentamente la matrona,—y, ¿acerca de qué?

—Lo ignoro, señora,—la conteste;—yo, aunque á primera vista parezco un hombre, debo decir á Vd. que en este momento soy solo un diccionario parlante, un traductor, una bocina que trasmite la voz; un eco que repercute los sonidos; mi personalidad no la he traido porque mi amigo solo ha reclamado el concurso de mi lengua.

Ella sonrió, é invitándonos con un gesto á ocupar dos taburetes inmediatos, me dijo:

—Estoy pronta á oir á ese caballero; ¿cómo se llama?

—D. José Jimenez y García.

—Usan los españoles nombres tan extraordinarios, que jamás podré pronunciar uno siquiera.

—Es natural, señora; como en Holanda los apellidos son tan sencillos como el de Van Varberghentiwptonz, no tiene Vd. costumbre de oir los que son difíciles.

—Dígale Vd.,—interrumpió el novio, — que yo amo á su hija.

—Señora, entremos en materia: el Sr. D. José tiene el honor de participar á Vd. que ama á su hija.

—¿A cuál de ellas?

—A la señorita Gretchen.

—Este afecto la honra sobre manera; pero ella, ¿se ha apercibido de algo?

—Y aun de algos,—iba yo á replicar,—pero me contuvo la solemnidad del acto, y me limité á interrogar á Jimenez:

—¿Que si se ha apercibido?...

—Ciertamente,—y ella tambien me ama,—replicó vivamente con acento sentido y lleno de conviccion tan profunda, que la señora lo comprendió sin que yo le tradujera la frase, y mi sonrisa excéptica se cruzó con la suya irónica y burlona, una sonrisa enteramente femenina; la madre se habia eclipsado en aquel momento. Y es que las mujeres se conocen entre sí, y, en general, opinan muy mal unas de otras, injusticia que á mí me indigna.

—¿Conque mi hija le ama?... Pues no me ha dicho nada.

—Señora, su timidez, el respeto que Vd. le inspira, la habrán contenido en sus expansiones.

—Si así fuera, tampoco se lo hubiera dicho á él.

—Señora, la pasion trasforma, anima, precipita y...

—Pero, si no puede haber tal pasion; y hace apenas un mes que se ven y quince dias que se hablan.

—Señora, en los barcos es más frecuente el contacto.

—¡No me hable Vd. de contactos! mi hija es amable con todo el mundo por carácter y educacion; estoy segura de que á V. le trata lo mismo que á él!

—¡Ojalá fuera así!—se me escapó decir,—pero confieso con sentimiento que en un trato y otro hay esenciales diferencias.

—¿Conque quedamos en que se aman? Muy bien; ¿y qué?

—Nada; que el Sr. Jimenez aspira á casarse y pide á Vd. respetuosamente la mano de la señorita Gretchen.

La holandesa no se conmovió, ni pestañeó siquiera oyendo esta peticion á quema ropa; el novio estudiaba ansioso su fisonomía, y sus movimientos.

Yo no he estado más sério en mi vida.

—¿Mi hija ha autorizado á Vd. para dar este paso?

—A mí no, señora, pero tal vez sí á este caballero.

—Tenga Vd. la bondad de preguntárselo.

Hícelo así, y la contestacion fué afirmativa.

—Es singular,-murmuró.-¡Y yo que nada sospechaba! ¡Qué chicas!

—¿Creé Vd. que los demás viajeros se habrán apercibido?

—Lo ignoro.

—¿Usted lo habia notado?

—Sí, señora.

—¿Entonces los demás tambien?

—Es probable.

Recogióse un momento, y despues dijo:

—¿Comprenden Vds. que, ausente mi esposo, yo no pueda dar una respuesta positiva? Entre tanto, consultaré á mi hermano, hablaré con mi hija, y cuando haya tomado resolucion, tendré el honor de contestarles.

Levantámonos al oir estas palabras, saludamos, y en la banda de estribor quiso abrazarme mi paisano, que estaba entusiasmado, contento, fuera de sí, loco de alegría; inmediatamente fué á contárselo todo, Dios sabe en que idioma, á su impaciente prometida. Una vez solo, me ví rodeado por el capitan, el ministro, el conde Mejan y otros pasajeros que de léjos habian asistido á la conferencia y sospechaban su objeto. Conté la historia, se comentó y pasemos un rato sumamente ameno. Más tarde la niña me dió las gracias, yo le dije que bien podia dar algunas quien tenia tantas, pero las tomaba á cuenta ínterin llegaba el momento oportuno de presentarle la nota de mis derechos de traductor. No sé que interpretacion dió á mis palabras, pero ella se ruborizó.

Al dia siguiente vimos surgir de entre las aguas la verde y feraz península de Málaca, y no sin grandes precauciones nos aventuramos en el temeroso estrecho del mismo nombre. A barlovento se veiá un cerco de espuma ciñendo la pradera inmensa y el espeso bosque, como un feston de armiño adornando un manto verde; la blanca vela de alguna embarcacion malaya que bogaba casi rozando la playa, corria veloz sobre las aguas, se paraba y giraba alternativamente como un alcion que baja del espacio, suspende su vuelo y pesca á flor de agua, agitando sus nevadas alas para sostenerse.

Málaca era antes punto de escala de los barcos que pasaban el estrecho; mas hoy su importancia y la de otros establecimientos enteros ha decaido, y únicamente los vapores de la Compañía Peninsular y Oriental inglesa tocan en Pulo-Pinang.

El tráfico en los puertos del estrecho concluyó con la dominacion portuguesa; pero su ruina se consumó á los cincuenta años de

haberse establecido allí los ingleses. Málaca solo cuenta 30.000 habitantes indígenas, holandeses, chinos, portugueses, é ingleses. La guarnicion se compone de tropas cipayas.

Estábamos á los 3° de latitud N., cerca ya de la línea equinoccial y de Singapoor, que se halla al 1°—30. Aquí pensaba descansar algunos dias para continuar despues mi viaje á Pekin; los demás pasajeros españoles se separan en ese punto de los que van á China, tomando ellos el rumbo de las islas Filipinas. Todos son empleados civiles ó militares, negociantes, banqueros, mercaderes, ni uno; el comercio de exportacion de ese archipiélago, que seria considerable, yace postrado por los obstáculos que oponen nuestras insoportables aduanas, nuestra tramitacion laberíntica, nuestra legislacion suspicaz, y tan sábia que estorba el comercio y no evita el contrabando, todo lo cual aleja de allí, como de toda tierra española, naves y comerciantes.

Apenas toma posesion de su cargo un ministro de Ultramar, renueva el personal alto y bajo de las provincias ultramarinas, desde Capitan general, Almirante é Intendente hasta los directores de las fábricas de tabaco y otros más subalternos. Hecho esto, ya cree haber cumplido su mision: revolucionarios y conservadores se diferencian respecto á la administracion colonial en que estos mantienen el *statu-quo* y aquellos acometen reformas peligrosas, siempre en sentido político, *ça va sans dire*, descuidando la gestion económica, la cuestion arancelaria, sin osar entrar resueltamente por la vía que conduce á la libertad de comercio y de navegacion, la franquicia de los puertos y otras medidas propias á aumentar el tráfico y con el la prosperidad de las colonias y de su Metrópoli.

La víspera del dia en que debíamos llegar á Singapoor, la madre de Gretchen me avisó, por medio de su hermano, que esperaba en el salon; acudí presuroso y me encontré entre los dos. Ella tomó la palabra.

—Prometí á V.,—dijo,—contestar á la pretension de su compatriota que pide la mano de mi hija cuando hubiese reflexionado.

Yo me incliné sin proferir una palabra.

—Pues bien,—continuó,—el resultado de mis reflexiones, de acuerdo con el consejo de mi cuñado aquí presente, es que yo nada puedo resolver sin anuencia de mi marido; éste se halla en Batavia y aquí no puedo consultarle y saber su opinion.

—Es justo, señora; pero el novio se ofrece á pedir él mismo el consentimiento que V. echa de ménos; irá á Batavia con ese objeto, si V. lo autoriza.

—Yo nada autorizo, y prohibo á ese caballero que se acerque más á mi hija.

—¿No le parece á V., señora, que es inútil mortificar á esas criaturas, quedándoles solo un dia para estar juntos? Mejor es, á mi juicio, dejarlas vivir y evitar desmayos, síncopes y otros excesos.

—Sea como V. quiere; pero que él no lleve á cabo el viaje que proyecta; escribiendo á mi esposo conseguirá lo mismo.

—Se lo diré así,—dije poniéndome en pié.

—Un momento aún; ¿el novio se llama?... Ya no recuerdo su nombre.

—Hé aquí su tarjeta, que me dió esta mañana: ella expresa su nombres y su empleo.

—¿Qué sueldo tiene?

—Seis mil pesetas.

—¿Al mes?

—No, al año.

—¡Imposible!—exclamó el tio,—mis sobrinas nacieron y se han educado en la abundancia; tienen costumbre de vivir grandemente, con carruajes, vestidos hechos en París, necesitan muchos criados, una instalacion confortable y un buen cocinero francés; además, los angelitos no detestan el *Champagne*.

A esto procedia la siguiente contestacion:

—"Entonces que la novia lleve una dote proporcionada á sus gastos personales, á las necesidades que se ha creado, y asunto concluido."

Pero yo no dí semejante respuesta, mis lábios se hubieran resistido á pronunciar frases tan prosáicas, que es difícil hablar de lo que se ignora, y yo nunca he sabido la aritmética del amor, la cotizacion de las dotes, contar los caudales de una mujer bonita, pues creo que su belleza y sus virtudes constituyen su fortuna y sus blasones; la primera aristocracia del mundo nació de la distincion entre las criaturas favorecidas por la naturaleza y las maltratadas por el cincel del gran escultor de la humanidad, era, pues, de orígen divino.

Solo aventuré la idea de que careciendo Jimenez de caudal y no

alcanzando su sueldo más que á cubrir sus gastos personales, no podia permitirse el lujo de una mujer que exigiese más que un corazon tierno y apasionado, si ella, por su parte, no tenia el presupuesto perfectamente nivelado. Ni la mamá ni el tio se dieron por aludidos; ambos guardaron un silencio de mal agüero, silencio que el último rompió para recordar que Jimenez era un extranjero, católico además, y estas circunstancias no podian ménos de separar á Gretchen de su familia y de su pátria.

—Doloroso trance para todos y sobre todo, para la niña, si no se lo pagan bien,—murmuré yo, comprendiendo que la boda no tenia hechura.

Luego en voz alta:

—¿No teme Vd., señora, que Gretchen sufra cruelmente por esta negativa?

—¡Bah! será un disgusto pasagero; ¡es tan jóven! Al cabo de un mes no se acordará de esta historia.

—Así sea,—dige saludando, y me retiré.

El novio escuchaba esta conversacion desde una lumbrera abierta sobre nuestras cabezas; todo lo habia oido; pero como se hablaba en francés, no entendió una sola palabra: era el suplicio de Tántalo, y deseando satisfacer su ardiente curiosidad, salió á mi encuentro en la escalera y me interrogó con su mirada, diciendo con angustiada voz:

—¿Negada?

—No.

—¿Concedida?

—No.

—¿Entonces?

—Calma, amigo mio, mucha calma, y escúcheme.

Le conté lo ocurrido, sin omitir un detalle, de lo relativo al presupuesto conyugal que habian presentado aquellas buenas gentes. Él creia rica á su novia, y sin asustarse de las cifras, me apretó la mano y corrió á referírselo todo. Ella nos estaba espiando; sentada léjos de nosotros, cubria su encendido rostro con un libro abierto, en cuya lectura parecia absorta; sin embargo, yo creí notar que no volvia las hojas. De repente se levanta y corre frenética hácia mí, se apodera de mí brazo invitándome á pasear sobre cubierta y comenzó á hablar.

—No creo haber comprendido bien á Pepe; segun él dice, mi familia no quiere que me case con un extranjero, alegando él pretexto de que me alejaria de ella, y yo estoy resuelta á casarme *bon gré mal gré* con mi español. Han creido, sin duda, que podria soportar la vida con un holandés, con un *choucroutte*, con un tonel de cerveza: ¡ah! ¡ah! que mal me conocen; y en Java además ¡horrible existencia! ni un año, ni un mes, ni una semana. Yo necesito el aire de Europa, sus salones, sus córtes, el trato de sus hombres superiores, de sus grandes señoras, tan elegantes y distinguidas. ¿Un plantador, un negociante yo?... ¡ah! ¡oh!...

Y la pobre niña reia convulsivamente, reia por no llorar, estaba roja como las amapolas en Mayo.

—Señorita, reflexione Vd.; si tales son sus miras, Jimenez tampoco le sirve para marido, porque él se va á establecer en Manila; y aunque esta ciudad sea mejor que Batavia, ambas son asiáticas.

—Yo le haria volver á España.

—Con su modesto sueldo no es posible hacer grandes viajes.

—No tendré más que vestidos de percal.

—No podria Vd. andar en coche.

—Me estaré siempre en casa.

Como se ve, á cada condicional mio respondia con un futuro perfecto. La juventud y la pasion de nada dudan. Yo proseguí diciendo:

—No beberia Vd. Champagne de la *veuve Cliquot*, sino Valdepeñas tinto ó blanco de Rueda.

—Beberé agua pura, y al lado de mi Pepe nunca estaria triste, En fin, mi madre dirá lo que quiera, pero yo convenceré á papá; ¡es tan bueno, me quiere tanto!

—¿Y si él tambien niega su consentimiento?

—Me pasaré sin él.

Tanta resolucion measombró, é involuntariamente me pregunté si estaria en presencia de una gran pasion; mas no... yo la habia visto enviar cartas á Berlin en todos los puntos de escala, diciendo á su novio que eran para un aya que tuvo siendo niña, mientras en los sobres estampaba el nombre aleman de un subteniente de húsares de Silesia.

Esta reflexion me tranquilizó y me propuse exasperarla.

—Sin el consentimiento paterno no se puede Vd. casar hasta su mayor edad.

—Tendré paciencia durante cinco años; pero ¡Dios mio! es demasiado largo el plazo; me moriria antes, y yo quiero vivir; nada, me escaparé con él.

—No lo hará Vd.; pero si lo hiciese, le suplico vaya á España, y acuérdese de mí en sus ratos de ócio.

—¡Qué pícaro es Vd.!—dijo soltando mi brazo y alejándose entre furiosa y risueña, amenazándome graciosamente con su abanico.

V

Singapoor.

La vista de esta isla sorprendió á los pasajeros que como yo surcaban por vez primera estos mares: apareció como por encanto, cual si del fondo de las aguas saliera en aquel instante. Y es que en la India, region de prodigios, surgen de improviso, cuando menos se piensa, sin que préviamente nadie lo sospeche, bosques, montañas y ciudades, como efectos de bruma, como fenómenos de espejismo.

Al llegar á la altura de Yahor, el práctico mandó virar, quedó este punto á barlovento, y en virtud de esta hábil maniobra enfilamos la boca del puerto, que es estrecha y difícil de tomar, encontrándonos seguidamente en plena rada, una rada ancha y profunda que la tierra defiende por todas partes, tierra que no se vé, pero que se adivina por los árboles y las casas que sustenta: bosques y praderas se estienden hasta el feston plateado que las ondas bordan al romperse en la playa; apenas cuando baja la marea se destaca una línea roja entre el azul del mar y el verde de los campos; no hay más solucion de continuidad; ¡generosa tierra que, ansiosa de mostrar la pujanza de su rica sávia, abre su seno y deja que germinen las semillas, que broten las plantas tapizando de múltiples colores llanuras y colinas, elevando hasta el cielo el frondoso ramaje de árboles, que parecen gigantes coronados de verdura!

Vapores europeos, juncos chinos y barcas malayas surcan veloces las aguas en todas direcciones, deslizándose hábilmente entre el dédalo de buques con las banderas de todas las naciones. La española flotaba en tres barcos, dos mercantes y uno de guerra, la *Vencedora*, valiente corbeta que hizo la campaña del Pacífico.

Las mensajerías francesas tienen para sus buques un fondeandero especial junto al muelle de New-Hasbour, arrabal distante dos millas de la ciudad, formado en su mayor parte con los talleres y almacenes de esa compañía y de la Península y Oriental inglesa. El heredero de los antiguos *rayahs* de Yahor tiene en este arrabal su residencia, un palacio magnífico rodeado de jardines y bosques sin fin; allí vive ostentosa y pomposamente, como vivieron sus antepasados en su córte, gozando del fausto oriental y del confort inglés, es decir, libando el cáliz de dos civilizaciones, libre de los cuidados inherentes á todo gobierno, sin pensar en guerras civiles ni extranjeras, en invasiones ni en conquistas; cobra una pension de dos mil libras esterlinas que el tesoro inglés paga en virtud de una de las cláusulas del tratado por el cual el *rayah*, su padre, cedió la isla de Singapoor á Inglaterra, suma que seria insuficiente para sufragar los gastos de una existencia opulenta digna de su rango, si el ex-soberano no se hubiera reservado la propiedad de vastos territorios cuya renta basta y sobra para satisfacer los caprichos más suntuosos que él y sus descendientes pudieran tener.

Mientras nuestro buque atracaba al muelle y lo amarraban, tuve tiempo de contemplar á mi sabor los juegos con que divertian sus ócios los tripulantes de las piraguas: cada una de estas va montada por dos niños desnudos y armados de un corto remo, con el cual manejan hábilmente su frágil nave, que á veces, es cierto, presenta su quilla al sol; pero son los pequeños remeros buzos consumados, é instántaneamente reaparecen sobre el agua, enderezan su barca y se entretienen haciendo con ella mil atrevidos ejercicios, como un buen ginete hace saltar, botar, encabritarse y andar de costado á su corcel favorito. Llegó el momento de desembarcar, é inundaron el puente mercaderes, intérpretes y fondistas, esa turba ávida y servicial que hace presa del viajero en todos los puntos por donde pasa; muchos de estos se precipitan hácia la escala, ganosos de saltar á tierra, llamando unos á su criado, otras á su doncella, aquél despidiéndose á gritos de su compañero de camarote, del hombre con quien ha compartido durante treinta dias un espacio cerrado de dos metros en cuadro, intimidad que, como es forzosa, no engendra cariño amistoso ni más sentimiento que el deseo de perderse mútuamente de vista; ¡y eso que deben conocerse bien!—Quizá sea esto mismo.

Yo tuve el honor de ser recibido por el Ministro Plenipotenciario de España en China, y por sus Secretarios D. Ramon Gutierrez Ossa y D. Ramiro Gil de Ulibarri, y por el Comandante de la *Vencedora*, D. Juan Cervantes. Dos palanquines, especie de ómnibus arrastrados por un tronco de caballos enanos, que guia un malabar de rojo turbante, nos esperaban, y dentro de ellos hicimos el trayecto hasta la ciudad. La carretera es magnífica, como todas las inglesas y como eran las españolas antes de la revolucion, cuyos prohombres, en su afan descentralizador, las entregaron á las diputaciones provinciales que invertian en fusiles para la milicia ciudadana, encargada de velar por la libertad, es decir, de sostener la anarquía y el despotismo de los caciques de la localidad, los caudales que recaudaban en los pueblos para entretener sus vías de comunicacion. Resultado: que muchos diputados se hicieron contratistas, que muchos contratistas fueron diputados; ellos mismos se aprobaban sus cuentas y las carreteras se convirtieron en barrancos, no respetando los propietarios colindantes ni aun los álamos plantados en las cunetas, cortados ó arrancados de cuajo, so pretexto de que sus raíces minoran el desarrollo de las plantas en los linderos: como si el Estado, cuando mandó trazar las carreteras, no hubiera indemnizado ámpliamente á los terratenientes de este perjuicio.

La doble fila de hermosos *eucaliptus* que borda el camino de New-Hasbour á Singapoor, y la protege contra los ardores del sol, me entristecia, recordando la desolacion de los de Valencia y Castilla, devastados por vándalos poseidos de una fúria estólida y fiados en la impunidad, sin que me distragera el serpenteo de los canales que por la derecha bajan hácia el mar llevando el agua sobrante de los campos desecados, ni el vasto risueño horizonte en que se pierden las grandes plantaciones de ananas que empiezan á la izquierda del camino.

Me apeé en la *Fonda de Europa*, la mejor de Singapoor, cuya descripcion haré, porque ni en su aspecto ni en su instalacion se parece á las hospederías de Occidente, edificios más ó ménos grandes con puertas, ventanas y balcones como todos los demás, amueblados suntuosa ó modestamente, pero que todos revisten cierto carácter de uniformidad.

Este, por no asemejarse en nada á aquellos, ni siquiera está situado en plaza ó calle: sobre una inmensa esplanada cubierta de

verdura y cortada por cuatro hermosas calzadas, se alzan tres edificios de dos cuerpos, excepto el del medio que solo tiene uno y presenta más fachada que los dos laterales; las paredes son blancas, verdes las persianas y atrevidas las dobles columnatas de la baranda y de la galería alta que circuye el piso principal, adornadas con los mismos trasparentes chinos y cortinas de junco que se usan en Ceilan. Las barandas están provistas de divanes de bambú, tapizados con finísima estera de palmas, que brindan al viajero y al paseante descanso; una magnífica vista al mar, que está cercano; y una brisa embalsamada por el aroma de espléndidas flores tropicales, como jazmines dobles, azucenas rojas, tulipanes negros que esmaltan los cuadros de jardin inglés por su trazado, mas en el cual crecen altas palmeras y bananos de anchas hojas. Una cerca de piedra gris separa el jardin de la vía pública: pero las verjas se abren para dar paso á los carruajes que conducen viajeros y éstos discurren libremente á través de las calles de este vergel.

Las cocinas, los comedores, gabinetes del lectura y habitaciones del fondista están en la planta baja del ala derecha; la izquierda es un palacio con todas sus dependencias: cocheras, cuadras, y jardin separado del general, pero se alquila raras veces, únicamente cuando llega un gran personaje ó una familia numerosa y opulenta. En cuanto al edificio central, está dividido en cuartos que en larga crujía se suceden y abren sobre la baranda de madera; cada cuarto se divide en dos por medio de un biombo que separa el salon de la alcoba; el mobiliario es sencillo, pero confortable: una cómoda, un gran velador, un escritorio, un divan y varias butacas de bambú; la cama es un tablado de caoba con bancos de hierro, una delgada colchoneta de crin, un mosquitero, una sábana y cinco almohadas. La alcoba tiene una puerta de servicio que da á un patio interior, en el cual hay cuartos de baño cuyo número corresponde con el del que cada huésped ocupa, pues en la India es necesario y grato bañarse en agua fria cuatro ó cinco veces al dia, tanto como en Europa nos lavamos las manos y la cara: el calor, la higiene y la precision de cambiar varias veces de traje exterior é interior así lo exijen.

Los camareros son jóvenes chinos que chapurrean la lengua inglesa; su librea consiste en un ancho pantalon azul, larga blusa blanca y unas babuchas negras de doble suela de fieltro; de sus ca-

bezas afeitadas penden trenzas tan largas y gruesas, que tentarian la codicia de cualquier peluquero ambicioso. Los chinos recojen su trenza en forma de rodete cuando se entregan á sus faenas; pero si el amo llama, la suelta presuroso y acude al llamamiento, que es grave irreverencia, segun la etiqueta china, presentarse á un superior, hacer ó recibir una visita con la trenza recojida; estos mozos desmienten con su vigor, actividad y maña, la inferior idea que inspiran á primera vista sus rostros lampiños y su aire afeminado.

El fondista es francés, lo cual quiere decir que sabe dar de comer: los franceses son cocineros por instinto, por vocacion; nadie como ellos entiende ese oficio. Vatel y Careme fueron dos grandes artistas culinarios; el baron Brisse, un gran profesor en ese arte que Brillat-Savarin ha elevado á ciencia, escribiendo su Fisiología del gusto: los aforismos *le sauvage mange, l'homme civilisé dine*; dime lo que comes, te diré quién eres, son tan exactos y tan profundos, como el de Buffon, *l'estil c'est l'homme*. En efecto, si el estilo revela la instruccion, el instinto artístico y hasta el carácter de un individuo, sus gustos gastronómicos indican la delicadeza ó la vulgaridad de sus pensamientos. Un dia, viajando por la Mancha, me dijo un personaje francés: *si jétais roi d'Espagne, j'éxilerais toutes les cuisinieres espagnoles en France pendant deux années; á sou retou relles sauraient leur metier*. Este grito de indignacion fué arrancado por el ayuno que nos habia impuesto en Manzanares una Maritornes, con un horrible estofado y dos gallinas, ya ancianas y, á mayor abundamiento, asadas con aceite crudo. La verdad es, que en España solo un millon escaso de sus habitantes sabe comer; el resto se nutre, pero no discierne lo que es comida y lo que es alimento, lo cual explica nuestra decantada sobriedad: la cocina española no puede formar gastrónomos; ella nos hace sóbrios, y si la economía animal lo consintiera, los españoles habríamos llegado á tener estómagos de Camaleon.

En Singapoor sentia yo un dulce bienestar pisando tierra firme y sin pensar en partir al dia siguiente, como durante un eterno mes me habia sucedido. A las siete de la tarde veia sentada á la mesa redonda una sociedad cosmopolita; oia hablar todas las lenguas; mas como en este mundo no hay dicha completa, hube de abreviar mi comida, porque la deplorable costumbre de fumar en la mesa ha pasado los mares, y es preciso comer en su cuarto ó resignarse á que

el humo descomponga las salsas y dé náuseas á toda persona que, no estando habituada á respirar la densa atmósfera de los cafés, repugna y le molesta en aquel instante el olor á tabaco, por más que ella misma sea un fumador endurecido. En las colonias, el medio social deja mucho que desear en punto á educacion.

En mal hora salí y me lancé á vagar por los jardines; sin querer sorprendí un dulcísimo coloquio. Gretchen se despedia de su amante.

—Adios, adios, amada mia. ¡Ah! ¿Por qué hemos de separarnos tan pronto?

Decia él con desesperado acento.

—*Ne me dites adieu, ditesmoi au revoir,*—murmuraba sollozando ella.

Estas voces llegaban á mis oidos sin que viera á los que las pronunciaban; iba á retirarme para no oir más, cuando la voz semi-infantil de Truda vibró argentina, lenta y temblorosa, diciendo:

—Puesto que va Vd. á ser mi hermano, déme un beso de despedida.

—¡Yo, señorita!... dispense Vd., pero sin permiso de su hermana... yo... no... sé... si debo.

Aquí tuve que morderme el lábio inferior para ahogar una carcajada que hubiera resonado en la arboleda sombría, porque el crepúsculo se habia condensado bastante, como en los ámbitos del teatro de la Opera resuena la escéptica y burlona de Mefistófeles, eco del generoso grito que Fausto lanza viendo desaparecer á Margarita

¡Felicitá d'il ciel!
¡Ah!... fuggió!

Paréme, y mientras sacudia la ceniza de mi cigarro, vi que Gretchen contestaba:

—Sí, besadla, amigo mio, yo lo permito.

Sonó el suave chasquido de dos besos simultáneos; yo estaba estático y abria tantos ojos como la estátua del asombro; mas no tardé en comprender el móvil de la conducta asaz complaciente de la hermosa rubia.

—¡Ahora me toca á mí! exclamó,—y sin duda hubo de colgarse al cuello de mi paisano, segun eran sonoros y apretados los ósculos

los que con él cambiaba. No quise saber más y abandoné aquel sitio; andando, meditaba, y la síntesis de mis meditaciones está en las siguientes exclamaciones que involuntariamente brotaron de mis lábios: ¡Oh precocidad de las generaciones que avanzan!—¡Oh prodigios de la severa educacion inglesa!—El Minotauro se ha escapado del laberinto de Creta y recorre todos los países.

Aquella misma noche se embarcaron las niñas holandesas para la isla de Java; Jimenez las acompañó hasta el último instante, é inmóvil permaneció en la orilla del mar hasta que el vapor se perdió de vista; dolorosa expresion de pena y duda contraía su juvenil semblante. Quizá decia con Espronceda:

Allá va la nave.
¿Quien sabe do va?
¡Ay del que se fia
Del viento y del mar!

Singapoor es una palabra compuesta de Singa y Pura, que en lengua malaya significan Leon y Ciudad; resulta, pues, que es ciudad de los Leones. Inglaterra se posesionó de ella en 1819, y le conservó su nombre quizá porque el leopardo que campea en el escudo de las armas británicas se parece al Leon; está dividida en cuatro barrios: malayo, indio, chino y europeo, fundado este último por Sir Stamphord Rafles, primer gobernador de la isla, cuyo nombre figura en una plaza donde él mismo se erigió un monumento, mandando construir una fuente de mármol en el sitio en que desembarcó. En *Rafles-square* está la estacion telegráfica.

Otro monumento se levanta en la gran esplanada que limita el mar: en el centro de una plaza formada por los soberbios palacios del Tribunal de Justicia, la alcaldía, la administracion de correos y la Biblioteca pública, se ha erigido una columna en honor de lord Dalhousie que en 1850 pronunció un discurso sobre el libre-cambio. La Bolsa, el Tribunal de comercio, la Lógia masónica, situada cerca de la fonda de Europa, y muchas residencias particulares, son tambien edificios grandiosos y de monumental aspecto.

Dos regimientos de cipayos y tres baterías, al mando de oficiales ingleses, guarnecen á Singapoor, cuya poblacion asciende á 80.000 almas, 25.000 chinos, 10.000 indios, 20.000 malayos y el resto europeos; mas ninguna de aquellas razas aspira á emanciparse, gracias á la política de los agentes ingleses, tan prudente como

firme, tan cuidadosa de los intereses materiales de sus colonias que colman de prosperidad. Singapoor es puerto franco; todas las mercancías del mundo se encuentran en sus vastos almacenes; casi todas las industrias modernas se han implantado en su suelo por la iniciativa del génio europeo y la maravillosa aptitud que el chino tiene para toda clase de trabajos; él no inventa nada; pero es robusto, sóbrio, perseverante, laborioso: désele un modelo y una buena direccion, y lo imitará todo.

La situacion de Singapoor, entre el Océano Indico y el mar de China, la convierte en depósito general del comercio de ambas regiones, en la Alejandría del extremo Oriente. Así, todas las razas se han dado cita en ella; se hablan todas las lenguas; todas las religiones se profesan con igual libertad, y se ostentan los trages más diversos; el comercio está en manos de ingleses, alemanes, holandeses, suizos y franceses: los españoles brillan por su ausencia aquí como en todos los centros de tráfico, porque en España los indivíduos que forman las clases conservadoras se están en su casa, y los populares se dividen en dos castas; una que trabaja, paga, obedece y sufre, y otra que grita, conspira, se subleva, la fusilan ó triunfa; todo lo espera, hasta el maná y la isla de Jáuja, cuando vengan los suyos. Los suyos vienen un dia, y el mundo rueda como solia; estupor profundo; gran indignacion; ¡nos han engañado! ¡nos han vendido! gritan; y vuelven la vista á otra parte, sin fijarla atentamente nunca en su propio trabajo, en su iniciativa misma.

Muchos políticos y algunos historiadores sostienen que la decadencia de nuestro país data, ó tuvo su orígen, del descubrimiento y conquista de las Américas, de nuestra intervencion en las grandes guerras continentales de los siglos XVI, XVII y XVIII; pero, esa afirmacion que seria fundada tratándose de otra nacion, no lo es en España, en el pueblo dotado de tal potencia vital que por más heridas que él mismo se abre no logra suicidarse. No, un país que despierta del letárgico sueño del reinado de Cárlos II, y recobra su poderío y su inflencia en el mundo, bajo Felipe V y Alberoni, ese país no decayó realmente hasta que el rey Don Fernando VI enfrenó su espíritu belicoso y conquistador; el fin que aquel soberano se proponia era noble, era elevado, era trascendental; pero se malogró porque nuestro pueblo cesó de guerrear y no se aplicó al trabajo. De lo contrario, siendo laborioso, dedicando su actividad á cul-

tivar los campos y á fomentar la industria y el comercio, poco nos hubiera afectado la pérdida del imperio colonial; mas cuando no se conquista, no se trabaja más que en tramar conjuraciones que empiezan por motin y acaban por revolucion, que, mal dirigida, se desborda como asolador torrente cuyas burbosas aguas socaban los cimientos del edificio social, desarrollando una perspectiva de horrores y desastres que alarman la opinion pública, asustan á la colectividad, y de su seno nace un hombre, se levanta un brazo que lo sujeta, á guisa de dique, con el freno de la dictadura, grave mal, pero mal necesario, que si bien detiene momentáneamente el magestuoso vuelo de la idea liberal, salva el sugeto que es una nacion, una sociedad, un miembro de ese Briarco de millones de brazos que se llama la humanidad. En fin, cuando los pueblos lo derriban todo y nada edifican, decaen, se debilitan y mueren por consuncion.

El hombre que tiene la desgracia de no encontrar en su pátria un modo de vivir, ó que en ella se arruina, emigra, y en las Américas, en las Indias, en la China ó en Egipto busca, y frecuente halla una fortuna que realiza y lleva á su país natal, aumentando la riqueza nacional, pues con los capitales importados de las colonias se fomentan la industria y el comercio, se acometen nuevas empresas; todo lo cual acrece la potencia tributiva de los contribuyentes, y el Estado puede rebajar los impuestos sin desatender ningun servicio de pública utilidad; mas hay gentes que prefieren holgar, renegando del gobierno, á quien echan la culpa hasta de las sequías y de las innundaciones. Esto podrá ser cómodo, pero el raciccinio es eminentemente estúpido.

Ahora volvamos la vista á Singapoor, ciudad que á pesar de su espléndido cielo, de su ostentosa vegetacion, del confort de sus casas, de la abundancia que reina, de la animacion del movimiento que el tráfico imprime á toda poblacion mercantil, no es alegre; hay en la atmósfera que allí se respira, algo que pesa, que oprime y excita el deseo vehemente de abandonarla cuanto antes.

En mi concepto, esta impresion es causada por la fealdad é innoble carácter de las razas que constituyen su poblacion; un egoismo sórdido, una desnudez que no llega á ser deshonesta porque es asquerosa, un aislamiento completo en medio de aquella multitud abigarrada, son condiciones capaces de hacer aborrecible un país;

yo creo que siendo el hombre rey de la creacion, debe en todas partes mostrarse superior á cuanto le circunda; creo que todas las maravillas de la naturaleza fueron creadas para su regalo, para formar el fondo del cuadro en que la humanidad se destaca, pero envilecidos como están indios y malayos, por una eterna servidumbre, pues sin han solido cambiar de dueño no han variado de condiciones, tienen en sus fisonomías, en su aspecto, un sello tal, que á mí, lo confieso, más que parte integrante de la especie humana, me parecen en conjunto, una imitacion bastante mal hecha.

Y cuenta que al hablar de fealdad, no juzgo estéticamente, por más profunda que sea mi conviccion, de que la cara es espejo del alma y la belleza el primer atributo de la nobleza de derecho divino, como privilegio concedido por el Creador á sus elegidos, quiero prescindir de esta teoría y solo me fijaré en el hecho de que hombres que usan moño, hombres que apenas piensan ni sienten, hombres que reunidos en colectividad, pasan como nacion, como pueblo de una á otra mano, de una á otra dominacion, de los mongoles á los persas, de los árabes á los chinos, y luego sucesivamente bajo el poder de portugueses, holandeses y britanos, aunque sean, como son, gentes vigorosas y trabajadoras, aunque, casi todos sepan leer y muchos escribir, carecen de dignidad y en su frente llevan impreso el sello de la fatalidad que los condena á perpétua servidumbre. Unicamente los malabares, por cuyas venas corre sangre agarena, tienen un porte noble y se distinguen por su valor, cualidades reconocidas por el gobierno y los particulares, que los emplean con preferencia á todos los otros.

Dicho esto, renuncio á pintar las mujeres y los niños que nacen de esta prosapia, limitándome á manifestar, que en cada generacion que se sucede disminuye su semejanza con la raza humana y tienden á confundirse con el mono; empero, nada de esto se refiere, ni referirse puede, sin notoria injusticia, á los chinos cuya casta es tan diferente de aquellas, que el contraste resalta de la simple comparacion de sus respectivas fisonomías, vestidos, habitaciones, costumbres y diverso modo de ser.

El barrio malayo es un enjambre de barracas de madera, levantadas sobre cimientos de pilotage tan cerca del agua, que la marea las inunda cuando sube; por las estrechas enlodadas calles, no es posible andar sino con zancos, pues aunque el mar se haya retirado,

las aguas estancadas corren por debajo de las casas, donde hacinados, medio desnudos y enteramente súcios, vegetan, que no viven, los malayos, llenos de enfermedades repugnantes, más resignados y hasta contentos con su suerte. El barrio indio constituye el arrabal de Singapoor, si bien las casas diseminadas sin órden ni concierto hácia el campo, más bien parecen chozas de labradores; verdad es que el indio es generalmente agricultor, cazador ó tendero, mientras el malayo es pescador ó batelero, y el malabar soldado, cochero ó mozo de caballos. En cada barrio hay multitud de escuelas establecidas por los jefes religiosos de las respectivas comunidades para dar á los niños una educacion más ó ménos elemental con la debida separacion de cultos.

Realmente, el barrio chino es lo que la ciudad ofrece de más curioso é interesante, y mis lectores serian de esta opinion si yo acertase á dar algun colorido al bosquejo que intento hacer de él. Sus casas constan de dos pisos: el bajo destinado á taller y tienda, donde se vé á los hijos del Celeste Imperio trabajar dia y noche, ora con luz natural, ora con la artificial que destellan unas linternas de pergamino pintado de vivos colores, suspendidos profusamente de los techos, pórticos y fachadas: están de tal manera construidas esas linternas, que apagadas parecen urnas de madera, y encendidas fanales de cristal de Bohemia esmaltado con caprichosas figuras, siendo tan grande la aficion de los chinos á este sistema de alumbrado que, no obstante estar iluminadas con gas las calles todas de la ciudad, ellos persisten en su tradicional fantástica costumbre de colgar linternas dentro y fuera de sus moradas.—El piso principal tiene en su frente una galería de cristales de colores varios, con figuras más ó ménos correctas; allí se ocultan las mujeres curiosas, como todas, de ver, saber y decir lo que en el mundo pasa, más nadie las ve, ni penetrar puede el misterio que las envuelve en su hogar doméstico tan herméticamente cerrado á toda indiscreta mirada, que los harenes turcos son plazas públicas comparados con él.

En el fondo de cada tienda hay siempre una imágen de Confucio, pintada sobre un lienzo blanco, sobre el cual resaltan más y más los vivos colores de la estampa; el gran moralista chino tenia segun parece, hermosos bigotes inclinados como las ramas del sáuce: era más encarnado que un piel roja y más grueso que tres bajás de

muchas colas: generalmente se le representa en medio de un círculo formado por niños y mujeres, que estasiados le contemplan. Magníficas linternas de cristal, cirios y lámparas de aceite de coco iluminan el altar de Confucio.

Los chinos elegantes, irresistibles, *petits-maîtres*, *dandys*, lechuguinos, pollos ó gomosos tienen la costumbre de pasear por las calles donde hay muchas tiendas, luciendo sus calzones de seda azul celeste, su corta *pachama* negra, tambien de seda con botones de oro ó de cristal, sus medias blancas y sus babuchas de bordado raso y gruesa suelas de fieltro, su larga trenza, cuyo espesor aumentan cordones de torzal mezclados con el cabello, cae sobre la espalda y llega hasta las corbas; casi todos llévan la cabeza descubierta, pero algunos más civilizados, á nuestra usanza llevan un sombrero de paja, y todos el imprescindible paraguas en la mano. Así se viste la juventud dorada, únicamente, pues los artesanos usan trajes mas modestos, aunque del mismo corte; los *coolis* (1) no llevan más que un corto calzon de lienzo crudo y un sombrero de corteza de roten ó de juncos, muy ancho y que remata en punta, como el techo de un kiosko; no se cargan sobre las espaldas, sino en un hombro sustentan un roten largo de dos metros, á cuyos extremos atan las cuerdas que sujetan los bultos perfectamente equilibrados para formar una especie de balanza. De esta manera discurren por las calles mostrando impúdicos sus cobrizos miembros cubiertos de una piel tan bien curtida, que no se roza siquiera con el contacto nada suave del roten, ni deja traslucir en los semblantes la menor contraccion causada por el esfuerzo muscular, necesario para sostener una enorme carga: al verlos, con su talla mediana, sus formas redondas y peladas y hendidos ojos negros, parecen cariátides de marfil antiguo.

El chino es sóbrio y extremadamente limpio; el hombre es, por lo general, más hermoso; es decir, ménos feo que la mujer china, bien entendido, y, para que en todo contrasten los usos de estos países con los de Europa, nos descubren para saludar en la calle ni entrando en un salon; sería esta grave falta de etiqueta, demasiado familiar y poco limpio; colocan á su izquierda á la persona á quien honran, y como nosotros hacemos lo contrario, resulta, que á primera vista nos juzgan toscos y mal educados, contribuyendo no po-

(1) Peones y mandaderos.

có esta idea errónea á que en su lengua europeo sea sinónimo de bárbaro; dictado que por tradicion nos aplican estas gentes amarillas y de oblícua mirada; pero este fenómeno tiene su explicacion, su cultura, su civilizacion estaba en todo su esplendor cuando las naciones de Occidente salian apenas del estado primitivo: mas, como dice Chateaubriand, el génio civilizador es una antorcha, un globo rutilante que gira dando vueltas en torno al mundo y, necesariamente, cuando alumbra unas regiones, deja las otras sumidas en la oscuridad. Sucedió, pues, que la curva luminosa, que á través de las edades marca el progreso de la humanidad, teniendo como tienen todas las curvas sinuosas sus puntos de parada, hizo una respecto de la China, tan larga que despues de muchos siglos dura todavía; los chinos, incomunicados completamente con el resto del universo hasta hace pocos años, digeron, sin duda: puesto que nosotros ya no progresamos, los pueblos que moran fuera de la muralla que enciera nuestro imperio, tampoco; es así, que ellos no habian despertado de ese letargo del sentido moral que se llama barbarie cuando la China llegaba á la meta de la humana civizacion, luego son bárbaros y nosotros el prototipo de la sabiduría. ¡Inocentes! bien caro han pagado su error.

Singapoor posee un Jardin botánico y zoológico, notable como Museo de vegetales, pues en su vasto recinto florecen plantas de todos los climas; pero en zoología deja bastante que desear: su coleccion de animales es tan incompleta, que no tiene un solo ejemplar del tigre, cuya especie es vulgar en la isla, y sus feroces indivíduos sacrifican cada año centenares de víctimas. El Gobierno gratifica con 10 libras esterlinas al cazador que presenta un tigre muerto por él; la Sociedad Mercantil abona igual suma, y, sin embargo, los indígenas no muestran mucho ardor por ganar estos premios, inspirándoles esa fiera un terror invencible.

El paseo más concurrido es la verde esplanada que se extiende entre la fonda de Europa y el mar; allí van al caer la tarde numerosos carruajes cargados de blondas hijas de Albion, acompañadas de obesos y rubicundos maridos; antes, de dos á cuatro, los soldados van á jugar á la pelota, arrojándosela unos á otros, que la rechazan con palas de madera, ejercicio reglamentario que tiene por objeto conservar ágil el cuerpo y elásticos los músculos; es tambien el hipódromo donde los ingleses se entregan á su diversion favori-

ta, corriendo ellos mismos con la habilidad de consumados *jockeys*. El *rayah* de Yohore es el primer *sportman* de la isla, y los oficiales de la guarnicion se disputan el honor de caerse de sus caballos, dicho sea sin ofensa de estos bravos militares y cumplidos *gentlemen*, á quienes debí muchas atenciones.

La casualidad me hizo conocer á dos de ellos en un banquete dado á bordo de la *Vencedora* por su comandante á la legacion de España, terminado el cual, de sobre mesa, entre una taza de Moka y una copa de Kirch, hablamos de armas, de caballos, de gimnasia, de caza, etc.; al despedirse me invitaron á almorzar la mañana siguiente en su cuartel. Sabido es que los oficiales de un regimiento inglés viven en comunidad, alojados en el mismo local que su tropa, pero en pabellones separados y capaces, segun su graduacion; comen juntos y pagan á escote, exceptuándose de esta regla los casados, fenómeno raro en esa clase, pues generalmente no suelen contraer matrimonio hasta obtener un grado superior; y si antes cometen esa debilidad, se retiran del servicio, comprendiendo con Balzac que ese estado civil es una profesion ú oficio, y yo añadiré que muy ordinario, entre otras razones por la de que lo hace todo el mundo.

Yo habia leido y escuchado bastante acerca del lujoso *confort* que reina en estas mansiones de hijos de Marte, y el deseo de ver confirmada por la realidad los sueños de mi fantasía me hizo acudir puntualmente á la cita; daba la una en el reloj del cuartel cuando descendí de un palanquin al pié del vestíbulo del pabellon general con mis dos colegas, un teniente y dos alféreces de navío. Recibidos galantemente por nuestros dos anfitriones, atravesamos la baranda, y en un vasto y elegante fumadero abierto sobre ella tuvo lugar la presentacion á los demás oficiales; ausente el coronel, nos hizo los honores el mayor. Un gran velador de mármol blanco, colocado en el centro del salon, bajo una lucerna de cristal con mecheros de gas y rodeado de sillones de bambú, divanes turcos á lo largo del zócalo de las paredes y mesas de juego en los intervalos componian el sencillo mueblaje del fumadero. Á derecha y á izquierda dos puertas de crujía y frente á las de entrada otra comunicando con el comedor, disimulada por un biombo tapizado de seda carmesí y con marco y pié de caoba, impedia que la mirada escudriñase prematuramente aquel santuario de la gastronomía.

Para hacer boca, como vulgarmente se dice, se sirvió un vino de Jerez, que el mayor se jactaba de haber comprado él mismo en las bodegas de Penmartin, habiendo hecho expresamente con ese objeto un viaje desde Gibraltar á la tierra donde se cria y fabrica el verdadero néctar de oro. Los ingleses agradecieron mucho el elogio que unánimes le tributamos.—Usted nació cerca de esa tierra, me decian, y su voto es de gran peso como testimonio de la autenticidad del orígen del vino; sin embargo, ellos le hacian más honor que nosotros con sus copiosas libaciones: falta en los estómagos españoles la esponja que naturaleza parece haber colocado en los ingleses, alemanes y rusos, con el fin exclusivo de absorber grandes dósis de alcohol. Criados respetuosos y rígidos, dentro de su librea de cutí blanco, circulaban, ofreciendo en bandejas de bruñida plata copas de cristal muselina, y el escanciador seguia llevando en otra el trasparente frasco lleno del generoso licor que le daba el aspecto de un colosal topacio. En esto se presentó el mayordomo, hombre de cierta edad, el rostro orlado de patillas grises y un vientre lleno de dignidad, cuya circunferencia envidiaria más de un senador ó consejero de Estado para aparentar una respetabilidad que no tiene, y desde el dintel de la puerta del comedor anunció con voz solemne que el almuerzo estaba servido. Los ingleses formaron en dos filas; cediéndonos el paso, entramos los españoles y ellos despues.

La mesa estaba cubierta de loza blanca, brillante cristalería y grandes piezas de plata, pertenecientes á la vagilla del regimiento, pues cada uno tiene la suya á costa de los oficiales. Apenas tomamos asiento, cuatro chinos agitaron la panka con tal brío, que era demasiado: producia, en vez de ténue brisa, un furioso vendabal, caso previsto, porque los platos tenian doble fondo, y en su interior algunas áscuas que impiden se enfrien los manjares. El lector me escusará si no le digo cuáles fueron éstos; mas yo ignoro el arte que poseia Alejandro Dumas para confeccionar *menus* provocativos é incitadores á la gula; era el ilustre autor del *Conde de Montecristo*, novelista tan chispeante y fecundo, como gran cocinero; tanto brilló su talento por la pluma como manejando el asador, la espumadera y las cacerolas; yo, humildemente, me inclino ante ambas superioridades, declarando que, si pudiera, emularia la primera; mas la segunda no tienta mi ambicion, me reconozco in-

dignó de usar el mandil y la gorra blancos; y confieso que al salir de un banquete no conservo más que la impresion de si he comido bien ó mal. Jamás me acuerdo de la lista de platos y me limitaré á decir que fuímos muy bien tratados por los oficiales de S. M. B., especialmente en el capítulo de vinos, llamando sobre todos la atencion un *soda-water*, bebida compuesta de Champagne *frappé*, agua, soda y hojas de menta piperita, servida en grandes jarros de plata labrada en vez de botellas de agua, líquido que, segun los ingleses, es bueno solamente para uso externo.

No hubo brindis, y la conversacion se sostuvo en inglés, francés y español, segun estaban colocados los anfitriones y los huéspedes al rededor de la mesa; aquel que no sabia más que uno de los tres, interpolaba algunos vocablos de los otros dos, resultando un mosáico de idiomas muy curioso y divertido.

Terminado el almuerzo y convertido en humo el inevitable cigarro que se fuma tomando café, un ayudante del gobernador y el teniente lord Cras, nos acompañaron en nuestra visita al establecimiento. En el pabellon central están, no solamente las salas de recepcion y el comedor, sino tambien las habitaciones del coronel, el mayor y los ayudantes; estas últimas, adornadas con muebles de madera de alcanfor y trofeos de armas, presentan un aspecto sencillo y de una elegancia enteramente militar, no faltando en ningun departamento de oficial su cuarto de baño. En el piso bajo están el gimnasio, la sala de armas y el tiro de pistola; detrás del edificio hay una série de pequeñas casas rústicas: son las perreras, y en ellas vi muchos cánes de varias razas, algunos enseñados para la caza, abundante en los bosques que rodean á Singapoor y muy perseguida por los militares, quienes pueden entregarse á este ejercicio con suma facilidad, viviendo, como viven, en medio de una selva espesísima, cuya más alta loma corona el edificio que acabo de describir.

Alineados con él, en cuanto lo permiten las ondulaciones del terreno, hay otros muchos de menores dimensiones, donde se alojan uno, dos y hasta tres oficiales, teniendo cada cual su respectivo jardin, que los soldados cuidan con esmero; enfrente de esta línea de construcciones, pero ya en la llanura, hay otra paralela formada por las caballerizas, ocupadas por corceles árabes, ingleses, filipinos, australianos é indígenas, á los cuales se sujeta á dis-

tinto régimen, segun su procedencia y el objeto á que se destinan, sean de batalla, de caza, de carrera ó de tiro. A lo lejos, formando ángulo recto con la línea de las caballerizas, se ve otra más larga de grandes edificios con un solo piso: son los cuarteles de la tropa diferentes de los de nuestros ejércitos, en sus dimensiones y distribucion; aquellos son mayores y tienen cuartos separados para los soldados, cabos y sargentos casados. Cada matrimonio dispone de una salita, una alcoba y una cocina, pues en Inglaterra las clases de tropa no están arranchadas y sí los oficiales. Las cuadras, las camas, los armeros, las dependencias todas, están perfectamente limpias; mil hombres habria alojados, y decian admirados los oficiales españoles que nuestro gobierno acumularia en un espacio igual 3.000 cuando ménos. Así la salud del soldado inglés es excelente; verdad es tambien, que sin tanta holgura y comodidad perecerian ó no podria servir, mientras el soldado español es de hierro y se bate sin comer, beber, ni dormir, cualidades que inspiraron al mariscal Vauvan las siguientes palabras: "allí donde un ejército francés tiene lo necesario, un ejército español nada en la abundancia, y uno inglés se muere de hambre.

Eran las tres y media y el sol no se habia dignado aparecer; encapotado el horizonte, sambrío y plomizo el cielo, las nubes despedian algunas gruesas y tibias gotas que caian pesadamente sobre los árboles y, pendientes de sus verdes hojas, brillaban temblorosas como líquidas esmeraldas. Despedímonos, pues, de nuestros guerreros anfitriones, no sin dejar tarjetas para el coronel y para el establecimiento, donde se archivan en memoria de cada visita; é instantes despues nuestros palanquines rodaban veloces por la calzada de amaranto festoneada de verdura. Los caballos se estremecian en su volador galope y la oblícua inclinacion de sus orejas indicaba el terror que sentian viendo aproximarse la tormenta rugiente en lontananza; lívidos relámpagos rasgaban el fondo oscuro del cielo, bramaba ronco y amenazador el trueno, la atmósfera enrarecía por momentos, dificultando la respiracion, y las artérias latian con vehemencia.

Yo aspiraba con ánsia las ácres emanaciones de la húmeda tierra para fortificar un tanto mis pulmones, mas las corrientes eléctricas que cruzaban el espacio me anonadaban, clavándome en mi asiento como una masa inerte, lo cual no interrumpia el éxtasis

con que admiraba la belleza imponente de aquel paisaje de mangustanes, bananeros, ananas plantados en las márgenes del camino, á guisa de valla, que lo cierra, y al mismo tiempo sirve de marco al magnífico cuadro de las palmeras de alta cima, oscilando á merced del viento que silba entre las hojas de su redonda bóveda, delas bongas cargadas de fruto, del cocotero de nudoso tronco, cuya altura inconmensurable contrasta con la modesta elevacion de la palmera acuática que nace al borde de las acequias y cuyas hojas se rizan y se combinan en forma de abanico, todo lo cual resalta sobre el fondo de un inmenso tapiz de verde césped que solo se pierde de vista cuando lo ocultan en sus inestricables sombras los bosques vírgenes é inexplorados que cubre la mayor parte de la isla. La lluvia arreciaba, inundando el coche por sus ocho ventanillas; fué preciso cerrarlas todas, y hasta que, corriendo á través de aquel turbion, llegué á la fonda, no tuve más perspectiva que nuestro auriga, malabar bronceado que en su pescante aguantaba impasible el chubasco, recibiendo torrentes de agua sobre su desnudo cuerpo, que sin duda era impermeable, pues la escurria como un *water-prooff*.

De regreso en la fonda, quise descansar, pero en vano; mi habitacion fué invadida por una turba de mercaderes indios que venden piezas schales de Kaschmir, tapetes, almohadones y taburetes de paño ricamente bordados en seda y oro, cajas, relojeras y cuchillos de sándalo con incrustaciones de nácar y plata; despues entraron algunos buzos ofreciendo enormes conchas, y, por último, varios malayos con sus famosos *kries* de tosca vaina de madera, acerca de los cuales cuentan siempre una leyenda trágica ó melodramática, relacion fantástica de las víctimas que ha hecho su acerada hoja, historias de celos, de piratas ó de cazadores que suelen interesar al comprador. Segun ellos, en lo antiguo, este arma, que es al mismo tiempo sable, cuchillo y puñal, se fabricaba del siguiente modo: se enterraba una barra de hierro, y la tierra que la cubria era regada con aguas marítimas y humanas; naturalmente, el hierro se enmohecia, y en este estado el armero lo extraia y machacaba en frio todos los dias, volviéndola á enterrar despues, y repitiendo el riego. Al cabo de un mes, la barra habia perdido gran parte de su volúmen y el orin no aparecia ya; entonces se forjaba la hoja. Como se ve, era esta industria enteramente primi-

tiva; hoy está abandonada, prefiriendo los indígenas los quebradizos aceros de Sheffield y de Birminghan, más baratos y fáciles de adquirir.

Singapoor tiene el carácter de toda ciudad cosmopolita; es decir, que no tiene ninguno ni reviste un sello especial: en ella se mezclan las razas, los idiomas y los cultos, en confusion babilónica; y como es imposible fundir elementos tan discordes en un mismo crisol, sus diferencias de orígen, de religion y de costumbres resaltan en la estructura física, en los vestidos, hasta en la arquitectura de sus respectivos monumentos: las columnas góticas que sostienen las bóvedas sombrías é imponentes de la iglesia católica del Buen Pastor, contrastan con el sencillo órden toscano de la iglesia protestante de San Andrés; la sinagoga no tiene semejanza alguna con la mezquita; el templo de Confucio no se parece á la pagoda búdica; y son de distinta construccion y estilo las viviendas de europeos, chinos, indios y malayos.

Empero, estos contrastes, esas diferencias, aquella confusion se explican fácilmente como un fenómeno natural, recordando que los primeros pobladores de la isla fueron unos cuantos malayos fugitivos; estos se posesionaron de ella á principios del siglo XII, y en su época creció tanto el comercio, que Singapoor fué rival de Málaca; luego llegaron los indios, los chinos, los persas y los armenios, que desde las márgenes del Eufrates acudian buscando fortuna y tolerancia religiosa; en el trascurso de los tiempos vinieron otros pueblos, cuyas castas no se cruzan legalmente con las otras, y la separacion se ha perpetuado.

Ningun viajero europeo que pasa por Singapoor deja de subir al Bukit-Tima, montaña de estaño, desde cuya empinada cima se domina un panorama encantador, una magnífica vista que deleita los sentidos y embelesa el alma: en lontananza aparece la ciudad como vasta colmena, pues sus más grandiosos edificios se ven del tamaño de casas de muñecas; el mar, tranquilo y brillante, parece un espejo con marco de verdura, formado por inmensas plantaciones de nogales moscados, sagús, claveros y gamberos (1), que la brisa agita dulcemente, bañándose en su aromas que esparce generosa por el espacio.

Invitado por el Ministro español á un almuerzo, que en la

(1) *Terra japónica.*

cumbre de esa montaña daba para obsequiar á varios cónsules extranjeros, la oficialidad de la *Vencedora*, y el personal de su legacion, amanecia apenas el domingo 7 de Noviembre, cuando nos réunimos todos, anfitrion y comensales, en *Raffles square*; aquí esperaban los palanquines, é inmediatamente partimos. La orilla izquierda del camino está guarnecida de casas chinas, preciosas viviendas, cuyo aspecto exterior es de lo más bello y misterioso que la imaginacion puede concebir: edificadas entre un bosque y la calzada, una blanca muralla las circuye, sirviendo de valla á su pequeño jardin; una verja, siempre abierta, permite el acceso de los carruajes hasta el vestíbulo, que solo tiene dos gradas; una escalera lateral conduce al piso principal, consistente en un gran salon rectangular, cuya puerta de fondo abre sobre una larga crugía de de pequeñas habitaciones; frente á esa puerta hay un camarin en forma de rotonda acristalada y con vistas á la calle; en este mirador alternan los vidrios blancos con los de color, de manera que las damas chinas, sentadas ó de rodillas sobre el divan, ven, sin ser vistas, cuanto en el jardin y en la calle pasa. Esta rotonda cae sobre el vestíbulo cubierto por una bóveda oblonga y de retorcidos bordes, sostenida por dos columnas esbeltas y lijeras, enteramente como un kiosko indio; la calle de árboles que desde la verja conduce al vestíbulo, es de arena muy bien apisonada, contrastando su blancura con el color verde oscuro del ramaje y los vivos matices de las flores que esmaltan los cuadros, las platabandas, los canastillos y las macetas del jardin, donde hay además pabellones aislados para huéspedes, servidumbre y otras dependencias.

Correctamente alineadas, dorados por el sol naciente sus techos de bambú ó de hojas de palmera, y sus blancas paredes con ventanas defendidas por persianas verdes, estas mansiones parecen encantadas; diríase que en su recinto guardan el secreto, el misterio de una existencia feliz; mas esta ilusion, como todas, se desvanece al contacto de la fria realidad. Yo, sin embargo, entré, y afirmar puedo que en sus estancias reina una luz tan ténue, una dulce penumbra, un crepúsculo artificial, esa semioscuridad que tanto aman los poetas, los enamorados y, en general, todas las personas excesivamente nerviosas. Las hijas del Celeste Imperio, aunque muy linfáticas, buscan tambien la sombra, quizá por coquetería, acaso por pudor.

Profusion de linternas pendientes de la techumbre, el indispensable altar de Confucio en un testero, y divanes de alcanfor ó de sándalo, cubiertos de estera de palmas, fina como el raso, tal es el mobiliario del estrado donde la mujer china pasa su vida, reclinada, tomando té, abanicándose ó meditando, absortas en la contemplacion de sus zapatos de punta retorcida, que oscilan suspendidos del pulgar de sus piés desnudos. Su vestido es casi tan lijero como el calzado: consiste en un ancho pantalon de seda ó lienzo azul, que solo llega á media pierna; una túnica blanca, más ó ménos abrochada sobre el pecho, y un gran peine de carey sujetando el cabello echado hácia arriba, y tan reluciente, merced al aceite de coco, que más bien parece una pasta negra adherida al cráneo, que una cabellera de mujer.

La frente de las chinas es desmesuradamente ancha y de color de aljofar como su cuerpo todo; los ojos negros y brillantes, pero hendidos oblícuamente; la nariz aplastada; la boca purpurina y guarnecida de dientes menudos y blancos como perlas; el óvalo del rostro perfecto, el cuello redondo, alto el seno, pero escaso; son bastante bien formadas, de pequeña estatura, generalmente, y es su cútis tan tupido que no se ven las venas, ni sospecharse puede que la sangre corra por los cuerpos de marfil bruñido; de modo que, siendo algunas artísticamente bellas, gustan, pero no cautivan; su fisonomía impasible, su mirada inexpresiva, sin un destello de inteligencia ni de sentimiento, les da una apariencia insensible, y, en efecto, lo son con los europeos que no les parecen hombres, sino simplemente varones bárbaros y deformes porque son blancos y tienen los ojos en línea horizontal. Jamás se las ve pasear; salen poco á la calle, y hacen sus visitas en palanquines, cuyas ventanas cierran espesas celosías sin resorte, á fin de que no se puedan abrir, pues los chinos son muy suspicaces y celosos, como todos los orientales. ¡Inocentes! pierden su tiempo, segun demostré más adelante.

Al cabo de dos horas de camino, nos apeamos, quedaron los carruajes en un fresco valle, y subiendo una pendiente, llegamos á la iglesia de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, sencillo monumento que alegra aquellas soledades con la vibrante voz de sus campanas. Oimos misa cantada, y con este motivo escuché un coro chinesco, formado por un centenar de niños, mujeres y hombres

que con acento nasal recitaban las oraciones en latin, asimilando en ciertas cadencias los cánticos sagrados á la música china, inarmónica, monótona, receta infalible contra el insomnio. Despues visitamos al P. Perier, cura de la parroquia, que bondadosamente nos recibió en su humilde morada, pequeña ermita colgada en una altura, como nido de águilas, escondida entre espesos bosques de bambús, atalaya que domina ese vasto territorio, y desde la cual se ve la iglesia, grata perspectiva para un pastor de almas, como lo es para el justo la perspectiva de la vida eterna, cuando en sus éxtasis ve en lontananza la mansion de los ángeles, el término de su azarosa peregrinacion por este mundo terreno. Quedémonos en él durante el tiempo que Dios se digne dejarnos, y guiados por el Padre Perier, vamos á trepar hasta la cúspide del Bukit-Tima, ascension que no es fácil ni agradable, pues hay que subir unas tras otras ásperas pendientes girando en derredor de la montaña, elevada y de cónica forma, por los senderos que la planta humana ha trazado en el trascurso de los siglos.

El sol, que tanto madruga en estas latitudes, abrasaba con sus rayos la tierra; rendido de fatiga y jadeante, lamentaba el error en que habia incurrido levantándome á hora tan matinal, prometíame no reincidir, cuando, felizmente, llegué á la cima con dos de los más activos y vigorosos oficiales de la *Vencedora*. Eramos los primeros, y juntos compadecimos la suerte de los criados chinos encargados de llevar las provisiones desde el valle donde quedaron los palanquines: desnudos, cubiertos solamente con sus sombreros de róten y doblegados bajo la pesadumbre de dos enormes fardos que pendian de las cuerdas atadas á los extremos de cada bambú, parecia que la férrea caña se incrustaba en sus hombros y el calor iba á fundir sus carnes amarillas; pero tambien llegaron sin novedad. En el más alto pico de la montaña hay un kiosko de nipa, cuyo techo sostienen seis troncos de palmeras, está abierto por todos lados y amueblado con canapés de róten y bambú; en el centro una gran mesa ovalada, en los testeros dos pequeñas para el servicio y un enorme aparador indican que este sitio es el elegido por los ingleses para sus banquetes campestres. Un pabellon oscuro, tambien de nipa, sirve de bodega provisional, conservando frescos los vinos entre montones de húmeda arena; más lejos otro donde se instala la cocina. Los criados chinos del P. Perier y los tagalos reposteros

de la *Vencedora*, tomaron posesion de todo esto y empezaron á funcionar.

Estábamos acampados; mas era tal nuestro cansancio, que en vez de admirar el vasto risueño panorama que se desarrolla desde Bukit-Tima, cada cual buscaba un lugar sombrío donde tenderse, divan, piedra ó tapiz de mullido césped. Hasta que terminó el almuerzo, cuando ya no saltaban con estrépito los tapones de las botellas de *Champagne*, cuando se perdió en el espacio el último eco de los brindis, no pensamos en que era digna de fijar nuestra atencion aquella naturaleza espléndida, exuberante, lujuriosa.

El espectáculo es bello, imponente, admirable: á 1.500 metros sobre el nivel del mar, se ve este líquido elemento, inmóvil, terso, brillante como inmensa lámina de plata sobre cuya superficie se deslizan más bien que bogan los barcos, pareciendo que no andan sino que patinan con su cortante tajamar, y entre el mar y los bosques, la ciudad cercada de agua ó de verdura, parece una isla situada en medio de dos mares, uno verde y azul el otro. La lujosa vegetacion que adorna los campos; los arroyos que en espumosa cascada caen de la altura al valle, serpenteando á través de selvas y prados; los caprichosos juegos á que se entregan la luz y la sombra, escondiéndose aquella y apareciendo ésta una vez en el centro de profunda gruta, otra sobre la movible cúpula de esas bóvedas que forman los árboles, cuyas ramas se enlazan; allí en la espesura de un cañaveral fecundado por el agua de una acequia que lame sus plantas, aquí en la impenetrable maleza donde se juntan el bambú, el junco, la espadaña y otras mil plantas rastreras, trepadoras, etc. Estos varios accidentes producen los más raros fenómenos ópticos, y entre ellos, esas siluetas vaporosas y temidas como el paso de las ninfas y de los faunos con que la fantasía griega, tan rica en bellas imágenes, pobló el seno inextricable de los bosques y el lecho misterioso de los rios.

Cuanto más se mira, se descubren nuevas bellezas, y el alma fascinada, abstraida, se concentra, se recoje para escuchar esos mil ruidos misteriosos que suenan en la soledad de los campos, y cuyo conjunto forma ese rumor espontáneo que parece brotar de todos los átomos terrestres y se llama respiracion de la naturaleza. Empero todo acaba, todo es finito en el mundo físico, así el dolor como la alegría, y al hombre le parece más efímera la existencia de todo

aquello que es bello, verdadero ó bueno, al ménos tal fué la impresion que sufrí en el momento que hube de abandonar mi observatorio para volver á la calzada y oncajonarme en un palanquin.

Cerca ya el sol de su ocaso, los mismos sitios, alegres y ricos, de color por la mañana, revisten á esa hora un tinte sombrío y melancólico bajo el imperio de las sombras que gradualmente se condensan anunciando la noche. Aquella vegetacion impenetrable, tupida, carga la atmósfera de miasmas y de vapores, marcando con vigor los contornos de una naturaleza potente, dominadora, que se recoge y reconcentra sus fuerzas todas para que el astro del siguiente dia la encuentre más lozana y brillante que hoy, imprime al paisaje un carácter eminentemente solemne y triste, carácter que, despues de todo, es el suyo propio, un sello especial y distinto del de la vegetacion americana, no ménos grandiosa. Los bosques de las Indias no son como las selvas vírgenes de América ni como los jardines de Siria, que forman el oasis de Damasco, ni siquiera como las moradas cumbres del Líbano: en estos parajes todo es armonía dulce y atractiva; parece que las brisas murmuran celestes cánticos, aves canoras llenan el espacio de notas argentinas y sentimentales, se siente uno en la plenitud de su poder, con todo el vigor de sus verdes años, todas las magnificencias de la creacion son para recreo del hombre: mas en aquellos no canta por la noche el ruiseñor, sino que atruena los ámbitos el rugido del tigre, pronto á devorar su presa, que brinda á su modo despues de un sangriento festin de carne humana, palpitante aun, ó celebrando la orgía tremenda de sus amores felinos.

Rios y montañas, valles y cañadas, el Ganges y el Himalaya, las plantaciones de té y de ópio, todo, hasta los menores accidentes del terreno es en el Indostan colosal, terrible ó raro: hay aguas amarillas y hojas encarnadas; de modo que, ante una naturaleza tan soberbia é imponente, el hombre se siente humillado; en vez de rey de la creacion, parece destinado á ser espectador mudo y estático de tantos prodigios, de maravillas tantas; sin saber por qué cae en profunda melancolía, sentimiento que aparentemente nada justifica, mas que domina su espíritu, no obstante los esfuerzos que hace para desterrarlo.

VI

Embarcado en la *Vencedora*, salí de Singapoor el dia 14 de Noviembre, haciendo rumbo hácia el N. E.; pronto perdimos de vista esa isla y entramos en pleno mar de China, cuyas olas son cortas é inquietas hasta el punto que veteranos marinos se marean; mas era bueno el tiempo, y al segundo dia divisamos el monte Ofir, antiguo Quersoneso de Oro, donde las flotas de Salomon cargaban de ese precioso metal; situado en la peninsula malaya, han sostenido algunos autores que está en el confin de la Arabia, cerca de Saba; pero sabiéndose que las naves enviadas por el rey Sábio invertian tres años en cada viaje redondo, segun la Sacra Biblia, resulta que el monte debia hallarse mucho más léjos, y, por consiguiente, que es el mismo Ofir; pasamos luego á la vista de Pulo-Condor, isla de los reptiles, cuya inhospitalaria bahía frecuentan solamente los buques que van á los puertos del Celeste Imperio por el estrecho de Sonda. Tanto esta isla como otra más pequeña, llamada Culao-Cong-Nong, pertenecen á la Francia, en virtud del tratado concluido el año 1861 entre la Reina de España, el Emperador de los franceses y el Rey de Amnam, resultado de la conquista de Cochinchina, gloriosamente realizada por el cuerpo espedicionario hispano-francés.

Pulo-Condor habia ya sido cedida en principio á los franceses en 1789 por un tratado que el obispo de Adran celebró, á nombre de Luis XVI, con Gialon, soberano del territorio annamita; la gran revolucion y las guerras continentales y marítimas, en la época del primer imperio, distrajeron bastante á los franceses que no llegaron á posesionarse; y cuando esto se verificó (1861) encontraron varios soldados del destacamento ocupante monedas con la efigie de Cárlos I de España y V de Alemania, acuñadas en 1521; prueba evidente de que los españoles habian dominado esa tierra poco poblada, no muy fértil, sin más industria que la pesca. Francia ha establecido un hospital y un presidio, conservando la posicion por razones extratégicas.

No era la vez primera que navegaba en buques de la real armada, y así no me sorprendió el aseo, el órden reinante en todas sus dependencias, la severa disciplina de marineros, soldados y maqui-

nistas, ni la exquisita cortesía de sus bravos oficiales; pero, mis anteriores escursiones fueron cortas y no permanecí á bordo de ningun barco de guerra tantos dias como debia estar en *La Vencedora*, corbeta de hélice, máquina de 160 caballos, 130 hombres y 3 colizas, dos del calibre de 68 y una rayada de 12 centímetros. Hizo la campaña del Oceano Pacífico, distinguiéndose el 2 de Mayo de 1866, fecha inolvidable, avanzando hasta cerca de la playa del Callao favorecida por su poco calado, y en medio de una terrible granizada de proyectiles de 500 libras, disparados por mostruosos cañones Amstrong, clavó certera sus mortíferas balas en las fortificaciones peruanas; yo sentia un orgullo patriótico contemplando la gran colisa de bronce, cuya negra boca, muda entonces, truena con fulminante elocuencia en los combates.

Marineros y soldados de infantería de marina eran tagalos casi todos; sus lampiños rostros bronceados, sus centellantes ojos y su acento criollo no disminuyen su marcial apostura; hablan un español nada castizo, en verdad; pero, más que sumisos y disciplinados son fanáticos adictos á España, teniendo tan omnímoda confianza en sus oficiales, que antes que retroceder un solo paso sucumbirian todos. Por mar y por tierra siguen con ciega fé al *castila* (1) que los manda, despreciando el fuego y el hierro, las asperezas del camino y los rigores del clima. De tal manera los electrizó el temerario valor de los compañeros de Magallanes, cuyo noble ejemplo han seguido constantemente los soldados peninsulares en las guerras que con frecuencia ensangrientan las aguas del archipiélago filipino, guerras suscitadas, ora por piratas chinos, ora por demasías y atropellos de los moros joloanos: un ejército de indios cuenta segura la victoria, aunque pelee contra fuerzas superiores en número, siempre que los acaudille un jefe español.

La raza tagala no es ingrata, como la espúrea de los filibusteros cubanos. España la halló en estado salvaje; ella la ha iniciado en los misterios de la civilizacion, y, pródiga como tradicionalmente lo ha sido con todas sus colonias, abrió á sus individuos los ojos á la divina luz de la religion de Jesucristo, enseñóles su lengua, sus costumbres, y supo infiltrar en aquellas dormidas almas su espíritu belicoso y conquistador. Ellos pagan con usura su deuda

(1) Castellano, en lenguaje tagalo.

de gratitud en respeto, cariño y sincera adhesion á la metrópoli, reconociendo que si son hoy el pueblo más instruido, culto, laborioso y digno del extremo Oriente, lo deben á la iniciativa, proteccion é influencia de España. Raro es el indio que no sabe leer y escribir en las islas Filipinas, y, siendo cierto que la moralidad de un pueblo está en razon directa de su ilustracion, resulta que son honrados, muy religiosos, limpios y aun pulcros en todos los detalles de la vida, esceptuando, por supuesto, á los igorrotes montaraces que se resisten á vivir en poblado.

La autoridad no es para ellos una institucion política destinada á realizar un fin social, es mucho mas que esto: es un Dios y el *castila* es su profeta.

En estos climas los marineros usan uniforme blanco, consistente en pantalon y blusa con cuello azul muy ancho, corbata negra, como la cinta que rodea la gorra, y una faca al cinto; hay entre ellos algunos peninsulares más fornidos é inteligentes que los tagalos; pero estos procuran imitarlos, copiando sus bruscos movimientos, y hasta la ruda expresion de sus caras de lobos marinos. La infantería de marina viste uniforme azul, diferenciándose únicamente de los batallones que sirven en España, en la tela, pues estos llevan prendas de paño y aquellos de lienzo; tipos curiosos y dignos de estudio se encuentran á bordo de un buque de guerra, pero ninguno tanto como el contramaestre: estos oficiales de mar son notables por la torba mirada y el gesto airado que caracteriza su fisonomía. Prontos siempre á castigar la menor falta, á las terribles amenazas que entre juramentos tan pintorescos, como imposibles de trascribir, profiere su boca, siguen casi siempre las vías de hecho, y sin embargo, fuera de los actos del servicio, son unos buenos sujetos; afables y compasivos, no tienen nada suyo y con la misma generosidad reparten su bolsa que una tanda de palos, lo primero expontáneamente, y lo segundo en cumplimiento de su deber que les obliga á parecer crueles como Polifemo, aunque en el fondo sean unos infelices. La cuestion es que la marinería ande en un pié, como vulgarmente se dice.

Y eso que ahora no empuñan la tradicional caña de Indias, sábiamente prescrita por las reales ordenanzas en un artículo que dice así:

"En las faenas urgentes y un poco vivas, se *alegrará* á la gente

con algunos cañazos.» ¡Singular manera de alegrar!... yo, ignorante, creia que un cañazo dolia y disgustaba, al ménos este efecto me causaron algunos que, niño, recibí en la escuela; verdad que el pasante, ejecutor de las altas obras, no sacudia con caña de Indias, y quizá esta madera tenga la virtud de alegrar, materia sobre la cual no tengo una opinion bien definida; más prefiero dudar á convencerme con los argumentos de un contramaestre, cuya lógica encuentro inferior á la de Kant, aunque sea más contundente.

Para terminar el ligero exámen comparativo de las razas indostánica, malaya y tagala, recordaré la opinion que Napoleon I tenia de las tropas cipayas; el capitan del siglo soñó la conquista de las Indias como último supremo medio de arruinar el poder de Inglaterra, su mortal enemiga y eterna de la Francia; comprendiendo las grandes dificultades que ofrecia la realizacion de tamaña empresa, trazaba planes y allegaba elementos capaces de contrarestar á los que habian de oponérsele. Pues bien, en todos sus cálculos, prescindió de los cipayos, diciendo á Berthier que se los citaba: ese ejército no se combate con fusiles y cañones, sino á latigazos se les hecha al fondo del Gánges. Los chinos y los annamitas han probado en recientes campañas, lo que valen como soldados enfrente de franceses, ingleses y españoles. De siameses, birmanes y malayos, no hay que ocuparse en estudiarlos como militares; luego si España ha conseguido más que la Inglaterra en la India y la Holanda en Java, haciendo del tagalo un buen soldado, instruido, disciplinado é intrépido, capaz de competir con el europeo, segun se vió en la expedicion de Cochinchina, si es la única nacion occidental que ha realizado este prodigio, demostrado está que su sistema colonial es, en esa parte, superior á los demás.

El Gobierno español no guarnece las islas Filipinas con un ejército peninsular; solo envía la plana mayor de los cuerpos cuyos soldados son todos indígenas, y pueden ascender hasta el empleo de capitan; ninguno de ellos fué jamás desleal ni cobarde. No hay efecto sin causa, y la fundamental es el espíritu eminentemente religioso que anima á los indios tagalos, su ejemplar devocion inspirada por los frailes dominicos, recoletos y franciscanos, celosos propagandistas, obreros incansables en su tarea de difundir, no solamente la moral evangélica, sino toda clase de conocimientos útiles; á ellos se debe el floreciente estado en que se halla la instruc-

cion pública en todas las poblaciones del archipiélago, y si su accion fuera secundada por una administracion activa é inteligente, esa colonia seria la mejor de nuestras provincias ultramarinas.

Al amanecer del dia 19 fondeamos delante del cabo de San Jaime para tomar un piloto que guiase el barco á través de las peligrosas corrientes del Donai, rio de Saigon. Ví una cadena de montañas no muy altas, pero cuyas cimas corona un turbante de vaporosas nubes que sombrean los bosques, sus faldas y los prados de sus valles; al Sur, en la cumbre de un pico elevado de 137 metros sobre el nivel del mar, se levanta una torre de ocho metros de altura: es el faro de San Jaime, que, encendido, ilumina las aguas en una extension de 30 millas, tiene luz de primera clase y lo defienden los cañones de un fuerte guarnecido por una compañía francesa de infantería de Marina, cuyo capitan gobierna la plaza, que es importante, porque es la única entrada que tiene la embocadura del Donai.

Tambien ví algunas lorchas annamitas ancladas cerca de la playa: son pequeñas embarcaciones de tres palos y velas triangulares, cuyo entrepuente cubre un toldo de bambú y hojas de palmera: es más propio de una tartana que de un barco; en este tinglado se guarecen los pasajeros, á falta de cámara; los obenques de róten y la forma de ballena que afecta les dan un aspecto raro, estrafalario, acentuado más y más con la efigie de ese mónstruo marino pintado en su popa, no de cuerpo entero, sino en busto, es decir, las aletas y la cabeza con grandes ojos y una boca descomunal, abierta desmesuradamente, hasta el punto de enseñar sus sangrientas fauces. Esta pintura es simbólica, y representa una superstición que tienen los cochinchinos, creyendo que ese cetáceo vela por ellos cuando navegan, y los salva en sus naufragios, llevándolos sobre sus gigantescos lomos á la orilla del mar, donde los deposita sanos y salvos. La verdad es que son todos excelentes nadadores; si naufragan ó caen al agua haciendo una faena, saltan como peces entre las olas, y vuelven á bordo, y como la nave tiene forma de ballena, la ilusion es completa.

Una hermosa fragata, la *Vénus*, estaba fondeada en la bahía de los cocoteros, contribuyendo á animar el cuadro que yo, embelesado, contemplaba: inmensa playa que extiende sus arenas desde el cabo de San Jaime hasta el fuerte Gau-Vay, antiguo castillo

muy importante, segun los naturales del país, y abandonado desde la dominacion francesa en estas comarcas; entre estos extremos del anfiteatro que la bahía forma se ve multitud de árboles notables, como el del aceite, el del pan, el cocotero, la palmera y otros no ménos preciosos; mas lo que cautivó extraordinariamente mi atencion, fué un magnífico bosque de nenufaros, así llamado á causa de hallarse en un pantano donde crecen las flores sagradas del *lotus* (1). Vegetacion potente y rica como la de los campos indios, no es tan lujosa como ésta ni gusta tanto, porque es demasiado uniforme, y la uniformidad es monótona, pues la armonía resulta de una série de contrastes artísticamente combinados y sin armonía no existe, no se realiza el ideal de la verdadera belleza; por eso los campos de Cochinchina no son mas que bonitos paisajes, lindas acuarelas representando bosques enanos, rios amarillos, verdes prados y arenas doradas sobre el fondo de un cielo diáfano, puro como una bóveda de trasparente záfiro, mas no tiene la grandiosidad que impone, los bruscos accidentes, el salvaje aspecto de la naturaleza en las Indias, cuyas perspectivas seducen y humillan al hombre que atónito las contempla.

A 11 millas del cabo de San Jaime hay un pueblo llamado Cangin, depósito de mercancías que surte á los barcos de vela que no suben hasta Saigon; es residencia de muchos mercaderes indígenas y chinos bastante ricos, pues además de su tráfico explotan algunas pesquerías cuyos productos son codiciados en el Tonquin y en las ciudades del Sur de China. Tonquinesas eran las lorchas antes descritas, y chinos los juncos que habian en la rada cargando pescado. Son tan puros estos aires y tan templado su clima, que los convalecientes de los hospitales de Saigon, se restablecen pasando una temporada en Can-gin. Desde el vapor vi en un valle gran número de tumbas que no guardan restos humanos, sino cadáveres de ballenas y de delfines, arrojados allí por el mar en dias tempestuosos, y sepultados devotamente por los habitantes, ansiosos de aplacar los manes de esas víctimas, para que les sea propicia la diosa de los abismos submarinos, el gran cetáceo que ocupa en la mitología china el mismo lugar que Neptuno tuvo en la griega. Es tal su fanatismo, que los marinos próximos á embarcarse van á

(1) *Nelumbium speciosum.*

orar en una pagoda erigida en honor de la ballena hace algunos siglos, y ya casi arruinada, para que su deidad protectora les conceda mar tranquila y viento favorable. ¡Oh, imaginacion pervertida la de un pueblo que rinde culto á las ballenas como si fueran diosas, que las cree sirenas, ninfas ó nereidas; ¡ha perdido la nocion de lo bello!

Despues de una larga navegacion marítima, durante la cual habia cruzado las aguas del Mediterráneo, el mar Rojo, el golfo de Bengala, el Océano Indico y una parte del mar de China, yo deseaba entrar en el rio donde las olas mecen, pero no sacuden los buques; donde no es preciso ensanchar la base de sustentacion y hacer mil contorsiones para andar sin perder el equilibrio; donde podria observar tranquilamente sin haber de preocuparme de mi indivíduo. Así oí con alegría las voces del comandante y demás oficiales de la *Vencedora*, que mandaban levar: izáronse los botes, se armó el aparejo entre el estruendo de los gritos de la gente, el penetrante silbido del pito de los contramaestres y el rechinar del cabestrante recogiendo las anclas, todo lo cual forma un conjunto tan animado, tan palpitante, tan lleno de vida, que habrá pocas escenas tan activas y llenas de colorido como la que ofrece un buque en los momentos de zarpar. A las nueve y media, aprovechando la marea creciente, dejábamos la bahía de los cocoteros para entrar en el Donai, anchuroso rio, cuyos tributarios brazos, esteros y derivaciones son tantos, que es necesario llevar á bordo un buen práctico para no perderse en el dédalo de sus corrientes, pues acontece con frecuencia, que al llegar á sitios espaciosos y redondos como lagos ó plazas fluviales, el agua forma remolinos, se enturbia y de su seno arrancan otros rios derivados ó vienen á engrosarlo nuevos afluentes, y hay que conocer la via que conduce á Saigon.

Sentado á popa, dominaba yo ambas riberas con sus bosques de mangles tan vastos que se pierden de vista en el horizonte, sus airosas palmeras acuáticas, su cielo resplandeciente y un sol rutilante cuyos rayos abrasan, cual si la fragua de Vulcano estuviera encendida en el espacio y Febo presidiese á la fundicion de los mundos. Lorchas annamitas, sampanes malayos, juncos chinos tripulados por pescadores ó comerciantes de cabotaje, de esos que trafican entre la baja y la alta Cochinchina, el Tonquin y el *Cambodge* se encuentran al paso, siguiendo la costa, sin nunca aventurarse

en medio del Donai, ni ménos en alta mar, no por temor á sus ondas, sino á los piratas chinos que infestan estos mares. El junco es mayor que la lorcha, tiene mucha manga y ésta la cubre un toldo de madera pintado á listas encarnadas y amarillas; su proa figura la cabeza de un dragon de flamíjeros ojos; y la popa ostenta su retorcida cola. Viéndolos deslizarse lentamente sobre el bruñido espejo del agua, se creeria eran mónstruos marinos que flotan, á no ser por su velámen que indica son navíos; mas ni la lentitud de su marcha ni la falta de otras condiciones marineras les han hecho sucumbir en la competencia que sostienen con las lanchas de vapor: los annamitas prefieren el junco por tradicion y porque no es invencion europea. Y, se comprende esta preferencia, dada la índole apática é indiferente de ese pueblo: él, como todos los de su raza, ignora el valor del tiempo, le asusta toda innovacion, y la rechaza porque no tienen la menor aspiracion de bienestar ni de progreso.

Daba la una cuando divisamos el fuerte del Sur, centinela avanzado de Saigon, que sirve tambien de prision militar; luego en ambas orillas buques de vela anclados en una ensenada que llaman puerto comercial; despues Thu-Thien, pueblo cuyos habitantes son todos católicos indígenas, aquellos que, temiendo la furia del gobierno vencido, siguieron al ejército hispano-francés cuando éste evacuó la plaza de Turana. No lejos de Thu-Thien está la aldea del Obispo, caserío así denominado por ser residencia de Monseñor Lefevre, el reverendo prelado de Saigon, que los prefiere á su palacio episcopal, reconocido á la generosa hospitalidad que debió á sus fieles habitantes cuando errante, fugitivo, huyendo de la saña de los budistas fanatizados, se retiró á esa aldea. El asesinato de varios misioneros españoles y franceses, las sangriéntas hecatombes en que perecieron centenares de católicos indígenas, fué la causa determinante de aquella guerra que costó al emperador Thu-Duc la baja Cochinchina, hoy colonia francesa. A las dos de la tarde entrábamos en el puerto militar, é instantes despues nuestra corbeta daba fondo en medio de una escuadra francesa, cuyos buques eran pontones casi todos; navíos en los reinados de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI, junto á otros nuevos y perfectamente armados.

Inmediatamente vino á bordo un ayudante del gobernador general, encargado de felicitar al ministro de España, en nombre de su jefe. Cumplida su mision, se retiró el jóven teniente de navío,

señor Behic, y fué recibido el cónsul español, venerable anciano de blanca barba, liberal doceañista, progresista consecuente, que á pesar de decir kilómetro por kilógramo, habia sido presidente del comité de su partido, en Ceuta. Vino la noche, y su sombra dió mayores proporciones á la ciudad que, vista de dia, desde el rio no parece tan grande, lo cual consiste en la multitud de luces que brillan en el hotel Wang-Tai, en el casino militar, en el mercantil y en otros grandes edificios que hay á lo largo del muelle Napoleon; tanto éstas como las linternas de los juncos, sampanes y lorchas amarradas á entrambas orillas del Donai, proyectan su resplandor sobre las aguas y acercan aparentemente las casas hasta la ribera.

Una lorcha constituye la única fortuna de muchas familias annamitas: el marido rema á proa y la mujer á popa, y cada uno con su remo; en la cámara formada por el toldo, se colocan los paseantes ó los viajeros que la alquilan por horas ó por una sola carrera, como un coche de plaza; cuando anochece vuelven á la flotante casa paterna los niños que han pasado el dia jugando en la playa; su madre sirve una cena infecta, guisada allí mismo, y despues la familia se acuesta sobre las esteras de junco, en cama redonda, cuyo dosel es el toldo. Mirados friamente y con luz, repugnan estos detalles; pero la noche los cubre con su manto y el conjunto, despojado de esa prosáica realidad, reviste un carácter fantástico. Al ménos ese efecto me causó el exámen del nocturno panorama, visto desde el puente de la *Vencedora*; yo contemplaba extasiado aquella reluciente superficie del rio, cortada aquí y allá por negras siluetas de navíos; en sus márgenes solo descubria sombras vagarosas, oscilantes, el espeso follage de los árboles agitados por la brisa; y escuchando el silencio, solo percibia el canto de algun marinero desvelado, ó el remar de un bote de guerra, expedido en comision del servicio, hendiendo las olas raudo como uno de esos jigantescos caimanes, cuya potente cola produce fosforescentes destellos, luminosa estela que indica su camino al pescador que lo acecha.

Salté á tierra con varios oficiales para oir la serenata que tocaba en el muelle la música de un regimiento de infantería de Marina. Léjos de la pátria, separados por miles de leguas del mundo civilizado, las armonías de Verdi y de Meyerbeer, las melodías de Bellini y de Donizetti, hasta las calaverescas traviesas notas de

Offembach, producen en el alma honda y triste impresion, evocando el recuerdo de las circunstancias y las personas que nos rodeaban cuando en Europa las escuchamos; la fantasía se puebla de imágenes queridas, cuyas ténues sombras cree el deseo ver vagar en el oscuro fondo de las alamedas. La concurrencia se componia casi exclusivamente de militares; damas pocas, mas no faltaba alguna que muellemente reclinada en un cesto tirado por dos *poneys*, de blanco vestida y con flores en la cabeza, aspiraba con delicia al mismo que su ramillete de magnolias, los melodiosos acordes de la orquesta. ¿Recordaba ella tambien algun episodio de su vida? Quizá porque suspiraba, y acaso los suspiros que agitaban su albo tempestuoso seno irian destinados á una region muy distante. A las once en punto, cual si la última campanada del reloj fuera un golpe de batuta, callaron los instrumentos, eclipsáronse los músicos, las luces se extinguieron, todo quedó en silencio, y nosotros volvimos á bordo.

A las ocho de la mañana siguiente fuimos á visitar al contra-almirante Ohier, gobernador interino; un ayudante nos recibió en el perístilo del palacio gubernamental, vasta construccion de nipa y de bambú, y nos condujo al salon donde esperaba su jefe, de cuyos lábios tuvimos el gusto de oir grandes elogios tributados á las tropas españolas que tan poderosamente coadyuvaron á la conquista de Cochinchina. El veterano marino habló con viril elocuencia; pero articulaba lentamente y con voz temblorosa; luego supe que los terribles calores y la inapetencia determinada por ellos le habian producido una anemia que por momentos le debilitaba y ponia en peligro su existencia. Esta enfermedad es comun en estos países, así como las insolaciones, las fiebres malignas y las hepatitis. Ellas diezman la poblacion europea.

De regreso á bordo, encontré á nuestro cónsul, acompañado de otro caballero, que me presentó, diciendo: el Sr. Cornu, sócio de la casa Renard, ¡extraña asociacion de nombres escabrosos! tal risa me inspiraron, que á duras penas la pude contener.

Invitados por el gobernador á visitar los alrededores de Saigon, fuí con el ministro y un ayudante de aquél en carretela abierta, tirada por dos caballos árabes que guiaba un cochero tágalo vestido de blanco. Siguiendo la carretera de Cholen, dejamos á nuestra izquierda el rio y á la derecha bosques espesísimos, cuyo límite no

se veia; verdes prados con empalizadas de bambú, huertas muy bien cultivadas, plantaciones de bongas, los plátanos de anchas hojas, altos cocoteros y anananas de dorado fruto, bordan el camino y embellecen los campos cruzados por mil acequias que, al fecundar la tierra, refrescan el ambiente de este magnífico paisaje. Entre el follaje de los copudos árboles se ven casas de nipa, medio ocultas, en la espesura, y alguna que otra tumba monumental, donde yacen los mortales restos de algun personaje annamita.

Habríamos andado unos ocho kilómetros, cuando el carruaje se detuvo ante una gran puerta que en breve nos fué franqueada: la puerta no era de ningun edificio, sino de una cerca que rodea el inmenso terreno destinado á remonta de caballos por el Gobierno francés, en su deseo de mejorar la raza indígena, raquítica é inútil para el servicio militar. Caballos árabes y yeguas australianas forman el núcleo de un establecimiento naciente, cuyo porvenir es seguro, á juzgar por los productos que tuve ocasion de ver. Los potros resultantes del cruzamiento de esas dos razas reunen á las nobles condiciones del caballo árabe la corpulencia del de Australia. Tambien habia caballos filipinos, casta oriunda de España, y algunos japoneses, negros, de peludos extremos y monstruosa cabeza: nunca he visto cuadrúpedo más feo y ménos parecido al caballo; mas dicen que es muy fuerte y útil para la artillería rodada, difícil de trasportar en un país donde no hay mulas ni asnos.

Las calles principales de Saigon son las de Isabel II, Napoleon, Catinat y Palanca; todas son, como en Ceilan y en Singapoor, calzadas de arena con dos filas de árboles que dan sombra á sus casas de nipa ó de madera la mayor parte solo tienen un piso, y la más elevada tiene dos, con su imprescindible baranda de bambú ó de róten, alumbrada por linternas chinas y sin más muebles que algunos sillones de junco. Los oficiales de marina suelen vivir á bordo de sus buques, surtos en el rio; los de infantería, ingenieros y artillería, en pabellones agrupados tres á tres ó cuatro á cuatro, dentro de un recinto atrincherado; y los soldados en cuarteles, únicas obras de fábrica que, juntamente con la Administracion de Correos, la Direccion del Tesoro y el tribunal de Comercio, habian edificado los franceses.

La guarnicion asciende á 10.000 hombres, cuya mayor parte se distribuye en los destacamentos correspondientes á las seis provin-

cias en que está dividida la baja Cochinchina. Los funcionarios civiles y algunos comerciantes franceses, ingleses y alemanes, completan la poblacion europea de esta naciente colonia que se irá trasformando lentamente, pues otra cosa no permiten el clima y la inerte resistencia de los indígenas á toda innovacion: la iniciativa francesa, tan activa ó vehemente, se estrella contra el carácter impasible del annamita que, indiferente mira los cafés, las fondas, los salones de peluquería, los bazares de quincalla, y las tiendas de modistas; ni siquiera sonrie al aspecto de una pizpireta costurera de París ó de una de esas sirenas, reclamos vivientes, que se llama *dames de comptoir*.

Estas instituciones y esos establecimientos, incluso el de un teatro, en cuyo edificacion se trabajaba con febril actividad, imprimen á Saigon el sello, la especial fisonomía de una ciudad galáica: sabido es que el francés, lo primero que funda en sus colonias es un teatro; el inglés un almacen y el español una iglesia; pero, á fuer de imparcial, declarar debo que tambien han organizado un Jardin Botánico en una vasta estension de terreno, no cercado aún.

Allí se agrupan en bien trazados cuadros, las plantas más raras, útiles ó hermosas que embellecen los campos de la India y de la China, juntamente con algunos ejemplares de especies exóticas que se trata de aclimatar: el cocotero, la bonga, el bambú, la nipa, el róten, la palmera abanico, el mangle y otros árboles, arbustos, plantas acuáticas ó trepadoras de que es tan pródiga esta tierra feraz, cuya rica sávia nutre é impulsa vigorosamente á la gran familia vegetal, nacen, viven y se desarrolla al calor de un sol que los acaricia en el seno de esa madre amorosa; ellos, cual si fueran vástagos de un mismo tronco, se buscan con afan, propendiendo á abrazarse, como al fin lo consiguen enlazando sus ramas. Cuando un capricho de los vientos deposita en la grieta del tronco de un árbol semilla de otra planta, allí germina, echa raíces, brota y potente crece, vistiendo lujosamente de hojas su frondoso ramaje, ocasionando la intrusion de estos parásitos vegetales, fenómenos muy curiosos y dignos de estudio; castaños de indias, jazmines dobles, tulipanes de colores varios, lucen sus galas junto á los árboles de pan, aceite y pimienta, rivalizando la espléndida flora de la Indo China con los prodigios del arte europeo.

La zoología está dignamente representada en este museo inci-

piente por cisnes, ánades y patos, nadando en lagos artificiales; gallinas y gallos de diversas razas, entre las cuales predomina, naturalmente, la cochinchina; faisanes dorados y pavos reales encerrados en grandes canastillos ó jaulas de bambú y alambres. Estas dos últimas clases de aves son tan comunes aquí como la primera, y no alcanzan el alto precio y la misma estimacion que en Europa; mas en todas són manjares esquisitos, y yo sospecho, que la divina prevision creó la trufa espresamente para ellos. La seccion de cuadrúpedos es más completa que la de volátiles: búfalos, ciervas, carabaos, osos y gatos monteses, alojados en departamentos con verjas de hierro, son los ejemplares más numerosos; pero los más notables es una pareja de tígres, animal tan conocido, que mis lectores todos lo habrán visto muchas veces en los circos y casas de fieras, mas dificilmente tan grandes, arrogantes y bien pintados; el macho, en particular, tiene la alzada de una jaca, la piel del lomo listada de negro y blanco, como el armiño la panza, en su enorme achatada cabeza centellean dos ojos feroces que, segun la luz cambia, parecen carbunclos, topácios ó esmeraldas, y bajo su erizado bigote blanco, enseña unos dientes largos y agudos, cuyo marfil destaca sobre el fondo sangriento de sus encías; aquel pecho anchuroso, aquellos nervudos brazos, aquellas terribles garras que se complace en mostrar desperezándose, se imponen y el espectador se felicita de verlo enjaulado. La hembra es más pequeña, y aunque su índole no es ménos feroz, no inspira tanto terror como su amado esposo: ambos se estremecen y tiemblan de miedo cuando oyen los pasos del chino que los cuida. Es éste un hombre bajo de estatura, pero fornido y de un mirar terrible que fascina.

El tigre abunda en los bosques de Cochinchina, oculto en la maleza, vigila, cae sobre su presa inopinadamente y la devora: ¡ay! del labrador á quien el crepúsculo vespertino sorprende en su camino; ¡ay! del mensajero extraviado; ¡ay! del cazador perdido en medio de aquellas vastas soledades; todos mueren desgarrados. Por centenares se cuentan cada año, las víctimas de esa fiera, hambrienta y sañuda, pues, aunque el gobierno francés premia generosamente á todo indivíduo que presenta una piel de tigre, los annamitas le profesan tal respeto, que al nombrarle no dicen *cab* (1),

(1) Tigre, en lengua annamita.

sino *Monseñor Cab*; hasta se privan del ejercicio de caza, que tranquilamente vive en los montes, segura de la impunidad; así, solo algun temerario suele arriesgarse, y la raza felina se reproduce y propaga amenazando enseñorearse del país.

En el centro del jardin hay una casa, cuya fachada participa de la arquitectura china y de la europea; un gigantesco cenador le da sombra y la refresca una fuente con surtidores, que vierten un agua cristalina, pero mal sana, como todas las que se beben en esta tierra, donde el sol y el agua son los mayores enemigos del hombre. De buen grado hubiera permanecido más tiempo en este ameno sitio; queria perderme en sus laberintos, deseaba aspirar mayor cantidad del oxígeno contenido en su atmósfera embalsamada; pero habia de vestirme para asistir á un banquete que en nuestro obsequio daba el gobernador, y volví á bordo.

A las siete y media entraban en el palacio del Gobierno la legacion española y los oficiales de la *Vencedora*; estos de uniforme, nosotros de frac, pues aunque la comida era oficial, nuestra mision allí no tenia este carácter.

El almirante Ohier nos recibió en un pabellon chinesco amueblado con divanes de raso carmesí, un gran velador de laca roja, cuya redonda tabla soportaba una carga de antiguas porcelanas chinas y japonesas, alternando con bandejas llenas de cigarros filipinos; bajo un rico dosel, los retratos de Napoleon III y de su bella esposa; y en el centro, una fuente rodeada de macetas refrescaba con sus cuatro surtidores el ambiente, perfumado por aromáticas flores. Linternas de pintados vidrios alumbraban esta estancia y el anchuroso salon contiguo, donde conté más de ciento, pendientes de la techumbre artesonada, en líneas paralelas.

No tardamos en pasar al comedor, y cada cual ocupó su puesto alrededor de la mesa, suntuosamente preparada para cincuenta cubiertos, y servida por criados tagalos de librea blanca, chinos con pachamas azules, colores vivos que contrastaban con el oscuro del uniforme de algunos marineros: todos obedecian las mudas órdenes de un mayordomo francés, cuyo aire importante le daba las apariencias de alto personage. Esta diversidad de trages y de tipos ofrece un conjunto original, pintoresco, anárquico, muy propio del cosmopolitismo de las colonias. El almirante lucía sobre su gran uniforme la banda de la órden de Nosrodom, rey del Cambodge, te-

niendo á su derecha al ministro de España, y á su izquierda al obispo de Saigon; en frente estaba el general Faron, cuyos lados flanqueábamos el segundo jefe del apostadero y vuestro humilde servidor, que, afectando contemplar tres enormes *pankas* suavemente agitadas por invisibles chinos, todo lo observaba y en su mente lo anotaba para referirlo un dia al lector que tenga la santa paciencia de leerme.

No haré el *menu* de la comida, entre otras razones, porque se extravió el que impreso en caractéres de oro hallé sobre mi servilleta, porque no tengo la fantasía gastronómica ni la erudicion culinaria del ilustre baron Brisse, y mi memoria ingrata no recuerda más sino que fué exquisita, y que el asado consistia en un pavo real, cuyo augusto título no impidió fuera trufado irreverentemente y con delectacion comido; únicamente el cocinero rindió un tributo de consideracion á su alta gerarquía social, dejando intacta y abierta en forma de abanico su explendorosa cola: de esta manera quiso honrar los manes de una víctima egregia entre las aves. *Sic transit gloria mundi.*

A los postres, cuando el Campagne *frappé* hervía dorado y espumante en copas de muselina, el almirante Ohier se levantó para brindar, é hizo en su breve discurso una revista retrospectiva de la campaña de las tropas franco-españolas en Cochinchina; recordó los más notables hechos de armas, y con noble franqueza puso de relieve la eficacia del concurso de España en aquella guerra; concurso decisivo y sin el cual Francia hubiera tardado años, consumido tesoros y sacrificado millares de soldados hasta realizar la conquista del territorio que tenia el honor de gobernar; el ministro español contestó brindando por la duracion de la alianza entre las dos naciones, frase de rigor en semejantes circunstancias, mas que á mí me sonó á ironía diplomática, recordando cuán costosa ha sido á mi país esa alianza, más aparente que real, y nunca sincera por parte de Francia, cuya vecindad nos perjudica. Sus Gobiernos, es cierto, hacen protestas de amistad á nuestros embajadores, mientras los habitantes de los departamentos fronterizos atizan el fuego de nuestras intestinas discordias para enriquecerse. El pacto de familia, las falaces promesas del primer Napoleon, la intervencion del año 1823; su actitud dudosa cuando estalló la primera insurreccion carlista, y su conducta durante la segunda, han sido igualmente fata-

les á España: Dios la ha castigado con un Sedan con la *Commune*, y con una república; hoy su influencia política en el mundo es nula, y su vanidad humillada expía las faltas pasadas.

Despues del café hubo recepcion; los salones se llenaron de funcionarios civiles y militares, pero ausencia completa, eclipse total de señoras, con cuyo motivo nos retiramos á las once de la noche, dando gracias al anfitrion por su expléndida hospitalidad.

A la mañana siguiente, muy temprano, salí en palanquin con varios oficiales de la corbeta, deseosos, como yo, de conocer el barrio chino, Cholen, emporio comercial de Cochinchina, que, no obstante su competencia con Saigon, se sostiene próspera y floreciente como antes de la dominacion francesa, que la descapitalizó, gracias al génio mercantil, carácter perseverante é infatigable actividad de los hijos del Celeste Imperio, monopolizadores de casi todo el comercio en estas regiones. En tan grata compañía recorrí sus mercados, sus almacenes, sus fábricas de salazon, donde se adoban caimanes, sus canales atestados de lorchas y juncos, y su famosa pagoda.

El calor nos fundia, pues aunque la distancia no es larga ni el camino difícil, este paseo adquiere las proporciones de una excursion á causa del clima, cuyos rigores no permiten que se camine, se trabaje ni se viva mas que muy pocas horas al dia, desde las seis hasta las diez de la mañana y de tres á cinco de la tarde; en ese intervalo las casas, las tiendas, las oficinas, todo está cerrado, desiertas las calles; diríase que eran localidades despobladas, pues sus habitantes, así indígenas como europeos, se guarecen en sus viviendas respectivas, ó buscan la sombra de la manigua, huyendo de los ardores de un sol fulminante que amenaza derretir las rocas y secar los rios. Durante esas angustiosas horas nadie puede sufrir el contacto del más ligero vestido, la existencia se interrumpe, duermen los sentidos, la inteligencia se paraliza, y el sér humano más ambicioso limita sus aspiraciones á un baño frio y una naranjada: en una palabra, es necesario, indispensable, organizar aquí la vida de tal manera, que en seis horas se haga todo aquello que en Europa absorbe el dia entero y parte de la noche. Por eso madrugué, prefiriendo modestamente los ténues destellos morados y azules de la tímida aurora, á los resplandores de oro y de fuego que Febo esparce generoso sobre esta tierra.

No hallando en parte alguna la menor obra de arte antiguo ni moderno, abandonamos las tiendas, cuyo surtido consiste en artículos de uso comun, tanto en mobiliario como en telas, y nos dirigimos á la gran pagoda, monumento notable, no por lo grandioso, sino por el primor de sus detalles, su estilo especial y lo raro de su estructura.

Se entra por un átrio rectangular, cercado con verja de hierro, en el fondo del cual hay una gran puerta de bronce alumbrada por tres faroles, dorado el central y pintados de rojo y verde los laterales; la cornisa, la portada y las aristas del tejado están adornadas con emblemas y atributos de porcelana, relativos al culto de Buda; igual es el decorado de las puertas laterales. Dentro ya, se ven claustros sombríos circuyendo la gran nave del templo, en cuyo altar mayor hay, además de la mesa, un hornillo para sacrificar víctimas; el retablo, los bajo-relieves, todo allí es un confuso tropel de leones, tigres y dragones que airados sé revuelven y parecen amenazar al visitante con sus flamígeros provocantes ojos. Como estas iglesias carecen de torre, el *gong* (1) y la campana esculpida hasta el asa donde figuran dos fieras peleando, penden cada uno de una trípode labrada toscamente, y que contrasta con el delicado esmalte de las figuras alegóricas; profusion de linternas chinas cuelgan, no del techo, sino de alambres tendidos entre las paredes de la nave, iluminando la colosal estátua de Buda sentado en su trono, bajo un dosel que más bien es un camarin con flecos y cortinas, ó una tienda de campaña; enfrente está el coro, con sillería de ébano tallada. Aquí se sientan los brahminos. La postura de Buda es típica: su mano izquierda se apoya en la rodilla, y el índice de la diestra en el pecho, como diciendo: "A mí, ¿qué?—¿Quién me tose con esta panza de ballenato, esta cara albuminada y el troncho de estos bigotes de kalmuko?"—Sin embargo, previendo el caso de que un simple mortal se permitiese semejante demasía, defienden el altar dos guardias armados de punta en blanco, cuyo aspecto es tan terrible con aquellas caras feroces y aquellas brillantes alabardas, que si en vez de ser de madera fueran de carne y hueso, pondrian miedo en el corazon de un Cid ó de un Bayardo. Buda tiene á su esposa en otro altar colocado á su derecha, y en el opuesto lado están

(1) Especie de tambor oblongo.

sus hijos agrupados dentro de una esfera de cristal; al mostrarnos esta sacra familia el chicuelo annamita que nos servía de *cicerone*, exclamó: *¡voila, Mrs.! Mr. Buda, Madame Buda, et les enfants de Mr. y de Madame Buda.*—Quedamos enterados.

Inmediata á la pagoda hay una bonzería, cuyos estrechos cláustros, hoy desiertos, repercuten el eco de nuestros pasos; atravesando el átrio, se ve un baño, pequeño estanque abierto bajo una sala de negra madera sostenida por pilotes, donde los bonzos se desnudaban y vestian; luego, en el fondo, está el peristilo, columnata que sostiene tres arcos y da acceso por seis puertas de laca, maqueadas cada una con un chino de oro cubierto de ricas vestiduras talares: la pelliza que ostentan es tan inverosímil en país tan cálido, como la luenga barba que adorna sus rostros, pues no la poseen ya ni aun los príncipes de raza imperial; la tenian, sí, los mongoles y los tártaros conquistadores de la China; mas el clima y el cruzamiento con la casta indígena han borrado ese varonil atributo del semblante de sus sucesores, los cuales solo revelan su noble orígen en unos cuantos dispersos cabellos que brotan de su lábio superior y de sus mejillas. Esto no obsta para que, cuando se retratan, sus efigies luzcan barbas pobladas y sedosas.

La verja del átrio es de porcelana verde, así como las celosías de las ventanas, los frisos y las cornisas; solamente aquí alternan los colores segun representan aves, culebras, dragones, basiliscos, frutas ú otros excesos. Las celdas están vacías y desnudas, excepto algunas habitadas por gallinas, patos ó cochinillos blancos destinados al sacrificio, primero, y luego al regalado paladar del sacrificador brahmina, sacristan ó acólito. En el refectorio me llamó la atencion una fuente, cuyo vaso tenia un magnífico bajo-relieve representando el esqueleto de un tigre devorado por varios dragones.

Otras excursiones hice durante los siete dias que permanecí en esa marmita que se llama Saigon, acompañado casi siempre de militares ó de frailes franceses, pertenecientes éstos á las Misiones extranjeras encargadas de difundir la luz del Evangelio en los reinos de Annam y del Cambodge, como los dominicos españoles la propagan en el Tonquin; hombres llenos de abnegacion, abandonan su patria y renuncian á los goces que proporciona una refinada civilizacion, buscando en remotos países semi-salvajes el martirio sufrido por fray Diego Alvarez, de la Orden de Santo Domingo, pri-

mer apóstol de la verdadera religion en Cochinchina, impíamente sacrificado el año 1574; vinieron luego los jesuitas, y aun despues de su esterminio hubo misioneros españoles y franceses, dignos continuadores de esa obra de redencion y de progreso; algunos perecieron en la demanda, y los demás se refugiaron en Macao á la sombra de la bandera portuguesa.

El dia 24 de Diciembre recibimos órden de prepararnos para marchar á Turana, capital del reino de Annam y residencia habitual del monarca. Con este motivo se mandó llamar á Petrus Truong-Vink-Ky, intérprete annamita, que lo fué del general Palanca durante la guerra y acompañó con el mismo título á los embajadores del emperador Tu-Duc en Madrid, cuando fueron enviados para ratificar los tratados de paz y amistad con España y Francia. Católico ferviente y muy adicto á nuestra nacion, Petrus es un polígloto, y en su país goza fama de sábio; á bordo de la *Vencedora* se presentó vistiendo negro trage talar: alto, escuálido, cútis amarillento y lábios sutiles como la astúcia, su poco franco rostro no previene favorablemente. Invitado á comer por el ministro, aceptó con su séquito de criados, segun los usos orientales, y en justa correspondencia nos ofreció al siguiente dia otro banquete en su domicilio: yo no asistí porque supe casualmente la lista de los manjares que se servirian, y me declaré indispuesto. Hé aquí el *menu*:

Sopa.—Nido de golondrinas.
Frito.—Langostinos rebozados.
Entradas.—Culebra en salsa amarilla.—*Entrecotte* de caiman.
Asado.—Cochinillo á la laca con ratones á la *broche*.
Legumbres.—Hormigas rojas tostadas.—Arroz blanco.
Entremés.—Helado de piña.
Postres.—Mangustanes, bananas, mandarinas verdes.

Sin comentarios, el lector comprende mi abstencion y el gozo con que escuché la órden de levar, pronunciada por el comandante de nuestra corbeta, al amanecer del 27: salia de Saigon, esa hirviente grasienta cacerola donde se cuecen hombres, é iba á Turana; ya me contemplaba encerrado en una torrecilla de madera, izada sobre el lomo de un elefante, entrando triunfalmente en la ciudad sagrada de los annamitas; pero el hombre propone y Dios dispone.

No bien habíamos traspuesto el Donaí con sus verdes orillas,

bordadas de árboles tan frondosos como enanos, en cuyas ramas danzan y corren frenéticos millares de monos, cual si quisieran emular la velocidad del vapor, cuando el monzon de N. E. empezó á soplar de frente. El buque cabezeaba sintiéndose combatido por la proa; andaba tres millas por hora, y una travesía de cuatro dias amenazaba durar ocho; así, penosamente, navegamos dos dias, y en la noche del cuarto se rompe la máquina cerca del cabo Padran, que íbamos á doblar. Conflicto; se reunen los oficiales y acuerdan volver á Saigon; ¡horrible perspectiva!... yo hubiera preferido naufragar aquí, como naufragó el inmortal autor de *Las Luisiadas:* Camoens no se ahogó, fortuna que luego hubo de pesarle. A mí tambien me ha pesado.

La *Vencedora* se puso á la vela y viró hácia el cabo de San Jáime, en cuyas aguas dimos fondo al anochecer del dia 30; inmediatamente se telegrafía al contraalmirante Ohier, y con el alba del 1.° de Enero de 1870 llegó el *King-Cham,* aviso de vapor encargado de remolcarnos. Veinte dias mortales tardó en componer la máquina el arsenal de Saigon; el 21 partieron mis compañeros para Siam, el país de los elefantes blancos, y yo me quedé solo esperando un barco que me condujese á Hong-Kong, renunciando con pena visitar la Birmanka y el Saos países inexplorados, territorios salvajes donde aun imperan el fauladismo y la idolatría. Ya Saos es un Estado tributario de Siam y en sus montañas, casi como en el norte de Annan, reside la raza aborígena, representada por los vientres negros, denominacion que se les aplica porque de ese color se pintan el abdómen.

VII

Otro paquebot de las Mensajerías Francesas, el *Donaí,* me llevó en cinco dias á Hong-Kong, ciudad que no tiene de chino más que el nombre y algunos miles de habitantes: su extructura, sus usos y gran parte de sus pobladores, todo en ella es inglés; y no siendo mi objeto conocer una colonia más, sino la verdadera China, original y auténtica, me trasbordé inmediatamente á un *steamer* que estaba pronto á subir el rio hasta Canton, donde seis horas despues me hallé instalado en una fonda francesa, cuya escalera mojan las aguas como en Venecia, pero en su puerta no estacionan góndolas

ni carrozas, sino botes europeos y *sampanes* conducidos por chinos de larga trenza.

Fuera de los almacenes de abanicos, sederías, lacas y objetos de marfil que todo el mundo conoce, Canton no encierra nada más notable que sus jardines flotantes, buques cubiertos de flores, amarrados á la orilla del rio, reflejan en el agua los millares de luces que por la noche quieren rivalizar con el firmamento; mi exaltada imaginacion habia soñado estos barcos-ramilletes como grandes macetas de preciosas maderas incrustadas de nacar, envueltas en vaporosa nube de seda y encajes, bajo cuyos pabellones se ocultaba una tripulacion femenina, compuesta de chinas de negros ojos, piés menudos, manos suaves é insinuante sonrisa, estátuas de marfil antiguo representando en lánguidas indolentes posturas la voluptuosidad oriental. Mas ¡ay! cruel desencanto: son burbosas y fétidas las aguas del rio; los barcos floridos no bajan ni suben su corriente; fijos como pontones, no oí el confuso grato rumor de ardientes besos, mezclados con el dulce chocar de los remos con el agua, perdido como un suspiro entre los acordes de la música que inunda el espacio de armonía.

Sin embargo, una vez intentada la aventura, no quise retroceder; al fin era curioso el espectáculo que ofrecian esos bajeles formados en líneas paralelas y unidos por puentes de tablas, á manera de flotante pequeña ciudad de recreo: sus ventanas, cuyos vidrios azules, amarillos ó encarnados dan paso á torrentes de luz; sus puertas abiertas de par en par sobre la proa estravagantemente adornada con guirnaldas de flores, linternas de vistosos colores y arañas de cristal, todo forma un conjunto fantástico y de género tan chinesco, que trepé por la escala del primero que hube á mano, y bajando tres gradas me hallé en uno de los dos salones que hay en cada uno de ellos, separados entre sí por otras dos gradas, sin la menor mampara ni cortina. Así, mientras absorbía una taza de thé, pude contemplar á mi sabor un grupo de venerables y obesos chinos que comian en torno á la misma mesa, servidos por doncellas de catorce á quince años, muy bonitas, aunque demasiado pintadas para su edad. ¡Tan jóvenes, y ya tan desgraciadas!

Estas *kuneang* (1) visten con elegancia, adornan su negra re-

(1) Jóvenes.

luciente cabellera con flores naturales, y en sus muñecas lucen brazaletes de oro macizo ó de verde jaspe; sus ojos son brillantes, finas sus manos y sus piés diminutos, lo cual tiene más mérito, porque no siendo mujeres de casta privilegiada, no han sufrido desde niñas la tortura del zapato de plomo. Curiosas, á fuer de hembras, me miraban á hurtadillas, y despues se reian tapándose la cara con los abanicos; entre tanto, los chinos devoraban como lobos y bebian como esponjas, afectando no haber notado mi entrada; á los postres se sienten sofocados, é impúdicamente se despojan de su túnica y me revelan misterios que maldita la gana que tenia de penetrar: vientres prominentes, espaldas de gañan y brazos sin músculos. Luego, estos desvergonzados vendedores de arroz, de gemjibre, de ópio ó de nidos de golondrinas, hacen una señal, y, en el acto, se acercan las doncellas y los abanican; ellos reciben la fresca brisa artificial, sérios, magestuosos, y con una expresion de ingenuidad y beatitud tal, que desarmó mi cólera; poco á poco se animan aquellos sacos de carne, aumentan sus libaciones, y juegan con sus servidoras, apostando á quién absorberá más copas de vino caliente. *¡C'en etait trop!*—Yo me levanté para salir; mas el banquete ha concluido; comensales y servidoras entran en la primera sala, me rodean y me detienen haciendo mil ceremonias; vuelvo á ocupar mi butaca con respaldo de mármol, se sirve the y circulan pipas de agua; un chino muy cortés alarga la que estaba fumando y la pone entre mis dientes, fineza que hube de aceptar, renegando mentalmente, por no faltar á las conveniencias sociales.

Una jóven canta coplas, tapándose el rostro con su abanico, y es escuchada con atencion, solo interrumpida por el crujido de pepitas de sandía tostadas que los chinos mastican despues de comer.

Este ejercicio es, segun ellos, muy favorable á la digestion; más tazas de thé, más pipas y más canciones, cuyo tono chillon y monótono me hubiera adormecido si no me atacára los nérvios, sufrí durante largo rato; pero como anunciáran que se iba á fumar ópio, me retiré, saludando á la concurrencia con arreglo á la etiqueta del país: "¡Salud, nobles mandarines!"—Y me fué contestado: "*Ming tien hué, ta lao yé;*" que significa: "hasta mañana, grande y viejo señor." Yo tenia entonces veintiocho años, un carácter impaciente y propenso al fastidio, que todavía me dura; por todo

lo cual pensaba no volver al dia siguiente ni en los sucesivos hasta la consumacion de mi existencia,

Esta impresion se reflejaba, sin duda, en mi semblante contraido por mi desdeñoso gesto, porque el dueño del bajel me dijo, acompañándome obsequiosamente:

—Espero que no será esta vuestra última visita; yo os invito á repetirla, pues si hoy no vais contento, puedo ofreceros algo mejor otra vez, siempre y cuando me aviseis con la necesaria antelacion.

—¿Qué quereis decir?—repuse.

—Nada, señor,—contestó guiñando un ojo y con maligno acento,—mi intencion es indicarle, que si le place alquilarme el barco con objeto de cenar con alguna bella *kuneang*, está á vuestra disposicion, mediante doscientos pesos, ¡una bagatela! la iluminacion, las flores, y un servicio de veinticuatro platos, cocina anglo-franco-china.

—¿Para qué tantos platos, no siendo mas que dos comensales?

—¡Error, caballero! Yo cuento con las amigas que no podria ménos de invitar la beldad elegida por vos; cuento además con amigos vuestros, y tambien con el the que es costumbre ofrecer á los visitantes.

—¡Cómo! ¿Cualquiera podria entrar sin mi permiso?

—Todos aquellos que os hicieran el honor de venir, *ta lao yé*; la etiqueta china lo exije.

Decididamente, los chinos no tienen idea de lo que es un gabinete particular; sin embargo, disimulando mi contrariedad, pregunté:

—¿Qué medio habria de emplear para conseguir que una de esas bellas señoritas cenase en mi compañía?

—Si no fuérais entranjero, era fácil tarea; pero ¡mil diablos! un bárbaro con barba y pelo rizado, ¡jamás! ¡imposible! Ella perderia su reputacion, aunque estubiese muy á la moda. Ahora, si quisiérais afeitaros la cabeza, sustituir esa melena con una trenza postiza, untar con azafran el rostro y las manos, disfrazaros de chino y aprender algunas palabras de nuestra lengua, yo conozco una muy linda que tal vez aceptaria.

—¡Abrenuncio!—grité, y volviendo la espalda salté en mi canoa y me fuí á dormir.

Al dia siguiente, deseando tomar revancha de esta derrota, hi-

ce propósito de visitar un jardin de thé, deseo largo tiempo acariciado, imaginando mi mente soñadora que iba á ver flores desconocidas, árboles de singular estructura, entre cuyo espeso follaje se levantarian rocas artificiales, semejantes á las que disimulaban las grutas del jardin de Armida, si hemos de creer al Tasso; senderos de dorada arena en la orilla de trasparentes lagos; aéreos pabellones, calados como encajes, y pintados de colores vários; un paraíso, un eden habitado por jóvenes chinas vestidas de seda rosa ó azul, cogiendo con sus afilados dedos la flor del nenufaro.

Fuí por la tarde, y en efecto, encontré que los pabellones existen aún, pero arruinados; las aguas, diáfanas quizá bajo la dinastía de los *Meng*, verdosas y turbias; ni una flor, ni un arbusto... Solamente aquí y allá troncos de árboles muertos, como derruidas tumbas en medio de un cementerio abandonado; y, en vez de chinas ideales, una córte de los Milagros, un verdadero aquelarre. Con resignado paso atravesé este recinto, queriendo consolarme de un nuevo desencanto con el color local, el sello particular, el carácter, el tinte eminentemente original que tiene como remembranza del fastuoso pasado y *vera efigie* de la decadencia que mata por consuncion al gran Imperio del Medio.

Machos cabríos, carneros y otros cornupetos, salvados del matadero por sensibles budistas, erraban libres y contentos entre la multitud con esa tranquilidad, esa satisfaccion, esa dichosa calma que da la confianza de haber asegurado una existencia pacífica; otras reses dormian en un rincon, sirviendo de almohada á mendigos andrajosos; más allá algunos de estos cazaban sus insectos familiares, con grave infraccion de la doctrina de Buda. Un sacamuelas coloca sobre una mesa sus frascos de agua odontálgica y sus instrumentos, ofreciendo en un cartel, escrito en caractéres chinos, extraer huesos sin dolor del... que los saca; allí un moceton escualido y feo, recita con voz tonante romances populares ante un auditorio de viejas y campesinos; un freidor ambulante pregona su mercancía á los hambrientos que se la compran y la devoran con avidez; un tragador de sables luce la amplitud de sus fauces blindadas; pasa un bonzo vendiendo santas imágenes, el droguero exhibe sus tarros de ungüentos sobre la concha de una gran tortuga exornada con el esqueleto de un orangutan envuelto, á guisa de capa, en su propia piel curtida, y escoltado por una numerosa fa-

milia de monos pequeños, desollados tambien y contraidos aún por el supremo gesto de la agonía. Finalmente, á lo lejos se oye gritar: "¡Linterna mágica! ¡*Tchi Kuai*! ¡¡*tchi Kuai*!! ¡Extraordinario! ¡extraordinario!—Me acerqué y ví á través de los cristales de esa linterna una exposicion en Dublin, pintada por un norteamericano, un paisaje ruso representando una ciudad, cuyas avenidas, cubiertas de nieve, pueblan hombres amarillos y de largas trenzas. ¡Inocente pintor! ¿Quién duda que era chino?

Mi desilusion fué completa; pero lo que más me contristaba era la fria impasibilidad de los chinos ante tanta decadencia; pueblo extraño, ni siquiera se apercibe del estrago. Que los pabellones del jardin estén arruinados, sus aguas corrompidas, las rocas leprosas, descortezados sus últimos árboles, no importa; ellos siguen concurriendo lo mismo que sus abuelos concurrian hace cien años, en los bellos dias de las Torres de porcelana y de los Kioskos con campanillas; como ellos fuman en pipa, sorben su thé y con sus jaulas de hueso en la mano organizan conciertos de pájaros canoros.

Y es que los habitantes del Celeste Imperio, indiferentes á todo progreso y fieles por pereza á sus tradiciones más ráncias, son en esto, como en lo demás, séres que andan como un sonámbulo delirando. Mira en su derredor y no ve las cosas como ellas son, sino como han sido, como sus antiguos libros se las pintan; hé aquí por qué tratan de engañar á los europeos, y á fin de ocultarnos su verdadera situacion, no nos admiten en su hogar ni siquiera en su intimidad. Creo que este retraimiento obedece más á patriótica vanidad que á verdadero horror hácia los diablos del Occéano, los demonios de cabellos rojos, como nos llaman; y así se explica el cúmulo de ideas vagas, extravagantes é inexactas que en Europa se tiene de la China, donde no se escribe hace mucho tiempo; únicamente se copia, y como los libros traducidos son antiguos, resulta que no conocemos ese país más que por sus poemas, por sus romances, por sus leyendas, incurriendo en error tan supino como cualquiera que estudiase á la España de hoy en Salustio ó en Tácito, en las Crónicas godas ó en Pero Lope de Ayala.

¿Puede acudirse á los periódicos? No, porque la gaceta de Pekin (*Tching-Pao*) solo contiene actos oficiales: nombramientos de mandarines, el título concedido al dios de un rio, el arco de triunfo acordado por el emperador á una viuda virtuosa, lo cual prueba

que allí tambien la especie es muy rara. Y no menciono algunos diarios recientemente fundados en Hong-Kong y en Shang-Hai, porque aún cuando se imprimen en lengua china, sus redactores son europeos y carecen enteramente de estilo y de sabor local.

Empero existe un género de literatura, género modesto, casi ignoto, sin autor conocido, mirado con desden en altas regiones, por los letrados y mandarines, que, sin haberlo estudiado, lo tachan de vulgar, y ni aun se dignan censurarlo; razon por la cual no está sometido á ninguna ley ni reglamento; así, libre de todo yugo, se ha propagado hasta los confines del imperio, que si bien no remonta su vuelo como el águila, imita á la golondrina, cuyas alas, rastreando, surcan mares y tierras: es la cancion anónima, el canto popular, el primer vagido de toda civilizacion naciente, que los ecos repiten á través de siglos y generaciones, y tambien el último goce de los pueblos decrépitos. Ellos, como el hombre en el ocaso de su vida, se deleitan evocando los gratos recuerdos de la edad lozana, sus ilusiones, sus amores, los sueños que su mente acariciara y desvaneció el furioso vendabal de los pasiones... ¡Nobles aspiraciones del alma! ¡brillantes ¡espejismos de la imaginacion! ¿por qué no sois más que una quimera?

No tema el lector que me lance á los espacios éticos; no he olvidado que estamos en China, y prosigo describiendo al chino moderno, guiado por la luz de esas canciones populares, luz que en vano se buscaria en el estudio de obras más literarias, modelos de pureza y gallardía de estilo, como las poesías de la dinastía de los Tang, esmeradamente traducidas por el marqués d' Hervé Saint-Denis, y otras obras de distinguidos chinólogos. Nada más vulgar que los proverbios, y, sin embargo, se ha admitido universalmente como axioma que ellos son la sabiduría de las naciones.

Justamente, bajo la bóveda de la puerta del jardin de thé, estaba un viejo mercader de libretos, romances y cancioneros, instalando su catálogo en medio de otros vendedores de láminas, abanicos, juguetes, peces dorados y pájaros. Nada tan variado, abigarrado y curioso como su mostrador: un tratado de astronomía, un libro de botánica, otro de sericultura y una obra de medicina interna (1),

(1) En China la facultad de medicina se divide en dos, interna y externa; de modo que este llamado por un herido, cura la llaga; pero temeroso de ofender á su colega, se guardará bien de extraer la bala ó el acero causante.

alternaban con dramas, comedias y novelas antiguas é incompletas; una Biblia en chino, impresa á costa de alguna mision protestante, junto á las obras de Confucio; almanaques indicadores de los dias faustos y nefastos. é himnos á *Caan in Pusa*, la vírgen china, revueltos con dibujos para bordar y muestras de letra cursiva; un método para servirse de la máquina contador, y la guía del perfecto negociante, se ocultaban bajo un alfabeto *ad usum* ignorantes, á cuyo fin tenia pintado al lado de cada palabra el objeto que esta representa.

Examinando este *totum revolotum*, fijó mi atencion una mano dibujada con tinta sobre una cubierta encarnada: era un libro de quiromancia, compendio de todo lo referente á enfermedades, objetos robados ó perdidos, ambiciones y sueños, escrito en forma de interogatorio. A todas las preguntas respondia; mas de una manera tan ambígua, tan vaga, tan enigmática, que sus oráculos resultaban como los de nuestros sonámbulos y gitanas que dicen la buenaventura. Ejemplo.

—¿Debo hacer fortuna?

—Tu suerte la encontrarás al Sud-Este.

—¿Mis gusanos de seda prosperarán?

—Ofrece flores á Buda.

—¿Dónde se oculta el ladron que me robó?

—En un bosque de bambús... etc., etc.

De un tomo de charadas, citaré la siguiente:

«Jóven, soy verde; viejo, soy amarillo; fuerte, me pongo blando; si acompaño á un amigo mucho tiempo, él desea dejarme; jóven se me estima, y viejo se me rechaza, lo cual significa un par de chinelas de paja; mas yo creo que es aplicable tambien á las edades del hombre en relacion con la mujer.»

El cancionero popular no se somete á las reglas de una correcta versificacion, ni escoge, como los literatos, caractéres poéticos; escribe en el lenguaje usual, y hasta en dialectos provinciales, poniendo así al alcance de todos sus inspiraciones y aun poesías muy antiguas que imita y trasforma; sin embargo, conserva las imágenes empleadas por los grandes maestros y las obligadas comparaciones: la union de los fénix simboliza siempre un matrimonio, el *in iang* (pato mandarin con su hembra) la fidelidad, pues irresistiblemente propende á buscar sus temas en lo que la vida china

tiene de más íntimo. Así, el cuadro de las canciones es poco variado; la musa que generalmente las inspira es la naturaleza, y cantan el invierno, la primavera, el estío y el otoño en versos descriptivos á los cuales une un monólogo de la heroina ó del héroe que expresa sus sentimientos melancólicos ó alegres.

Otras veces son las cinco veladas de la noche, los doce meses del año ó las doce lunas, y cuando faltan divisiones naturales, el cancionero las crea artificiales. Un amante se despide de su amada; ¡no hay cuidado! ella lo acompañará hasta la puerta en diez estrofas. Y es que los chinos, pueblo metódico y clasificador, gustan de cuadros bien acabados, que no salgan de la pauta conocida, encerrando en estrechas casillas la fantasía más exuberante.

Pero, si el cuadro es casi siempre uniforme, nada es tan variado como sus argumentos.

"El viento de oro arrebata las amarillentas hojas del árbol *utung*; la flor del *tankueies* aromática, la flor del haitang es roja.

"¿Quién, pues, esta noche, á la tercera velada, tocaba el laud? Quien quiera que fuera, ¡ya! no participa de mi dolor.

"A la primera velada, una jóven bonza entra en la pagoda con su rosario en la mano...

"A la primera velada, una hermosa doncella se revuelve sobre su almohada sin poder dormir; la emocion la hace temblar...

"A la primera velada, la luna ilumina el lecho; ¡ay! ¿por qué los hombres fuman ópio?... ¡Fumar ópio, horrible desgracia!..."

De buen grado citaria más coplas, pero me abstengo á causa de su color subido, que ruborizaría las mejillas de mis bellas lectoras; si trascribo en mala prosa los siguientes versos, es porque su fondo es altamente moral:

"No insultes á un anciano; la familia del insultador no prospera."

"No escuches los discursos de la almohada; conviene ser algo sordo en la cama para ser feliz en familia."

"No mates pájaros en primavera; los hijuelos esperan á su madre en el nido."

"Repara los templos, no pegues á los, niños, no tires el arroz, ni el thé; dálo mas bien á los pobres."

El mismo librero ambulante vende canciones patrióticas, romances históricos y obras útiles para la enseñanza. como *Tien chia*

ti ming, nombres que tiene la tierra bajo el cielo, ó sea descripcion geográfica de la China, y *San che leo ma toon*, los treinta y seis puertos, donde se aprende que hay hermosas doncellas en *Kiang Sou* y mujeres ligeras en todos los países, que el azúcar viene de la isla de Formosa, y los mejores jamones de *Qui* (provincia de *Tche Kian*); que las ostras superiores son de *Ning po*, y el vino más exquisito de *Chao Shin fu*; excelentes los nabos criados á la orilla del Gran lago, y muy lindas las bonzas del *Tong Ting*.

Todo esto dicho en verso é intercalado de poéticos detalles á fin de amenizar la lectura de cosas tan áridas, porque en China la poesía se sobrepone á todo; cada chino querria tener en su pequeño jardin un universo en miniatura: árboles enanos, minúsculas florestas, montañas altas como escaños, mares y lagos que un pájaro se bebe: además, el autor usa y abusa de la naturaleza, presentándola bajo todos sus aspectos con la refinada malicia, propia de los chinos, á fin de velar con cortinajes de verdura y flores los temas más escabrosos.

Tan somero análisis de estas canciones no es suficiente para definir el chino ni juzgar de su carácter, su índole especial, de sus defectos y de sus cualidades; pero es un elemento indispensable para bien conocerlo, y guiados por la induccion, deducir que es un tipo, un carácter complejo á causa de los contrastes que ofrece. Excéptico en religion, observa, si no práctica las antiguas doctrinas, y suele revelarse, tomando parte en los motines para quemar iglesias católicas ó protestantes; de un lado se ve un bonzo grosero, ignorante, sin ideal, brutalmente entregado á sus apetitos, y del otro aparecen otros escondidos en el seno de ásperas montañas, como anacoretas, cuya vida contemplativa y ascética es ejemplo de piedad y abnegacion.

El chino no se ocupa de política; la deja al cuidado del Celeste Emperador con su séquito de mandarines, cuyos actos critica, sin embargo acervamente, culpándoles hasta de ciertas calamidades naturales de que ellos no son responsables; dócil, se somete al pago de los tributos exigidos por el Gobierno; mas, si se cree vejado, marcha á Pekin, aunque sea caminando á pié, y pide justicia al mismo Soberano en último recurso.

Vicioso, corrompido, es, no obstante, buen hijo, buen esposo y buen padre, rinde culto á su hogar doméstico, que considera como

un santuario, é inculca en sus hijos máximas morales y religiosas.

Frecuentemente, los mandarines venden sus sentencias, pero á veces juzgan como Salomon; contratando, el comerciante roba cuanto puede, sin vergüenza ni remordimiento; mas, cuando ha cerrado un trato, lo cumple exactamente, aunque solo sea verbal; el chino es dulce y á la par cruel hasta el extremo; humilde, lisonjero cuando necesita, jamás prescinde del sentimiento de su dignidad personal: tímido ante las amenazas, cobarde bajo los golpes, ese mismo hombre se eleva sobre el cadalso, mira de frente á su verdugo y muere altivo con el sereno valor de un gladiador romano. A su pesar, la China se va trasformando al contacto de Europa y de América; lentamente, eso sí, porque su amor propio de pueblo antiguo le hace reservado, y acepta nuestras invenciones en armas y en máquinas, por conveniencia, sin manifestar ningun entusiasmo, quizá sin darse cuenta de esa trasformacion que sigue su curso y lo seguirá hasta ver el sacrosanto edificio de la China legendaria, derrumbado y reducido á polvo como sus antiguas pagodas.

VIII.

Shang-Hai.

No teniendo ya nada que ver en Canton, donde, como en toda la China meridional, se respira un ambiente mefítico, resolví marchar á la ciudad cercana de Nanking, la de las torres de porcelana, el baluarte de los imperiales contra *Taepings* (1), la puerta del *Yang-Tze-Kiang*, riquísima comarca, en fin, á Shang-Hai.

Llegué, despues de siete dias de navegacion, subiendo las amarillas aguas del rio Azul, sin que me ocurriera suceso digno de contarse hasta desembarcar y alojarme en Astor-House, la fonda ménos infecta de la localidad, cuyo aspecto es semejante á cuanto habia visto en el Celeste Imperio. Tan solo varía la poblacion, muy diferente de los chinos del Sur: allí eran pálidos, cobrizos, flacos y ligeramente vestidos de algodon, mientras aquí aparecen sonrosados como muñecos y gordos como Budas; envueltos en cuatro ó cinco pellizas superpuestas y forradas de piel de carnero, cada uno de esos hombres exhala más olor á chotuno que un gran rebaño, lo cual se comprende: llevan media docena de chalecos sin mangas, y encima una hopalanda larga hasta las rodillas; esto bajo las pelli-

(1) Rebeldes.

zas; de modo, que más parecen fardos de lana que séres humanos.

Quiso el azar conducirme en mi primera excursion por la ciudad al barrio de las fondas chinas, de cuya cocina he ofrecido ya una muestra á mis lectores, y creo será bastante; pero, sí me chocó, la confusa aglomeracion de castas, desde la más vulgar hasta la más encopetada de los negociantes millonarios, comiendo en mesas contiguas manjares suntuosos ó repugnantes. A la derecha, un *restaurant* para gente rica; hay más de trescientos comensales sentados cuatro á cuatro alrededor de pequeñas mesas adornadas con flores de papel y naranjas mandarinas; mozos bien vestidos los sirven, ceremoniosamente, compotas verdes y glutinosas que sus palitos de marfil trasladan de los platos de cristal tallado al antro abierto entre sus vastas y risueñas mandíbulas.

A la izquierda, en calle paralela á ésta, comedores para la clase media: no hay aquí palanquines blasonados esperando á sus dueños; escasez de flores y de frutas, pero ruido, mucho ruido, ruido infernal; ¡un ruido chino! comparable solo á la música de Wagner.

Más lejos se encuentra la puerta de Montauban, é inmediata una larga calle, cuyo aspecto estremece la naturaleza más linfática: comen aquí los pobres de ínfima clase, una especie de mendigos que apenas tienen forma humana. Casi desnudos, sufren el agua, el viento y la nieve, conservando, no obstante, su carácter bullicioso, alegre; alegría que raya en frenesí, cuando ven venir hácia ellos otra turba de andrajosos hambrientos, trayendo un perro muerto, hinchado, putrefacto y desollado, recien extraido del foso, lleno de súcias aguas, que circunda las murallas almenadas, defensa y límite de Shang-Hai. Esos desgraciados cambian entre sí mil ceremonias antes de ocupar los taburetes y devorar sobre unos maderos, que quieren ser mesas, ratas, culebras, canes y otras infecciones por el estilo.

La cortesía, cuando se exajera ó se usa fuera de lugar, es una farsa miserable, una asquerosa mistificacion, y en China la llevan hasta un extremo que, pasando los límites de lo natural, de lo debido, de lo verosímil, de lo cómico y aun de lo ridículo, toca en el absurdo. Abandonando este barrio, semejante á vasta cocina ú horno jigantesco de dos kilómetros, tomé con mi guia por una estrecha calle, que en vez de conducir al campo, como yo deseaba, me hizo caer en inmunda cloaca, en medio de la última clase de consumidores.

Estos, al ménos, no eran ceremoniosos; ávidos cazadores, perseguian encarnizadamente á una nube de insectos de dos, cuatro, ocho, diez, ciento y mil patas, bichos con trompa y cola que saltaban á bandadas sobre sus harapos; en cuanto un rayo de sol calienta estos escuadrones picantes, rampantes y apestosos, orígen y consecuencia de la lepra y de la elefantitis, los mendigos los cogen con sus gárrulas uñas, entre sus dientes los machacan y se los tragan. Yo creia ser presa de horrible pesadilla; parecíame inverosímil, imposible, y, sin embargo, era una triste realidad: en vano eché á correr, huyendo de la asquerosa bacanal; ella me persiguió en el espacio de más de un kilómetro, durante el cual no cesé de oir gritos triunfantes, como en un halalí, y el rechinar de dientes crispados por la gula, lo mismo que otro pecado capital crispa los del mico. Dante, en sus poéticos delirios, no imaginó infierno semejante para sus ángeles caidos.

De regreso á la fonda, pasé delante del *Yamen,* residencia del *Tao-Tai,* autoridad local. Frente á esta mansion se halla la cárcel, vecindad prescrita por los usos del extremo Oriente, donde el poder no significa fuerza social, encarnacion del pueblo en el Estado, sino terror, castigos, tormentos y suplicios varios. Sentado ese principio, es natural que el alojamiento de un alcaide se halle cerca de la prision encargada á su custodia. ¡Qué contraste el de ambos edificios!... Las paredes de la cárcel, negras y de aspecto sombrío, chocan con los barnizados techos, los pórticos de mármol cincelado y las caladas molduras que adornan el palacio gubernamental, cuyos lujosos balcones insultan á las ventanas de los calabozos, defendidas solamente por rejas de bambú, sin más cristales ni maderas; así la lluvia, la nieve y el viento, azotan el rostro de los infelices presos. Nueva caballeriza de Augias, la escoba que ha de barrerla todavía no está mandada fabricar; y en ese antro súcio y oscuro esperan los reos su sentencia, ignorando si serán tostados, aserrados por secciones desde los piés subiendo hasta el cuello, suspendidos cabeza abajo dentro de un pozo, ó desollados lentamente con una navaja de afeitar, con la circunstancia agravante de untar con vitriolo las cortaduras hechas en la piel.

¡Súbdito del Celeste emperador! ¡Hermosa, envidiable posicion social!—No quiero á los chinos; mas, por humanidad, yo les daria la revancha, votando para ellos, y solo para ellos, una Constitu-

cion democrática con sus derechos individuales y todo. Esé pueblo súbitamente emancipado, oscureceria la fama de los incendiarios de Ilion, de Asdrúbal, de Atila, de Genserico, de los caudillos de la *Commune* de París y de sus imitadores en Alcoy y en Cartagena; pero allí seria, realmente, justicia social.

Shang-Hai es, por su importancia como poblacion y centro comercial, la tercera ciudad del imperio; capital de una de las diez y ocho provincias en que este se divide, sigue en categoría á Sutcheu y á Hotchou. Sus diez mil negociantes comercian con el extranjero, y en su gran mercado se hallan todos los géneros de importacion y exportacion, lo cual le imprime cierto carácter cosmopolita, pudiéndose afirmar que es la ciudad más europea de toda la China, pues Macao, al fin, es una colonia portuguesa, y Hong-Kong, como su nombre lo indica (1), no es más que un inmenso almacen donde se vende the en magníficos palacios.

Candelabros de gas iluminan sus calles, formadas por casas construidas á la europea, aisladas, con ventanas en las cuatro fachadas, provistas de chimeneas, baños, jardines y de todo el *confort* imaginable; y en sus paseos, bastante inferiores, se ven damas extranjeras al lado de sus maridos; costumbre que choca con las del país donde la mujer solo tiene una existencia interior, no sale más que para ir á las pagodas, y eso en silla de mano ó en carreta, segun habita el Sud ó el Norte del imperio. Los diablillos, como los chinos llaman á los niños europeos, juegan, corren en sus velocípedos, gritan, discuten y se pegan, con asombro del vecindario indígena, que á ellos y á nosotros, los diablos extranjeros, nos compara, yendo en carruaje, con *Tchu-Ko-leang*, terrible caudillo, gran táctico de la dinastía de los Han.

Shang-Hai tiene además de europeo su organizacion municipal y mercantil, habiéndose instalado despues de la invasion anglo-francesa, en 1860 un ayuntamiento, un tribunal civil, otro de comercio y un cuerpo de aduaneros mixto de chinos y súbditos de las dos naciones invasoras. Empero, todo ese progreso, todos esos explendores son de fecha reciente; datan de la destruccion, por los rebeldes, de Sutchou; la Cápua china, de la cual decia un proverbio: «En lo alto el Paraiso, abajo Sutchou.»—De ella cuentan las crónicas: bajo

(1) Hong, villa; Kong, casa de comercio.

el cielo hay una tierra rica; es el *Kiang-nan*. ¡Sutchou es espléndido! bajo el cielo se encuentran pocas ciudades como esta.—Las personas ilustradas y elegantes son el vulgo de sus habitantes; no obtienen los grados literarios, sino despues de sucesivos exámenes; sus diez mil vendedores se amontonan como nubes en *Nan-kao*.—Los productos de la montaña y del mar llenan sus calles; cien mil juncos aguardan su cargamento de arroz; en la aduana de *Tien-ling* los mástiles forman espeso bosque; á la puerta del Oeste están las tiendas de perlas, diamantes, joyas de plata y de oro; los montes de piedad se cuentan por centenares, así en la ciudad como en sus alrededores: "los bateleros se reunen en la pagoda de *Yuan miao;* la vida es fácil para todo el mundo; el exterior de las tiendas es magnífico; sus escaparates son de cristal y madera tallada; sus dependientes parecen hijos de mandarines, visten en verano ligeras pellizas, seda y tafetan, pasan las noches plácidamente en conciertos, tocando la guitarra y cantando; el movimiento comercial es tan enorme que las linternas arden en los almacenes hasta media noche; en las tiendas de thé se bebe el famoso de *tchien pien*; son innumerables las tabernas y hay confiterías de todas clases... En los barrios de *Yien fang pang* y de *Tai-inan* las mujeres rivalizan en belleza, en el manejo de la flauta y de la guitarra... Las cuatro estaciones son á cual más amenas; en *Yun in an* se vende el perfume *Tan Kuei,* etc., etc., etc...."

Pero, una noche, noche nefasta del año 1860, á la primera velada, cuando la luna irradiaba más brillante, Sutchou es tomada por los rebeldes; ¡era el tercer dia de la cuarta luna! (1) la poblacion huye ante el peligro, lloran los hombres, y las mujeres son violadas al grito de ¡*Wang ié!* (2).—Aquí fué Troya: á la segunda velada, la luna ilumina el salon de recepciones; los *Toepings* de largos cabellos son feroces como tigres, y con perverso corazon consumaron la hecatombe más terrible que han visto los siglos; en quinientos años, no habia soplado tan violento huracan de sables agitados con furibunda saña; estaba escrito que todo el mundo debia perecer.

A la tercera velada, los pocos habitantes de Sutchou que lograron salvar su vida, se refugiaron en Shang-Hai, puerto nuevo, don-

(1) 3 de Mayo.
(2) Jefe de los rebeldes.

de en tropel entraron confundidos ricos y pobres. ¡Que calamidad! A la cuarta velada, la luna ilumina el desierto solar de Sutchou ¡es indecible!—Antes allí se era feliz, todo estaba barato, y sin dinero en el cinto se tenian primores.»

Segun esta leyenda, la destruida ciudad era una especie de Janja en tierra firme; más no sucede así en su sucesora; la vida es muy cara, como en todo gran centro mercantil, frecuentado por extranjeros que solo desean gozar durante los breves instantes de libertad que sus negocios les dejan. Por eso en Shang-Hai existen cafés, cervecerías, un casino, teatros y otros lugares de recreo.

El iman del oro atrae á los lugareños, y sobre todo, á las lugareñas que comienzan siendo criadas, ascienden á señoras hasta cierto punto y acaban Dios sabe cómo, porque la vida galante es efímera como todos los placeres terrenos, porque al pecado sigue más ó ménos tarde la expiacion. Víctimas de su aficion al lujo, de su pereza ó de su instintiva coquetería, las criadas en Shang-Hai se visten, se adornan y se perfuman lo mismo que sus amas, diferenciándose solamente de éstas en sus enormes piés; más, debo decir, honrando á la verdad, que son bonitas, irresistibles esas pecadoras, blancas y sonrosadas, con su alto moño atado con hilo de oro, su cabellera sembrada de alfileres de plata mate, como la flor del jazmin, y su gran flecha dorada, atravesándola; ellas usan brazaletes trenzados de plata ó de oro de cinco matices; negras y pobladas cejas, ojos muy expresivos y una boca que parece estuche de coral, guarnecido de granos de arroz humedecido por el rocío matinal, completan sus hechizos.

Viéndolas pasar con su pañuelo de nipis en la mano, cubierta de ricos anillos, los tenderos se levantan conmovidos, exclamando, ¡seductora criatura!... Es la impresion que causan mirándolas por detrás; mas su rostro, aunque bello, tiene una espresion de coquetería estudiada, de artificial dulzura, de una frialdad tan cínica que hiela la sangre en las venas de un hombre observador!

Así llegan á *Shin pei men* (1), se dirigen á través de las calles europeas y, en cuanto hallan una amiga, se sientan á tomar thé en *Li chué taé-House*, vocablo anglo-chino, que sirve de muestra al

(1) Puerta del Norte, ahora de Montauban.

café más elegante de la ciudad..., compran pepitas de sandía tostadas y, masticándolas, cambian sus confidencias.

Por curiosidad, tomé asiento en una mesa cercana á otra ocupada por dos de esas beldades, y mi guia me tradujo el siguiente trozo de su conversacion familiar:

"¡Hermana mia! ¡ya! creen que yo gano mi arroz acompañando á dos niñas; pero, mi verdadero talento es el amor.—Hermana ¡ya! á un palmito como el tuyo se ofrece un porvenir de diez años.—Entretanto, sirvo en una buena casa cuyo régimen es excelente; la señora me quiere y yo doy más órdenes que ella á la vieja criada; solo tengo una queja: la mamá vigila mucho á su hijo mayor.—Vámonos; temo que mi esposo vuelva y no me halle en casa.—Hasta la vista ¡mañana en la théeria *Yui tching*.

Quedé edificado... ¡oh repugnante materialismo! ¡Oh, chinas; sereis quizá hembras, pero no sois mujeres!

Ahora bien, por su índole especial, ¿merece semejante anatema la mujer china? ¿No tiene acaso, lo mismo que todas las hijas de Eva el gérmen del bien y del mal?—Sí ó no; podria contestar *a priori*; más en vez de sentar temerariamente una afirmacion, prefiero demostrar su exactitud dando á conocer la condicion social y el rango que ocupa en la familia esa mujer.

Aunque la China siempre haya vivido aislada de las otras naciones, sabemos de ella lo bastante para conocer que la mujer es considerada allí, y en todo el Oriente, como un sér muy inferior al hombre; idea resultante de la poligamia, de la clausura y de la ignorancia. Por eso, no obstante ser femenina la mitad cuando ménos de la poblacion chinesca, nada ó poco influye en la vida civil, política y religiosa del Celeste Imperio, educada como está para una existencia sedentaria, retirada y sumisa, sin más cultura intelectual que la necesaria para saber dirigir una casa, criar gusanos de seda, tejer y bordar, permitiéndoles solamente la música, pero nada de literatura ú otras artes; ni aun á leer les enseñan, fundándose en que hay libros malos. Si es esposa ó mujer principal, está sujeta al poder arbitrario del marido; mujer segunda, sometida á las caprichosas exigencias de la primera. Como madre, goza, si, de algunas prerrogativas debidas al amor filial, esa religion por excelencia de los chinos: ella, entonces, se ve rodeada del respeto, veneracion y cuidados de sus hijos, sin que nunca su autoridad sea

tan omnímoda como la del padre. Unicamente la viuda tiene derechos excepcionales, pudiendo administrar su fortuna, educar á sus hijos como quiera, vender y comprar bienes á condicion de permanecer fiel á su marido; una segunda boda la colocaria de nuevo bajo el yugo. En fin, la mujer china no tiene la menor participacion directa en el culto religioso, estando relegadas al más completo indiferentismo, pues si la introduccion del budismo ha llevado algunas á las reuniones y ceremonias ascéticas, ocupan en ellas un puesto subalterno.

Las que lúego abrazaron el cristianismo, no han sentido inflamada su alma por ese ardiente celo propagandista que tanto contribuyó á los rápidos progresos y eterna duracion de esa doctrina en Europa, lo cual se explica; ignorando la nocion del infinito, una china cristiana no busca en el seno de esta religion la salvacion de su alma, sino un rayo de esperanza que brille en medio el caos de sus tribulaciones; una manera de ser feliz en este mundo, sin estar bien persuadida de que haya otro mejor.

El espíritu estacionario de los chinos mantiene la suerte de la mujer y del hombre, poco más ó ménos lo mismo que era hace 3.000 años, pudiendo aplicársele todavía las palabras de Ernesto Legouvé, refiriéndose á las mujeres en la antigüedad: "heridas, no solamente en su cuerpo sino en su alma, en su inteligencia, en su dignidad; desheredadas del derecho de obrar y de vivir, se han visto condenadas, durante una larga série de siglos á desempeñar como subalternas los sagrados papeles de hijas, de esposas y de madres, ¿condenadas por quién? Por sus naturales protectores. Sí, eran sus padres los que las desheredaban, sus maridos los que las oprimian, sus hermanos los que las despojaban; sus mismos hijos los que las gobernaban."

Semejante estado de cosas modificarse no puede más que en virtud y como consecuencia de unas relaciones íntimas y frecuentes entre chinos y europeos; cuando aquellos vengan á iniciarse en nuestras ideas, como se han iniciado en nuestro comercio; cuando de cerca hayan visto y apreciado los beneficios de una legislacion que concede igual proteccion á ambos sexos. Entonces reconocerán que la mujer, cuanto más instruida es más digna y tiene mayor aptitud para llenar la mision sublime que le incumbe dentro de la familia, cuya dicha es un gran ejemplo de moralidad social.

Y ese instante se acerca tan rápidamente, como verificarse suelen las grandes evoluciones que cambian la faz de los pueblos, siendo innegable que la China se trasforma muy á pesar suyo, ciertamente, pero cediendo á la virtud de los inflexibles principios en que está basada la eterna ley del progreso humano, la marcha lenta y majestuosa de la civilizacion, astro refulgente que, despues de largo eclipse, vuelve sus rayos hácia el Celeste Imperio, cuyos nublados horizontes quiere iluminar.

Si así no fuese, el chino no haria instruir su ejército á la europea; no fundaria arsenales como los de Futchou, Shang-Hai, y Nang-king, dirigidos desde su construccion por marinos é ingenieros franceses; no habria comprado á mucha costa buques blindados que ahora trata de construir él mismo; pero, nótese bien, aceptando nuestras reformas, que la necesidad de los tiempos le impone, no prescinde de su carácter nacional, como lo prueban el hecho de no vestir sus soldados á nuestra usanza y el alarde de colocar en la proa de todos sus barcos de guerra el dragon imperial. Otros síntomas: el negociante habla inglés ó francés, segun con quien contrata; domésticos y empleados dejan su tradicional pipa de cobre por el cigarro de Manila; las chinas galantes, y aun muy respetables madres de familia, pasean en carruaje descubierto; y hasta los mismos estudiantes, los elegidos de Confucio, los futuros custodios de las doctrinas y de las tradiciones, han abandonado el antiguo junco y van en buque de vapor á examinarse en Peking ó en Nanking, las dos capitales de la China.

El telégrafo, esa máquina diabólica, se usa hoy por los chinos que desean informarse del curso de la seda en Lyon ó en Lóndres, y del ópio en Calcuta ó en Bombay, no estando lejano el dia en que, á despecho de su respeto hácia las cenizas de sus muertos ascendientes, la locomotora pase por cima de los innumerables túmulos que cubren sus llanuras. Y esto, mal que le pese al mandarin opuesto sistemáticamente á toda reforma que tienda á civilizar la China, él comprende que, entonces ese pueblo, dominado por su influencia y por su codicia explotado, se emancipará; é inspirándose en nuevas ideas, exigirá mayor intervencion en los asuntos públicos, una severa vigilancia de la conducta oficial observada por los gestores de la fortuna del Estado.

Esa privilegiada clase mira de reojo á todo funcionario extran-

jero que sirve al gobierno chino, y se felicita cuando alguno se despide y regresa á su pátria con una fortuna. En su contento, serian capaces de acordar á cada uno un boton de primera categoría; ¡ya es tarde! Poderosos, tenaces y astutos diplomáticos, como son los mandarines, más fácil les seria cegar el gran rio *Yang Tse*, que detener la civilizadora corriente que ha hecho irrupcion en China por los puertos abiertos al comercio, como otras tantas brechas.

El chino, negociante ante todo, va allí donde le llama su interés, poderoso móvil á que siempre obedece; nos vende sus thés, sus lacas y sus sedas, y el más oscuro labrador sabe que la exportacion aumenta el valor de sus frutos; el cantonés industrioso y aventurero, que acudia á los puertos francos con sus prodigios artísticos de sándalo y de marfil, es ahora tambien sastre, zapatero, fotógrafo, y hasta relojero. Así en Canton, comprenden mejor que en ninguna ciudad china, que sin los europeos no habrian prosperado tanto, y, como trompetas de la fama, difunden por doquier la idea de que somos necesarios, indispensables; que sin nosotros ya no pueden vivir.

Además, el chino respeta los hechos consumados y, una vez introducida, mal su grado, una innovacion, no quiere renunciar á ella; muchas han atravesado la gran muralla durante los últimos veinticinco años; el movimiento está iniciado y la China despertada á cañonazos de su sueño letal, se frota los ojos oyendo el infernal estrépito del vapor, de las ruedas y de las hélices; mas no tardará en abrirlos del todo, y entonces ¡ay de los mandarines!

Empero, mientras llega ese dia la condicion de la mujer sigue siendo como es desde que el emperador Fu-hi (1), instituyó el matrimonio, pues antes los hombres solo conocian á sus madres, ignorando quiénes eran sus padres. Kung-tseu ó Confucio, el moralista filósofo, tanto y tan justamente venerado por los chinos, encareció la importancia de esa institucion, diciendo en su apéndice al I-King, libro sagrado: «Unirse en matrimonio es el gran objetivo del cielo y de la tierra; si el cielo y la tierra no se unieran, los séres no nacerian á la vida. La union conyugal es el principio y el fin del hombre.»—Confucio tenia razon: el matrimonio es el fin del hombre que se casa y el principio de su sucesor legítimo.

(1) Primer soberano conocido.

En las leyes y costumbres sobre el casamiento chino resalta el espíritu positivo y ceremonioso de ese pueblo tan apegado á sus usos tradicionales que el mismo culto de Buda no ha podido alterarlos esencialmente, no obstante ser de orígen indio; segun él, un génio, Yu-Lao, une de antemano las parejas con un cordon de seda, y nada puede impedir esta union. Semejante predestinacion no suele ser de buen agüero ni garantía de felicidad en China, donde hay muchos matrimonios que solo de nombre conocen ese mito llamado paz conyugal; y de Europa no hablo por creerlo ocioso: mis lectores saben que abundan cónyuges resentidos porque el lazo no los extranguló individualmente antes de unirlos.

El libro XIII del *Tcheu-li* (1) habla de un funcionario encargado de los matrimonios (Mei-chi); su deber consiste en obligar al hombre á casarse á los treinta años y la mujer á los veinte. Cuando la primavera viste de verde el ramaje de los árboles, esmalta de flores jardines y prados, é inspira suaves gorgeos á las aves canoras, ese funcionario convoca á los jóvenes solteros de ambos sexos y, en nombre de la ley, los invita á observar los seis ritos del matrimonio. ¿No es cierto que era sábio el legislador que fijó la estacion de los amores para someter al ominoso yugo cervices altaneras?—Sábio, fué, sí, pero tambien traidor, porque abusaba del trastorno cerebral ocasionado por la sangre hirviente en esa estacion para sacrificar víctimas humanas en aras del dios Himeneo.

Sin embargo, son pocas las bodas que así se hacen, pues generalmente se deciden por las familias de los contrayentes, cuyo gusto se consulta ménos que el interés ó conveniencia de sus padres. El consentimiento de éstos es indispensable, y el de los novios secundario, por no decir inútil. Así sale ello; de todos modos, yo creo que si en España fuera obligatorio el casarse, muchos hombres ilustrados, conocedores del mundo é independientes de carácter, emigrarian pasándose al moro ó al turco.

De esta educacion restringida y suspicaz, no era lícito esperar buenos resultados; y, en efecto, la única mujer notable por su instruccion que figura en la historia china es Pan-Hoei-Pan, nacida en el siglo primero de nuestra era (años 89 á 106). Tuvo dos hermanos, uno de los cuales, Pan-Ku, fué cronista del imperio; murió

(1) Código más antiguo de las costumbres chinas.

jóven y ella hubo de continuar su obra, pues heredó aquel cargo, juntamente con los de profesora de historia, de poesía y de elocuencia, desempeñándolos todos con lucimiento, gracias á su talento natural y á haber recibido una educacion tan superior como sus hermanos.

Su libro, titulado *Han-Chu*, es la crónica de los doce emperadores de la dinastía de Han; y además dió á luz otro, dividido en siete capítulos, sobre los deberes de la mujer. Decia en este: "Ocupamos el último rango. Nos están destinadas las más humildes funciones... Antiguamente, cuando nacia una niña, nadie en tres dias se dignaba ocuparse de ella, dejándola en el suelo, tendida sobre algunos trapos viejos, á los piés de la cama de su madre, y hasta el tercer dia no se empezaba á cuidar de entrambas."

Triste cuadro cuya exactitud confirma el *Chi-King*, libro sagrado, en uno de sus capítulos, que dice así: "nace una hija y se la deposita en el suelo, envuelta en toscos pañales; cerca de ella se coloca una teja (1). No hay en ella el bien ni el mal; en aprendiendo á hacer vino y á guisar la comida, no debe saber más."

Pan-Hoei-Pan hizo resaltar más y más la inferioridad de su sexo, presentando el contraste que ofrecia el nacimiento de un varon: "al verle, todos manifiestan su alegría y, en cambio, si fuera hembra, afectarian un desden que no sienten para significar la inferior condicion de este sér respecto del otro." "Ese desden, añade, es símbolo del desprecio que le espera durante su vida, á ménos que por sus bellas cualidades y la práctica de las virtudes propias de su sexo obligue á las gentes que con ella vivan, á honrarla con su estimacion;" y continúa: "basta, dicen, que una niña sea dócil á los consejos que recibe en la casa paterna, y siga la conducta prescrita por ellos." Y bien; yo sostengo que eso no es bastante; padre y madre no tienen ojos sino para sus hijos; á ellos todos los cuidados, todo su cariño, todos los maestros, y apenas si un instante se dedican á las hijas.

"¿Por qué rehusar á éstas lo que se prodiga á aquellos? ¿Acaso unas y otros no tienen pasiones que domar, deberes que cumplir, reglas de decencia y decoro que aprender?—Parece que todo se liga

(1) Emblema del telar, segun unos autores; segun otros, la teja significa que estará expuesta á las inclemencias del cielo; y el ladrillo, que nace para ser pisoteada.

para concurrir á la imperfeccion de un sexo que, ya por su naturaleza, es demasiado imperfecto" (1).

Razon tenia la ilustre poetisa cuyas palabras confirma la historia de su país, que registra en sus páginas, es cierto, algunas emperatrices, madres ó viudas, que mezclándose en los asuntos públicos, han demostrado un espíritu político y administrativo capaz de realzar la importancia de su sexo. Desgraciadamente, ninguna de ellas señaló su reinado por alguna medida favorable á la condicion general de la mujer. Al contrario; las más célebres se distinguieron por su ambicion, su crueldad, su libertinaje, en fin, por actos opuestos á la mision de paz y concordia que debia esperarse de ellas.

La emperatriz Si-Sing-*Chí*, primera mujer de quien hacen mencion los anales chinos, floreció por los años de 2602 antes de la era cristiana; encargada por su esposo Hoang-ti, de examinar los gusanos de seda, y ver qué partido podia sacarse de su trabajo, hizo reunir una gran cantidad de esos insectos, los cuidó ella misma, y habiendo encontrado la mejor manera de alimentarlos, hilar su seda y con ella hacer telas, se dignó bordar en algunas piezas flores y pájaros. (2)

El *Chi-King* elogia la ejemplar virtud de Kiang-Yuen, esposa del emperador Ti-ko, á quien se atribuye la introduccion de la poligamia en China (2.400 años antes de J.-C).—Kiang-Yuen, dice, no puede ser sospechosa de haber faltado á su deber; impetrando la proteccion de Chang-tí, señor del cielo, logró concebir á Hen-Tsi. ¿Quereis saber cómo? Muy sencillamente: viuda ya, rogaba incesantemente a Chang-tí que la librase de una vergozosa esterilidad, y á fuerza de votos y oraciones, cierto dia, haciendo un sacrificio, sintió una emocion tan extraordinaria que hubo de comprender estaban colmados sus deseos. En efecto, á los diez meses dió á luz á Hen-Tsi sin dolores ni espasmos.—Sin embargo, en aquellos remotos tiempos habia ya gentes incrédulas, que de todo dudaban, y no faltó quien atribuyera á intervencion humana ese milagro divino; súpolo la inocente princesa y confundió á los calumniadores, exponiendo su hijo en un lugar desierto, solo frecuentado por rebaños de vacas y de carneros. Al niño lo hallaron unos pastores que, compasivos, lo recogieron y cuidaron de su educa-

(1) *Y-King*, cap. 4.°, oda 5.ª

(2) Grosier, H. G. de la Ch.

cion.—Creció, fué agricultor notable, hízose rico, tuvo ocasion de conocer al emperador Yao, su hermano, á quien reveló el secreto de su nacimiento, y siempre veneró la memoria de la madre que le habia abandonado. Era un príncipe magnánimo.

Lector, ¿estás convencido? ¿Crees, de buena fé, en el milagro? —Pues yo tampoco.

Luego, hasta el siglo XII, no se conocieron más mujeres ilustres. En 1147, reinando Sus-Cheu-Sin, vino á su córte la bella Ta-Ki, hija de un príncipe rebelde que la envió para solicitar su gracia del emperador. Inteligente y disimulada, esta jóven dominó pronto el ánimo del soberano, cuya debilidad toleraba todos sus caprichos y, entre ellos, uno muy costoso al pueblo esquilmado á fuerza de exacciones: en el delirio de su opulencia, hizo edificar una torre de mármol, púsole el nombre de Lu-Tai, torre de los ciervos, é iluminándola con profusion de linternas, se encerró en aquel faro con gran número de jóvenes de ambos sexos. Allí estuvo seis meses entregada á toda clase de desórdenes; la orgía trascendió al palacio imperial y esta mansion sagrada donde antes nadie osaba entrar, fué teatro de escandalosas bacanales.

Ken-Hen, primer ministro, queriendo poner coto á tanto desórden, buscó una jóven modesta, de nobles sentimientos y adornada de todos los encantos del alma y del cuerpo; la puso en frente de Ta-Ki con objeto de destruir su funesta influencia. Su belleza sedujo al emperador; mas, como se resistiera á entrar en aquel foco de corrupcion, la favorita y su régio amante, irritados, la hicieron asesinar. El cuerpo cocido y hecho trozos, fué enviado á su padre, que tambien sufrió la muerte; y no es esta la única crueldad que hay que reprochar á esa pareja de caníbales: un dia, deseando saber cómo se forman los hijos en el seno materno, hicieron venir muchas mujeres en cinta de varios meses y, á su presencia, les fué abierto el vientre.

Como la sombra al cuerpo, al crímen sigue el castigo; sublevados los pueblos, aclamaron caudillo á Wu-Wang, un príncipe feudatario; Cheu-Sin, abandonado, perdido, no tenia fuerzas que oponerle y corrió á encerrarse en su palacio de Lu-Tai; vistióse con gran esmero, ciñó su diadema, se puso sus más preciosas joyas, hizo incendiar el palacio y murió como Sardanápalo.—Ta-Ki osó presentarse al vencedor escotada y vistosamente ataviada, esperando

seducirle; más él, más indignado por sus crímenes, que tentado por sus gracias, la mandó ejecutar.

La invasion de los tártaros en China fué motivada por las mujeres. Corria el sétimo siglo, reinaba Hosi-uang y el principado de Tsin estaba regido por Hung-Kong, intrépido guerrero que en una de sus incursiones en la Tartaria habia secuestrado dos princesas á quienes hizo sus concubinas; pronto lo dominaron, é inducido por ellas, declaró heredero de su principado á uno de sus hijos, lo cual dió á los tártaros pretesto para intervenir en el país chino, y conquistarlo andando el tiempo.

El año 238, antes de nuestra era, Tsin-chi-Hoang-Ti, el feroz emperador que destruyó los antiguos libros, heredó el cetro; su madre, viuda, jóven todavía y hermosa, concibió una violenta pasion por Uen-Sin, príncipe de la familia reinante, el cual tenia un criado, Lao-Ngai, que la sensible viuda imaginó hacer pasar por eunuco, á fin de tomarlo á su servicio y utilizarlo como tercero en sus amores; pero tambien se enamoró de él y túvo dos hijos, cuyo nacimiento supo ocultar cuidadosamente. Al cabo de siete años se descorrió el velo que encubria el misterio; ¡gran terror! S. M. china manda prender á Lao-Ngai, éste se salva huyendo y, habiéndose apoderado del sello del príncipe, su amo, levantó tropas y á su cabeza osó atacar al mismo emperador; batido y prisionero en la primera batalla, él y sus hijos fueron inmolados, así como algunos mandarines letrados que intercedieron contra su régia cómplice, la cual solo fué confinada en su palacio durante algun tiempo. (1)

No citaré más ejemplos de hechos semejantes, que se repiten muchos en el curso de la historia, efecto de una ley inflexible, prohibiendo á las emperatrices viudas contraer segundas nupcias, ley que las colocaba en la dura alternativa de someterse á rigorosa abstinencia ó lanzarse á un desenfreno que sus cortesanos facilitaban, ya por adulacion, ya por otros móviles guiados. ¿Qué habia de suceder?... lo que siempre sucede cuando el hombre, en su soberbia, intenta derogar las eternas inflexibles reglas á que plugo á la naturaleza sujetarnos.

Hubo, pues, emperatrices, reinas y princesas disolutas: mas tambien casos de fidelidad extricta, guardada por ilustres viudas á la memoria de sus esposos.

(1) Historia de la China, t. II, pág. 375 y siguientes.

En 606, el príncipe Tchu hizo cautiva á Si-Kué, mujer de otro señor desposeido por aquel de sus Estados y muerto en una batalla. Confinada en un palacio, se enamoró de ella un general que, por acercarse más, tomó una casa inmediata y, sabiendo que su Dulcinea era filarmónica, no hacia más que tocar y cantar para ser oido por ella; cierto dia entonó un himno guerrero, justamente la música predilecta del difunto. Rompió á llorar la hermosa, exclamando entre sollozos; ¡oh Tse-yuen! mejor harias si vengases á mi esposo que dándome conciertos. Loco de amor, el general corre, conspira, levanta un cuerpo de tropas, ataca á los enemigos de la bella viuda, y es vencido. En balde suspiró toda su vida.

Ejemplo de amor filial: un gobernador concusionario habia sido condenado á la pena de mutilacion; su hija única se echó á los piés del emperador, y le dijo: "Señor; el crímen cometido por mi padre merece la muerte; vos, concediéndole la vida, trocais un suplicio instantáneo en otro contínuo; yo soy una parte de su sér: si él resulta culpable yo tambien, y os ruego que la pena caiga sobre mí, ordenad que me mutilen en su lugar."—El soberano, conmovido por este rasgo de abnegacion, indultó al condenado y suprimió esa pena, sustituyéndola por otras pecuniarias, golpes de bambú y otras, segun la gravedad del delito.

Otro rasgo humanitario que honra el corazon de la mujer: el año 86, antes de J. C., reinaba Hiao-ti, y presidia el tribunal criminal un magistrado sábio é íntegro, llamado Tsiun-pu-y. Cada vez que salia del palacio de Justicia, su madre le preguntaba sobre las sentencias que habia pronunciado, y cuando anunciaba la absolucion de un reo ó la libertad de un preso, le hacia extremos cariñosos; mas si alguno habia sido condenado á muerte, su tristeza era tal, que se privaba de alimento.

Como ejemplos de modestia y de serenidad, son dignos los nombres de Fong-chi y de Pan-Tsiei; era ésta una de las mujeres del emperador Tching-ti; y encontrándola S. M. un dia en el jardin real, la invitó á sentarse á su lado en el carro que montaba.—Ella se excusó diciendo: "En nuestros cuadros antiguos figuran los emperadores rodeados de sábios; al contrario, aquellos por cuya culpa se perdieron las dinastías de Hia, Chang y Tcheu, aparecen en medio de mujeres que los tienen sumidos en una vida muelle y voluptuosa, descuidando las atenciones del gobierno. Si yo subiese á

vuestro carro, quizá dariamos á los pintores actuales un asunto que perjudicaria á V. M. en los futuros siglos."—El emperador y la emperatriz la felicitaron y dieron gracias por su buen consejo.

En cuanto á Fong-chi, una tarde (1) paseaba con el emperador Han-ngai-ti y otras mujeres suyas por la casa de fieras, cuando un oso se escapa y viene derecho á él; ella salta y se coloca delante del animal, que, fascinado por esta enérgica actitud, se retira. Como el emperador la felicitara por su intrepidez, ella le dijo: "yo no soy más que una mujer; mi vida nada importa á la dicha del Estado, pero vuestros dias son preciosos, y yo me debia sacrificar por salvarlos."—Semejante prueba de adhesion, hizo que luego fuese distinguida entre las demás mujeres, preferencia que excitó los celos de la princesa Fu-chi, quien, intrigando para perderla en el ánimo del emperador, dió lugar á que Fong-chi, desesperada, se suicidase. ¡Ella que tuvo el valor de arrostrar la furia de un oso, le faltó para combatir los ardides de una rival.—Siempre la misma falta de lógica en el carácter de la mujer.

La China ha tenido tambien sus Juanas de Arco, heroinas que se han sacrificado por la defensa de su país. Fué la primera Tching-tse, natural del Tong-King, cuyo país intentó librar de la tiranía de un gobernador despótico y esquilmador; ella y su hermana Tchin-Eult consiguieron, ocultando su sexo, atraer á su partido muchos reinos feudatarios que deseaban recobrar su independencia. Hecho esto, reunió su hueste en un punto dado, y al presentarse á tomar el mando, causó asombro ver que era una mujer; sin embargo, pronunciando una arenga elocuente y dicha con viril entonacion, hubo de convencerlas, y todas la siguieron sin vacilar.

Marchó al encuentro de los imperiales, y, acometiendo valerosamente, les ganó una batalla, tomóles 65 villas, y, concluida la campaña, fué proclamada reina de Kiao-Tchi; mas el emperador envió contra ella un numeroso ejército á las órdenes del general Ma-yuen. Ruda contienda se libró entre ambos bandos; era experto el caudillo chino y aguerridas sus tropas; pero Tchiny-tsi se batia desesperadamente: veíasela intrépida, serena, blandiendo el sable, animar á sus soldados... Todo en vano; al declinar el dia fla-

(1) Año 6, ántes de J. C.

quearon algunos cuerpos auxiliares; ella fué arrebatada en su fuga, y pereció con las armas en la mano. (1)

El año 306, estaba sitiada la villa de Ning-Tcheu: muerto su gobernador en un asalto, la guarnicion empezaba á desmoralizarse, cuando acude la hija de aquél, reune los oficiales, los exhorta á defenderse vigorosamente, y les promete levantar el sitio, rechazando al enemigo. No contenta con hablar, se puso al frente de las tropas, hizo una salida, derrotó á los sitiadores y libertó la ciudad.

A fines del siglo IV, los tártaros asediaban á Siang-yang, ciudad casi desguarnecida y ausente su gobernador; pero la madre de éste, Han-chí, arma las mujeres, se pone á su cabeza y las conduce á las murallas; desde aquí sostuvo un año el sitio, y si la plaza al fin se rindió, fué por traicion. El vencedor, príncipe Fu-pí, se mostró tan generoso como valiente la defensora, que fué por él recibida con todo honor, ofreciendo á su padre altos cargos que fueron rehusados; además hizo morir á los traidores que de noche le franquearon las puertas de la plaza.

La invasion de los tártaros dió lugar á muchos rasgos heróicos, entre otros al siguiente: no pudiendo el gobernador de Tchi-tchen defenderse, declaró á su mujer que no soportaria la vista de los enemigos entrando en la ciudad, y, acto seguido, se mató. Ella, que participaba del mismo sentimiento, siguió su ejemplo, prefiriendo morir á inclinarse bajo el yugo extranjero.

Tambien en Leac-Fi, siendo gobernador Tchao-Pao, aconteció (año 177) que los tártaros, en una de sus incursiones, prendieron á su madre; el hijo corre á salvarla, y encuentra al enemigo en un campo fortificado, envia un emisario pidiendo le entreguen la prisionera, y la contestacion fué colocarla sobre una trinchera, amenazando con matarla en cuanto se iniciase un movimiento ofensivo. Perplejo estaba Tchao-Pao; pero su madre, mujer valerosa, le manda atacar, diciéndole no fuese débil, porque así faltaria á los nobles sentimientos que ella le habia inculcado. El, entonces, dió órden de cargar y lo hizo con tal brío que puso en fuga al enemigo; pero, sobre el campo de batalla encontró el cuerpo de su madre asesinada por los bárbaros.

Creo haber demostrado con ejemplos vivos, porque la historia

(1) Grosier.—Description de la Chine, T. III, pág. 327.

es el trasunto, la imágen de la inmortalidad, fotografía moral del género humano, que la mujer china tiene, como todas, cualidades positivas y negativas; es el mismo sér angelical y diabólico que seduce al hombre y lo tiraniza, que alternativamente le hace feliz y desgraciado; que amándolo, lo martiriza ó lo deleita, segun su humor; que tan pronto eleva su alma á sublimes regiones como la sume en hondos abismos; capaz de heróicos sacrificios y de maldades inimaginables; humilde y altanera, tímida y valiente. En ocasiones franca hasta el abandono, y en otras disimulada, falaz y astuta, oculta su intencion, mientras con fina perspicacia adivina nuestro más recóndito pensamiento; á veces generosa y vengativa, implacable á veces. Varia, mudable como los vientos, sus sentimientos cambian como la luz descompuesta en el prisma, y cual sus rayos, se tiñe de diversos colores; resultando de todo esto que la mujer es en las cinco partes de este mundo sublunar la delicia del hombre y su tormento.

IX

Vista ya la ciudad, quise conocer sus alrededores y, al efecto, una mañana me encaminé á Zi-Ka-Wai, pequeña colonia fundada por los Jesuitas á once kilómetros de Shang-Hai. Atravesando una llanura arenosa, lisa y monda, cortada por algunos canales cenagosos, sin agua durante la marea baja, el vasto horizonte no se interrumpe sino por las siluetas de algunos lugares cuyas casas son de barro y juncos amarillos. A derecha é izquierda del sendero que seguia, solo se ven centenares de féretros diseminados por los campos, como canastillos de flores ó grupos de árboles en un parque inglés.

Tal es la manera de enterrar en la China Septentrional, donde no hay cementerios; y, así, en un campo de trigo están cuatro largas cajas de madera esculpida, cual si sus difuntos habitantes jugaran á las cuatro esquinas; aquí, en medio de una huerta, pirámides de ataudes; allí, otros, colocados en fila sirven de bancos bajo un kiosko de verdura situado en un jardin fecundado con las emanaciones de cuerpos muertos. ¡Singular manera de entender el respeto debido á los antepasados!... esponerlos á que sobre sus tumbas salten jugando los niños reunidos en un bosquecillo perfumado con las

emanaciones del ópio y de la cebolla, del jazmin y de la suegra.

Este ingrato espectáculo duró tanto como nuestro camino y continúa más allá, extendiéndose por inmensos terrenos; de modo que las reflexiones suscitadas necesariamente por la idea de la muerte, allí representada por tantas imágenes, ahuyentaron mi buen humor que vino á entristecer más y más un viento impregnado de miasmas deletéreos y mal sanos. Luego supe que esos sepulcros trashumantes deben acumularse sobre la superficie del suelo, mientras reine en China la misma dinastía; entretanto ¡desgraciado el que profanar osara, tocándolas siquiera, una de esas urnas cinerarias, prodigios de carpintería, iluminados un tiempo y hoy apolillados y enmohecidos. Empero, estalla una revolucion, derriba una dinastía imperial y otra la sustituye; entonces es lícito hacer y se hace, segun cuenta la historia, tabla rasa de esos frágiles monumentos; más, tengase en cuenta que esos cataclismos políticos son ménos frecuentes que en Europa; fabuloso parece, pero es cierto: las razas reinan en esta tierra de promision tres y cuatro siglos; de modo que la poblacion difunta cohabita mucho tiempo con la viva.

Ese culto por la descentralizacion de las tumbas es el último y casi invencible obstáculo que se opone á la construccion de telégrafos y ferro-carriles en China. La casa Reynolds, de Sang-Hai, estableció una línea telegráfica desde esta ciudad á Wo-Sung, un trayecto de pocos kilómetros, para anunciar la entrada en el rio de los buques-correos y de comercio, esperados siempre con ansiedad. Y bien, al cabo de algunos dias, el hilo estaba cortado por más de seiscientos sitios, notándose que las cortaduras se habian hecho en puntos donde su sombra proyectada por el sol naciente se marcaba en los féretros escalonados en la llanura, tan numerosos como las espigas del trigo en tiempo de la siega.

Otra vez, en Marzo de 1871, el telégrafo submarino tendido entre Shang-Hai y Hong-Kong, que, uniendo el norte de la China con las Indias, le pone en comunicacion con el resto del mundo, estaba á punto de terminarse: solo faltaba fijar en tierra la extremidad norte del cable; pero se opuso el gobierno chino, y fué preciso instalar la oficina telegráfica sobre un barco anclado en medio del rio. Despues de esto, ¡qué ingeniero se atreve á plantar los jalones de una vía férrea!—Sin embargo, yo espero que en término breve la utilidad vencerá á la supersticion; es cuestion de que los

chinos se convenzan de los millones de duros que ganarian adoptando las reformas de los bárbaros, para que no solamente expropien la necesaria parte de su inmensa necrópolis, sino que ellos mismos se apresuren á barrer el polvo de sus abuelos (1).

En la China meridional es otro el sistema de enterramientos; allí hay cementerios situados, generalmente, en una pradera sombreada por árboles de melancólico ramaje, como el sauce y el desmayo. Las tumbas revisten forma tumular, y en su base se apoya perpendicularmente una lápida esculpida con el nombre del difunto y la fecha de su muerte, figurando el sepulcro una herradura, cuyos extremos se extienden á manera de bancos donde el espíritu del muerto pueda descansar. Los chinos, en su obstinado materialismo, creen que el alma no se separa del cuerpo.

Esta creencia les mueve á preparar con mucha antelacion su sepultura, que cuidan esmeradamente, como el vecino de una ciudad edifica en sus cercanías una casa de recreo para un dia retirarse á ella, huyendo el mundanal ruido; y por la misma razon se queman en entierros y funerales pequeños redondeles de papel dorado ó plateado, imitando monedas, á fin de que el difunto no carezca de dinero; por eso tambien colocan los parientes dentro de cada tumba un plato de arroz y los palillos necesarios para comer; por eso cada aniversario de un muerto se le renuevan las provisiones; por eso, en fin, la idea de morir no aterra al chino, que considera la muerte como un simple cambio de domicilio. Mirada así, la perspectiva de nuestro fin pierde su carácter lúgubre, y se comprende que, hijos cariñosos, amantes esposas y amigos leales obsequien con un lujoso ataud al objeto de sus simpatías estando bueno y sano; es como entre nosotros regalar un coche.

Y hé ahí por qué se visten de blanco, en señal de luto, por que la música toca alegres sonatas acompañando fúnebres convoyes. Todo esto lo explica la filosofía de Confucio; pero no se me alcanza el objeto y significacion del banquete mortuorio que la familia del finado da á sus amigos cuando vuelven del cementerio. Enhorabuena que para ellos solo se trate de un viaje eterno, de una ausencia perpétua; ¿es cosa de celebrar la partida de un ser querido?—Sin embargo, justo es reconocer que esta absurda costumbre

(1) Ya se han convencido, puesto que el dia 30 de Junio último se inauguró la primera seccion de una via férrea, desde Shang-Hai hasta Kung-Wan.

no es peculiar y exclusiva de los chinos; antiguamente existia en Europa, todavía se observa en Palestina, y en algunas comarcas de España se practica cuando muere un niño, cuya entrada en la region de los ángeles suele festejarse con música, baile y otros regocijos. Llegamos á Zi-Ka-Wai: los Reverendos Padres, vestidos á la china y fumando la larga pipa indígena, nos reciben con afable cortesía, y, bajo su conducta, visité las escuelas donde hay tres clases de discípulos. La primera consta de más de cuatrocientos niños, más ó ménos curados de la sarna, la lepra y otras miserias; son expósitos recogidos moribundos en las cercanías, comprendidos bajo la denominacion general de huérfanos, por más que tengan padre y madre. Es en la China costumbre tan inveterada como cruel abandonar los hijos á la orilla de los rios ó al borde de los caminos, expuestos á morir de hambre ó de frio. La causa de esta impía resolucion se ha explicado por la exuberancia de poblacion, muchos de cuyos indivíduos carecen de trabajo y de recursos para mantener su familia, miseria que da tambien lugar á infanticidios sin cuento, y á que los padres vendan ó alquilen sus hijas de doce á veinte años para servir de concubinas á libertinos indígenas y extranjeros, crímenes todos á cual más horrendos que impúnemente se han cometido durante una larga série de siglos.

Al fin, mal tan grave llamó la atencion del Gobierno que remediarlo quiso, dictando severas leyes; pero todas han sido impotentes para evitar ese atentado contra la humanidad, y vista su ineficacia, se fundaron en Pe-king y en otras capitales unos asilos llamados *In-yug-lang* (templos de recien nacidos).—El Estado sostiene estos benéficos establecimientos, cuya institucion ha disminuido poco el número de infanticidios y de exposiciones. La mayor parte de los asilados son del sexo femenino; varones se depositan rara vez. En 1848 el juez criminal de la provincia de Kuang-Tung (Canton) expidió el siguiente edicto:

"He sabido que hay la abominable costumbre de abandonar las niñas. En ciertos casos, consiste en que la familia es pobre y subvenir no puede á la manutencion de esas infelices criaturas; y otras veces sucede que los padres desean un varon, temen que la lactancia y demás cuidados que la reciennacida requiere de su madre retarde una segunda progenitura, y esta hija es abandonada.

"La existencia de establecimientos para expósitos del sexo fe-

menino no ha sido bastante á destruir esta repugnante práctica que es un ultraje á la moral y á la civilizacion, que rompe la armonía del cielo... Los insectos, los peces, los pájaros, las fieras conservan sus vástagos: ¿cómo podeis sacrificar séres formados con vuestra sangre?—Los hijos, sea cualquiera su sexo, nacen de órden del cielo, y si os nace una hembra teneis el deber de educarla, por más que no valga tanto como un varon. Si la matais, ¿cómo esperar más hijos? ¿cómo no temeis las consecuencias de vuestra indigna conducta, y sobre todo el rigor de la justicia celeste?... Os arrepentireis despues de la vida, demasiado tarde.—Si abandonais á vuestras hijas, en cuanto se averigüe, sereis castigados con arreglo á las leyes porque sois desnaturalizados, y el asesinato de vuestras hijas es un crímen imperdonable.»

La ley contra el infanticidio impone á los culpables la pena de de 60 golpes de bumbú y un año de destierro (1), mientras el hecho de casarse un hijo durante el luto de su padre se castiga con 100. Y es que el espíritu de la ley pospone el amor paternal al cariño filial, resultando de lo poco severamente que está penado el abandono de las hijas la falta de escrúpulo de sus padres, tranquilos además y confiados en la obligacion que tiene la administracion pública de acoger y alimentar á todo niño huérfano ó abandonado, natural del país y sin parientes ni conocidos que le amparen. Estos, si existen, se guardan bien de darse á conocer, y la autoridad lo ha de recoger so pena de recibir 60 palos con un bambú, responsabilidad que los funcionarios eluden cerrando los ojos sobre los infanticidios.

La poca estimacion que la mujer alcanza en China incita á los padres no solo á vender sus hijas, segun ya he dicho, lo cual es frecuente, pues aun cuando este comercio es clandestino, se tolera, sino que tambien da lugar á sustitucion de hijos. Sucede muchas veces que al venir al mundo una niña, su padre soborna á la partera para que la cambie por un niño comprado á alguna desgraciada; esto se llama, en el figurado estilo peculiar de los chinos, trocar un dragon por un fénix. Esa sustitucion la castiga el Código penal (3.ª p. S. 78) con 100 golpes de bambú.

Esta deplorable distincion entre el nacimiento de un hijo y de una hija produce rivalidades en el seno del hogar doméstico, ene-

---

(1) Davis—*La Chine.*—T. 1.° pág. 272.

mistándose con tal motivo las mujeres de un mismo marido, lo cual suscita escenas borrascosas y hasta crímenes. En el drama intitulado *Un heredero en la vejez*, la esposa de un anciano no tenia mas que una hija y, temiendo diese á luz un hijo cierta concubina que estaba en cinta, conspiró contra ella, de acuerdo con su hija y con su yerno; concertados los tres, esperan el instante del alumbramiento, se verifica este, nace un niño, y él y su madre fueron secuestrados durante tres años, en cuyo trascurso la mujer principal no tuvo otro. Entonces, ella misma libertó á los cautivos, no por caridad ni arrepentimiento, sino considerando que, muerto su esposo sin heredero varon, nadie sacrificaria á la memoria de ambos, pues solo un hijo tiene derecho á sacrificar en honor de padre y madre.

Hecha esta necesaria digresion, volveremos, si place á mis lectores, al Colegio de los Jesuitas, cuyo sistema de enseñanza es tan ingenioso como eficaz. Los alumnos, á su entrada, sufren un exámen físico, que consiste en frotarles el cuerpo con piedra pomez, y, una vez purificado el indivíduo, se procede á cultivar su espíritu, habiendo al efecto clases de lectura, escritura y doctrina cristiana, que alternan con los talleres de carpintería y zapatería, de tejer y de imprimir. Unos y otras están sábiamente dirigidos, con un órden, una actividad y una limpieza admirables de tal modo, que esos chicos de cinco años entran en estado salvaje y salen á los veinte manufacturados y manufactureros. ¡Hermosa, humanitaria y civilizadora es la obra de los Padres, dignos sucésores de San Ignacio de Loyola!

Esto por lo que hace la escuela elemental y de artes y oficios; mas aun hay otra superior, situada trescientos metros más allá, donde pasan los colegiales sobresalientes y se dedican al estudio de las bellas letras, chinas, por supuesto. Es curioso, aunque atronador, oirlos cantar á grito pelado, en coro, su leccion para aprenderla de memoria; el silencio está prohibido, y un Reverendo Padre preside con serena calma y sin quedarse sordo, ese desconcierto de voces infantiles, premiando al que más chilla y castigando al perezoso que no se desgañita; viéndolos cual declaman, abriendo una boca descomunal, diríase que el testo de las sentencias debe grabarse en su magin en razon directa del cubo de las formidables vibraciones con qué llenan la sala. Inquiriendo la cau-

sa y utilidad de ese estrépito, me contestaron que era el único medio de evitar que los estudiantes chinos se durmieran.

Dicha clase superior consta de unos doscientos jóvenes bien vestidos, de grave continente y escogidas maneras: son los retóricos, futuros letrados, predestinados algunos al mandarinato, y, en su mayoría pertenecen á familias de esa alta gerarquía, á la nobleza de Shang-Hai, que pagan generosamente la educacion de sus hijos. De aquí salen graduados de bachilleres, licenciados y doctores, con aptitud para elevarse de boton en boton á las más altas funciones del Imperio del Medio. Cuánta voluntad, cuánta paciencia, qué inmensa grandeza de alma habrán tenido esos Padres para aprender y ser maestros de una lengua como la china, que además de la dificultad de pintar sus caractéres sinalagmáticos, ofrece las de su génio especial, y un estilo, un género de literatura lleno de retruécanos, sutilezas é idiotismos que hacen su poesía, su historia y sus leyendas tan aburridas y narcotizadoras como las rancias sentencias y la difusa exposicion de las teorías de Confucio. Todo lo han hecho, lo han sacrificado todo á su ardiente fe, á su celo en propagar la verdadera doctrina y alumbrar con la divina luz del Evangelio el universo mundo, abriéndole los infinitos horizontes que solo la religion cristiana ofrece al alma humana. Algo han conseguido en el pueblo y con incansable perseverancia trabajan ahora para introducir, poco á poco, un elemento moral y católico en las altas esferas oficiales, donde no es imposible legalmente el acceso de los cristianos, que llegar pueden á la dignidad de mandarin; mas este cargo impone la obligacion de entregarse á ciertas prácticas idólatras y asistir á ceremonias odiosas á una conciencia recta é ilustrada. Es de esperar que, cuando esos jóvenes asciendan al poder, su influencia se haga sentir en beneficio del cristianismo y de la civilizacion moderna; por lo ménos, será lícito creerlos incapaces de llamar bárbaros á los mismos que los educaron é instruyeron.

Sobre estas esperanzas, sobre el desarrollo del comercio, de la industria y de la agricultura y acerca del porvenir político de las naciones europeas en China, el dia en que tan vasto, feraz y laborioso país concurra con el poderoso refuerzo de sus cuatrocientos millones de habitantes á la obra del progreso universal, versó mi larga conversacion con los Reverendos Padres, cuya erudicion, es-

píritu práctico y elevacion de miras tuve ocasion de admirar una vez más.

Tambien rendimos un tributo de consideracion á los caudillos extranjeros que con su esfuerzo y génio organizador coadyuvaron poderosamente á la obra de pacificar el Celeste Imperio, desgarrado, devastado y ensangrentado por aquellas bandas rebeldes cuyo solo nombre erizaría los cabellos si no se raparan la cabeza. Es cosa averiguada que los *Toepings,* fingiendo hacer la guerra á la dinastía de Tsing, que felizmente reina, para sustituirla por la de Wang, eran instrumentos de la empresa más colosal de devastacion y de rapiña que se ha organizado despues de Atila; la farsa era tan completa que, sin ser cristianos, combatian en nombre de Jesucristo, aclamándolo con tanto aplomo, que hubo sociedades protestantes bastante cándidas para darles ayuda y proteccion: con la etiqueta de "Biblias" enviaban á los rebeldes cajas de rewolvers, y otras veces hacian el milagro de convertir un cargamento de paraguas en carabinas rayadas, sin contar el número no despreciable de aventureros bárbaros pasados á sus filas donde saqueando hacian grandes fortunas.

Así, pues, la China, en 1861, se encontraba con que ajustada una paz onerosa con Francia é Inglaterra, aun habia de someter á los rebeldes, enemigo formidable apoyado por parte del país y contando con auxilios del extranjero, empresa difícil para el Gobierno de una nacion bien organizada é imposible para el de un Estado sumido en la más completa anarquía. Entónces se formaron cuerpos francos anglo-galo-chinos, mandados por oficiales europeos, medida aconsejada ó, más bien, impuesta por los diplomáticos acreditados en Pe-king.

La plana mayor, formada por esos oficiales, era una mezcla de elementos heterogéneos, un conjunto abigarrado: los habia pundonorosos y valientes, aventureros y bandidos. De entre ellos uno, Ward, un *yankée* cuya fama era fatal; ella, con sus cien trompetas pregonaba que fué compañero de Walker en las famosas campañas de Nicaragua y de Méjico, que, luego, recorrió el mundo desempeñando todos los malos oficios. Sea como quiera, él entró al servicio chino y, en tan críticas circunstancias, reunió un cuerpo de cinco mil indígenas y algunos centenares de extranjeros, la escoria de todas las naciones.

Vestido á la usanza del país y casado con una china, batiéndose como un leon, pronto se hizo muy popular, popularidad bien merecida, porque en una campaña de siete meses dió y ganó venticinco batallas, apoderóse de Sing-Po, echando á los rebeldes muy lejos de Sang-Hai. Subiendo al asalto de una trinchera, cierto dia cayó mortalmente herido de un balazo: su valor indomable hizo olvidar la parte primera de su borrascosa existencia, el hombre que con su ejemplo inflamó la linfa de los chinos quienes, en honor de la verdad, no son cobardes, pues si alguna vez corren es por espíritu de imitacion, siguiendo el movimiento de sus mandarines. Ward, con entero carácter, supo encerrar en el círculo de su deber á sus oficiales, haciendo honrada una colectividad cuyos individuos eran racimos de horca ¡Ward, el guerrero salvador de dos provincias, probó que sabia morir cuando no podia vencer!

Otro aventurero, Burgevine, le sustituye, pero no le reemplaza; derrotado en su primer encuentro, los mandarines no se lo perdonan, dejan de pagar las tropas, así como el sueldo de su comandante que á poco fué separado en castigo de haber abofeteado á los banqueros Za-Kee y Compañía, porque se negaron á descontarle unas letras.—Reclama personalmente en Pe-king, no es atendido por el Gobierno y se pasa al campo enemigo; su fin fué desastroso: hecho prisionero en una batalla, librada cerca de Emuy, lo encerraron en una jaula de bambú para ser trasladado al interior. Torpeza ó mala intencion, pasando un rio la jaula cayó al agua y él se ahogó.

Inmediatamente, un hombre, tan bravo como digno, ofreció su espada á la causa imperial, no, como otros, aspirando á hacer fortuna sino á cumplir un deber que no le incumbia y él se impuso. Tales son el carácter y la capacidad de Gordon que, como por encanto, restablece la disciplina muy relajada de las tropas y convierte aquella banda de merodeadores en un ejército aguerrido y casi regular.

Desde que tomó el mando supremo, los movimientos aventurados fueron maniobras estratégicas y, habiéndose apoderado de todas las ciudades desoladas por los rebeldes, avanza hácia el interior formando la vanguardia de un ejército chino de 100.000 hombres que le seguia á cierta prudente distancia sin batirse jamás. Puesto á la cabeza de sus soldados, riñó treinta y siete batallas, en las cuales fué siempre victorioso, é hirió de muerte al enemigo social,

esa hidra de millones de cabezas que amenazaba disolver en un mar de sangre el Imperio del Medio.

A punto ya de terminar su marcha triunfal de tres meses, un incidente imprevisto le detuvo. Habiendo hecho 23.000 prisioneros en Sut-Chou, los confinó en una provincia lejana, y solo guardó como rehenes cincuenta de sus jefes superiores, que fueron pérfidamente asesinados por órden del mandarin Li-Fu-Tai, general en jefe del gran ejército imperial, abusando de la ausencia de Gordon, que habia ido á practicar un reconocimiento en la provincia de Che-kiang.

En cuanto tuvo noticia de este crímen, abandonó el campamento, no queriendo manchar su honor apareciendo complicado en tan escandalosa violacion de la fe jurada y del derecho de gentes. Recibe emisarios del sublime Emperador, y no los escucha; todo el mundo tiende sus brazos hácia él, llamándole su salvador, y cediendo su generoso corazon á voto tan unánime y suplicante, volvió á tomar el mando que conservó hasta 1864. Entonces, despues de haber pacificado la China, regresó á Inglaterra rehusando ocho millones ofrecidos por el Soberano cuya causa habia defendido, con tanto desprendimiento como luego rehusó los honores de que su Reina le quiso colmar. La conciencia pública, universal, se ha encargado de premiar con respetuosos aplausos la abnegacion de este militar que, habiendo conducido á la victoria numerosos ejércitos, ingresa modestamente en su regimiento de ingenieros, y continúa sirviendo como teniente coronel... ¿Quién sabe si brillará de nuevo su espada cuando la Europa comprenda que la única política, la diplomacia más eficáz con los chinos son los cañonazos?

Altamente satisfecho de mi visita, me despedí con sentimiento de los Padres, saludándolos con un sincero "hasta la vista," que mi adverso destino ha convertido en eterno adios.

Volví á Shang-Hai, y supe con alegría que los hielos que interceptaban el paso del Pe-Thi-Li y del Pei-Ho se derretian, rompiendo su clausura anual de cuatro meses, de Noviembre á Marzo; hice mis preparativos de viaje, y el 7 de este mes me embarqué á bordo del *Pa-Li-Kao*, lindo barco de construccion americana, largo y afilado, máquina de treiscientos caballos y porte de ochocientas toneladas; la cámara de oficiales y nuestros camarotes están sobre el puente, reinando en ellas una perfecta claridad y una dulce tem-

peratura, merced á un calorífero hidráulico que la eleva contrarestando el viento norte que agita el mar y nos hace surcar las olas con vertiginosa rapidez.

Corriendo millas y millas navegamos cerca de una costa desierta, pelada, salvaje, que contrasta con el risueño aspecto de Kin-Toan, Chao-Wei-Chan, Chun-Tong y To-Ching-Chou, lugares cuya vista deleita la mirada tanto como sus eufónicos nombres recrean el oido. Yo contemplaba las ondas, ese velo que, entre sus líquidos pliegues, oculta el mundo submarino, elevando luego mis ojos al cielo, ese otro abismo etéreo que con su inmensidad nos revelaria la idea del infinito si el alma no estuviera ya iniciada; yo me fijaba en las rocas abruptas de la playa lejana; yo miraba dentro de mí mismo: ¿sabeis por qué?... Por no ver la masa de viajeros con quienes me habia cabido en suerte navegar. ¡Qué tipos! Era su extructura tan extraordinaria, tan raras sus fisonomías, sus vestidos tan extravagantes que, conociendo, como ya conocia, la China meridional y parte de la septentrional, no habia visto gentes de esa catadura.

¿A quién preguntar?... el *yankée* no es comunicativo, y toda la tripulacion, oficiales y marineros era de los Estados-Unidos; la escuálida figura y gesto desabrido que caracteriza á algunos misioneros protestantes no me incitaba, y además; ¿cómo hablar á un inglés sin estarle presentado?—Podia, sí, haber satisfecho mi curiosidad cualquiera de los respetables negociantes chinos que á bordo venian; y digo respetables, juzgándolos por su grave continente, suavizado por una sonrisa protectora, noble, aristocrática, por sus ricas pellizas de marta zibelina y sus enormes vientres, urna donde reside, segun los chinos, el sentimiento, la dignidad, el talento, como si dijéramos, las más nobles facultades del alma; pero no hablo su lengua.

Por fortuna, sobrevino el conde Mejéan, mi compañero de viaje desde Marsella á Saigon, cuya presencia me sorprendió agradablemente porque no le ví embarcar. En su calidad de cónsul general de Francia en Shang-Hai, iba á Pe-king con objeto de visitar la legacion de su país en esa córte, y por él supe que los tipos que tanto me chocaban eran tártaros manchus, raza que se distingue por su rostro anguloso, su barba de Kalmuko, sus ropones y gorras de pelo que les dan la apariencia de osos bípedos.

Departiendo amigablemente con un hombre que, no obstante su avanzada edad, conservaba el chispeante buen humor propio de la juventud, corta se me hizo la travesía hasta Tche-Tu, donde echamos el ancla el dia 9, dos despues de nuestra partida. Un sampan nos llevó al puerto que contenia centenares de juncos alineados, y cuya estructura recuerda las embarcaciones de la Edad Media; el pueblo es chico y está habitado por cinco ó seis mil cargadores de ambos sexos y de todas edades que chillan mucho y trabajan poco, cargando ó descargando pequeños fardos de ópio destinado á envenenar á los viciosos fumadores del interior. Las carretas en que se conduce esta mercancía, vuelven cargadas de alubias y otros farináceos para surtir los innumerables puertos de la costa meridional, tráfico que ocupa una gran escuadra de juncos.

Los estados hechos en la aduana de The-Tu, arrojan, por término medio cada año:

Importaciones..........	45.000.000 de pesetas.
Exportaciones...........	18.000.000.
Movimiento del puerto.	196 buques, midiendo 350.600 toneladas.
Ingresos de la aduana...	2.500.000 pesetas.

Zarpamos, y al siguiente dia nuestro buque se balanceaba en el golfo de Pe-Thi-Li, pronto á atravesar la barra del Pei-Ho, cuyo paso es difícil á causa de los bancos de arena que lo cierran casi á flor de agua; baste decir que en la marea alta su fondo es de once piés y el *Pa-li-kao* cala trece. Grave situacion; pero la tripulacion es experta y temerario su jóven capitan, el cual, impasible nos decia: «nada hay que temer, eso es barro y lo cortaremos como se corta un pastel;» en esto nos sentimos lanzados á todo vapor, cual si el buque fuese un toro embistiendo, ó un caballo encabritándose para saltar una valla ¡vano intento! cuatro veces fuimos rechazados con pérdida; mas felizmente, á la quinta los marineros prorrumpieron en victoriosos hurras: habíamos pasado la barra y nuestra travesía de cuatrocientas leguas tocaba á su fin.

Favorecidos por un fresco viento, subíamos el Pei-Ho, cuyo curso es brusco y sinuoso, sus riberas desoladas y tristes, un desierto de movediza arena que el huracan subleva en furiosos torbellinos, y cuando se desvanecen, aparece la interminable série de tumbas que cubre la llanura en toda su estension: el pajizo color de esos conos de tierra hace más sombrío y tétrico un paisaje fúne-

bre y monótono, monotonía solo interrumpida por algunas salinas escalonadas; de modo que la perspectiva no ofrece más que polvo, sal y cenizas. Esto dura dos eternas horas, divisándose luego comarcas ménos áridas, campos y bosques, hombres y carretas: Ko-Ku, Tong-Ku, Chieng-Chia y otras aldeas situadas á lo largo del camino de Pe-Tang desfilan ante nuestros ojos que contemplan sus chozas de barro y hojas, á cuyas puertas se asoman algunas mujéres con hopalandas moradas, y muchos juncos desarmados esperando en tierra que el rio se deshiele para navegar.

Otros, flotantes ya sobre las aguas, embarazaban nuestro paso con su lenta marcha y su sistema de ir formados en filas de á diez, ocupando todo el álveo de un rio tan angosto como éste; el *Pa-li-kao* avanzaba silbando, y, asustadas las tripulaciones de esas embarcaciones primitivas, chillaban en vez de maniobrar para no ser pasadas por ojo, emociones que, juntamente con las proporcionadas por los recodos, vueltas y revueltas que hay en el tal Pei-Ho, hacen su tránsito muy divertido: tan pronto la corriente nos echa contra una orilla y la hélice se enreda entre las yerbas y el lodo, como es necesario enviar á tierra una canoa con seis hombres para atar al árbol más sólido un cable que nos ayude á girar sin irnos á pique doblando un ángulo demasiado agudo. Semejantes faenas dan lugar á mil incidentes; suele suceder que el árbol, arrancado de cuajo, se venga con nosotros; y tambien acontece que el bauprés, demasiado curioso, cometa la indiscrecion de meterse por el balcon ó por la pared de una casa situada cerca de la orilla; mas nada de esto nos ocurrió, y antes de anochecer estábamos en el muelle de Tien-Tsin, poblacion que recorrí al despuntar el dia 11 de Marzo, sin ver nada extraordinario ni curioso: únicamente cierta limpieza y un órden relativo en los almacenes y oficinas de aduanas, vestigios de la ocupacion francesa que duró dos años (1858 á 1860).

La pagoda de Hai-Huang-Tzeu es un conjunto de pequeños templos, cuyas ventanas de papel y oblongos techos les dan un aspecto nada grandioso. Aquí se firmó la paz entre los soberanos de China, Inglaterra y Francia, tratado provisional concluido en 1858, hecho por el cual se conceptuó profanado el santuario que hoy es un granero atestado de sacos de trigo y de ratones que irreverentes corren sobre el polvo que cubre la mesa en que se decidió el destino del Celeste Imperio.

La situacion de Tien-Tsin es envidiable: puerto el más cercano á la capital del imperio, sus comunicaciones con el gran canal son fáciles, y como esa vía es la arteria de cuatro provincias del interior, resulta un mercado provisto abundantemente y muy concurrido; sin embargo, no hay más que seis grandes casas de comercio, *hongs*, todas chinas, y ellas monopolizan los negocios más importantes. Su poblacion asciende á cuatrocientas mil almas, y los residentes extranjeros no llegan á ciento, ingleses la mayor parte, algunos alemanes, americanos del Norte ú holandeses, tal cual francés, y, por supuesto, ni un español.

Segun los estados oficiales, la aduana rinde, por término medio, cada año:

Importaciones..	Algodones..........................	35.000.000	pesetas.
	Opio..............................	44.000.000	"
	Lanas..........................	7.200.000	"
	TOTAL.........	86.200.000	"

Exportaciones...................................... 19.000.000 pesetas.
Movimiento del puerto: 600 buques midiendo 500.620 toneladas.

A las tres de la tarde salí para Pe-King en una caravana compuesta de cinco carretas chinas, tiradas cada una por dos mulas. Son estos vehículos muy ligeros; pero su extructura es de lo más raro que imaginarse puede: sobre un eje montado en dos toscas ruedas se levanta un toldo de tela azul formando caja tan estrecha, baja y corta, que no es posible acostarse, ni ir sentado ni de pié: milagrosamente dí con un saco de salvado, encima del cual me acurruqué cual si fuera un almohadon de muelles. El auriga se coloca en el entronque de la vara izquierda, desde donde arrea sus bestias, cuando no salta en tierra, las aguija y maltrata sin piedad; la mula delantera solo obedece á la voz; y enganchada como está del mismo eje, cerca de la rueda izquierda, tira siempre de un lado, trota oblícuamente, y decirse puede que nuestra suerte depende de sus caprichosos giros. ¡Misterioso destino el del hombre... sometido siempre á la influencia de séres ó cosas tan raras!

Así caminamos por una mal llamada carretera cuyo trazado es tal, que en los sitios más estrechos tiene dos metros de anchura,

mientras en los grandes llanos se extiende hasta cincuenta ó sesenta; solo hay uniformidad en las nubes de polvo que ciegan al viajero y en el infinito número de cantos, ladrillos, tejas y pizarras que lo sacuden y lo trituran dentro del carruaje, el cual salta, se tambalea, amenazando volcar á cada paso. En los más difíciles, se esmeran nuestros mayorales en arrear el ganado, que galopa violentamente y levanta enormes torbellinos; el ya turbio horizonte se oscurece del todo, uno ignora por donde va, y solo siente los golpes que recibe al chocar su cuerpo contra las tablas del vehículo.

La primera hora es insoportable; mas luego, cuando se está medio ahogado y bien molido, viene la resignacion. A las nueve de la noche nos apeamos en Yang-Sun, punto donde debiamos pernoctar, contusos, empolvados y hambrientos; el conde Méjean y yo reíamos al referir cada uno sus impresiones, sus caidas y los cardenales que manchaban sus miembros doloridos; esto despues de habernos lavado con el agua helada, literalmente, que nos fué servida en una hostería digna por su especial carácter de ser descrita.

Figúrese el lector una de aquellas ventas que la pluma sin rival del ilustre manco de Lepanto describe con tanta verdad como brillante colorido en su obra inmortal *El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, ó bien una de las posadas en que se hospedó Gil Blas de Santillana, imagine despues un antro más infecto, destartalado é inhabitable que cualquiera de esas mansiones, y se formará idea del tugurio, de la verdadera córte de los milagros donde por mal de mis pecados hube de dormir una noche.

En la fachada, un cobertizo servia de cochera á una docena de carretas propias de mandarines viajeros, cerca de ellas una piara de mulas relincha gozosa revolcándose en el polvo, más léjos los zagales y mozos de la primera caravana disputan con los nuestros, vociferando las interjecciones y las blasfemias propias de la jerga usual de la gente de cuadra en todos las países del globo, que tambien la lengua china es rica en voces intraducibles.

Una gran choza, construida con palos y hojas secas, se levanta en el fondo del patio, es el cuerpo principal del edificio; aquí están los dormitorios provistos de un plano inclinado de tablas, sobre las cuales se coloca el petate (1) que sirve de colchon, de sábana y de

(1) Estera blanca de junco ó tapiz de lana.

colcha, como en las perreras el lecho de los canes. Tal fué la alcoba que nos cupo en suerte al conde, á su intérprete y á vuestro servidor; mala era, y peor la cama, pero, así y todo, nos acostamos con ánimo deliberado de dormir profundamente hasta el amanecer.

Morfeo nos fué propicio, gracias al cansancio que nos rendia y á los vapores del aguardiente que habia acentuado el thé, tomado despues de nuestra pobre cena, consistente en un monton de arroz, cocido en la misma marmita de los muleteros; pero habiamos contado sin la huéspeda, es decir, sin los huéspedes.

Eran estos una coleccion de insectos domésticos, tan variada como numerosa; su aguijon clavándose en nuestra epidermis nos despertó é hizo que nos levantáramos; pero la conversacion amena y chispeante de mi compañero de viaje abrevió una velada pasada cruzando en todas direcciones la estancia.

Decia el conde Méjean:

—Tendria curiosidad de leer las notas que ha tomado Vd. en su *carnet* desde nuestra salida de Tien-Tsin; yo declaro que nada he visto.

—Yo tampoco, querido conde: las polvorientas trombas velaban el paisaje, y no sé si es accidentado, ó llano, pintoresco ó monótono, frondoso ó árido como una estepa.

—Eso me consuela; yo lamentaba la cortedad de vista natural á mi edad, mas segun Vd., nada he perdido.

Departiendo sobre asuntos varios, trascurrieron cinco horas, y al dar las cuatro y media oimos sonar los cascabeles de la caravana de mandarines que partia. Treinta minutos despues los seguíamos, escoltados por cuatro tártaros á caballo y un mandarin de boton cristalino que el gobernador de Tien-Tsin habia tenido la atencion de enviarnos para custodiar nuestras diplomáticas personas y facilitar nuestro acceso en la Ciudad Celeste. Cada vez que llegábamos á un pueblo, el funcionario imperial colocaba sobre sus narices un par de enormes gafas montadas en tosca madera y de cinco centímetros de diámetro, moda tradicional en los letrados, que sin ese atributo no pasarian por sábios á los ojos del vulgo.

A medio dia hicimos alto en Ho-Chi-Wuy; durante el almuerzo, contemplamos un espectáculo curioso: un fotógrafo inglés, comisionado por una revista ilustrada de Lóndres, se preparaba á reproducir el paisaje, nuestra caravana y, sobre todo, nuestro man-

darin. Viendo plantar el pacífico instrumento, la poblacion en masa echó á correr y se dispersó por aquellos campos, cual si huyera del diablo, que para los chinos cosa diabólica es toda innovacion, mucho más si la introducimos los bárbaros; únicamente permanecieron á nuestro lado los muleteros y los *boys*, y eso por respeto á la autoridad que nos acompañaba.

La noche del 12 la pasamos en Tchiung-Tia-Llaw; levantados con el alba seguimos caminando, anhelando llegar á Pe-king, la ciudad misteriosa que en sueños ví en mi infancia y de cuyo encantado recinto estaba ya cerca, faltando solo algunas horas para entrar en él, ver las maravillas que contiene y descansar de un viaje no fatigante por los 174 kilómetros de distancia que separan de Tien-Tsin la capital del imperio, sino por la carreta, el polvo y las posadas.

A la una de la tarde atravesábamos el magnífico puente de Pa-Li-Kao, célebre porque en él se libró la decisiva batalla que abrió á los aliados las puertas de Pe-king. Ese monumento, las altas murallas almenadas cuya imponente circunferencia forma el perímetro de la gran ciudad y un grandioso pórtico abierto en ella como desmesurada boca de colosal serpiente, es lo más notable que verse puede en el Celeste Imperio: su conjunto recuerda los muros gigantes de Babilonia, los formidables parapetos de Nínive, prodigios del arte antiguo, maravillas de civilizaciones que murieron y viven sin embargo en la memoria universal, merced á la Historia Sagrada cuyas descripciones, cuyas imágenes inician en los misterios de aquellas remotas edades al género humano, que de generacion en generacion se los trasmite como una piadosa tradicion como ejemplos que estimulen al hombre á seguir perdurablemente la senda infinita de la perfectividad si nunca creer que llegará á la meta, convencido de que todas las obras humanas son perecederas, que está condenado al tormento de Sísifo.

Los pueblos que otra cosa imaginen, son castigados como el chino: elevado á la cumbre en ciencias y en filosofía, en legislacion y en literatura, en artes y oficios; viendo cultivado su espíritu, floreciente su comercio, próspera su industria, convertidos sus campos en jardines y sus ciudades en museos, se detuvo, pensando que no habia un más allá, entregóse á la pereza y, al despertar de un letárgico sueño de muchos siglos, se encuentra en tal atraso, en tal

abandono, en tal desórden sus asuntos todos, tan inferior como nacion y como raza á las civilizadas que para igualarse á ellas y ponerse al nivel de la moderna época, ha de educarse á la europea desde los rudimentos. Por eso los chinos empiezan á copiarnos, imitando como monos á los bárbaros antípodas.

X
Pe-king.

Su muralla de granito, cuyos sillares alternan con gruesos ladrillos, está coronada por un torreon que atrevido se lanza al espacio luciendo su techumbre de cinco pisos, cubierta de tejas verdes y sus troneras por donde asoman su mortífera boca enormes cañones (1), todo lo cual combinado con los tambores, las almenas y los fuertes avanzados le da un aspecto marcial, imponente.

Entramos por una profunda bóveda, abierta á sus piés, codeandonos con inmensa multitud de mongoles, tártaros y chinos de á pié y de á caballo, conduciendo convoyes de carretas azules, récuas de mulos negros ó caravanas de camellos blancos.

Pasadas las primeras barreras, á la fastuosa decoracion de la puerta sucede otra desolada é inculta, una vasta estension de terrenos baldíos sembrados aquí y allí de chozas cuyo miserable aspecto contrista el corazon. Los camellos siguen en este arrabal de la ciudad celeste senderos tortuosos cual si marcháran por el desierto; las carretas vuelcan á cada paso y se estrellan en un pavimento entre cuyas losas, de un metro cuadrado, hay frecuentemente intervalos de dos piés de profundidad, causa ocasional de innumerables fracturas, de sacudidas y sobresaltos sin cuento ni medida.

Esta es la ciudad china, separada de la tártara por otra muralla alta de cincuenta y cinco piés y ancha de cuarenta; sus pórticos sombríos, sus bastiones y sus almenas revisten un aspecto magestuoso, babilónico como la anterior; su puerta principal, llamada de Tchien-Meng está defendida por un anfiteatro sin gradas, cuyos muros forman una media luna; de modo que, despues de pasar la primera verja, nos hallamos encerrados en una especie de jaula de fieras dominada por torreones de barnizados techos. Anduvimos algunos cientos de metros antes de llegar á la bóveda de salida y, atravesándola, nuestro mandarin guía nos invita á subir á la cima de la muralla para contemplar el panorama de Pe-king en toda su estension.

(1) ¡Oh decepcion! Son de madera, segun despues averigüé.

Dicho y hecho: rápidos trepamos y nuestros ojos vieron á un lado la ciudad china cuyo perímetro forma un trapecio geométrico donde hay barrios populosos y mercados, bosques y templos, grandioso conjunto que parece enclavado en murallas coronadas por las cincuenta pagodas á las cuales ya me he referido; cinco monumentales puertas que dan acceso sobre el campo, son como desembocaduras de rios, grandes respiraderos, sangrías abiertas en las arterias de la poblacion que fluye y refluye en opuestas direcciones, cual si dos mares tendieran á reunirse cuando la marea sube. Al otro lado la ciudad tártara se desarrolla en un vasto espacio cuadrado que corta el horizonte con sus aristas de piedra, pues tambien la cercan antiguas murallas, vetustas, gigantescas, sin contar diez puertas fortificadas é innumerables castillos destacados; aquí están los cuarteles, los parques, las grandes vías estratégicas, se respira un ambiente guerrero y todo, hasta los menores detalles, lleva impreso el sello de la raza conquistadora.

En realidad, ese recinto mural encierra tres ciudades concéntricas, separadas entre sí por otros muros interiores, y me fundo en que la china se divide en dos: la imperial con sus palacios de mandarines, cada uno de los cuales consta de cien kioskos superpuestos, y otra en el centro, la ciudad misteriosa, velada á los profanos, donde penetrar no puede un simple mortal, la residencia del Emperador con sus millares de techos amarillos, relucientes, y su Me-chan, "monte de carbon ó de los diez mil años" el *sancta sanctorum* del Celeste Imperio. La vista es magnífica: aquellas murallas describiendo una curva de cuarenta y cinco kilómetros y encima de las cuales pueden marchar de frente cuatro carruajes; los esmaltados techos de los palacios mandarines lucen su color verde claro, abrillantado por los rayos del sol; las azuladas cúpulas de los templos, los puentes marmóreos y barrios enteros, cuyas casas son todas de azulejos, se destacan sobre un plano arenoso, desigual y súcio. ¡Lástima que el estuche no corresponda á la joya!

Si así fuera, el anonadamiento del hombre ante las maravillas de Pe-king seria completo; esas pagodas heráldicas, esas construcciones seculares, esas fábricas monumentales lo empequeñecen!

La poblacion que á sus piés se agita parece un enjambre de hormigas extraviadas en inmenso dédalo, y, sin embargo, la mano del hombre ha realizado esos prodigios. Son la obra de una nacion

guerrera é industriosa, obra gigantesca, colosal que admira é impresiona de tal modo que el alma se remonta y, trasportándose á las antiguas edades, cree ver á traves del cristal de los siglos poderosos ejércitos chinos coronando estos muros, disparar con horrísono estruendo su artilleria; los orgullosos mongoles con sus arcos de vistosos colores y sus mortiferos dardos subiendo al asalto de la moderna Nínive; y las sombras de Genghis-Jan y Rublai-Jan cernerse entre las nubes del polvo de la batalla.

Despues de las emociones experimentadas en un viaje tan largo, accidentado y pintoresco, la curiosidad debia estar saciada; pues, no obstante, me asombró la ciudad de Pe-king. Parecíame imposible haber llegado á ella, y eso que es tan triste su aspecto, su fisonomía, hasta el carácter de sus habitantes, que el corazon se angustia y sobrecoge; lo que más extraña es verse uno mismo circulando en medio de una multitud curiosa y asombrada á su vez mirando á un extranjero, un hombre de Occidente, un diablo, en la capital de un imperio cerrado como un santuario hasta que la civilizacion hubo de violarlo usando y abusando de la fuerza, y aun de la crueldad.

He dicho que la vista de Pe-king impresiona, y es cierto, pero la impresion es penosa. Todas las grandes ciudades de la antigüedad han caido con gloria sin dejar más huella material que sus dispersas ruinas, mudos testimonios de la catástrofe: Nínive desapareció entre las arenas del desierto, Babilonia es una montaña de escombros, Tébas, Ménflis, Sidon, Tiro, Cartago, Atenas, Sagunto, Numancia y Roma conservan ruinas que recuerdan su pasada grandeza: Pe-king nada tiene, se desmorona, á sí misma se roe, no no se da cuenta de su decadencia, es un cadáver que, por dias, se va convirtiendo en ceniza.

Mi acalorada mente la vestia con su antiguo ropaje, adornábala con sus más preciadas joyas y, evocando su explendor perdido, la veia como hace mil años, cruzada por canales de límpidas aguas, guarnecidas sus murallas de verdaderos cañones, nuevos sus hoy grieteados bastiones, brillantes los barnizados techos cónicos de sus pagodas; las calles bien barridas, llenas de inmensa concurrencia lujosamente ataviada, rebosando contento; en fin, todo fresco, vivo, animado, cual estaba cuando era una maravilla del extremo Oriente.

Hoy, ¡qué diferencia!... sus calles, ahondadas por el paso de las

carretas, son barrancos de hasta veinte piés; las antiguas alcantarillas reventadas forman una escalera gigantesca para subir al estrecho sendero que sostiene las casas en ambos lados del precipicio en cuyo fondo existen capas de una tierra fétida, resíduos de inmundicias seculares que envenenan el aire con sus emanaciones; secos están canales y fosos; rotos é inútiles los puentes de rosado mármol, yertos, secos, agostados, los que fueron jardines son un desierto; junto á bellos arcos de triunfo, se alzan las chozas de miserables vendedores, erizadas de perchas con anuncios de papel que el viento sacude. Y esto no se ve ni en un barrio ni en dos, en todos reina una horrorosa uniformidad, pudiendo decir, sin faltar á la verdad, que Pe-king no es ciudad por su aspecto, sino más bien un campamento tártaro combatido por el *simoun* en medio del desierto, que tal parece el aire que sopla, no por su violencia, sino por las nubes de polvo acre y sofocante que enturbian la atmósfera.

Ahora bien, una ciudad en que nada se repara y en la cual está prohibido demoler, bajo las más severas penas, se disgrega lentamente y pronto será un monton de arena, porque esa incesante descomposicion causa la muerte con más eficacia que las más atroces convulsiones; una poblacion resiste un incendio devorador, un terremoto, un asalto, á todo sobrevive ménos al abandono. Pe-king no existirá dentro de un siglo, pasados tres se le descubrirá como á Pompeya, y su solar aparecerá envuelto en el sudario de su misma prosapia, como diria Mariano Fernandez.

No me extenderé describiendo las puertas de la Gran Pureza, de la Gran Victoria Virtuosa, ni los templos del Génio de los Vientos, del Cielo, de la Agricultura, del Génio, del Rayo, y del Espejo brillante del Espíritu, monumentos que todos se parecen, como es natural, perteneciendo todos al mismo órden arquitectónico; además se han reproducido tanto en biombos de laca sus kioskos, sus campanarios, sus balcones, sus relieves y sus pórticos; que ocioso me parece hacerlo. En el de la Agricultura se conserva el arado y la azada de oro, sagrados instrumentos de labor con los cuales abre cada año el emperador un surco en la tierra, invocando la bendicion de Buda para las simientes y las cosechas, ceremonia que se verifica revistiendo S. M. I. Celeste un traje de campo, amarillo canario; su sombrero rural, ancho de un metro y del mismo

color teñido se enseña en el templo; en una capilla de aporcelanado techo, entre sillas curules de mármol rosa, preciosos trenzados de cordones de cristal verde y enfrente de cornisas de madera tallada, que sirven de pedestal á una série de alimañas, dragones, perras, basiliscos y otros excesos de fina porcelana, están los vasos de alambre, especie de tostadores donde el emperador quema semestralmente las sentencias de muerte firmadas por su augusta mano en ese plazo. El fuego todo lo purifica.

Tambien visité el Observatorio Astronómico, fundado hace doscientos setenta y seis años por el P. Verbiest, de la Compañía de Jesús. Este magnífico establecimiento se halla situado en la muralla, cerca de Tung-Chi-Meng, y sus gigantescos instrumentos de bronce son de una precision admirable; baste decir que montados desde la indicada fecha sobre los mismos alados fantásticos dragones que aún los soportan, expuestos á la intemperie y sin dejar de funcionar, no han sufrido el menor desperfecto. El más notable de estos aparatos es una esfera celeste, cuyo diámetro es de ocho piés, y en su lugar respectivo tiene colocadas las estrellas conocidas en 1650 y visibles á la latitud de Pe-king, 39° 54 ms. N.

Por razones idénticas á las que antes expuse, haré gracia á mis lectores de la descripcion del estanque de "peces encarnados," donde no hay agua ni peces; del templo de la Luna, oscuro como boca de lobo, vamos al decir; del de los Lamas, convento con celdas para mil bonzos de amarillo vestidos, cuya mision es cantar con voz cavernosa y monótono acento; y del de Confucio, que al visitante no ofrece más curiosidades que un depósito de aereolitos en derredor de una máquina de rezar, especie de cilindro giratorio lleno de papeles sagrados, multiplicador de oraciones que arroja dando vueltas en vez de salmodiar, évitando esta fatiga á los pulmones de los fervorosos sacerdotes consagrados á ese culto. Despues de esto, lo único digno de especial mencion es una campana de bronce primorosamente labrada, la más grande que en el mundo se ha suspendido; alta de veinticinco piés, pesa noventa mil libras: mayor es la de Moscow, más imposible ha sido elevarla y en el suelo yace su inerte masa.

Seguramente, al lector le pasará leyéndome lo que á mí me pasaba visitando y analizando las magnificencias chinas: no hay pagoda, fortaleza ó palacio, escultura, pintura, música ó poesía, que

hable al alma; el culto mismo es en China cuestion de buen gusto, de respeto humano y de mera cortesía; sus ceremonias son minuciosas, pueriles, nada tienen de grande ni ménos de augusto, como su arquitectura carece del imponente solemne carácter de la gótica, cuyas sombrías bóvedas inspiran meditacion y recogimiento, cuyas agudas cúpulas suben, rompiendo el espacio, hasta las nubes y elevan nuestro espíritu al cielo. El materialismo que respira el arte chino en todas sus manifestaciones, revela cuán bajo está el nivel de las ideas de ese pueblo rutinario, muelle y voluptuoso, los estrechos límites de su horizonte intelectual que solo le permite discurrir en el círculo de sus necesidades y de sus placeres: los chinos pintan y esculpen dragones, serpientes, tigres y otros mónstruos, porque les tienen miedo, inspirados por su instinto de conservacion; fabrican ricas porcelanas, muebles preciosos de laca y de marfil para adorno y comodidad de sus moradas, en las cuales despliegan todo su fausto; ¡pobre númen! ¡vulgaridad supina!... ¿Dónde está el ideal? Cuando falta no brotan génios y, si alguno surge, no puede remontar su vuelo, se ahoga en esa atmósfera y corta sus alas el medio social en que vive; yo así me explico cómo hasta ahora no ha nacido entre ellos un Herrera, un Alonso Cano, un Velazquez, un Calderon ni un Meyerbeer.

He dicho que el chino acumula su fausto y lo reparte dentro de su hogar, abandonando la parte exterior, y lo probaré con argumentos suministrados por las fachadas de sus casas. La célebre, la misteriosa ciudad prohibida, tapizada, segun es fama, de esteras de plata, sostenida por columnas de oro, recamada de finas perlas, y cuyas paredes están esmaltadas, ofrece un aspecto mísero, abyecto: vista, como solo es lícito verla á los simples mortales, desde la tapia que la rodea, parece tosco estuche, vulgar, indigno de encerrar en su seno riquísima joya, la mansion sacrosanta del Hijo del Cielo.

Si tal es la ornamentacion externa de la régia morada, ¿cómo serán las demás?

Otro sí; las calles son angostas y por ellas se anda casi siempre junto á las paredes; el extranjero es objeto de una infantil curiosidad en los barrios populares, mientras que en los habitados por nobles y militares pasan á nuestro lado estos autócratas sin mirarnos, con alta cara y fruncido el ceño, afectando una indiferencia muy semejante al desprecio. Algunos de ellos se dignan ir á pié;

mas la mayoría monta carretas atartanadas, pulidas, blasonadas, relucientes, de estructura igual á aquella en que por mal de mis pecados me metí en Tien-Tsin y molió mis huesos hasta Pe-king, con una sola modificacion, por cierto, muy curiosa: el rango, ó hablando en chino, el boton del mandarin cuyo es el carruaje, se conoce en la colocacion de las ruedas del vehículo; segun es, boton rojo, azul ó blanco, las traseras, situadas en los dos extremos del eje, retroceden alejándose del centro de gravedad. Un príncipe las retira más que nadie de su sitio natural y, como el coche no tiene muelles, se restablece el equilibrio prolongando la limonera; resultando un fuerte cabeceo que agrava la situacion del infortunado mulo de varas. El mejor sistema de viajar en China sin sufrir contusiones seguras y probables fracturas, es el palanquin; las ondulaciones del bambú que llevan cada uno de los portadores sobre su hombro mecen suavemente al trasportado; mas ¡ay! de los cuatro millones de habitantes que la capital cuenta, solo á una casta privilegiada, la de príncipes y ministros, autoriza la ley para usar ese cómodo medio de locomocion.

En los barrios poblados por la clase media y por el comercio, se trueca lo cómico en pintoresco y horrible, alternativamente. La calle circular, sobre todo, tiene un carácter, un color oriental tan pronunciado, reina en ella tanta animacion, que contrasta con el resto de la ciudad: carretas y palanquines, mulas y camellos, coolis, negociantes y militares, se cruzan, se entrechocan, se confunden en revuelto *maremagnum*; unos examinan las mercancías, otros las ajustan, regateando en un asalto de fórmulas corteses, y aquellos cargan con los fardos; es tan compacta la multitud, que siendo grande este mercado, se anda lenta y difícilmente entre sus dos filas de tiendas cuyas muestras color escarlata penden de oblícuas perchas, anunciando los géneros en inscripciones doradas. El chino tiene la pasion del anuncio y abusa hasta el punto de que, para trescientos almacenes, hay millares de rótulos, pues cada artículo se anuncia independientemente de los demás.

A mayor abundamiento, centenares de chicos juegan cual si estuvieran solos, corren frenéticos y, á veces, un peloton de ellos caé á los piés del transeunte que por lo ménos se tambalea con el choque; cuando no con estos, se tropieza con ancianos, esos niños grandes de la China, que muy formalmente se mezclan en el tumulto

llevando con orgullo la cuerda de una inmensa cometa lanzada por ellos en los terrenos baldíos próximos á las murallas. Tan por lo sério toman los chinos esa diversion, que en ella se revela su génio artístico: construir cometas de seis ó siete metros, representando ya un dragon alado ya un águila rapante, iluminarla de manera que parezca un sér viviente, equilibrarla con sumo cuidado para que magestuosa, serena, se remonte y permanezca fija en el espacio como una estrella situada casi verticalmente sobre la cabeza del que le da cuerda, lo consideran asunto grave, importante, trascendental.

Y, si de aquí no pasáran, del mal el ménos; pero no, la cometa tiene como apéndice multitud de instrumentos musicales, casi microscópicos, que imitan el canto del pájaro y la voz del hombre armando un ruido infernal. Lucir ese prodigio de estática ante una turba admirada hasta el éxtasis, asustarla con el galope del caballo montado por el tenedor de la cuerda que sujeta esos areolitos sin cola, es un goce infinito, un placer sublime, un delirio para unos hombres cuya arcilla se amasa con thé y arroz, cuya decrepitud anticipa el abuso del ópio y otro vicio que no nombraré, limitándome á invocar el fuego celeste que abrasó la Pentápolis.

El chino es tan filarmónico que saca armonías hasta de las palomas, lo cual yo supe casualmente. Uno de mis colegas, cazador como Nemrod, mató un dia entre otras aves un pichon; de vuelta del campo entra en mi cuarto y con aire triunfal vácia su morral á mis piés, sobre la alfombra y, acto seguido, se tiende cuan largo es en un divan, cansado, jadeante; le felicité por su buena suerte y ojo certero, contestóme negligentemente que solia matar más, y luego nuestra conversacion, girando sobre asuntos vários, recayó en las mujeres, que es hablar de la mar y sus arenas. Lo mismo acontece siempre en toda reunion de hombres: empieza debatiendo elevadas cuestiones científicas, literarias, filosóficas ó políticas, y concluye por ese eterno capítulo cuya primera página escribió Adam, han continuado todas las generaciones sucesivas y, no obstante, el misterio subsiste, nadie lo ha penetrado, sábios é ignorantes, dioses mayores y menores, todos somos iguales ante la suprema ley del amor, que ciegos nos entrega al arbitrio de la mujer, adorable esfinje, delicioso fruto del árbol prohibido, esencia del bien y del mal, manjar tan esquisito como caro.

Súbito dulces vibraciones, notas cadenciosas y sonoras, inundan el aire de armonía, remontándose á la region celeste, acarician mi oido; callé para escuchar, mi compañero hizo lo propio, y ambos, con la vista fija y atento el oido, buscamos el orígen de esa música; pero en vano, nuestros *boys* dominan profundamente en la antesala del Kiosco, aislado en medio de un jardin, que me servia de morada, aislamiento que excluye toda idea de vecindad: ¿quien tocaba? ¿quién era el misterioso artista que estremecia las más delicadas fibras de nuestro corazon con los sonidos de su arpa?—Agotado el discurso, convinimos en que soñábamos despiertos ó que el grato ruido era efecto de nuestro mismo atolondramiento; mas, al recoger la caza tirada en el suelo, sintió mi amigo vibrar en su mano un instrumento y, registrando las piezas muertas, halló un arpa eólica, tamaña como una burbuja de jabon, admirablemente trabajada, oculta bajo la cola de la paloma.

Recien llegados al país, esto nos pareció una fantasía extravagante del carácter chino, un capricho de esos niños de blanca cabellera que acabo de describir; luego supe era una medida benéfica, salvadora, que libra las palomas de las garras del buitre, volatil tan antifilarmónico como rapaz, que á bandadas las persigue y ahuyenta el trémolo estridente ó el quejumbroso acento resonante, segun la rapidez de las aladas músicas.

En el gran mercado de la calle circular se venden tambien primorosos objetos de arte, esmaltes, pieles de marta y de zorra azul, muebles de laca roja, colosales jarrones de porcelana y de bronce: sobre todo pequeños elefantes esmaltados de blanco llevando á guisa de silla torrecillas de oro; pero á exorbitante precio, más caros que en París y en Lóndres, las bolsas modestas no permiten satisfacer el capricho de un marfil, una laca ó un encasillado antiguos, más, en fin, su aspecto recrea la vista en compensacion de lo que el olfato sufre, sentido que debia suprimirse en Pe-king porque... ¿cómo decirlo?... Sin embargo, callando faltaria á mi deber de cronista. Segun Boccacio.

Tutto si puo dire
ma bisogna sapere
é come é quando.

Ahora bien; la ocasion de hablar de los olores de Pe-king es esta, y he de arrostrar los peligros de la situacion que me crea su

índole nauseabunda, pidiendo al cielo luces para encontrar una forma adecuada, tolerable al ménos, de decir cuáles y cómo son. Su infeccion depende de la costumbre, tradicional en los chinos, de regar las calles con las aguas más súcias de sus casas, y resulta que la atmósfera se impregna de amoniaco, ácido cuyos gases acres y mal sanos, evaporándose, envenenan el aire respirable. Lo peor del caso es que secan delante de las puertas unas tortas largas, oblongas, negruzcas, hechas de arcilla y de otro ingrediente innombrable, cortadas en forma romboidal, como el carbon de pieda; ese combustible barato, pero fétido, arde en sus cocinas. Ni una palabra más.

En la gran metrópoli no hay fondas europeas; existen, sí, en la ciudad china, *restaurants* abiertos al consumo de los indígenas, y en la ciudad tártara mesones como el de Yang-Sun, donde pasé una noche toledana con el conde Méjean; así es, que el viajero occidental ha de alojarse en las legaciones extranjeras. Rusia, Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados-Unidos poseen magníficos palacios, residencias dignas de sus representantes, con generosa hospitalidad abiertas á los representados, explendidez que da prestigio y no es cara, porque estando prohibido á los europeos residir en Peking los raros visitantes no hacen más que pasar.

España no tiene ni una choza, y su legacion se hospeda en Fa-Kwo-Fu, palacio de Francia, viviendo de prestado en un país donde debia ocupar el rango consiguiente á la importancia de sus relaciones políticas y comerciales establecidas por la proximidad de las islas Filipinas. Abandono que no se comprende y suscita la sospecha de que nuestros gobernantes han perdido mucho tiempo hace la nocion de nuestra política exterior, haciendo mal entendidas economías en el servicio diplomático, sin tener en cuenta que cuando una nacion es ménos poderosa é influyente, más debe esmerarse en la eleccion de sus agentes y en dotarlos de suficientes medios para que no hagan ridículo papel entre sus colegas ni, sobre todo, ante el gobierno cerca del cual están acreditados.

Es indudable que la carrera diplomática requiere especiales conocimientos y distinguidas cualidades de carácter en los funcionarios que á ella se dedican; pero es tambien esencial la cuestion de forma, de elegancia, de *confort* y hasta de lujo. Los negocios más árduos suelen resolverse á los postres de un gran banquete: la hu-

manidad es tan flaca, que una buena digestion predispone á sus indivíduos á la benevolencia; pues bien, un enviado español, por más extraordinario y plenipotenciario que sea, no puede dar ni un almuerzo *á la fourchette*, porque no tiene vajilla de plata, blasonada con las armas de su país, carece de numerosa, inteligente y atenta servidumbre, y á veces habita una modesta casa, cuando no en la fonda, por la sencilla razon de que está mal retribuido; esas cifras de seis, diez, quince y veinte mil duros que asustan por su enormidad á nuestros diputados rurales; habituados á no viajar y á sustentarse con el prosáicó garbanzo, son insuficientes cuando hay que alternar con ministros ó embajadores cuyo sueldo varía entre treinta y sesenta mil duros, aparte la casa propia del Estado, los carruajes, el mobiliario y otros accesorios, fausto de que podrian prescindir las grandes potencias, las cuales tienen siempre razon aunque las represente un ganapan, porqué son fuertes y *au besoin* apoyan sus reclamaciones justas é injustas con buques de guerra, siempre dispuestos á ir donde necesarios sean, cosa que tampoco pasa en España, cuya numerosa escuadra no sabemos para lo que sirve ¡ah! sí, guarda las costas, y, sin embargo, se hace contrabando, y, si alguna vez hace presa, acontecer suele que se la arrebate un barco extranjero en aguas jurisdiccionales.—¡Es un prodigio!

Empero, dejemos la marina entregada á *su dolce farniente*, para seguir enumerando las malaventuranzas de los diplomáticos españoles á quienes no cuadra en todas sus partes la definicion que de la clase, en general, hizo el príncipe de Bismarck cuando entró en la carrera como primer secretario, encargado de negocios de Prusia en Francfort, son, decia en carta confidencial, unos señores muy bien educados, correctamente vestidos, sometidos al régimen de las grandes cruces y de las trufas (1).

«...lástima grande
»que no sea verdad tan belleza.»

Lo cierto es que el diplomático español posee las cualidades atribuidas á todos por el gran canciller aleman, entre ellas la pasion de las bandas, que le gusta lucir; pero, en cuanto á las trufas, solo usa, y quizá abusa de ellas el rico; si no lo es, las come úni-

(1) *Deux Chancelliers*, por Julian Klaczko.

camente en los banquetes oficiales. Además ha de ser muy astuto para adivinar secretos de Estado que ningun confidente le revela, pues cuestan caros, y solo en casos muy extraordinarios se libran fondos á un embajador con ese objeto, lo cual justifica mi frase de las economías mal entendidas, respecto al local de las legaciones; esta última, sobre todo, es despilfarro en vez de economía, y lo demostraré: el gobierno asigna á cada jefe de mision diez mil reales mensuales para casa y gastos de instalacion; este es un gasto permanente, mientras un edificio y un mobiliario propios del Estado seria tan útil, más decoroso y más barato, porque del millon anual que ahora se gasta próximamente en material para todas las legaciones, nada queda, y si cada año se comprase una casa, el capital estaba en pié.

En Constantinopla tenemos un palacio de verano con magnífico jardin, regalado por el sultan Selim á fines del último siglo, siendo embajador de España el marqués de Almenara; mas, qué digo, palacio, tenemos sus ruinas, inhabitables ya, por no haberse reparado á tiempo. ¿No seria posible reedificarlo?—Pues posible y hasta fácil es adquirir otro en Pe-King, su coste no pasaria de 30.000 duros, cantidad no exorbitante para el tesoro de Manila, capital de las islas cuyo tráfico con la China es causa única casi de que tengamos allí una legacion y varios consulados, pues negociante peninsular no hay ninguno en el Celeste Imperio. Eso aumentaria la consideracion de nuestro representante y su influencia seria igual á la que ejercen los de las demás potencias, enviando frecuentemente á los puertos chinos guerreros buques de alto bordo que se pudren en Cavite por no consumir carbon; otra economía mal entendida: por ahorrar un millon el comercio, pierde quinientos, y las aduanas recaudan ménos.

De buena gana desarrollaria las ideas que someramente acabo de exponer; mas sé pierdo mi tiempo y á Pe-King me vuelvo. La vida diplomática en esa córte no se parece nada á la ceremoniosa y reservada que impone en las demás la lucha de influencias; aquí nos tratamos con una confianza fraternal, hija de la necesidad de sobrellevar con paciencia este destierro, concordia que no se opone al severo cumplimiento de nuestros deberes oficiales, porque en China nuestra mision es idéntica: difundir los principios civilizadores de las razas latina y sajona é imponerlos, si menester fuere,

por medios pacíficos á la recalcitrante raza de cobre; conformes todos en el fin, hay sus diferencias de apreciacion y de sistema, existiendo dos corrientes, una rusa y otra anglo-francesa, diferencias hábilmente explotadas por los Estados-Unidos que luchan con ventaja; su ministro, M. Burlingame, habla el chino y cuenta con la cooperacion indirecta, no ménos eficaz por eso, de altos funcionarios americanos al servicio del emperador; mas esto no embaraza la accion de sus colegas, el objetivo es el mismo y con tenacidad se persigue.

En 1870, el hombre más influyente era M. Roberto Hall, inspector general de aduanas; hombre de génio, á su iniciativa se debe la organizacion de esos establecimientos montados á la europea, servidos por europeos á cual más probos, activos é inteligentes, que hacen milagros: cuando estaban administrados por los chinos, el Tesoro público solo percibia algunos cientos de duros, las nueve décimas partes de los exorbitantes derechos de importacion y exportacion iban al saco de los mandarines locales.—¿Si estarian por allí el marchamador de Málaga, los administradores mandados procesar por el Sr. D. José García Barzanallana, y algunos vistas extravismados que el Sr. Cancio Villamil conoció en la isla de Cuba?—El caso es que el gobierno chino recauda, gracias á la reforma, de sesenta á ochenta millones de pesetas anuales, en los trece puertos abiertos al comercio europeo, ingresos á cuyo lado son bagatelas los sueldos de los empleados que cobran diez mil pesetas para aprender la lengua china el primer año, quince mil el segundo y tercer, y veinte ó veinticinco los dos siguientes, pudiendo ascender á sub-comisarios de uno de los trece puertos, con cuarenta y cincuenta mil, y hasta comisarios efectivos con setenta y cinco mil. Casi una posicion social envidiable, si en China hubiera mujeres y uno tuviese vocacion de aduanero.

Shang-Hai, Yu-Chao, Kun-Kiang, Canton, Tui-uan, Tum-Sué, Chin-Kiang, Swa-Tao, Ning-Po, Chi-Fu, Emuy, Hun-Kao, Tien-Tsin y Nin-Chuang, son los puertos abiertos al comercio europeo; en ellos entran cada año sobre 16.000 buques, cuya medida alcanza siete ú ocho millones de toneladas. Calculando por quinquenios, los registros de las trece aduanas arrojan estos datos:

Importaciones anuales, 600.000.000 pesetas.

Exportaciones, 450.386.000 pesetas.

Derechos recaudados, 70.468.000 pesetas.

A grandes rasgos considerado el comercio con Europa y la India, figura en las importaciones:

Opio por 6.000.000 kilógramos, valor 500.117.100 pesetas.

Colonias, 7.500.000 piezas, valor 246.300.140 pesetas.

En las exportaciones figuran:

El thé por 73.408.135 kilógramos, valor, 213.500.106 pesetas.

Para Inglaterra, 148.101.536 pesetas.

La seda por 2.460.921 kilógramos, valor, 158.542.290 pesetas.

Asombra la cifra de piezas de algodon, mas no es exagerada, porque millones de chinos visten esa tela fabricada en Manchester, cumpliendo la profecía hecha por el plenipotenciario inglés que firmó el tratado de Nan-King en 1842, cuando anunció á sus compatriotas la apertura de un mercado tan grande, que todas las fábricas del Lancashire no bastarian para vestir una de sus provincias.

Tambien se importan de trescientos á cuatrocientos millones de agujas europeas, novecientos de fósforos alemanes y millares de cajas de música suizas cada año; en cambio la China exporta drogas medicinales, como el ruibarbo y la semilla de flor de lís, por valor de un millon de pesetas, precio indígena, aumentado luego por los farmacéuticos que nos las revenden diez veces más caras.

Lo único que embrolla un tanto los negocios comerciales en China es el cambio, infinitamente variable á causa de lo complicado de su sistema monetario. Fúndase este en el principio del peso de los metales; la unidad es el *liang* ú onza china de plata, llamada por los europeos *tael*, cuyas subdivisiones, con arreglo al sistema decimal, son *tesiem*, *fen*, *li* ó *maz*, *condorin* y *chapeca* segun los extranjeros; este último valor se representa por una pieza de cobre que es la sola moneda efectiva y circulante en los mercados chinos: los demás valores mencionados no tienen expresion material, no hay piezas acuñadas con sus nombres; son pura y simplemente unos signos convencionales que denotan cierta cantidad de lingotes de plata, cuya ley tambien varía, siendo la más baja de 10 por 100 de cobre por 90 de plata.

El *tael* pesa 37-122 gramos, y equivale á 27 reales y siete cuartos de nuestra moneda antigua, tomando como base el cambio ordinario de 72 *tael* por 100 duros; de modo que la plata es más bien una mercancía que un signo legal de valor; su precio oscila, nece-

sariamente, segun las circunstancias del mercado, y aun cuando el gobierno lo admita en pago de contribuciones ú otros derechos valuándolo en 1.000 *chapecas*, en las transacciones particulares se computa por 1.680 á 1.700.

La *chapeca* es de forma redonda, diámetro de unos tres cuartos de pulgada, con agujero en el centro para ensartarla en una tomiza ó bramante grasiento con otros ciento; su peso 4.157 gramos. Lleva en el anverso dos caractéres chinos, indicando su valor legal y á ambos lados el nombre del emperador en escritura mandchu; en el reverso cuatro caractéres que dicen: "moneda corriente del Tung-Chi (nombre del emperador)." Debe ser de puro cobre; mas la adulteran mezclándola con hierro, plomo, arena y otras materias extrañas que no se concibe moneda más vil.

Relativamente al valor atribuido por el gobierno al *tael*, 720 chapecas equivaldrian á un duro; mas, despreciada como está la moneda de cobre, el mejicano vale de 1.100 á 1.200 chapecas. Hay una casa de moneda en cada capital de provincia y se acuña de órden superior con los moldes que envía la administracion central, dependencia útil y hasta indispensable en toda nacion bien organizada; pero ocasionada á grandes abusos cuando esa nacion está regida por un gobierno tiránico: así, en China, durante el penúltimo reinado se acuñó moneda idéntica á la anterior, excepto su peso, que es doble, en todas las fábricas imperiales, sobre todo en las del Norte, y por un simple decreto gubernamental se le ha dado un valor décuplo del que aquella tiene ¡miseria! El cobre se usa solamente en el comercio al por menor: las grandes transacciones se hacen siempre con plata, sin que nunca intervenga el oro, segun lo que yo he visto y aprendido.

El valor de la moneda sube ó baja cuando llegan los vapores-correos, segun las noticias que traen de Europa y de las Indias: á mi llegada á Shang-Hai, el *tael* valia siete pesetas; algunos dias despues arribó un buque inglés y lo elevó hasta 35 céntimos más, lo cual dá lugar á mil agiotages: gíranse letras, se hacen compras de los géneros más solicitados, se venden aquellos de que hay ménos demanda y se realizan portentosos negocios. Es cuestion de velocidad, y, comprendiéndolo así, dos grandes casas de comercio en Shang-Hai encargaron á Glasgow dos soberbias naves, poco casco y mucha máquina, hechas expresamente para andar más de prisa

que los correos y anticiparse á ellos veinte ó treinta horas desde Hong-Kong, cosa fácil no llevando más cargamento que una carta para un agente de cambios.

Este, sabiendo el secreto, acomete á mansalva empresas arriesgadas, temerarias, aparentemente, y que en el fondo son tan seguras como las puestas de un jugador de ventaja: compra thé á cuarenta duros el quintal, porque le consta que al dia siguiente subirá á cincuenta, vende el ópio cuando calcula que la caja bajará de cuatro mil pesetas á tres mil quinientas, y de esa manera, vaciando su almacen, atestado de ciertos géneros para llenarlos de otros, ganan sus capitales un interés enorme. Con decir que una de esas casas pagó la construccion de su barco, dos millones de pesetas, con las ganancias de su primer viaje, basta, me parece, para juzgar de la importancia de ese tráfico rápido, eléctrico, desleal; pero el comercio se parece á la política en que no tiene entrañas.

No se crea por lo dicho que la China es una mina de oro; apenas lo es de cobre, y muchos temen no sea sino de plomo, fundándose en que el thé ha perdido un 6 por 100, y el algodon por elaborar no encuentra compradores; yo no abrigo ese temor, el país tiene inmensos recursos naturales y está por explotar; convengo, sí, en que hoy ofrece estrecho campo al génio especulador; pero, mañana, cuando el gobierno chino conozca sus verdaderos intereses y permita la explotacion de las minas de carbon que hay en el Pe-Tchi-Li y en la isla de Formosa, todo el comercio prosperaria adquiriendo gran desarrollo merced á tan poderoso auxiliar. El carbon es el alfa y el ómega de la industria, ahora se importa de Inglaterra á precios fabulosos, hasta diez y siete y veinte duros tonelada, lo cual encarece enormemente los fletes, y en cierto modo, imposibilita el establecimiento de fábricas cuyos artefactos se muevan por el vapor. Empero, semejante situacion, ¿es, puede ser, se concibe que sea durable?—¡No! ¡mil veces no!... el impulso está dado, y si aun existe en la aduana de Pe-king un gasómetro, alimentado con carbon de Cardiff, hallándose tan cerca, quince ó veinte kilómetros, las minas del Pe-Tchi-Li, si un gobierno testarudo, inepto ó egoista prefiere gastar locamente á consentir que se utilicen esos ricos filones ¡ay! de él: un país que respira, aunque no sea más que por bocanadas, los miasmas vivificantes de la civilizacion, un país que siente la influencia europea, unido como está á nuestro continente por

un cable eléctrico, un país que admite el telégrafo y la via férrea, ha entrado al fin, aunque tímidamente, en la senda del progreso, cuyas ineluctables leyes se cumplen á despecho de la tradicion y de las malas artes empleadas por los interesados en detener su magestuosa marcha.

Dijo Arquímedes: "déseme un punto de apoyo y con mi palanca moveré el mundo á mi arbitrio."—Pues bien, yo que no soy sabio, ni siquiera geómetra, digo y sostengo que el punto de apoyo y la palanca del mundo moral, son el vapor y la electricidad, dos fluidos, impalpables como la idea, y como la idea expansivos. Ella cunde y se propaga á través de los etéreos espacios de ese mundo moral, como ellos trasmiten noticias ó trasportan mercancías exóticas de una comarca á otra muy remota, venciendo los obstáculos materiales del mundo físico; solamente la idea es antorcha refulgente, divina luz, reina del universo, espíritu animador del género humano, y los fluidos son, como todo lo que es materia natural ó artificial, creada ó increada, sus humildes súbditos, auxiliares muy útiles ciertamente: un principio justo, una máxima fecunda en bienes para la humanidad tiene, protegida por ellos, fuerza incontrastable, la fuerza de la razon y de la justicia, ante cuyo imperio ceden ó sucumben todas las intransigencias, todas las intolerancias, sean políticas, económicas ó religiosas, que todas son irracionales porque son hijas del fanatismo y no hay nada más irracional, ciego y absurdo que ese sentimiento perturbador de todas nuestras facultades mentales, inclusa la conciencia.

Otro detalle, verdadera calamidad del comercio chino, es la institucion de los compradores, que sirven de intermediarios entre el negociante europeo y el productor ó corredor indígena. Imposible tratar directamente con éstos; esa honorable corporacion, necesaria en tiempos anteriores á la admision de los extranjeros al tráfico con el Celeste Imperio, se sostiene hoy sin razon ni pretexto que la justifique y aumenta los gastos de cada transaccion en un dos ó tres por ciento; suelen los tales compradores entenderse con el productor ó el tratante chino, cuya proverbial tenacidad triunfa de la impaciencia de nuestro carácter, irritado por las rivalidades demasiado frecuentes entre los comerciantes europeos, poseidos de violenta fiebre en este Eldorado de la especulacion.

El mal se curará cuando esos laboriosos mercaderes se decidan

á aprender la lengua del país, imitando á los empleados en aduanas; no hay otro medio. Entretanto, ingleses y norte-americanos son aquí, como en todas partes, los reyes del comercio; la Gran Bretaña, envia muchas y variadas mercancías que, realizadas en cuanto desembarcan, facilitan el numerario preciso para adquirir géneros indígenas exportables, razon por la cual Lóndres sigue siendo el depósito general de artículos importados del extremo Oriente.

Los norte-americanos, por su parte, han cubierto la costa de buques muy superiores, sin duda alguna, á los ingleses, teniendo además la ventaja de que sus *river boats* (1), vapores de dos mil toneladas y con varios pisos, suben el rio Yang-Tze-Kiang, llevando de Shang-Hai á Hang-Kao, es decir, al fondo de la China, sus cargamentos, mientras los otros los echan á tierra, donde, en carretas, se trasportan al punto de su destino, llegando, naturalmente, más tarde y no en tan buen estado, lo cual, unido á la presencia de una escuadra más hermosa y fuerte que ninguna de las que cruzan estos mares, da gran preponderancia al pabellon azul estrellado de plata. Resumiendo, el comercio está monopolizado por esas dos grandes potencias marítimas y por las Indias; Francia importa ideas por medio de sus misioneros; España no exporta ni importa nada: sus propios vinos van de Liverpool ó de Marsella y se venden con etiquetas de *Sherry* ó de *Bordeaux*.

XI

El Teatro Chino.

Que les Atheniens etaient un peuple aimable!
Que leur esprit m' enchante, et que leurs fictions
Me font aimer le vrai sous les traits de la fable.
La plus belle, à mon grè, de leurs inventions
Fut celle du théatre, ou l'on fesait revivre
Les heros du vieux temps, leurs moeurs, leurs passions.
Vous voyez aujourd'hui toutes les nations
Consacrer cet exemple, et chercher à le suivre.
Le théatre instruit mieux que ne fait un gros livre.
Malheur aux esprits faux dont la sotte rigueur
Condamne par mi nous les jeux de Melpoméne.
Quand le ciel eut formé cette engeance inhumaine,
La nature oublia de lui donner un coeur,
(Voltaire.)

El autor declara que la primera lectura de estos versos le sumió en profunda meditacion. ¿Cómo, se preguntaba, yo carezco de una víscera tan indispensable que sin ella la sangre no circula?—No,

(1) Barcos fluviales.

no es posible, yo siento circular la mia hirviente, impetuosa y así como Descartes dijo: pienso, luego existo; puedo decir yo: vivo, luego tengo corazon y corazon sensible, toda vez que ha sentido al ménos sesenta grandes pasiones, sin contar los efímeros caprichos.

Sin embargo, el teatro nada me enseña, no me parece escuela de costumbres, sino el reflejo de las de la sociedad en cada época; además ¡qué heregía! el teatro, por ser teatro, no me divierte; alguna vez rio, pero nunca lloro; y el caso es que tampoco soy inhumano... yo he hecho el bien que he podido, religiosamente cumplo mis deberes, conscientemente á nadie he dañado, ¿entónces?... Entonces, respondió un eco, el eco de una voz pura y argentina, la voz de una mujer superior, como en el mundo hay pocas, sucede que Voltaire tiene razon y tú tambien: él hablaba para el vulgo de los mortales, esas gentes que gozan y sufren en un espectáculo, identificándose con los personajes escénicos; esas personas que suelen calificar el argumento de inverosímil cuando presenta una situacion no comun y que ellas nunca han visto, oido ni leido; esos indivíduos que se extasían contemplando un bosque de carton, una cascada de cristal ó un firmamento de percalina, cuyas estrellas son de reluciente lata; esa raza especial que cree divertirse viendo cada dia una funcion teatral, aunque sea la misma siempre.

Se dirigia tambien á ese medio social poco ilustrado que, realmente, aprende en el teatro historia, literatura, costumbres y hasta maneras; tampoco negarás que los ejemplos de virtud premiada y de vicios castigados, así como la evocacion de heróicos personajes con sus nobles rasgos y la exposicion de ideas elevadas y generosas, sean útiles á multitud de espectadores, enseñándoles máximas morales y filosóficas.—Es exacto, no lo niego.

Mas, prosiguió, un hombre instruido, de recta conciencia, que ha viajado mucho y quizá haya vivido más no se halla en ese caso, por artista y literato que sea; los espectáculos públicos, necesariamente bulliciosos, armonizar no pueden con la índole de un hombre pensador cuya tendencia es á reconcentrarse. Luego ¡qué fastuosa explóndida decoracion, qué exótico paisaje, qué extravagantes trajes, qué costumbres raras asombrarán á quien ha visto la bahía de Nápoles, el Bósforo, Stambul con sus mezquitas, sus Konaks (1), sus *yalis* (2) y sus harenes, iluminado todo por el sol

(1) Palacios.
(2) Casas de campo edificadas á orillas del Bósforo.

de Oriente, el mar Rojo y la catarata del Niágara, los desiertos de Africa y las pompas de la rica vegetacion india, los Océanos Indico y Pacífico y las nevadas cumbres del Chimborazo, el Himalaya y el Líbano?

Y, respecto de argumentos, diré lo mismo: la persona que conoce el teatro griego y de memoria sabe las clásicas obras de los grandes autores nacionales y extranjeros, Calderon, Lope de Vega, Moreto y Tirso de Molina; Schiller y Gœthe, Shkaspeare, Racine, Moliére y Corneille, de nada se sorprende y tiene derecho á exclamar: *¡nihil novum sub sole!*—En cuanto al moderno teatro, reconocen los más eminentes críticos que está en plena decadencia; hay todavía en España poetas líricos y dramáticos: la potente musa, el estro vigoroso, el talento creador de Echegaray proclama elocuentemente su existencia; pero actores, en el rigoroso tecnicismo de la palabra, afirmarse puede que no tenemos ninguno en España, lo cual no quiere decir que niegue la capacidad, el relativo mérito de las medianías que ilustran nuestro teatro en esta época bufa y desconcertada; á mi entender, eso consiste en que el génio español, altivo y sério, no se presta, como el carácter francés, al histrionismo. Aun trasciende, aunque muy disimulada, en nuestros caractéres la antigua proverbial gravedad castellana.

Finalmente, un hombre que ha sido actor ó testigo de tantos dramas y comedias vivas, no se preocupa apenas de las farsas teatrales; frecuenta, sí, los coliseos, por seguir el curso de las ideas predominantes ó en boga; conmuévele sólo y fija su atencion una de esas situaciones fuertes, de gran colorido, escénas de alto relieve que interesan y cautivan el ánimo durante un momento; mas confieso, que yo, pobre mujer ignorante de todo lo qué no sea amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo (no á las prójimas) como á mí misma, sentir las agenas desdichas tanto como las propias y consolarlas, si puedo, hasta con mis lágrimas, compadezco cual tú y tengo en poco á esas naturalezas que, inmóviles en su asiento, gemelos en ristre, sin pestañear siquiera, miran atentos los hechos y gestos del actor declamante, sin perder el menor detalle He dicho.

Gracias, angelical criatura; tu disertacion amena y erudita, cuyo mérito realza más su brevedad, me ha dado la fuerza moral que me faltaba para acometer la empresa de describir el Teatro Chino.

Dos principales hay en Pe-King, á saber: el Yen-Chien-Tang y al Ta-Cha-Lan-rh, en ellos se representan las obras más selectas y sus localidades son muy disputadas; yo no pensaba ir á ninguno, porque habia asistido á varias funciones teatrales en Canton y en Shang-Hai y me fastidié en todas, no obstante que allí los residentes europeos han liberalizado con su ejemplo las costumbres; así es que á pesar de los ritos que excomulgan, como si dijéramos, á toda mujer bastante osada para dedicarse á la carrera escénica, hay actrices cuyo mérito artístico no juzgaré, *et pour cause*. Abandonando su crítica á los letrados indígenas, me concretaré á decir que son bellas, hasta cierto punto, bellezas mongólicas, divinidades, segun la estética china, nada avaras de sus encantos y lujosamente ataviadas con vestidos de seda azul celeste, rosa ó blanca; la frente ceñida con diademas de oro y de cristal, preciosidades que brillan tambien en sus collares y pendientes, refractando la llama de las linternas que alumbran el *sing-song*.

A mayor abundamiento, concurren elegantes damas ligeramente vestidas ó envueltas en ricas pellizas, segun la estacion, adornada su cabeza con flores naturales é indolentemente apoyadas en dos servidores que llevan su pipa y su abanico, amen de algunos comestibles. Laudable prevision, porque á veces dura la funcion seis ú ocho horas, y es grato á los chinos cenar en un entreacto: para ellos, una chuleta de perro cebado ó una rata rellena devorada oyendo versos sentimentales y declamados con pasion, es más sabrosa, gusta más que servida á la mesa.

En Pe-King las mujeres no representan ni van al teatro; semejante escandaloso atentado solo se consuma en las ciudades mercantiles, abiertas al comercio europeo; la ausencia del elemento femenil quita, naturalmente, gran parte de su brillo al espectáculo, aunque suplirlo se procure con profusion de luces y el estrépito de una orquesta de *gongs*, violines, trompetas de vidrio, flautas de bambú, las castañuelas y el tamboril. La armonía resultante de esa combinacion de instrumentos cuyo sonido tembloroso en unos, desgarrador en otros, melodioso en algunos y discordes en todos, figúresela el curioso lector.

Esto dicho, paso á referir como un dia, á la una de su tarde, me encaminé al teatro, acompañado por un sábio letrado, ya viejo, dedicado á enseñar el idioma mandarino á jóvenes de lenguas envia-

dos con ese objeto por varias naciones. El me habia tentado diciéndome en frances, por supuesto, que vería piezas verdaderas y verdaderos actores.

Llegados á una callejuela infecta, como todas las vías públicas de Pe-King, me tapé los oidos para evitar la explosion de mi cerebro, aturdido por el infernal estrépito de la consabida orquesta; tomamos asiento ante una mesita colocada en una galería de madera que rodea el gran salon cuadrangular, y á los pocos minutos estuve á punto de escapar: mis nérvios, demasiado susceptibles, se crispaban á los redobles del *gong*, que me estremecian convulsivamente, amenazando romperme el tímpano. Vacilé y, al fin, me quedé por decoro nacional é individual; intrépido sufrí la endemoniada fanfarria y, terminada que fué, absorbí una taza de thé sin azúcar, servida por criados que recorren las filas ofreciendo ese calmante, nueces de Tien-Tsin y pipas de sandía tostadas, manjar que hacia las delicias de mi acompañante, cuyas nobles mandíbulas no se daban punto de reposo.

A falta de mujeres, la juventud elegante, y en particular los aspirantes á actores, hacen la córte á los personages de más cuenta que asisten á la funcion, ofreciendo de mesa en mesa una pipa de agua ó un vaso de vino de *Chao-Chin*, bien caliente, á honrados comerciantes. Su vestido de cómicos es muy airoso: el ancho pantalon encarnado, las azules mangas flotantes y las dos plumas de pavo real que como entenas se balancean á uno y otro lado de su gorra de oro, les dan un aspecto de escarabajos esmaltados de vivos colores.

Levántase el telon, profundo silencio, se va á cantar un drama histórico: *Ta-Tchin-Tche*, el Ramo de Oro Batido, es decir, princesa imperial apaleada.

Entra en escena un tropel de eunucos gritando con atiplada voz: ¡i! ¡i! ¡i!... en seguida aparece el Emperador envuelto en rica bata bordada de pedrería, y con suave acento canta.

"Muéstrase el cuervo de oro en el Oriente,
Y ya el conejo blanco ha descendido
Del lado allá, por Occidente;
La campana del sol resplandeciente
Tres veces ha lanzado su sonido."

Lo cual, en vulgar lenguaje, significa que ha salido el sol, que la luna se ha puesto y que el Emperador sale de sus habitaciones (1). Luego S. M. refiere, cantando siempre, las turbulencias que han ocurrido en su reinado:

El amante de *Lan-Kuei*
Mi amada, *An-Lu-chan*, soberbio
Alzó de la rebelion
El estandarte sangriento,
Del ancho rio amarillo
Al occidental extremo.
Lan-Kuei fué presa en Macao;
Por su alma pido al cielo,
Pues, en la tumba quizá
Yerto yacerá su cuerpo.
¿Quién me devolvió mi trono?
Kuodze-In con sus esfuerzos.
¡Sangrienta guerra!...
Hoy soy dichoso, pues veo
La tierra tranquila, el rio
Límpido, el mar sereno
Y descender el Fong-huang (2)
Tendiendo raudo su vuelo.

Una de las preocupaciones chinas consiste en creer que cuando es virtuoso un soberano, la reina de las aves deja su sólio de nubes para bajar á la tierra; caso más estraño y raro que el de Sisebuto, puesto que solo se ha verificado una vez, reinando el célebre Emperador *Kang-Shi*, si no miente la tradicion; y, si fuera veraz, hecha estaba la crítica de las monarcas chinos; veinte dinastías y nada más que uno virtuoso!—Afortunadamente, pasó el tiempo de los oráculos y la historia de la China registra en sus anales, si no muchos, algunos príncipes dignos de reinar.

Surge la Emperatriz exclamando:

(1) La etiqueta antigua prescribia tres campanadas cuando el Celeste Emperador se levantaba del lecho.

(2) Aguila.

Dejo al sol en el espacio,
Para hollar con régia planta
Este dorado palacio
Que há cien siglos se levanta.

Traduccion: Vengo de mi cuarto á la sala del trono para ver al Emperador.

El Emperador.—¿Qué teneis que pedirme?

La Emperatriz.—Vuestro rápido corcel (léase yerno) ha osado, no sé por qué motivo, golpear brutalmente á nuestra hija.

Esta es introducida, y canta:

Retengo mis lágrimas,
Mis sollozos ahogo
Para explicarlo todo
A mi augusto padre.

El Emperador. De mi hija veo el llanto,
Hecha pedazos su corona
Contemplo, y roto su manto.
¿Es posible, remonona,
Que hayas reñido con tu esposo?

La princesa.—Escuchadme atentamente: vuestro yerno ha violado todos los ritos; habiendo entrado anoche en palacio ébrio perdido, me echó en cara que su padre y él habian vencido á los rebeldes, restituyéndoos el trono. Yo guardé silencio y, entonces, furioso me arremetió, propasándose hasta el extremo de pegar al ramo de oro; entre sus invectivas, recuerdo la de ¡jóven que ignora lo que es rubor! loca que prefiere los vestidos viejos á los nuevos. Y, por último, quiso que yo, hoja del ramo de oro, me humillase haciendo el *Kotou* (1) ante mi suegra.

Adelántase la Emperatriz y con voz sumisa y humilde continente canta:

Yo, concubina, el asunto
Le diré al Emperador,
Si es que se digna escuchar
Mi respetuosa voz.
Sepa, pues, que nuestro yerno
Ni tiene buen corazon

(1) Prosternacion que consiste en tocar la tierra con la frente algunas veces.

Ni comprender le fué dado
La indulgencia y el amor
Que, entre mujer y marido,
Debe ligar á los dos.
Solo porque nuestra hija
A su suegra no le dió
Al llegar su cumpleaños
Dulce felicitacion,
En su brutal embriaguez
Con dureza le pegó.

EL EMPERADOR (*contesta:*) A la Emperatriz ordeno
No se ocupe de este caso;
Y tu, hija mia, ten calma,
Enjuga tu triste llanto.
Yo proveeré en justicia,
Si tu esposo te ha zurrado.
Sin más, la hija y la madre
Ambas vuelvan á sus cuartos.

LA PRINCESA. *(saliendo)*: ¡Ah! lo que solo calmar
Pudiera mi justo enfado
Es que os digneis mandar
Al punto decapitarlo!!

EL EMPERADOR. ¡Oh! carácter vengativo!..*(luego grita con voz tonante.)*
Eunucos, traer os mando
Al muy noble *Kuodze-In*
Mi primogénito hermano. (1)

Kuodze-In cruza la antecámara llevando atado á su hijo, que silencioso escucha los improperios vociferados por el autor de sus dias. Ejemplo:

Esclavillo, lo que has hecho
Es propio de un insensato.
El Emperador te amaba
Como á su hija. Mengua lo,
¡Quién te movió á emborracharte
Y darla despues de palos?

(1) Dictado afectuoso y cortés.

Pronto tu cabeza debe
Rodar. ¡Ay! soy muy anciano
Y mis vestidos serán
En roja sangre bañados.

El hijo. Esos profundos suspiros,
Padre mio, son en vano:
Escuchad, por un momento
Con atencion mi relato.
Hija es del Emperador,
Mas es mi mujer al cabo.
Penetraré en esta sala
Y humildemente postrado
Ante el monarca, daré
Explicaciones del caso.
Presente allí con mi padre,
No habré de ser desollado.

El padre. *(cantando.)* Juiciosas son en verdad
Esas palabras, y cuando
El Emperador, él mismo,
Te interrogue sobre el caso,
Responde que la embriaguez
De que estabas dominado
Te impidió ver lo que hacias
A su hija maltratando.
A ver al Emperador
Ven con tu padre; ven, vamos.

El Emperador. (al padre.) A tí te debo mi reino,
Pues tu solo me lo has dado.
Yo soy un Emperador,
Tú un mandarin, sin embargo
Delante de mí no quiero
Contemplarte arrodillado.
Al punto un sillon de oro
Traed, eunucos esclavos,
Pues van el Emperador
Con el mandarin, entrambos
A ocuparse diligentes
De los negocios de Estado.

EL HIJO. Mis estrechas ligaduras
Me hieren y me hacen daño.

EL EMPERADOR. Decidme, ¿quién es el hijo
De mandarin amarrado
Tras de la puerta? Responde
Tú, primogénito hermano.

EL PADRE. Es mi hijo *Kuo-ai*
Que encontrándose borracho
Sin motivo ni razon
A vuestra hija ha pegado.
Para que reciba el justo
Duro castigo, le traigo
Para que le decapiten
Por su delito.

EL EMPERADOR. Despacio
Pues vas demasiado allá,
Tú, primogénito hermano.
Una muchacha es mi hija,
Kuo-ai es un muchacho.
Dice un refran que por mucho
Que un mandarin fuere sábio,
El gobierno de su casa
Le es muy difícil, muy árduo.
En mi opinion *Kuo-ai*
No debe ser castigado.
Eunucos, romped al punto
Sus duros estrechos lazos;
Cambiad sus prendas de luto
Por prendas de cortesano

El padre.—Doy gracias al Emperador. (*Entra el hijo y explica el suceso de otro modo que su esposa*).

—Mi mujer no quiso prosternarse ante mi padre el dia de su cumpleaños, siendo así que mis hermanos fueron á saludarlo con sus esposas.

Emperador.—Bien, mi yerno tiene respeto filial.

Y no sólo se abstiene de castigarlo, sino que premia sus servicios al Estado, dándole una túnica roja con dragones bordados, una

placa conmemoratoria de su heroismo, y destinada á colgarse en su sala de recepcion, añadiendo una espada con la cual podria decapitar á un reo antes de que su sentencia se sometiera al fallo de S. M. I.—En esto comparece la ultrajada esposa, que oye de lábios de su egregio padre esta filípica:

—No saludando humilde á vuestro suegro, habeis faltado al Emperador, á los parientes y al marido. Os doy un exquisito vino que ofrecereis en prueba de arrepentimimiento á vuestro suegro, yendo vos misma á su palacio.—Os prohibo volver aquí sin prévio aviso mio. *(Váse la víctima.)*

Emperador (aparte).—*Kuo-ai* merecia un castigo, ¿mas podia yo dejar viuda á mi hija?—Por eso he sido magnánimo y en vez de castigarlo le hice regalos, recordando el valor que tanto él como su padre mostraron en la defensa de mi gran dinastía.

Luego viene un drama bélico: cohortes de figurantes con banderas de colores vários, segun el partido que defienden, pasan y repasan á través de la escena. Príncipes, armados de punta en blanco, calzando grandes botas de terciopelo, el pecho cubierto de bruñida coraza dorada, vasto carcáx á la espalda, un arsenal en el cinto y pintada la cara de negro y rojo, resoplan como poseidos de violenta cólera, mútuamente se insultan y en singular combate pelean con la lanza ó con la maza de armas.

Súbito, cuando más reñida parece la batalla y los combatientes saltan por encima de la cabeza de sus adversarios, cual si fueran tigres ó acróbatas, se detienen para beber una taza de thé, servida por un mozo, ataviado á la moderna, y el encanto se rompió para mí, mas no para los chinos, que oyendo el penetrante grito lanzado por un guerrero, cuya voz imita el canto del gallo, se animan, exclamando *¡hao! ¡hao!* (1) signos de aprobacion arrancados á su linfática naturaleza sacudida al fin por los saltos, el brillo de las armas y el flotar de las banderolas. Es la ovacion mayor que actores chinos pueden obtener de un público inaccesible al entusiasmo, reservado, apático, frio, egoista, cuyos nérvios no existen, ó enervados están por el ópio, el arroz, los licores alcohólicos y otros excesos.

Un chino, sentado junto á mí, me interpela, diciendo: *¿Hao pu*

(1) ¡Bien! ¡bien!

hao?—¿Está bien ó mal? Contestéle inclinando mi cabeza y batiendo palmas, lo cual hubo de satisfacerle, á juzgar por la sonrisa que dilató su boca de oreja á oreja, y seguí hablando con mi sábio letrado acompañante.

Por él supe la razon de que los papeles todos sean desempeñados por hombres. Estos alternaban con las mujeres antiguamente; mas, habiendo un soberano de la dinastia de *Tung*, el emperador *Tchien*, tomado á una actriz por concubina, se prohibió al bello sexo pisar las tablas. ¡Gran iniquidad!

Los actores son locuaces, desenvueltos, no carecen de mérito; pero exageran tanto sus gestos y maneras que la escena más trágica la convierten en cómica. Por ejemplo: ¿un guerrero quiere montar á caballo?... Dá magestuosamente algunos pasos, levanta su derecha pierna, y con ella describe una curva, como poniendo pié en el estribo. El público ha comprendido.

Si el supuesto ginete azota con su látigo el aire, ya se sabe que el caballo sale al galope.

Un mandarin caido de la gracia de su soberano, por el leve delito de simonía, oculta su desesperacion en el fondo de un bosque. Síguele su madre llevando un lienzo que figura una roca, entona su plegaria y coloca la roca en un rincon. El hijo, por su parte, ha resuelto suicidarse á la china vengándose á la par incendiando la selva; empuña resinosa tea, la enciende é indica así que arden los árboles.

Blande la tea, tizna su rostro con el humo, chilla su madre viéndole abrir la boca, morder la llama y caer, se sobreentiende, abrasado.

Como se ve, los chinos no tienen nocion del decorado ni del aparato escénico. La funcion terminó con la pieza eu un acto, *El Brazalete*, cuyos personajes son:

Shen, viuda de *Sun*.

Sun-Yu-Tchiao, su hija.

Fu-Pang, jóven elegante.

Una vieja, tercera.

La jóven—¡Triste de mi! Bordando mato el tiempo; con una manga enjugo mis lágrimas arrancadas por la pena que me abruma; levanto la celosía y melancólicamente contemplo las flores del manzanillo; no me atrevo á peinarme cerca de la ventana, mi triste

suerte lamento y me aborrezco yo misma; fatal destino el de la mujer bella.—Me llamo Sun-Yu-Tchiao, muerto mi padre, el haber de su viuda, mi madre, es módico. Tengo diez y ocho años y aun carezco de marido.—Entregada á la devocion, mi madre se arrodilla delante de Buda mañana y tarde, olvidando los quehaceres de la casa mientras quema perfumes en su altar; de suerte que no veo nacer el dia de mi felicidad.

La madre.—Quien quiera huir de los cuidados del mundo deseche toda preocupacion vulgar.

La hija.—Mamá ¿cómo estais en pié tan temprano? ¿cúal es el motivo?

La madre.—He sabido la llegada de un bonzo peregrino, llamado *San-iang*, que predica en la pagoda *Putusa*, y madrugué para oir la explicacion de los sagrados libros.

La hija.—Ese bonzo no es al cabo más que una cabeza calva: madre, ninguna ventaja reportarás de su trato.

La madre.—¡Cómo! Eres tú de las que calumnian á los bonzos? estás condenada y en el infierno sufrirás crueles suplicios. Ahora voy á salir; tú no te quedes holgando, toma una aguja, y á bordar: no creo sea bastante la madrugada para purificarme. Espérame, volveré al medio dia y prepararé nuestra comida. (Vase).

La hija (*murmurando*).—Se levanta antes de amanecer, se atraca de arroz y thé y á la calle se lanza, ¡qué madrasta!—Yo, entretanto, ignoro cuál será mi porvenir, esto me desconsuela, suspiro y lloro... Atencion, un instante, ¿por qué no he de distraerme un rato?... Abriré la puerta y la dejo entornada. (Mira hácia fuera, sin cesar de quejarse).—¡Oh! verme aislada dentro del cuarto interior, ¡sola me siento, me acuesto sola!... Hecha un mar de lágrimas reniego de la suerte de la infeliz que nace hermosa; pero ¿conviene á una doncella como yo asomarse á la puerta?— No... Sin embargo, un momento es leve falta... Creo no pasará nada extraordinario.

El jóven (pasa tarareando).—Nada me distrae, pasear sin objeto es fastidioso ¡ah! pasemos delante de la casa de la familia *Sun:* veo una seductora criatura, bella como *Tchaugho*, la divina beldad que mora en la Luna; rostro delicado, tierno, suave cual un suspiro, tan fácil de marchitar como una flor... ¡ay! á su vista he perdido la calma y hasta el sentido comun.—Mas, no hay duda, es la hija de

la viuda *Shen*; sus encantos físicos son los primeros de todo el imperio y soy *Fu-pang*, casado con ella sería feliz, quisiera hablarla, mas no oso, los ritos prohiben á una doncella conversar con un jóven ¡qué desgracia!—(*Alzando la voz*).

Aunque seamos vecinos, no tengo derecho á faltar á las conveniencias, no quiero violar una ley social. Además, nada de comun tengo con ella; soy hijo de familia, tengo el orgullo de mi clase y exponerme no debo á la risa de los vecinos; vacilo y mi corazon arde. ¿Desdeñaré la ocasion que hoy se me brinda?... No, voy á fingir la pérdida de un objeto: es buen medio de llegar al matrimonio.

—Permitidme os interrogue, señorita: ¿vive aquí la mamá *Sun*?

La doncella.—Si...

El jóven.—Otra pregunta, si os place: ¿está esa señora en casa?

La doncella.—Mi madre ha salido.

El jóven.—¡Ah! entonces es Vd. la señorita *Sun*. Tengo el honor de saludaros.

La doncella.—Os saludo, y, á mi vez, pregunto: ¿cuál es vuestro nombre? ¿cuáles vuestros ricos apellidos? ¿Para qué asunto deseais saber si mi madre se halla en casa?

El jóven.—Mi nombre es *Fu*, mi apellido *Pang*, y mi mote *Yun-tchang;* vivo en la calle de enfrente. He sabido que criais bien los gallos, y quisiera comprar un par.

La doncella.—En efecto, tenemos gallos; pero, ausente mi madre, es difícil que yo los venda.

El jóven.—Señorita, si vuestra noble madre no está en casa, los compraré en otra parte.

La doncella.—Como gusteis, señor.

El jóven.—Me tomo la libertad de retirarme. (*Aparte*). Me quito el brazalete, será el regalo de novio, lo escondo en la manga y al saludar lo dejo caer. Si ella lo recoje hay nueve probabilidades contra una de que la boda se haga. Ahora rogaré á mi madre busque una tercera persona para arreglar el negocio.

La doncella.—Al partir sonreia, me ha saludado é intencionalmente dejó caer su brazalete de ambar. ¿Porqué no nos casariamos? imitando á las parejas de ánades mandarines que se arrullan entre los nenúfaros. De ese modo yo tendria apoyo hasta el fin de mi vida.

Una vieja meguera (*que la ha visto recojer la joya*).—Esos dos

pimpollos se sonreian, ardiente es su pasion, solo falta un tercero para arreglar la boda. La codicia enardece mi viejo cuerpo, mi idea es cobrar este corretaje, ¿quién podria disputármelo? Yo soy madre de *Leu-piao*, el carnicero que vende carne de cerdo; me llamo *Hu-che*, la zurcidora de voluntades. Hace un minuto ví al señor Fu en compañía de la señorita *Shen;* mirábanse con intensidad, y él le dejó alguna prenda. Ese calavera conoce bien la galantería; pero yo soy maestra en ese arte, y el corretaje de este negocio no se me escapará. (Rie á carcajadas).

¡Ah! ¡ah!... moderémonos; el instante es crítico y peligroso para mí, cuyas rugosas mejillas van á estallar si continúo riendo. Ese jovenzuelo no es torpe, y sabe realizar sus fines, mas no me engañarán: he sido jóven y hacia lo mismo, ¡ah! ¡ah! ¡ah!

La doncella.—Esta pulsera de ámbar brilla á la luz de la lámpara, y mirándola, suspiro, lloro y mis lágrimas se deslizan como perlas.

La tercera (acercándose).—Señorita, yo se lo traeré, y á discrecion hablareis ¿esto le conviene á V.?

La doncella.—Señora, somos pobres, no tengo prenda que enviarle.

La tercera.—A cambio del brazalete enviadle unas chinelas bordadas (1).

La doncella:—Mamá, aunque estén bordadas por mis manos, ¿se las puedo enviar?

La tercera.—Perfectamente

La doncella.—¿Cuántos pares?

La tercera.—Un solo par.

La doncella.—Lo voy á sacar.

La tercera *(tomándolo.)*—Dentro de tres dias os traeré la contestacion.

La doncella.—Tomad el puesto de honor, me arrodillaré á vuestros piés.

La tercera.—Es inútil, es inútil.

La doncella.—Mamá, V. sola conoce esta aventura. Nada digais antes de tomar el thé ni despues de beber vino. ¡Mi suerte es tan mala!

—Niña me quedé sin padre y mi madre es devota en demasía.

(1) En China una chinela de mujer es la prenda de amor más estimada.

Tengo diez y ocho años y aun vivo confinada en el cuarto interior (1). El dia que V. me lo traiga hará una buena accion, yo os deberé tanta gratitud como á la madre que me dió á luz.—Excuso decir si deseo esa boda; aunque no sea más que mujer segunda, viviré contenta y moriré con los ojos cerrados.

La tercera.—Esta vieja sabe calentar lo que está frio.

—Señorita *Sun*, tranquilizaos, seguid bordando en vuestro cuarto y tened cerrada la puerta de la calle hasta el feliz momento. Paciencia por tres dias.

La doncella.—Tengo el honor de acompañaros.

La tercera.—No me acompañeis muy léjos. Yo os traeré una buena nueva trascurrido ese plazo.

La doncella.—¡Cuánto os incomodo!—Mil, diez mil veces suplico que seais prudente y guardeis el secreto.

La tercera.—Con una ó dos veces basta; no necesitais repetirmelo más.

La doncella.—Voy á dar cuerda á la lámpara y esperaré el Fénix.

La tercera.—Eso corre de mi cuenta, yo me encargo de hacer entrar la mariposa en el jardin.

La doncella.—¡Perfecto! una linda mariposa entrará en mi jardin.

La tercera.—Me retiro.

La doncella.—Yo no os he atendido bastante.

La tercera.—Gracias.

La doncella.—Mamá, volved, os lo suplico.

La tercera.—¿Que hay señorita?—(*Esta le habla al oido.*) ¡ah! sí, ya sé, ya sé. (*replica la vieja*).

La doncella.—Pero... yo no os he obsequiado cual corresponde.

La tercera.—Yo soy quien os he molestado.

La doncella.—¡Mamá!

La tercera.—¡Ay! (*sonríe*).

La doncella.—Nada, yo no os he atendido bastante.

(*Cae el telon*).

Otras dos piezas ví del género *shing-shi*, escenas de la vida popular representadas con demasiado realismo, especie de zarzuelas

(1) La mujer china no habita un cuarto exterior hasta que se casa.

bufas cuyos chistes de subido color, agravados aún por el gesto y la acion de los actores, pintan las licenciosas costumbres chinas, razon por la cual me abstengo de traducirlas, respetando el pudor de mis castas lectoras y además la moral universal, que nó es grano de anís.

Tales son la índole y tendencias del espectáculo que hace la delicia de los chinos, incansables auditores cuya paciencia llega al extremo de aguantar funciones que duran tres meses, segun cuenta William Milne, virtud de que carezco y, sí la tuviera, emplearía en obras más meritorias; pero el linfático temperamento, el materialismo, el espíritu rutinario, inerte de esa raza se satisface con el golpe de vista deslumbrador, fantástico, como ya he dicho, y cuando no duerme, goza contemplando los fastuosos extravagantes trajes de los cómicos, cuyo sexo tambien le es indiferente porque... sí.

XII

La sociedad china.

Al lector le habrá chocado la intervencion tan inopinada cómo fácilmente admitida por una jóven soltera, sin licencia ni prévio conocimiento, de una vieja zurcidora de voluntades en la amorosa intriga que constituye el sencillo argumento del *Brazalete*, comedia traducida por mí con el único fin de iniciar al público español en los misterios de la sociedad china, cuya organizacion se funda, como todas, en la familia. Cómo esta se crea y en qué medida coadyuvan á su formacion las terceras, es esencial para conocer esa sociedad.

El vil oficio de la tercería, gráficamente definido y calificado por Cervántes con un dictado que ha hecho suyo la real Academia de la Lengua, á pesar de lo cual yo no lo escribo porque el moderno gusto lo ha proscrito como voz deshonesta, cuyo uso solo se

tolera en lenguaje familiar, es en la China honrosa profesion reconocida por la ley que asigna en el órden gerárquico á las individuas que la ejercen un lugar inmediato al del Mei-chi, funcionario encargado de los matrimonios, segun queda dicho. (1) "Sin tercera, dice el *Chi-King*, ¿cómo encontrar esposa?" y tiene hasta sus armas heráldicas: en un drama del noveno siglo de nuestra era, una de ellas aparece con un llamador en la mano, emblema de su mision que consiste en ir de casa en casa para establecer relaciones entre dos familias.

Así se comprende que los preliminares de una boda terminen y la union de los cónyuges se decida sin que ellos hayan tenido ocasion de verse: la ley no interviene hasta despues de la ceremonia de los desposorios para legalizar el contrato; si entre esa ceremonia y la consumacion del matrimonio el padre de la novia promete su mano á otro, es condenado á setenta golpes de bambú ó á una multa proporcionada, pena igual á la en que incurre el que acepta esa promesa sabiendo el compromiso contraido por la futura. En este caso, los regalos hechos son confiscados por el gobierno y la jóven desposada se entrega á su primer novio, á ménos que éste se retire; entonces recobra sus regalos y deja á su futura en libertad de ofrecer su mano al segundo.

Cuando la familia del novio rehusa el cumplimiento del contrato y hace presentes á otra familia, el fautor de ese delito es castigado como los anteriores, el jóven cumple casándose con su primera novia y dejando á la segunda las arras que le hubiera dado. Otra obligacion imprescindible, digna por cierto de una civilizacion más adelantada que la china, es declarar préviamente las enfermedades ó imperfecciones físicas ocultas de los contrayentes, ejemplo de lealtad que avergonzar debe á las naciones europeas, donde la monogamia hace más necesaria esa declaracion, y, lejos de seguir tan loable costumbre, hombres y mujeres, suegras y cuñadas disimulan ú ocultan á porfía los defectos íntimos de los futuros cónyuges; defectos que luego son motivo ó pretexto de infidelidades, de rupturas y de escándalos sin cuento.

Corramos un velo sobre las imperfecciones físicas, que es materia delicada, propensa á un realismo repugnante á mi delicada or-

(1) Página 140, párrafo segundo.

ganizacion y demasiado al alcance de todos para, sin inconveniente, renunciar á tratar aquí una cuestion más propia de un médico higienista que de un viajero sencillo narrador de su odisea; mas tambien existen imperfecciones morales, defectos de educacion ó nativos instintos, causas de infelicidad para muchos matrimonios. Pocos hay bien avenidos, pues si en su inmensa mayoría viven juntos los cónyuges, es sacrificándose á las conveniencias sociales, temiendo al qué dirán, por decoro, en interés de los hijos y por otras razones que fuera prolijo enumerar.

Apenas habrá mujer que no se lamente con su madre, con su hermana ó con su íntima amiga, por lo ménos, de la conducta ó del carácter de su esposo; y, viceversa, el más benévolo de estos dice á cualquiera que le anuncia se va á casar: "mírelo Vd. bien, y, despues de pensarlo, quédese soltero. Cuidado que á mí no me va mal, mi mujer es un ángel, y soy tan feliz como permite el estado *soi-disant* perfecto; más, créame Vd., no se case."

Yo en esta frase leo un poema de dolores, de esos dolores constantes y sin trégua que esmaltan el cuadro del hogar doméstico, cuya mitológica paz encomian más que nadie los moralistas con sotana, los clérigos, esa respetable clase de celibatarios por vocacion y por deber; el marido que así habla tiene ó cree tener una esposa honrada y no osa quejarse, temiendo incurrir en las iras del Minotauro. Ahora bien, esa cualidad tan preciosa cómo rara ¿es bastante á labrar la felicidad conyugal?... No, en verdad; condicion necesaria, esencial, *sine qua non* no es suficiente porque entre esas privilegiadas criaturas hay ejemplares que imaginan ser todo lícito ménos el pecado mortal, simplificacion del catecismo fatal para muchos maridos que al casarse creyeron unirse á una mujer y se encuentran ligados á una harpía que grita, araña, pellizca, amarga la existencia de cuantos séres la rodean, es caprichosa, déspota, provocativa é inviolable, en el sentido *ad vapulendum*, porque lleva faldas. ¡Caso grave! Verse un hombre civil sometido á la ordenanza militar sin apelacion ¿á quién recurre si no tiene un jefe superior que le haga justicia? No hay más remedio que morir ó resignarse.

Sucede tambien que un hombre sociable, espiritual, espansivo, sensible, viéndose solo en el mundo, se casa por vivir acompañado y tener quien le de conversacion; topa con una mujer negada, sin

instruccion, ó que teniéndola y discurriendo es propensa al sueño, duerme despues del almuerzo, de la comida, en el teatro, en sociedad, hasta en la calle ¡qué chasco!... Su infeliz esposo reniega de Espronceda cuando dijo:

"Habla con su mujer el que se casa,
Y yo con las paredes de mi casa."

Hablar solo es una manía, casarse otra manía; solamente aquella se cura y esta equivale á ser condenado á cadena perpétua.

Los chinos, aunque polígamos, no están libres de estos azares, como se verá en el presente capítulo. La poligamia es tradicional en China y, para moderar los desórdenes á ella inherentes, se la regularizó concediendo á las segundas mujeres un especie de legitimidad; todo chino ha podido y puede tener muchas esposas, reservando los derechos y prerrogativas de la principal (1); esta es la causa á que se atribuye la inmensa poblacion del Celeste Imperio, opinion con la cual no estoy conforme si la pluralidad de las mujeres favoreciera el aumento de poblacion, el Asia y el Africa rebosarian habitantes y no habria tan vastos desiertos; la cuestion es compleja y, á mi juicio, la resuelve la laboriosidad china, su industria, la gran division de la propiedad inmueble y su instintivo horror á la guerra.

Los letrados justifican la poligamia con la autoridad de Confucio, quien, consultando sobre esto asunto, respondió: "cuando el vestido que uno lleva es viejo, usado, inservible, puede tomarse otro."—El no admitia la poligamia sino en caso de esterilidad; pero su sancion sirvió de pretesto al abuso; los Emperadores daban ejemplo, los ricos los imitaron satisfaciendo sus caprichos, la ley reglamentó un vicio que no podia corregir, y hoy subsiste y se perpetúa porque la poblacion femenina excede á la masculina: su exuberacion está demostrada por el considerable número de niñas expósitas que anualmente se recogen.

Si el marido no compra precisamente á su mujer lo parece, pues ningun padre da su hija en matrimonio sin percibir antes una suma que varía segun la fortuna del esposo y el rango del suegro. Una

---

(1) La pena señalada por el Código al que toma dos mujeres principales, es de cien golpes de bambú.

parte mínima de esa suma se invierte en adornos y vestidos para la novia cuya dote es ella misma.

La aceptacion de los regalos de boda significa el consentimiento de las partes contratantes.

Las casas ricas se iluminan interiormente las tres noches que preceden á la ceremonia nupcial, ménos en señal de alegría que de tristeza: el casamiento de un hijo se considera como imágen de la muerte del padre, á causa del vacío que su ausencia dejará en su familia. Por su parte, la novia recibe los regalos de sus parientes y luego vienen sus hermanas y amigas á llorar con ella, no sin razon, porque se acerca el momento de entregarse á merced de un desconocido y de nuevos parientes.

El dia solemne, el esposo, ricamente vestido, se dirige á casa de su novia, entra, se inclina delante de sus suegros y demás individuos de la familia con quien vá á emparentar; la jóven desposada hace igual ceremonia, se mete en un palanquin adornado con plumas de *Ti*, especie de pelícano, y se encamina á la mansion de su futuro, escoltada por una música y multitud de personages de ambos sexos que llevan efectos suyos ó linternas encendidas, aunque sea en pleno dia, uso tradicional, reminiscencia de la época en que las bodas se celebraban de noche.

Así suele ser presentada la novia á su futuro, sin que antes se hayan conocido personalmente.

Él, tembloroso, impaciente, se acerca, toma la llave del palanquin herméticamente cerrado, lo abre, mira y si no le conviene la devuelve á sus padres, renunciando á los regalos que haya hecho; si le gusta, tiende su mano para ayudarla á bajar y juntos entran en una sala, saludan al *Tin*, señor del cielo, y pasan al comedor, donde se sirve el banquete nupcial. Antes de sentarse, ella se arrodilla cuatro veces ante su marido, en señal de sumision; él, á su vez, hace una prosternacion, únicamente por cortesía; ambos se sientan á la mesa y comen solos, mientras los parientes reunidos en dos salas próximas, una para hombres y otra para mujeres, devoran, beben, se embriagan, brindando á la felicidad y larga descendencia de los recien casados.

Durante la comida les traen dos copas llenas de vino; cada uno bebe un trago y el resto se vierte mezclándolo en una sola cuyo contenido absorben por mitad; luego aparecen dos jóvenes donce-

llas que ofrecen á la novia un par de zerzetas ó ánades, símbolo de union conyugal. Como es natural, la ceremonia reviste más ó ménos solemnidad segun la clase á que pertenecen los contrayentes; así, cuando se trata de un alto dignatario, el futuro va en silla de manos y con gran séquito de ginetes al domicilio de su novia, la coloca en un palanquin y la traslada á su casa, en cuya puerta es recibida en brazos de mujeres que la suspenden un instante sobre una terrina de carbōn; pasa luego á una gran sala, obsequia á los concurrentes con *areça*, nuez de betel, acto seguido entra en la cámara nupcial, y allí su dueño le arranca el velo que la cubre enteramente. Encima de una mesa están las copas de vino, beben la de la alianza, retiráse el concurso y quedan solos los esposos...

Al dia siguiente visitan á sus parientes y reciben á sus amigos, fiesta que suele durar un mes entero, trascurrido el cual la recien casada vuelve á la casa paterna; en ella permanece cuatro ó cinco semanas, segun quiera el marido, trabajando, sirviendo, portándose, en fin, lo mismo que si fuese soltera. Su madre no cesa de repetirle durante ese tiempo la leccion que le dió el dia de la boda: "no te opongas á la voluntad de tu esposo la sumision y la obediencia deben ser las reglas de tu conducta; tal es la ley de la mujer casada."

Esta tradicional costumbre tiene por objeto renovar el cariño que unir debe á hija y madre; aquella, especialmente, se consuela del nuevo yugo que se ha impuesto. En efecto, la mujer principal no hace más que cambiar de servidumbre, pasando de manos de sus padres á las de su marido: ella depende de sus suegros y ni siquiera tiene asiento á la mesa de su esposo é hijos; si en persona no les sirve, debe dirigir el servicio y no comer sino despues que ellos. ¡Qué diferencia entre esta condicion y la privilegiada de la *mater familias* de los romanos, ennoblecida por su santa mision tanto como la china está vilipendiada!

Sin embargo, los poetas chinos han cantado el matrimonio con entusiasmo; en el *Chi-King* se lee esta cancion:

"Las nubes que baña el sol
Brillan ménos que las mozas
Que á las puertas de la villa
Se ostentan frescas y hermosas,
Más mi pecho no enamoran

Sus gracias deslumbradoras.
Sencilla es la vestidura
Y el adorno de mi esposa,
Y su cariño me basta
Y de ventura me colma.

Las flores recien abiertas
Brillan ménos que las mozas
Que á las puertas de la villa
Se ostentan frescas, hermosas.
Yo sin mirarlas las veo
Por más que son seductoras;
Pobres son las vestiduras
Y atavíos de mi esposa,
Pero su dulce virtud
Mis amantes votos colma."

Y el poeta Lin-Tchi dijo á su mujer: "vivimos bajo el mismo techo, compañera querida de mi vida; nos sepultarán en la misma tumba y nuestras cenizas confundidas eternizarán nuestra union. Tu quisiste participar de mi indigencia y ayudarme con tu trabajo ¿qué no debo yo hacer para ilustrar nuestros nombres y premiar con gloria tu buen ejemplo, tus beneficios? Mi respeto, mi tierno cariño te lo han dicho diariamente." (1) En fin, todos los libros chinos elogian el matrimonio, representándolo como el lazo, la base, el fundamento de la sociedad. Él, segun ellas, fué orígen del género humano y la hermosa aspiracion de una fraternidad universal que la convierta en una sola familia, es solo un remedo de tan dulce lazo.

Lin-Tchi comienza así el artículo del matrimonio, segun el antiguo libro *Tu-y-chi*: "Al principio del mundo no existian mas que *Niu-ua* y su hermano (2), ambos habitaban en la montaña *Kuen-lun* (aquí colocan los *Tao-sse* el Paraíso terrenal), la superficie de la tierra estaba desierta, no habia hombres ni pueblos; era conveniente que se casaran, pero temian faltar á las leyes del pudor. Un dia el hermano dijo á *Niu-ua*: "Mira, puesto que el cielo nos hizo para vivir juntos como marido y mujer, hagámosle un sacrificio... Casé-

(1) Memorias de los misioneros en Pe-King. Tomo 14.
(2) Eva y Adan.

monos, si no el género humano perecerá con nosotros y nadie poblará la tierra.»—¡Qué dato para la historia de la institucion matrimonianl! Desde su orígen fué considerada como un sacrificio.

Todas esas ceremonias se hacen en obsequio de la mujer principal, elegida por los padres del marido con ayuda de la tercera cuya iniciativa tiene límites impuestos por la ley que ha debido corregir los abusos de esos agentes cuyas supercherías no tienen número. Así, la sustitucion de una mujer por otra se castiga con ochenta golpes de bambú y la anulacion del matrimonio; la de un novio por otro se pena más severamente; sin embargo, si la novía, despues de conocido, segun la Biblia, lo acepta y quiere, puede ser válido el matrimonio. Cuando el pretendiente roba su desposada antes de casarse con ella, sufre cincuenta golpes de bambú y si ella se niega á vivir con su marido el autor ó autora de la boda es condenado á la misma pena: la ley exime de toda responsabilidad á la novia cuya voluntad no se habia consultado; no obstante, graves han de ser los motivos para que la justicia los extime impedimentos dirimentes.

Tampoco es lícita la union entre parientes hasta el cuarto grado: los contraventores, que no faltan, sufren la pena de 1.000 golpes de bambú, que equivale á una sentencia de muerte para el infeliz cuyos medios no alcancen á pagar la multa correspondiente. Todos esos matrimonios se anulan y los regalos de boda confiscados en provecho del Estado. El que se casa con la viuda de un pariente de ménos del quinto grado, es tambien castigado, aunque en menor escala; siendo inferior todavía en un grado la impuesta á los que toman como mujeres secundarias ó inferiores á las que lo han sido de sus parientes. Esta ley fué dictada para descentralizar las influencias del parentesco, causa de tantas concusiones en la administracion pública.

Al mismo fin tiende el legislador al prohibir á todo funcionario civil ó militar casarse con la hija de un habitante del país sometido á su jurisdiccion, so pena de ochenta palos. De igual manera, un magistrado que se casa con una mujer cuyo padre debe comparecer en juicio ante su tribunal es castigado con cien palos; idéntica pena sufre el corredor ó agente de esa boda. Y aún más severamente se considera el rapto que se persigue como un crímen capital: el reo convencido de haber robado la hija ó la esposa de un

hombre libre, aunque sea con buen fin, esto es, para casarse con ella, es condenado á la extrangulacion, lo cual probaria, si probado no estuviera, el lamentable atraso de la China.

Y, por si lo dicho no basta, añadiré otro dato: el empleado público, un hijo ó nieto suyo que se enlaza con una cantante, bailarina ó actriz, incurre en la pena de sesenta palos; su matrimonio es nulo y la mujer se devuelve á sus padres, con órden de obligarla á abandonar su profesion. Otras leyes consideran el matrimonio entre bonzos y bonzas, ó entre sacerdotes de Buda y mujeres de la secta de los Tao-ssé, como incesto ó adulterio, prueba de que el indiferentismo religioso no impide á los legisladores chinos sancionar la observancia de las prescripciones establecidas en cada culto.

Tales son las reglas concernientes á los preliminares y consumacion del matrimonio. Examinemos ahora las respectivas condiciones de la mujer principal y de las segundas.

Llámanse estas *Tsiei*, mujercitas, y se adquieren fácilmente; basta pagar una suma más ó ménos importante á sus padres y comprometerse por escrito á tratarlas bien. Iguales entre sí, están sometidas á la esposa principal y los hijos dependen de ella más que de sus madres; sin embargo, si cumple cincuenta años sin tener hijo varon, hereda el primogénito nacido de mujer segunda, cuya posicion se eleva hasta igualar, casi, á la de la mujer principal.

Segun el *Li-Ki*, cuyos preceptos rigen esta materia, las concubinas fueron, en su orígen simples queridas y frecuentemente extranjeras ó criminales vendidas por la justicia que ninguna formalidad exigia para entregarlas á un hombre. "Toda concubina menor de cincuenta años, dice ese libro, debe servir la mesa á su marido algunos dias: antes se baña, hace su tocado, calza sus botinas y se adorna con sus agujas de cabeza; pero, aunque sea muy amada, no puede aspirar á vestir ni comer tan bien como la esposa. Ausente ésta, no debe ocupar su puesto durante la noche. En fin, la concubina no tiene autoridad alguna en el hogar doméstico, ni áun sentarse puede en presencia de la legítima esposa y solo habiendo hijos lleva luto por muerte del marido, así como tampoco éste preside las exéquias de un hijo habido en una concubina.

Empero, si es triste su condicion nada de envidiable tiene la de la mujer principal sometida, como está, á severa reclusion, pues, aunque el chino posee tantas mujeres como permite su fortuna, es celoso y no la deja salir de casa sino en silla de manos ó en carreta cerrada para visitar amigas ó parientas: dejarse ver en la calle equivale para ella á cometer adulterio y da á su marido derecho para venderla, si prueba que quiso llamar la atencion hácia su persona. Suelen vivir encerradas en habitaciones separadas, independientes, á cubierto de cualquier mirada indiscreta y sin más ventana ni puerta que una muy estrecha para que salga y entre el palanquin.

Esta existencia aislada, desprovista de todo goce exterior, ninguna compensacion tiene en su interior. Las mujeres de un hombre rico no comen juntas; cada una es servida en su cuarto, donde pasan la vida bebiendo thé, fumando y obsequiando á las raras personas que el marido les presenta; secuestro, celos, falta de expansion, todo contribuye á agriar su carácter; la principal se venga maltratando á las inferiores, á sus criadas, á todo sér que le está sometido, abusando algunas veces hasta tal punto que hay necesidad de separarlas, y señalar un domicilio á cada una.

Exagerando el receloso espíritu de sus compatriotas, un letrado chino, por escepcion muy afecto al trato con los europeos, me refirió el siguiente episodio que excede á lo más extraordinario que se cuenta de los turcos: habiendo enfermado una dama china, su esposo hizo avisar á un médico, quien ante todo quiso pulsarla; el marido entonces ató á la muñeca de su cara mitad una hebra de seda, cuya punta entregó al doctor. Linda manera de contar las pulsaciones.

Los maridos tienen el derecho de pegar á sus mujeres procurando no herirlas, pues seria castigado y en caso de muerte sufriria la pena de extrangulacion, si la víctima es mujer principal; mas si fuera inferior, la pena tambien lo es en un grado, conmutándose la capital en cien palos ó tres años de extrañamiento (1). Tampoco puede maltratarla estando en cinta de tres meses, so pena de ochenta palos, ni rebajar su rango sustituyendo una mujer secundaria á la principal, á ménos que ésta haya sido degradada; en caso contrario se le darán noventa palos.

(1) Código penal, seccion 224.

La degradacion no está al arbitrio del marido, sino de una ley que prevé y señala todos los casos en que há lugar á pronunciarla. Los casos son los siguientes: 1.° esterilidad, 2.° impudicia, 3.° falta de respeto á sus padres, 4.° maledicencia, 5.° inclinacion al robo, 6.° carácter celoso, 7.° enfermedad crónica. Resulta, pues, que si la mente del legislador fué no entregar la mujer á discrecion del marido, ha estado léjos de conseguirlo dictando una ley tan casuista y susceptible de interpretarse segun convenga; ella, en suma, viene á autorizar al esposo para repudiar á la mujer cuando y como quiera, alegando cualquier pretexto de los mil que pueden encontrarse en dicha ley.

En cambio, la mujer principal que pega á su marido es castigada con cien palos y si lo hiere la pena sube tres grados; en ambos casos procede el divorcio y, cuando adquiere una enfermedad incurable de resultas de las caricias un tanto bruscas de su esposa, ésta es extrangulada; si él muere, á ella la decapitan ó sufre el suplicio de los cuchillos; suplicio horrendo por ser lento y doloroso, que los chinos prefieren, sin embargo, á la decapitacion considerada por ellos como degradante. En tanto estiman su cabeza, que no conciben ignominia mayor que ser enterrados sin ella y el público la vea expuesta en una jaula hasta su completa momificacion.

La necesidad de esas leyes penales es evidente; el amor es ciego e interesado el cálculo, ambos perturban el entendimiento más claro; así se explica que una mujer delicada, nerviosa, susceptible como la sensitiva, entregue su mano y haga árbitro de su destino á un hombre tosco, soez, incapaz de comprenderla, cuya brutalidad la hace infeliz. Acontece tambien que un poeta, ser fantástico, sensible, de caballerescas ideas se case enamorado con una de esas hermosuras estatuarias que asombran y cautivan, encontrándose luego, muerta la ilusion primera, unido á una mujer vanidosa, engreida con sus encantos físicos, de carácter violento hasta la ferocidad, sin educacion moral ni más religion que el culto de sí misma, creyendo que todo se la debe y ella á nadie sumision, cariño ni respeto. El desgraciado se halla expuesto á ser un dia ú otro asesino ó asesinado y, en tan dura alternativa, luchando su honor de caballero con el instinto de conservacion, se suicida ó se separa de su mujer antes que maltratarla de obra.

Esta especie de séres, con formas de mujer é instintos varoni-

les, con brios y modales de sargento de coraceros, nacen hembras por distraccion ó extravagancia de la naturaleza, y el destino debia unirlas con domadores de fieras ó picadores de caballos bravíos. —Si esto ocurre en la culta y civilizada Europa, donde la mujer está más ó ménos educada ¿qué sucederia en China si sus malos instintos no estuvieran enfrenados por el temor á la justicia y la esclavitud en que viven?

Aun así suelen desmandarse faltando á sus esposos en todos sentidos: la prueba es que el Código prevé y castiga no solo los casos de sevicia, sino los de adulterio que, una vez probado, da lugar al divorcio; la ley es tan inexorable, que si el marido no despide á su mujer adúltera, lo condenan á ochenta palos y cuando es cómplice de ese delito, sufren ambos la misma pena.

Un marido que sorprende *infraganti* á una de sus mujeres, sea principal ó inferior, puede matarla y tambien al seductor sin incurrir en ninguna responsabilidad. Los chinos son tan escrupulosos en esta materia, que la simple correspondencia con una mujer soltera la castigan con ochenta palos y con ciento si es más íntima; pena igual imponen por una tentativa de rapto y cuando se consuma ó por otro medio se comete el delito de violacion, su autor es estrangulado; en fin, el acreedor que acepta como garantía del pago de su crédito una mujer, le dan cien palos y si abusa de ella lo ahorcan.

Resulta, pues, que es peligroso hacer el amor en China; sin embargo, el hombre apasionado es temerario y la mujer tan astuta que, aliados ambos, se dan trazas para eludir la ley dando á la naturaleza lo que es suyo; Cupido gana mucho y el diablo no pierde nada.

¡Que valor!... Exponerse á ser, cuando ménos, repudiada; situacion horrible, la peor en que hallarse puede una mujer: abandonada; despreciada por todos, su triste suerte ha inspirado elegías, entre las cuales creo dignas de citarse á las siguientes que contiene el *Chi-King*.

"El ingrato me deja en lo más fuerte de la borrasca; pequeño arroyo fertiliza vastísimos campos; ellos, presurosos, le abren su seno y yo soy desdeñosamente rechazada ¡oh lágrimas, abrumador pesar ¡oh ingrato que de suspiros me cuestas! ¿Quién pudiera atraerte?"

Y en otro lugar: "Semejantes á dos nubes que se unieron en las

alturas del espacio étereo y la tempestad más violenta no puede separar, estábamos ligados uno á otro por un eterno himeneo, nuestros corazones debian fundirse en uno; un momento de cólera, un gesto de disgusto hubiera sido un crímen; sin embargo, como el que arranca las hojas de una planta dejando sus raíces, tú me echas de tu casa cual si yo, infiel á mi honor y á mi virtud, no fuera ya tu esposa y pudiera dejar de serlo."—Estas lamentaciones prueban que en época muy remota el marido podia repudiar á su mujer, como y cuando quisiera.

Debiendo la esposa ser fiel á su marido, aun despues de muerto, la viuda que no viste de luto incurre en la pena de sesenta palos y un año de extrañamiento; si se lo quita antes del plazo legal y se entrega á la música ú otras diversiones, es castigada con ochenta palos; de modo que está condenada á vivir del recuerdo de un hombre que tal vez habia detestado. Para contraer segundas nupcias necesita el permiso de sus más próximos parientes, sin cuyo requisito sería perseguida como adúltera.

El hombre viudo de su mujer principal está relevado de la obligacion de elegir otra en una familia igual á la suya, pudiendo elevar á ese rango á cualquiera de las segundas; pero siempre es mal mirado; un comentador del libro de las *recompensas* y *de los castigos* cuenta que un alto funcionario del Estado enviudó y fué tal su sentimiento por la pérdida de su muy amada esposa, que estuvo á punto de volverse loco de desesperacion ¡el Emperador mismo trataba de consolarlo! y lo consiguió tan completamente, que á poco tiempo tomó otra mujer. Entonces, S. M. I., Thien-chun, se puso furioso y lo destituyó despues de mandarlo apalear, exclamando: "Puesto que ese hombre ha mostrado tan poca adhesion á su difunta esposa ¿cómo me ha de inspirar confianza?" Hé aquí un soberano que merecia bien de las mujeres; pero es el único ejemplo que registra la historia de la China.

La viuda de alta clase que se casa otra vez, tampoco es bien considerada; mas ese estado, honorable y venerado por la nobleza, no lo pueden conservar las viudas nacidas en clases inferiores: todas se casan, unas por gusto, otras por necesidad y algunas á instancias de sus propios parientes ó de los del difunto, que especulan con ellas recibiendo gratificaciones de sus pretendientes. Estas mujeres no están secuestradas como las de hombres ricos; pero su suer-

te no es por eso mejor; dedicada á rudos trabajos, excluida de la herencia de su padre y de su marido, muertos ellos queda pobre y desamparada, lo cual da lugar á numerosos suicidios de infelices viudas que se ahorcan ó se tiran á un pozo.

Si en las antiguas edades Confucio y su discípulo Mengucio consagraron con la autoridad de su palabra la sumision de la mujer, el libro ya citado de *recompensas* y *castigos*, Código moral de los *Tao*, redactado en nuestra era y comentado por los budistas, se expresa en el mismo sentido. Un comentador se queja de que en su tiempo los maridos no saben gobernar sus casas, son guiados por sus mujeres y las dejan gritar mandando á sus criados; injuria grave, la mayor afrenta que puede hacerse á un chino (1) ¡desdichados! no quieren que el mundo sepa que están dominados por sus mujeres, prefiriendo tener fama de maltratarlas: sabed que lo mismo pasa en todo el globo.

Como correctivo, añade el mismo comentador que una mujer alejada de sus padres y hermanos no tiene más consuelo ni otro apoyo en su vida que el esposo que *le han dado:* "¿cómo, dice, se puede tener un corazon bastante duro para no vivir con ella en buena inteligencia? Si su cara es fea, pensad que vuestra union con ella estaba decretada por el cielo desde hace siglos... si no trae una gran dote, pensad que el destino no ha querido que tuviéseis una esposa rica."—Convengamos en que la índole de semejantes razones no es propia para inspirar el amor conyugal.

Por último, segun otro comentador, el marido es la providencia de la mujer porque á su costa vive; si él se extravía, ella debe amonestarle dulcemente; si él es duro é inhumano, ella debe ser paciente y resignada. "Cuando una persona nace con cuerpo de mujer, su infortunio es consecuencia de los crímenes por ella cometidos en su vida pasada; si los agrava faltando al respeto á su marido, se expone á seguir despues de muerta una desgraciada carrera que consiste en convertirse en bestia de carga ó condenarse y sufrir los tormentos eternos.

Así, pues, los budistas han escedido á los moralistas chinos, cuya opinion era ya desfavorable á las mujeres, fulminando contra ellas el anatema religioso.

(1) P Huc, *El Imperio Chino.*

Empero, acaso habrá entre mis lectores alguno que se pregunte. ¿Cómo puede pecar la mujer china, reclusa, esclava, vigilada atentamente por su esposo y los parientes de éste?... Es muy sencillo, con estos mismos: cuñados, primos, sobrinos; con algun poderoso mandarin que inspire el marido un terror saludable ó con un bonzo, únicos séres racionales, vamos al decir, que penetran en su domicilio. En cuanto á los europeos, hay pocos en el Celeste Imperio, de esos pocos á ninguno es lícito frecuentar la sociedad china, y, aunque los admitieran, no sacarian partido, por más bellos, osados é irresistibles que fueran: ellas no gustan de nosotros, no nos estiman; en una palabra, si Marte, Antinoo, el Apolo de Belvedere, Don Juan Tenorio, Lauzun, el duque de Richelieu, Lovelace y el conde de Orsay comparecieran á su presencia, los tomarian por otros tantos Esopos. El único *bárbaro* extranjero que ha pasado los umbrales de hogar chino, al ménos que yo sepa, es el señor Lemaire, intérprete de la legacion de Francia, el cual, gracias á su larga estancia en Pe-King, su perfecto conocimiento de la lengua china, su esquisito tacto, una profunda ciencia y un gusto particular ha conseguido triunfar del rigorismo de las costumbres, del misterio en que los chinos envuelven su vida interior, intimando con los más encopetados personajes de la alta sociedad indígena. En cuanto anochece, se viste de caballero celestial, con su trenza postiza, sus babuchas y demás atavíos chinescos; visita varias casas durante la noche que pasa rápida y alegre hablando en correcto idioma mandarin de las íntrigas políticas, chismes de la sociedad elegante y otras menudencias.

En efecto, de noche los salones de esa sociedad están animados, concurridos, brillantes cuanto pueden serlo unas reuniones donde falta el primero y esencial adorno, las damas cuyos ojos alumbran más que lucernas de cristal de Venecia con un millon de mecheros de gas, el imán que más atrae, la flor más aromática y rica en colores, el veneno más dulce y mortífero que el hombre bebe con delectacion y, sabiendo que mata, no cambiaría por el nectar de los dioses.

Quizá, al empezar este período, debí esceptuar de la regla general que sentaba respecto de la impenetrabilidad de las casas chinas para todo el que no lo sea, á los misioneros; si entonces me abstuve de hacer esa escepcion, fue por que tuve en cuenta que ellos,

obrando con su prudencia y sabiduría habituales, comenzaron difundiendo la luz del Evangelio entre las gentes del pueblo, como más accesibles á su propaganda; yo trataba de la sociedad más elevada, region donde, desgraciadamente, no han hecho todavía prosélitos.

Por lo demás, yo rindo el debido homenaje á los grandes servicios que prestan á la religion cristiana y á la civilizacion en el extremo Oriente; sus *Memorias* han contribuido eficazmente, en primer término, al conocimiento que hoy tiene la Europa del Imperio del Medio; ellos tomaron la iniciativa en la cruzada emprendida para regenerarlo, combatiendo los errores de Confucio, de Lama y de Buda, cuya moral fué un progreso en su tiempo, mas cuyos principios fundamentales no resisten al análisis y como el humo se desvanecen comparándolos con las máximas que sirven de base á la religion de Jesucristo, única verdadera; ellos son, me complazco en reconocerlo, unos héroes que, al embarcarse en direccion á tierras remotas é inhospitalarias, hacen el sacrificio de su vida ¡sublime abnegacion! Centenares de ellos han sufrido el martirió cuya palma era toda su ambicion; ella les abre las puertas del cielo y les asegura la dicha eterna; el sacrificio de esos dignos sucesores de los Apóstoles no ha sido estéril; la humanidad reconocida, recordará siempre que ellos, salvando la barrera que circuía la China manteniéndola durante muchos siglos aislada, sin comunicacion con el resto del mundo, realizaron un milagro: darla á conocer, hacer trasparante la gran muralla que poco á poco se ha desmoronado, cual si la fe que los animaba fuera, en vez de luz rutilante, llama voraz ó huracan de irresistible furia.

Abierta una brecha, por ella entró el vivificante soplo de la civilizacion moderna que, yo lo espero, se implantará en ese país casi agonizante; pero con elementos bastantes para, una vez vuelto en sí del letargo en que sus mandarines lo tenian sumido, reponerse y demostrar al universo asombrado de su resurreccion, que el gigante amarillo, cuya muerte se creía próxima, viéndole estenuado y sin aliento, vive é inspirándose en el espíritu del siglo seguirá resueltamente marchando por la senda del progreso hasta eclipsar un dia á los *bárbaros* de Occidente, que le han revelado los prodigios que la libertad y el órden, bien ponderados, realizan por su misma virtud cuando los gobiernos dejan hacer.

XIII

Usos y costumbres chinas.

La natural suspicacia de los chinos, su carácter reservado y su existencia retraida son legítima consecuencia del satánico orgullo que les hace considerarse como el pueblo más culto, sábio y valiente del orbe; de su fanatismo religioso y, en gran parte, de su espíritu de imitacion: un pueblo que cree á su soberano descendiente del fuego é hijo del sol, debe copiar servilmente sus hechos y gestos. Ahora bien, el emperador vive rodeado de un misterio tal, que cuando sale de su palacio los soldados tártaros recorren préviamente las calles ahuyentando á los transeuntes y S. M. no pasa hasta que están desiertas. ¡Ay del que osara á deslizarse á lo largo de las paredes ó esconderse detrás de una columna para verlo! seria condenado á muerte!

Es un sér casi invisible, pues ni áun los representantes de las naciones extranjeras, acreditados en Pe-king, tienen derecho á contemplar la imperial figura; son recibidos, sí, en audiencia solemne, dos veces: cuando llegan y cuando se van; mas el emperador oye y contesta sus discursos de presentacion ó de despedida detrás de una cortina que divide en dos el salon del trono; así las cartas credenciales, como las recredenciales se entregan al ministro de Estado, que con numeroso séquito de altos dignatarios palaciegos le acompaña hasta su silla de manos y queda terminada la ceremonia.

La etiqueta interior de palacio es muy rígida y complicada, sobre todo en la parte femenina; el primer rango lo ocupa la emperatriz madre, cuyas habitaciones están separadas de las del emperador por algunos patios; segun los ritos, cade cinco dias debe ser visitada por su hijo seguido de toda la córte, príncipes, mandarines, escolta, música, etc., etc., se hace anunciar por un eunuco, ella lo recibe en el salon de su trono y se sienta despues de leer una solicitud que un mandarin le presenta de rodillas rogándole, en nombre del emperador, que acepte sus homenajes; estos consisten en nueve prosternaciones, el mandarin se arrodilla de nuevo y entrega otra solicitud á la emperatriz suplicándole se retire, tocan

alternativamente varias veces la música del emperador y la de su madre, cual si sostuvieran un diálogo, hasta que la augusta señora entra en su gabinete reservado; entonces el mandarin se prosterna, dice al soberano que la ceremonia ha concluido y todos se retiran con el mismo ceremonial que observaron á su venida.

La primera mujer del emperador goza tambien de algunas prerogativas: dirige la casa, manda á los servidores que deben obedecerla en todo aquello que no esté prohibido por su marido; ofrece el thé á las visitas; la ceremonia de su coronacion es tan solemne, lenta y minuciosa, como todas las chinas; hago á mis lectores gracia de los detalles que omito, temiendo abusar de su paciencia: es preciso ser nímio y linfático como un chino para perder el tiempo en esas menudencias. Todo se reduce á mucho aparato, mucha música y muchas prosternaciones de los cortesanos, una vez leido el edicto que eleva á una favorita al rango de emperatriz, rango que no la releva del cumplimiento de los deberes atribuidos en China á toda mujer; así, pues, no solamente hila, cose y borda como una simple mortal, sino que cria gusanos de seda y en primavera inaugura las faenas agrícolas dirigiendo la siembra del arroz, escogiendo semillas de plantas tardías y otras labores campestres, cuyos frutos ofrece al emperador ó á los espíritus, noble homenaje rendido á la agricultura, muy estimada siempre por los chinos.

Antiguamente ejercia cierta jurisdiccion, en su calidad de presidenta nata que era, segun dice el *Li-King*, de seis tribunales encargados de juzgar los procesos suscitados por desavenencias matrimoniales en todo el Imperio y enseñar á las mujeres á obedecer. Esos tribunales fueron suprimidos por inútiles, organizóse luego el personal femenino de la corte cuando los tártaros dominaron la China, sin prescindir enteramente del antiguo modelo y conservando al emperador el derecho de tener, además de la emperatriz, su primera legítima esposa, dos *Ku-yin* ó reinas con numerosa servidumbre; estas son las mujeres de segunda clase; la tercera se compone de seis *Pinns* ó princesas cuyo séquito es más reducido. A estas tres puede S. M. agregar y, en efecto agrega, cien concubinas (niu-yu) encargadas del servicio nocturno, en el sitio donde el emperador descansa ó duerme.

Seguro estoy de que mis bellas lectoras encuentran excesivo,

escandaloso é inmoral el número de ciento nueve mujeres asignado al soberano del Celeste Imperio; y tambien sospecho que casi todos mis lectores envidian la suerte de ese feliz mortal. Pues sepan unas y otros que los tártaros dieron un gran ejemplo de moderacion reduciendo la cantidad y la calidad de mujeres adscritas al serrallo imperial en tiempos anteriores; entonces habia una emperatriz, tres reinas, nueve princesas, treinta y siete *Chi-fu*, ochenta *Ya-tsi*, y un número ilimitado de concubinas, sin contar las servidoras de todas ellas, sujetas igualmente á la caprichosa voluntad de S. M. I. Las *Pinns* vestian de seda amarilla, insignia de su categoría de segunda clase; las *Chi-fu* de blanco, como mujeres de tercera, y las concubinas de negro.

Cualquier varon constante, aunque fuese turco, se hubiera contentado con un gineceo tan bien surtido ¿no es cierto?... Sin embargo, no todos los soberanos chinos han tenido bastante y llevaban otras muchas á sus palacios. En el segundo siglo antes de J C., reinaba la dinastía de Han, cuyos indivíduos pretendian que todas las doncellas bonitas del imperio eran suyas de derecho; uno de ellos, Siun-tí, escogió en un solo dia seis mil sin salir de Nan-King, y su antecesor Wu-tí tuvo á la vez catorce mil reclutadas en virtud de una ley que disponia lo siguiente: "Cada año, en la cuarta luna, se presentarán á los oficiales del emperador todas las doncellas de la capital y sus cercanías que hayan cumplido trece años y no pasen de diez y ocho, á fin de elegir entre ellas las más dignas de entrar en el gineceo imperial."

Puro lujo, porque el emperador rara vez iba á escojer una concubina en aquel depósito de hermosas jóvenes cuya mayor parte se despedia sin haber visto á su dueño. Las consecuencias de voluptuosidad tan desenfranada eran el hastío de esas desgraciadas: viéndose alejadas del mundo exterior divertian sus ócios urdiendo intrigas, suscitando rivalidades que, agitándose en el serrallo, lo convertian en un foco de corrupcion y de turbulencias, cuya influencia se dejaba sentir desastrosamente en los negocios públicos; sangrientas luchas, revoluciones terribles se han fraguado en su recinto; graves consecuencias, sin duda, pero no tan graves como lo hubieran sido en otro pueblo que tuviera cabal nocion de su dignidad.

En efecto, abusos de esa cuantía, un despotismo tan crudo y

descarado, una lascivia tan feroz, que para saciarse no reparaba en arrancar á los padres sus hijas, al hermano la hermana, al amante su amada, es más cruel, más horrible, más inhumano, más insoportable que todas las demasías cometidas en Europa en los tiempos feudales. Aquellos señores de horca y cuchillo, de vidas y haciendas, de pendon y caldera, nunca fueron señores de honras; solian usar y áun abusar en algunos países, en Francia sobre todo, del derecho de pernada, derecho tan inícuo como absurdo, costumbre indigna de profanar, tomando ese nombre augusto, la grande, la sublime, la humanitaria y civilizadora idea que expresan sus tres sílabas; aberracion de una época semi-bárbara que, infamándola, reconocia la barraganía y la adornaba con cinturon de oro que andando el tiempo solia trocarse por el velo de desposada, ofrecido por algun pechero enamorado ó ambicioso sin escrúpulos, que daba su nombre á la manceba de un alto y poderoso caballero para obtener su gracia. Pero estos vergonzosos hechos no eran frecuentes; la mayoría de los nobles no se dignaba mirar á las villanas: quizá no las creian mujeres, como la dama romana que afirmaba no eran hombres los esclavos.

Por lo dicho, no se crea que yo trato siquiera de atenuar la enormidad de esos actos: sostengo únicamente que, cualquier pueblo que no fuera el chino, se habria sublevado en masa, como un solo hombre, contra las levas de vírgenes, ordenadas cual se ordena una requisa de caballos, medida justificada, al fin, por las necesidades de la guerra, mientras aquellas no reconocian más causa que un capricho del monarca. Es la última injuria, el reto más audaz que un soberano lanzar puede á su pueblo. Qué ¿se almacenan así millares de doncellas para regalo de un libertino coronado, si algun dia tiene ese antojo? Semejante atentado no se ocurrió nunca á los tiranos de Siracusa, ni á los dictadores de Grecia, ni á los Césares de Roma, ni siquiera á un sátrapa de Persia ó á un Sultan de Turquía: gloria tan triste, reservada estaba á los emperadores chinos de una dinastía que perdió el trono, sí, mas no á impulsos de la ira popular, sino del rencor de los magnates celosos y hartos de sufrir que sus esposas fueran elegidas entre las huéspedas del serrallo, por las mujeres principales del Emperador, á quienes incumbia su nombramiento. La mujer de un ministro, gobernador y, en general, dotado mandarin graduado se consideraba por este he-

hecho dama de honor de la Emperatriz; de consiguiente quedaba siempre á disposicion de su soberano.

Cual si no bastara esa ignominia, la institucion de los eunucos, fundada casi al mismo tiempo que los gineceos, vino á colmar la medida del sufrimiento. Sus funciones, determinadas por el *Tchen-Lí*, eran las siguientes: "Los eunucos están encargados de dirigir las mujeres del interior ó concubinas imperiales y las exteriores afectas al servicio de palacio reservado; ayudan á los empleados dependientes de las mujeres de tercer grado en toda ceremonia; impiden que salgan sin licencia las concubinas, y acompañan á las mujeres del interior en las visitas de pésame (1)."

Todo fué bien mientras se limitaron á cumplir su mision; pero cuando, tentados por la ambicion, la codicia y demás vicios que favorecia su situación escepcional quisieron salirse de su humildeesfera, se acabó la paz y no habia intriga política en que ellos no influyeran. Funesto influjo que inspiró al autor del *I-King* estas palabras: "Mientras haya en la córte tanta mujer y tanto eunuco, seremos desgraciados."

El emperador Ho-ti fué, segun parece, el primero que mejoró la condicion de los eunucos confiriéndoles los más elevados cargos del Estado; su inesperada fortuna llenó de orgullo á esos séres degradados y seguros de la impunidad, no hubo cohecho, injusticia, crueldad que dejaran de cometer, concitando sus iniquidades la ira popular, manifestada en asonadas y motines casi diarios. Tanta codicia, tanta saña, asombran á primera vista; sin embargo, el desarrollo de los malos instintos se explica fácilmente: el hombre artificialmente desnaturalizado, á quien sus propios semejantes privan de ciertos goces, no puede ménos de aborrecerlos; su herido corazon siente un vacío, el vacío que deja la ausencia del amor, volcánica pasion que, al extinguirse, trasmite su calor á otras pasiones voraces, como la ambicion, la sed de riquezas, el rencor y la ferocidad, en virtud de la eterna ley de las compensaciones que rige tanto el mundo moral como el físico.

Así como los cuerpos sólidos buscan su centro de gravedad, los líquidos su nivel y los flúidos espacio donde evaporarse, tendiendo todos á encontrar su equilibrio, las humanas pasiones obedecen á

(1) Grosier.—*De la Chine.*—X. c., 20-29.

esta ley y cuando una falta, otras crecen á sus expensas. De otra manera ¿cómo explicar los cambios que se verifican en la naturaleza del hombre, los apetitos que siente y las distintas aficiones que tiene durante su vida?—Niño, en inocentes juegos cifra su dicha; jóven, su ventura es amar, ser amado, estudia, viaja, discute, lucha, espera y cree, imaginando ¡oh inexperto! que, cual otro judío errante, su vertiginosa carrera no concluirá jamás; luego, la edad provecta, modera sus ímpetus, ama con ménos fuego, se aleja del mundo á medida que va envejeciendo y acaba por entregarse á la gula, ser comodon, devoto, porque ha conocido la vanidad de los goces terrenos y eleva su alma al cielo cuyas esperanzas no engañan como las mundanales. Feliz, se asombra él mismo de reconocer que lo es en medio de una paz, de una calma no alterada por dulces emociones, ni por violentas tempestades.

Mas, volviendo á los eunucos, su creciente poder alarmaba, y era tan odioso á los letrados que se concertaron para cortar las alas á esas aves de mal agüero, volviéndolas á colocar en su primitiva subalterna posicion. Ellos que lo saben, júntanse en secreto conciliábulo y acuerdan acusar á los letrados de querer derrocar la autoridad imperial; Ling-ti, que ocupaba entonces el trono, era un príncipe débil y vicioso; como tal, solo tenia fuerza para hacer daño, atendió más á los ministros de sus liviandades que á una clase tan ilustrada é importante y, con sus plenos poderes, los eunucos hicieron ejecutar á 800 letrados, ejecucion que aceleró la caida de la dinastía de Han.

Bajo sus suceseres reinó el mismo amable desórden; la prueba es que Ou, señor de Nan-Kin, uno de los reyes feudatarios del Imperio, tenia en su serrallo cinco mil cómicas y bailarinas. Tein-Wan-ti se apoderó de sus Estados el año 281 de nuestra era; tan fácil victoria persuadió á este emperador de que no tenia más enemigos que combatir y, colgando sus armas, se entregó al ócio, padre de todos los vicios; entre otros caprichos á cual más costosos, tuvo dos muy raros: uno, mandar hacer un magnífico carro tirado por carneros y en él se mostraba al público, rodeado de mujeres que se disputaban sus favores; otro, organizar un regimiento de amazonas lujosa y elegantemente uniformadas, con fogosos caballos y una música, cuyas indivíduas tocaban toda clase de instrumentos que yo, piadosamente pensando, creo serian todos sin ex-

cepcion arménicos, aunque el texto chino no lo aclara. Sea como quiera, esa tropa hacia el servicio de guardias de corps ¡título antinómico! ¿No habria sido más propio el de escuadron destructor del corps?

Naturalmente, los príncipes feudatarios, la aristocracia de la sangre y la del dinero seguian el ejemplo que daban el emperador y su córte; así, cada cual tenia la suya ó por lo ménos su serrallo, si no tan numeroso, con la misma escala gerárquica é igual rigurosa etiqueta. La corrupcion, pues, viniendo de arriba á bajo, trascendió, como no podia ménos de suceder á todas las clases sociales; no obstante la protesta que de muy antiguo venian haciendo los hombres juiciosos. Uno de ellos, Kuang-yu, que floreció en el reinado de Yueng-ti (1), príncipe disoluto, cuyas licenciosas costumbres dieron lugar á que estallaran grandes desórdenes en su córte, escandalizado se atrevió á dirigir al Emperador la siguiente admonicion.

"Señor: Antiguamente los Emperadores solo tenian nueve mujeres; á medida que su número se aumentaba, la sociedad se pervertia; y hoy, sabedlo, es frecuente ver salir del palacio de la Emperatriz mesas bien pulimentadas sobre las cuales brillan ricas vagillas de oro y plata, regalos que hace á unos y á otros; pero casi siempre á gente indigna. Si Wu-ti inauguró la era de la disipacion y del desenfreno, llenando su palacio de cuantas beldades podian hallar sus agentes en todo el imperio y llegó á reunir millares de concubinas, unas efectivas, otras, la mayor parte, honorarias, su sucesor, Yueng-ti ¡vuestro homónimo, señor! (2), fué aun más allá exagerando sus excesos, haciendo alardes de una lubricidad presentada bajo formas tan seductoras, que la emulacion de sus súbditos consistia en cuál de ellos tendria más mujeres; éstas se lamentaban de su infausta suerte y los ecos repetian sus imprecaciones... "Creedme, la pluralidad de mujeres no aumenta la prole; elegid una veintena entre las más virtuosas y el resto podeis despedirlo y que vaya en paz á buscar maridos."

Con asombro de las gentes, el monarca no tomó á mal estos consejos é hizo economías suprimiendo gran parte de su séquito y reduciendo los gastos suntuarios que agotaban el Erario público,

(1) Año 48 antes de Jesucristo.
(2) Era él mismo.

dando mal ejemplo al pueblo cuyas costumbres corrompia el lujo desenfrenado de la córte; duró esa continencia tanto como la vida de Yueng-ti, pues sus herederos imitaron el libertinage y la prodigalidad de sus progenitores fomentando la corrupcion que, un momento contenida, imperó durante muchos de los siglos. Todavía en el cuarto de nuestra era presenciaba la córte escenas como una que brevemente voy á describir.

Una noche de orgía, el Emperador Tan-Hiao-wa-ti se permitió embromar á la princesa Tchang-ti diciéndole que, próxima á cumplir treinta años, debia pensar en retirarse del mundo, sus pompa, y vanidades; ella sintió profundamente herido su amor propio mas se contuvo y continuó riendo y llenando repetidas veces de vino la régia copa. Tantas libaciones embriagaron á S. M. I. cuya augusta persona cayó al suelo, como una masa inerte, lo mismo que cae la de un simple mortal en semejante caso; la princesa se arroja sobre él, lo ahoga y al dar cuenta de su muerte la atribuyó á báquicos excesos.—¡Cruel venganza de una broma de mal gusto! Ella prueba que la coquetería es de todos los tiempos y de todos los países: nunca en ninguno han tolerado las mujeres que les hablen de su edad.

La impunidad de ese regicidio fomentó, sin duda, el espíritu vengativo de algunas mujeres, puesto que en el siglo v consumaron iguales y aun más graves atentados, llegando una princesa á matar á su hijo. Veamos como: To-pa-hong, príncipe soberano de Hei, gobernaba sus Estados con tal rectitud y serena imparcialidad, que la ley castigaba al delicuente por alta que fuera su categoría; dos cortesanos suyos, Li-tu y Li-g, á quienes distinguia en extremo por ser protegidos de su madre, Fong-chi, fueron condenados á muerte como malversadores y la sentencia se ejecutó. No habiendo podido salvarlos, Fong-chi juró que los vengaria y los vengó envenenando á su propio hijo. Reinaba entonces el Emperador Li-cu-yu.

Reinando Wu-ti en la China meridional, el año 525, se señaló por otro rasgo de audacia femenil: la princesa Hu-chi ascendió á emperatiz de Wei, uno de los Estados que formaron el Celeste Imperio cuando éste realizó su unidad; mujer de talento y de inventiva, pronto se apoderó del gobierno y, para consagrar su usurpacion, quiso sacrificar ella misma á Tien en lugar del príncipe Yuenhin que era muy jóven, fundándose en que la emperatriz Ho-chi,

de la dinastía de Han, habia sacrificado á sus abuelos, aunque este honor era privatiago de los hombres. Semejante osadía fué universalmente censurada; mas el pueblo, como siempre, se limitó á murmurar.

Habiendo mandado edificar templos en honor de Buda, á cuya secta se declaró adicta, concitó la oposicion de los altos funcionarios que profesaban la doctrina de Confucio; exacerbados además porque no solamente habia empleado en esas fábricas dinero del Tesoro público, sino que osó arbitrar recursos reduciendo el sueldo de los mandarines. La indignacion era natural, aunque no desinteresada; ella, sin hacer caso de las conspiraciones que urdian para alejarla de su hijo, se burlaba de los antiguos usos afectando en sus vestidos y tocado una desenvoltura y ligereza tal, que llegó al punto de salir de palacio descótada, sin velo, dejándose ver de todos. ¡Qué temeridad! Cierto dia, Yuen-chun, uno de sus ministros, osó decirle: "Leemos en *Li-King*, que una mujer cuyo marido ha muerto debe considerarse como medio difunta, no llevar joyas de oro, perlas ni diamantes; sois la madre del emperador, teneis casi cuarenta años, adornándoos como lo haceis ¿esperais que la posteridad os cite como un ejemplo digno de ser imitado?"

Dadas las costumbres chinas y el absoluto poder de sus monarcas, no se sabe qué admirar más, si ese lenguaje ó su impunidad; sin embago, Hu-chi no escuchó esos prudentes consejos y siguiendo exclusivamente los de su desordenada ambicion, dió lugar á que se alterase la pública tranquilidad con motines, escritos subversivos y otros excesos. Su hijo, ya mayor de edad, hubo de empuñar las riendas del gobierno; mas por poco tiempo, la terrible Hu-chi conspiró contra él y auxiliada por una cohorte de favoritos, no ménos que ella despechados, puso fin á sus dias con un veneno que dejó vacante el trono; ella lo ocupó muchos años y en 528 designó como sucesor á su sobrino Yuen-chao, niño de cinco años; haciéndose nombrar regente, cargo de que no tardó en ser desposeida por les magnates conjurados contra su odiosa persona: abandonada por sus hechuras, se encerró en un convento, cortóse los cabellos declarando que renunciaba al mundo y se hacia bonza. Los vencedores, temiendo un posible arrepentimiento, se apoderaron de ella y pereció ahogada en un rio.

Los chinos sufren resignados un gobierno cualquiera, por des-

pótico y esquilmador que sea, mientras dura; pero en cayendo, estalla su comprimido rencor é implacable no da cuartel á ninguno de los agentes de un poder aborrecido.

Si la experiencia es madre de la ciencia, una vez demostrado que el número excesivo de mujeres y de eunucos causaba los desórdenes con que la córte escandalizaba desde la capital hasta el último confin del imperio, conocida la causa del mal, su remedio era patente.

Así, el emperador Tui-tsung, inauguró su reinado en 626, licenciando 3.000 mujeres del palacio: todas fueron devueltas á sus padres, luego proclamó emperatriz á su única mujer Tchang-sou-chi, princesa versada en el estudio de los antiguos libros y cuya conducta probó que era digna de tan alta dignidad.

Lejos de envanecerse con ella, redujo el fausto de sus vestidos, disminuyó su séquito y jamás quiso mezclarse en los negocios del Gobierno, creyéndolos fuera de las atribuciones de la mujer; un dia que su esposo la interrogaba sobre ese asunto, le contestó con este proverbio: "Cuando la gallina canta al amanecer, anuncia una desgracia inminente para la casa."—Dedicada á la educacion de sus hijos, tuvo el disgusto de que el príncipe heredero abrazara la doctrina de los Tao-sse, (1) con tal ardor que en cierta ocasion, hallándose su madre enferma, le propuso una amnistía y levantar el destierro á esos sectarios, para obtener del cielo su restablecimiento: ella le dijo: "El Chang-ti (Sér Supremo) es árbitro de la vida y de la muerte, los hombres nada pueden; la mision de los príncipes es otorgar gracias y beneficios, mas no todos los criminales merecen perdon. La religion de los Tao-sse y de los Ibo-chang está llena de imposturas; el emperador la ha rechazado siempre y hay que respetar su voluntad."

Sintiéndose morir, encargó al emperador que no gastase dinero para erigirle una tumba monumental. "Quiero,—dijo,—ser enterrada como súbdita; la dicha de los hombres no consiste en la magnifencia de sus sepulcros, sino en las virtudes que hayan practicado durante su vida, y sirvan de ejemplo á la posteridad...; alejad los aduladores y huid de todo aquel cuya virtud sea sospechosa...; disminuid en lo posible las contribuciones, y dejáos de esos viajes y

(1) Epicúreos.

cacerías que ocasionan inmensos gastos cuya pesadumbre agobia á los pueblos...—¡Sábias máximas que revelan una digna discípula de Confucio! No fueron las únicas, pues además dejó escrito un libro consagrado á su propia instruccion: la historia de las mujeres que habian reinado, con un análisis de sus cualidades y reflexiones sobre su conducta.

Muerto Tai-tsung en 649, todas las princesas jóvenes y viejas de su córte se retiraron á un convento budista para acabar allí su existencia; mas, cual si la fama quisiera realzar por el contraste las virtudes de esa mujer extraordinaria, el reinado siguiente fué tan borrascoso y fecundo en crímenes, como tranquilo y ejemplar habia sido el del difunto monarca.

Kao-tsung, que le sucedió, era un imbécil, sin iniciativa ni propia voluntad; enamorado de una concubina de su padre, la princesa Wa-heu, fué inconsciente instrumento de sus crímenes, quizá los más atroces que registra la historia del mundo. Desde luego se propuso sustituir á la emperatriz y buscaba una ocasion para perderla; no tardó en presentarse, habiendo dado á luz una niña, con cuyo motivo fué visitada por su inocente rival, ahogó á la hija de sus entrañas y supo convencer al emperador de que aquella la habia matado alegando, como era cierto, que nadie más habia entrado en su cuarto; la esposa principal fué degradada, y Wu-heu ocupó su lugar con el título de Thían-heu, Reina Celeste.

Su primer acto de autoridad fué encerrar á la emperatriz caida y á una de las reinas, la más bella; el emperador, que todavía las amaba, no dejó de visitarlas en su prision; ella que lo supo, las mandó ahogar en un baño de vino, mutilando antes sus cuerpos. Luego hizo declarar príncipe heredero á su hijo Lihong, con perjuicio de Li-Tchong que lo era por derecho de primogenitura, y para mayor seguridad, fueron asesinados los parientes más próximos de su marido cuya imbecilidad toleró, además, que los de su cruel consorte sucedieran á aquellos en su alta dignidad; de esta manera asaltó el poder supremo.

La historia dice que gobernó bien, con tanta habilidad como energía, inspirando un terror tal, que durante muchos años gozaron los pueblos de una paz octaviana. Y se comprende: al menor conato de resistencia á sus medidas, eran ejecutados los funcionarios altos ó bajos, se confiscaban sus bienes, mujeres é hijos redu-

reduciendo á éstos á la condicion de esclavos. Los príncipes Li-Tchong y Li-hieu, vástagos del emperador habidos en otra mujer, sucumbieron tambien á sus golpes con otras muchas personas que, por serles adictas tambien les estorbaban, todo á ciencia y paciencia de su ciego estúpido marido, sobre el cual ejerció siempre tal ascendiente, que al morir encargó á su hijo Tchung-tsung no hiciese nada sin consultarla.

Lejos de someterse á esa especie de tutela, el nuevo monarca quiso reinar y gobernar; declaró emperatriz á su esposa favorita, confiriendo al mismo tiempo al padre de ésta una de las más altas dignidades del imperio; pero Wu-heu no era capaz de ceder sin luchar: en su calidad de emperatriz madre, reunió á los grandes que obedientes pronunciaron el destronamiento de su hijo, la elevacion al trono del príncipe Li-tan con su mujer, Lin-chi, cuyo hijo Li-tching seria el príncipe heredero; así logró seguir mandando.

Destituidos por ella, los príncipes de la familia imperial se sublevaron despues de publicar un manifiesto relatando los crímenes cometidos por la usurpadora; vano intento, fueron vencidos y muertos todos con sus cómplices. Igual suerte cupo á cuantos eran sospechosos de simpatizar con su causa.

Desde entonces, ébria de orgullo, osó hollar las tradiciones revistiendo los ornamentos imperiales, hacer sacrificios y recibir á los grandes en el salon de los antepasados, con tanto aparato como el de la antigua dinastía de Tcheu, cuyo fausto es proverbial en China; su locura llegó al extremo de borrar del libro de oro los nombres de los hijos varones de la legítima dinastía, y declarar que en adelante la familia imperial se llame Wu y no Li.

La máxima jurídica, universalmente admitida, *más vale absolver á cien criminales que condenar á un inocente*, la invertia ella diciendo: "Antes que dejar impune un delito de rebelion, prefiero hacer morir cien inocentes:" su corazon, inaccesible á ningun sentimiento noble, no reparaba en medios con tal de llegar al fin.

Así, queriendo saber el concepto que merecia á los funcionarios públicos, los autorizó para hablar libremente en sus informes sobre asuntos de gobierno y administracion; algunos cándidos cayeron en la red é hicieron representaciones en favor del cautivo emperador. Ni uno escapó á su venganza.

Solia enterarse de los memoriales que le echaban quejándose de vejámenes probados evidentemente y la impía los condenaba á muerte por delatores; un dia en que recibió mil instancias, murieron 850 de sus autores. Se conoce que no leyó más. Estas hecatombes eran aplaudidas por sus aduladores como actos de imparcialidad, arrastrándose la vil lisonja hasta dedicarle un libro escrito por los sacerdotes de Ho-chang, pretendiendo demostrar que descendia de Buda y, como tal, era legítima sucesora de la dinastía de Yung en el trono imperial. Ella, haciendo que lo creia, hizo erigir templos á Fo (Buda) y repartió millones de ejemplares de esa obra en las provincias.

Se comprende que, asustados de su ferocidad, no hubiera nadie capaz de arrostrar las iras de tan odioso poder y así reinó triunfante largos años, siempre absoluta y cruel siempre hasta que la vejez, que todo lo quebranta, abatió su altivez advirtiéndole que debia nombrar un sucesor, nombramiento aconsejado además incesantemente por sus dos sobrinos, á cual más ambiciosos. Ella vacilaba entre ambos; pero Ti-gin-Kiei, su primer ministro, inclinó su ánimo en favor de uno de los hijos del último emperador; y gracias á su elocuencia, fué designado Tchung-Tsung, el mismo que habia destronado, á condicion de que adoptase el nombre de Wu, renunciando al de sus antepasados.

Digno hijo de su madre, pasó por todo haciendo reservas mentales, segun luego demostró asesinando á sus dos competidores los sobrinos de la emperatriz madre, que, rendida por este golpe decisivo, no tuvo más remedio que entregar el poder á Tchung-tsung y encerrarse en su palacio, donde murió, no sin pasar antes por la amargura de ver al nuevo soberano devolver á su dinastía el nombre de Tang y restablecer los antiguos usos proscritos por ella. La China respiró libremente: parecíale imposible no verse ya bajo el yugo más duro é insoportable que registraban los fastos de su historia, desde Fu-hi hasta entonces, y daba gracias al cielo por haber terminado la sangrienta carrera de esa mujer extraordinaria, pasmo de sus contemporáneos y de la posteridad.

Un misionero, el R. P. Amiot, resume su existencia en estos términos: "Wu-Heu acometió y supo realizar las empresas más extraordinarias, más opuestas á las costumbres y al espíritu de la nacion Ella usurpó el derecho esclusivo que tienen los Emperado-

res de sacrificar solemnemente al Chang-ti; ella tuvo salones particulares para honrar públicamente la memoria de sus antepasados; ella concedia grados académicos, tanto á los estudiantes que profesaban la doctrina de Lao-Tsse, como á los que se éxaminaban sobre los libros sagrados *(King)*; ella se arrogó títulos que nadie habia osado tomar hasta entonces; hizo todo eso impunemente, á ciencia y paciencia de los celosos guardianes de los antiguos ritos, que se callaron; hasta la temible corporacion de letrados que otras veces habia afrontado los furores de Thsin-chi-hoang-ti, con sus severas é insistentes representaciones, se inclinó humilde ante ella y apenas osó vengarse con algunas sátiras de los insultos que les dirigía. Ella sola hizo más víctimas que todos los Emperadores famosos por su crueldad. Ella devastó la casa imperial por medio del destierro, la prision y la muerte; ella causó horribles heridas á todo el Imperio y los míseros restos de la familia imperial, así como todos los mutilados cuerpos del Estado, rivalizaron en servirla con un celo que apenas se concibe. Los príncipes defendieron sus intereses; los tribunales, no solo respetaron sus órdenes, sino que las cumplian cón rigor.»

No fué esta la última emperatriz que, abusando de la debilidad de su esposo, se incautó del poder: alguna gobernó bien, mas todas cometieron demasías que no refiero porque ninguna rayó á la altura de Wu-heu; comparadas con ella, la más fastuosa, la más soberbia, la más disoluta resultaria un alma de Dios, una infeliz, casi una mujer honrada.

La historia dice de Wei-chi, la esposa de Tchung-tsung y nuera de Wu-heu, se entregó á los desórdenes más vergonzosos y que con ella acabó el reinado de las mujeres en China. ¡Gloria al siglo octavo! (1).

En el largo intervalo que media desde este siglo al XII, no ocurrió más que un suceso digno de mencion: el conato de restablecer ese funesto dominio por los eunucos no resignados á la pérdida de su influencia. Muerto el Emperador Ma-tsung, quisieron elevar al trono á su viuda; pero ella rehusó diciendo: «no quiero resucitar los tiempos de la Emperatriz Wu-Heu; mi familia nunca se ha separado del camino de lo justo y entiende que la mision de las mu-

(1) Grosier.—*Histoire de la Chine.*—t. 6.

jeres no es gobernar el Estado; mi nieto tiene ministros, retiráos.»
Esta princesa era digna de reinar.

En el año 1045, reinando el Emperador Gin-tsung, príncipe débil é incapaz de mantener el órden en sus Estados, ni aun siquiera en su propia casa, ocurrió un incidente que la historia cita como inusitado. La Emperatriz Kuo-chi estaba celosa de dos reinas concubinas, favoritas de su esposo, las cuales, prevalidas de su favor, solian faltar al respeto; ella en cambio las reñia é insultaba quejabanse estas de su violencia á su amo y señor que, irresoluto, no sabia á quién dar la razon.

Un dia, estándose lamentando con él una de ellas, aparece súbitamente la Emperatriz, dá un bofeton á su rival, levanta la mano para secundar, interpónese el Emperador y recibe en su augusta faz el golpe; desacato, escándalo, alevosía. La culpable es degradada, presa é incomunicada en un palacio. Igual suerte cupo á la concubina.

Muerto su esposo, Kuo-chi volvió á figurar como regente, por que su nieto Tche-tsung, heredero del trono, sólo contaba diez años de edad, y gobernó tan sábia, justa y prudentemente, que sus súbditos, reconociendo su mérito, la comparaban con Yao y con Chun, los soberanos más grandes de la China; pero, á su muerte, acaecida en 1093, el jóven monarca aún no era mayor, y no supo contrarestar las intrigas de los ambiciosos, á cuyas interesadas instancias habia cedido para tomar la suprema direccion del imperio; entregado á merced de un eunuco rapáz, bien pronto no quedó más que el recuerdo de la obra de la regente.

El palacio era un burdel donde se olvidaban las reglas de la etiqueta y hasta de la decencia. Lieu-tsiei-yu, una de las mujeres del emperador, osó un dia sentarse delante de la emperatriz, Mong-chi, en su propia habitacion, mientras estaban en pié todas las demás mujeres; la concurrencia indignada mirábala atónita; pero ella, sin asustarse, se hizo traer una silla igual á la de la emperatriz.

La córte, ofendida por esa insolencia, juró vengarse y otro dia que las mujeres se hallaban reunidas en una sala esperando á la emperatríz madre, al entrar ésta todas se levantaron, inclusa la esposa del emperador, y cuando se despidió, cada una ocupó su sitio; excepto Lieu-tsiei-yn, cuya silla habian retirado y cayó de espal-

das al suelo, saludada por una carcajada tan general como espontánea.

Como dice muy bien el erudito autor de *La Femme en Chine*, Luis Augusto Martin, estudiando la historia de ese país, se convence uno de que la influencia buena ó mala de la mujer en el gobierno ha sido consecuencia del escaso talento y la inmoralidad de príncipes, cuya mayor parte fueron nulos ó malvados, incapaces de asegurar á sus pueblos una paz duradera que les permitiera desarrollar los inmensos recursos de tan vasto imperio. Y se comprende: cuando ninguna ley protegía al pueblo contra las violencias ó la incuria del poder, las mujeres y los eunucos que lo ejercian eran dueños de vidas y haciendas.

La muerte de Kuang-tsung, último emperador de la décima nona dinastía, cambió la faz de las cosas. Invadido el territorio chino por los tártaros, pueblo jóven, guerrero, conquistador, sus conquistas fueron tan rápidas como el galope veloz de sus corceles y, aunque algunas plazas se defendieron heróicamente, su gobierno sustituyó al de los soberanos indígenas.

XIV

Reseña Histórica.

Una vez en el poder, los conquistadores, lejos de abusar de su victoria, hicieron una política juiciosa, prudente, atractiva, respetando las leyes, usos y costumbres del país, contribuyendo no poco á calmar el temor de los conquistados la conducta de las princesas tártaras. Hukilachi, esposa de Hupilaí-Jan, primer emperador tártaro-mongol de la China, se afligió tanto al ver cautivo al último soberano chino de la dinastía de Sung, que no quiso tomar parte en las fiestas triunfales. Como alguien le reprochara su abstencion, dijo: "Yo sé que desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, ninguna familia real ha durado mil años ¿quién puede asegurar que mis hijos y yo no sufriremos la suerte de ese príncipe?" Otra vez, invitada por Hupilaí-Jan á elegir lo que más le agradara entre los tesoros de la familia destronada, expuestos en un gran salon del palacio imperial, se negó diciendo: "Los Sung han venido acumulando sus riquezas para ellos y sus descendientes; si hoy son nuestras, es porque ellos no las pudieron defender. ¿Cómo he de atreverme yo á tomar una parte?"

Evidentemente Hukilachi era mujer superior, tan superior, que nacida en Tartaria en una época semi-bárbara cuando las naciones más civilizadas apenas reconocian otro derecho que el de conquista, ella pensaba, sentia y obraba cual si tuviera nociones de derecho público y privado. Diríase que su mente, iluminada por los destellos de un alma justa, presentia que sus ideas serian luego admitidas por la ciencia jurídica como principios y consagradas por la ley como deberes.

Tenia un corazon tan sensible, que con sus consuelos endulzó el cautiverio de la emperatriz regente del postrer vástago de los Sung, colmándola de atenciones y procurando la libertad de ambos; pero murió antes que el éxito hubiera coronado sus laudables esfuerzos.

Yo, en esta ilustre princesa, más grande por sus virtudes que por su cuna, veo el génio del pueblo á que pertenecia; pueblo nuevo, jóven, henchido de generosas ideas; la encarnacion de su carácter rudo, batallador, pero leal y franco; ella, con su desinterés, representa la sobriedad adquirida viviendo en sus heladas estepas, el instinto de lo *verdadero*, que es la justicia, y de lo *bueno*, que es la caridad; santos númenes inspiradores del hombre primitivo que ignora ó apenas presiente la nocion de lo *bello*, sublime sentimiento, luz del alma cuando se comprende bien y su infinito horizonte no se limita, como sucede en las naciones caducas, al grosero placer que proporcionan los goces materiales.

No es esto decir que la dominacion tártara redimió las culpas todas del Celeste Imperio; mas puso coto á muchos abusos; y si por de pronto no pudo corregirlos todos, consiste en que en la vida de los pueblos son siglos los instantes.

Tan lenta como es su decadencia, su regeneracion es paulatina, difícil, obra, en gran parte, del tiempo, cuyo curso no puede detener ni adelantar el humano esfuerzo. Nada se verifica, nada se realiza en el mundo moral ni en el físico sin la cooperacion de ese agente activo, incesante, vário y constante á la par; eterno colaborador del hombre y de los elementos, él fecundiza la tierra que se cubre de verdura ó se despoja de sus galas, segun las estaciones, ¿cómo, pues, necesitándolo la madre Naturaleza, cuya vida es tambien perdurable, no lo han de necesitar sus hijos, nosotros, míseros mortales?

Hupilai-Jan fué tambien un príncipe magnánimo, digno de la esposa que habia perdido y de su ilustre abuelo Gengis-Jan, el famoso conquistador, logrando con su buena administracion, su exquisito tacto y un espíritu equitativo, humanitario, generoso, tanto más apreciable cuanto que es virtud rara en Oriente, donde los personajes encargados de gobernar se burlan de la vida de sus súbditos y á torrentes vierten su sangre con una indiferencia no alterada por el menor remordimiento. Secundado por su generalísimo y ministro Pe-Yen, imbuido en las propias ideas y sentimientos, consolidó su dominacion, reduciendo los chinos á la obediencia, más por su generosidad que por los triunfos obtenidos en el campo de batalla.

Acabada la conquista, su primer cuidado fué repoblar las ciudades y los campos devastados por la guerra, lo cual consiguió encargando esta mision á dos filósofos chinos, Hin-Heng y Ten-Mó, que merecian la confianza de sus compatriotas. En efecto, al llamamiento de esos personajes respondieron los habitantes, emigrados ó fugitivos, volviendo á sus casas, seguros de recobrar la perdida seguridad, garantida ahora por las leyes del vencedor y por los encargados de ejecutarlas.

Para más halagar á sus nuevos súbditos, Hupilai-Jan se rodeó de chinos á quienes confió la mayor parte de los destinos públicos, cuidando no obstante de que las autoridades superiores, como gobernadores de provincia y comandantes en jefe de las tropas, fueran tártaros; él mismo se hizo popular adoptando el traje, la lengua y las costumbres del país conquistado; luego fundó un colegio donde por su órden se matricularon los mongoles adolescentes de las familias más distinguidas, con objeto de educarlos á la china. Su director, Hin-Heng, no contento con hacerles aprender á hablar, leer y escribir en chino, aprovechaba las horas de recreo para enseñarles los diversos modos de sentarse, levantarse, permanecer en pié, andar, pararse, saludar y ¡hasta á comer! les enseñaba.—Esto dice la historia, testualmente, añadiendo, como por vía de escusa, que todo era necesario para borrar las huellas de su nativa barbarie, y poder servir de modelos en la córte del emperador.

Este, cómo todos los tártaros, profesaba el lamaismo y lo introdujo en China; sabido es que esa religion se funda en la de Buda, con ligeras diferencias; por consiguiente sus sectarios son, puede

decirse, una especie de reformistas ó protestantes del budismo. El gran Lama, pontífice de esa secta, reside en el Thibet.

La febril actividad de Hupilai-Jan á todo atendia y á todo alcanzaba; así durante su reinado no solamente florecieron las ciencias y las artes, merced al impulso que él les daba atrayendo á sus Estados los más ilustres sábios y los obreros más hábiles, honrando á aquellos en su córte y premiando generosamente á éstos, sino que realizó grandes conquistas. Sus dominios se estendian desde el Tur-Kestan, las dos Tartarias y el Thibet hasta la China y el Pegú inclusives, los reinos de Siam y de Annam, la Corea y el Ton-King eran tributarios suyos; en fin, su política influia decisivamente en los consejos del rey de Persia y hasta en Moscowia; pero cuando intentó invadir el Japon fué rechazado con grandes pérdidas: la inmensa flota que conducia un ejército de 100.000 hombres logró, sí, desembarcarlos en tierra japonesa; mas fueron dorrotádos completamente y solo un corto número de soldados se salvaron de la muerte ó de la esclavitud.

Sin embargo, un revés, por grande que sea, menoscabar no puede la gloria del monarca insigne cuyo génio creador levantó la ciudad de Pe-King en el solar de Tai-Tu, villa situada en medio de la vasta estéril llanura donde aún se asienta la capital del Celeste Imperio, como Alejandro habia fundado á Alejandría sobre la pequeña Racotis. El año 1267 puso la primera piedra, y á los tres estaban terminadas las obras. A su iniciativa se debió tambien la apertura del gran canal, destinado en su orígen á fertilizar los alrededores de Pe-King; mas como desemboca en el mar del Sur, tiene 300 leguas de curso á través de vastas comarcas que riega con sus aguas y enriquece con la navegacion fluvial, siendo por lo tanto una arteria que da vida al comercio interior del país, gigantesca obra cuya realizacion basta por sí sola para inmortalizar el nombre de un Soberano.

Y si á esto se añade que ese príncipe, nacido bárbaro, era valiente, activo, laborioso, político profundo, amigo de las letras, magnánimo y magnífico, bien se le pueden perdonar los desastres inevitables en toda guerra de conquista.

—El mayor reproche, dice Saurigny en su *Historia de la China*, que hacerse puede á Hupilai-Jan, es el de haber sido débil con los sacerdotes de Lama; por complacerlos persiguió á sus correligiona-

rios adictos á la secta del Tao, no solamente en sus personas sino en sus obras; él mandó quemar todos los libros, excepto uno, por cierto el más antiguo: el Tao-Ti-King ó *Libro de la razon suprema y de la virtud.*

Marco-Polo, el célebre viajero veneciano que permaneció diez y ochos años en su córte, nos ha dejado un retrato á la pluma. Hélo aquí: El señor de los señores, Hubilai-Jan, es de mediana estatura, bien proporcionado, la cara blanca y encarnada como la rosa, una nariz correcta; tiene cuatro mujeres legítimas ó emperatrices, cada una de las cuales tiene á su servicio 300 jóvenes bellas entre las bellas, é igualmente dispuestas á complacer al monarca en todos sus caprichos; hay además, como reserva, cierto número de doncellas tártaras que comparten el tálamo imperial cuando á su señor place...»

No estaba mal servido el Jan, pero... no quiero hacer más comentarios, que conozco me he extendido mucho, quizá demasiado hablando de este feliz soberano; mas he creido deber hacerlo, considerando que su reinado forma época en la historia de la China, cuya grandeza y prosperidad llegó á su colmo.

Muerto el año 1295, sucedióle su nieto Timur, apellidado Tching-Sung, y se mostró digno de su antecesor, pues si no fué como él grande, magnífico, conquistador y reformista, hizo notorios beneficios á sus pueblos, mandando abrir una informacion en cada provincia con objeto de conocer su situacion y distribuir socorros á todos los que no pudieran trabajar por falta de recursos ó por hallarse impedidos de resultas de heridas ó enfermedades. Erigió en Pe-King un soberbio templo á Confucio, acto que le granjeó la adhesion de los chinos, lisonjeados por este homenaje rendido á su apóstol.

Todo el mundo creia que el advenimiento de los tártaros al poder supremo inauguraba una era de felicidad y bienandanza; mas desgraciadamente no fué así. Apenas trascurridos ochenta años, la dinastía de los mongoles empezó á degenerar: su ruina era cuestion de tiempo, pero inevitable, cierta. El ejemplo dado por monarcas voluptuosos, suscitó en la córte las mismas intrigas amorosas y políticas, comedias bufas, tenebrosos dramas y sangrientas tragedias que se habian representado reinando las dinastías chinas.

En 1333 heredó el cetro Chung-Ti, príncipe más artista y literato

que guerrero y político; los grandes, conociendo su carácter, se aprovecharon para declararse independientes de derecho como ya lo eran casi de hecho. Al efecto, fomentaron el espíritu de rebelion, aletargado pero no extinguido, de los chinos ganosos de sacudir el yugo de sus vencedores; aunque les estaba prohibido usar armas, ellos estaban siempre dispuestos á sublevarse. En tan grave situacion, el emperador, en vez de atender exclusivamente al gobierno de sus pueblos, sólo pensaba en divertirse; y cuando los correos le anunciaban cada dia la sublevacion de una provincia, la toma de una ciudad ó el saqueo de otra por los piratas, no hacia caso é inventaba otra diversion.

Chung-Ti era muy dado á coleccionar muebles y toda especie de curiosidades, deleitándose contemplándolas ó admirando las piruetas que en sus danzas hacian los espíritus celestes, representados por diez y seis muchachas á cual más bella y á cual más lasciva. De este emperador sí podria decirse con más justicia que de nuestro Rey Sábio.

"Mientras observa el movimiento al cielo
Cada paso un desbarro era en el suelo."

En uno de sus palacios tenia un reloj colosal y de tan complicado mecanismo que asombraba á las gentes. Véase cómo lo describe el P. Goubil en su *Historia de la dinastía de los mongoles:* "su caja era un gran armario sobre el cual habia una hornacina llamada *de los tres sábios*, y en medio la esfera cuya aguja sostenia una doncella; á cada hora marcada por la aguja brotaba una columna de agua y aparecian dos ángeles, uno de los cuales tenia en la mano una campanilla y el otro un plato de cobre. Cuando anochecia, esas dos figuras tocaban las veladas chinas, siguiendo el movimiento de la aguja, secundado tambien por muchas águilas y leones del mismo metal situadas á ambos lados del armario; al Este y al Oeste se veian los doce signos del zodiaco precedidos por las estátuas de seis antiguos inmortales que al medio dia y á media noche pasaban marchando de dos en dos un puente llamado Santo, entraban en la hornacina *de los tres sábios* y volvian á su sitio."

Este reloj, maravilla del arte que habia marcado las horas de placer de Chung-Ti marcó tambien la de su caida el año 1357. Vencido por Tchu-Yuan-Tchang, bonzo que habia roto su clausura

para ser caudillo de los insurrectos, vióse obligado á huir de Pe-King y se refugió en Tartaria. Siempre sucede así: un poder no fundado en el derecho sino en la fuerza de las armas, vive del prestigio de los hombres que lo ejercen, si estos son eminentes; mas cuando degeneran y de intrépidos guerreros ó celosos administradores se convierten en sibaritas, muelles y afeminados, sucumbe necesariamente al impulso de otros hombres dotados de las mismas cualidades á que debió su triunfo.

La exaltacion de Tchu al poder fué muy bien recibida por los chinos habituados á cambiar de señores, con tanto más motivo cuanto que el nuevo emperador habia mostrado durante la guerra especiales dotes de mando; así pues, se hizo coronar bajo el nombre de Hung-Wu, aunque en la sala de antepasados figura con el de Ming-Tai-Tsu, lo cual significa gran abuelo ó fundador de la dinastía Ming, que reinó casi trescientos años (desde 1368 á 1644).—Este monarca advenedizo no sólo fué un gran reformador, sino hombre despreocupado, humano y liberal para su época, como lo prueba la contestacion que dió á cierto doctor.

Habiéndole éste ofrecido la receta de un brevaje que le haria inmortal; pero á él y á nadie más, pues el filtro no obraba con tanta eficacia en los simples mortales, le respondió: "entonces no puedo aceptar vuestra obra, que de nada me serviria, porque yo solo quiero la dicha para compartirla con mis pueblos. Andad y dedicaos á alguna más útil ocupacion; el verdadero secreto de la inmortalidad es practicar la virtud, hacer bien á los hombres y cumplir todos sus deberes, secreto que está al alcance de todo el mundo; yo trataré de usarlo."

Durante un largo reinado de treinta y un años, su conducta se ajustó siempre á estas máximas, y no solamente pacificó su vasto imperio, sino que le devolvió su antiguo esplendor; sin embargo, los tártaros no cesaban de hacer incursiones por la frontera, devastándola tanto cuando vencian, como cuando eran derrotados. Estudiando la historia de todas las naciones se observa un singular fenómeno; rara vez el sucesor de uno de esos grandes monarcas, cuya fama ilumina como un faro la oscura noche de los tiempos, hereda con el cetro sus virtudes.—En Roma un Tiberio sucede á un Augusto; en Francia al rey Sol, que dió nombre á su siglo, suceden las bacanales de la Regencia, precursoras de las hecatombes

de 1793; en España el grande, el temido Felipe II tuvo una descendencia que nos hizo descender del supremo rango á que él y su augusto padre Cárlos V nos elevaron; en Turquía el sucesor de Soliman el Magnífico fué Selim el Borracho.

La China no podia ser una excepcion á esta regla general y, en efecto, ninguno de los sucesores de Hun-Wu correspondió dignamente á su orígen; además de la lucha secular con los tártaros, hubo en su tiempo guerras civiles, rivalidades entre los príncipes de la familia reinante, asesinatos; intrigas abajo y arriba y, como consecuencia natural, un desórden administrativo, una anarquía que, agotando el esfuerzo y los recursos del pueblo, lo entregó nuevamente á merced del tártaro, su enemigo tradicional.—Hoai-Tsung, último emperador de la dinastía Ming, murió, es decir, se suicidó ahorcándose de un árbol, despues de haber matado á su hija para que no cayera en poder del enemigo, dueño ya de la capital y que tenia cercado el palacio. Sus últimas palabras fueron: "Puesto que muere el Estado, el príncipe debe morir tambien."

La emperatriz, el primer ministro y algunos eunucos imitaron su ejemplo; los hijos y demás parientes del soberano fueron decapitados por órden del vencedor Li-Tseu-Tchung, y así desapareció en un mar de sangre una dinastía que habia reinado 276 años, repartidos entre 16 emperadores.

Este desastre fué fatal para los Jesuitas; uno de ellos pereció, y las iglesias que habian levantado en la ciudad de Kai Fung-Fu fueron incendiadas. La Compañía de Jesús se habia introducido en China á principios del siglo XVII, reinando Chiu-Tsung II. La obra por ellos realizada en pocos años á fuerza de celo y perseverancia, quedó destruida, mas no quebrantada su voluntad, que hace prodigios do quier ponen la planta.

No hay que atribuir á los tártaros estos horrores; Li-Tseu era chino y caudillo el más afortunado de todos cuantos desgarraban con sus contiendas las entrañas de su patria disputándose el imperio. Como nada hay violento que sea permanente, el criminal asesino y aleve usurpador, gozó poco tiempo de su triunfo; en medio de aquella sociedad perturbada vivia un hombre puro, leal y valiente; el general U-San-Huei, que no le quiso reconocer por soberano, y se alió con Tsung-Te, rey de Tartaria; mas viéndose perseguido por fuerzas superiores, hubo de refugiarse en una ciudad,

á la que puso sitio Li-Tseu; éste, para obligarle á rendirse, llevósele al pié de las murallas al padre de general, amenazando cortarle la cabeza en caso contrario, lo cual tuvo efecto, porque el valeroso anciano exhortó á su hijo á no ceder, y murió víctima de su heroismo.

En esto llegaron los tártaros y pusieron en fuga al ejército sitiador, que corrió hasta Pe-King, tras de cuyos muros quiso resistir, mas pronto conocieron la vanidad do su intento, y al verse perdido, Li-Tseu saqueó é incendió el palacio imperial, disfrazóse y fué á buscar asilo en la provincia de Chen-Si.—¿Qué fin tuvo este bandido coronado por el azar?—Se ignora; pero es de creer que la Providencia, siempre justa, le depararia uno tan desastroso como infame habia sido su vida.

Así las cosas, los tártaros se apresuraron á conquistar las provincias meridionales y la de Fu-Kien, únicas que le faltaban para enseñorarse del imperio chino, lo cual no les costó gran trabajo; pues si bien esta provincia habia proclamado soberano á un príncipe de la familia Ming, y aquellas á un bastardo de la misma, éste cayó en su poder y murió estrangulado y el otro pereció tambien trágicamente; sin embargo, la fortuna pareció un instante volver la espalda al tártaro. El príncipe Lu levantó el estandarte de la salvacion nacional, sagrada enseña que en breve le atrajo numerosa hueste, á cuyo frente rechazó al enemigo; mas entonces surge otro nuevo competidor, llamado Than-U; los dos rivales sostienen sus derechos con manifiestos y con las armas, lucha que redundó en beneficio de los tártaros, como bien se comprende, recordando la antigua sábia máxima: divide y vencerás.

Tsung-Té, pues, restableció en China la dominacion tártara; no obstante el teson con que se defendieron sus habitantes, temerosos de verse obligados á afeitarse la cabeza, tiránica medida, cuya ejecucion creó á los dominadores más enemigos que todos los excesos cometidos durante la guerra de conquista. Esta se ha consolidado, gracias á otras medidas tan conciliadoras como llenas de prevision, dictadas por su inmediato sucesor Chun-Tchi, y extrictameute aplicadas hasta ahora por sus descendientes.

Él supo hacerse amar de sus nuevos súbditos, respetando y adoptando las leyes, usos y costumbres vigentes; mas al conservar los seis tribunales supremos, cuya fundacion se hacia remontar á

cuatro mil años, fijó su residencia en Pe-King y dispuso fueran presididos por un magistrado tártaro. Él no licenció las tropas chinas, mas puso á su frente jefes tártaros; lo mismo hizo con los empleos civiles: todos, ó la mayor parte, continuaron siendo desempeñados por chinos, pero cuidó de mermar su autoridad otorgándoles en cambio grandes honores.

Desde entonces, las hijas del emperador se casan generalmente con príncipes tártaros ó con distinguidos personajes de esa misma raza; hasta las concubinas se reclutan entre las más hermosas doncellas tártaras. Esta separacion de castas ha conservado la superioridad de la vencedora sobre la vencida; pero alimenta el ódio que todo pueblo oprimido siente hácia su opresor, ódio que fermenta en los pechos chinos y cuya explosion solo evita su respeto al Gobierno constituido, á sus ritos y á sus tradiciones.

En el reinado de Chun-Tchi, de 1648 á 1662, llegó á su apogeo la influencia de los misioneros católicos; ese monarca protegia á los sábios y, naturalmente, hubo de fijarse en ellos distinguiéndolos sobremanera, especialmente al padre Schaal, de la Compañía de Jesús, que fué nombrado director de la escuela de ciencias matemáticas. Así, los dogmas del cristianismo se propagaron con rapidez en muchas provincias, aumentando considerablemente el número de adeptos á esa santà doctrina.

Chun-Tchi hubiera sido un gran soberano, si el amor con sus delirios no hubiera perturbado su razon. Ciegamente enamorado de una bella jóven tártara, esposa de un oficial, hizo que éste se le presentára, y en cuanto le tuvo delante, sin más razon, le pegó una bofetada; era hombre de honor y, afectado por semejante inmerecida afrenta, murió de pesadumbre. En seguida el emperador se casó con la viuda, de quien tubo un hijo que al venir al mundo espiró al mismo tiempo que su madre.

Desesperado el monarca, quiso atentar á su vida y, para mitigar su inmenso dolor, le hizo magníficos funerales: sus cenizas se encerraron en una urna de plata, que fué depositada en un soberbio mausoleo, sobre el cual mandó se sacrificaran treinta hombres, creyendo aplacar así los manes de su amada. Luego se afeitó la cabeza y quiso abdicar para retirarse á un convento de bouzos, cosa no consentida por los grandes del Imperio, convocados al efecto; mas él se escapó y anduvo errante como un loco, vestido de bonzo,

de convento en convento; trascurrido algun tiempo, volvió á ocupar el trono, accediendo á las reiteradas instancias de sus ministros; pero la agitacion del alma habia destruido el cuerpo; ó, como se dice, la hoja habia roto la vaina; ello es que bajó al sepulcro en edad temprana, ántes de cumplir cinco lustros, legando la corona á su hijo Jan-Hi, niño de nueve años; mas tan precoz, que á los trece se emancipó de sus tutores, y sin su licencia se hizo cargo del gobierno.

Discípulo de los Jesuitas y, en particular, del P. Verbiest, nombrado por él director del observatorio astronómico, adquirió una vasta instruccion cuyos frutos recogió su pueblo. A él debe, en efecto, el mapa, el catastro y el censo de la poblacion, aparte de otras obras literarias, como el *Tung-Kian-Kang-Mu*, la compilacion histórica más antigua de China, que hizo traducir en idioma tártaro, y dos diccionarios, uno de la lengua china y otro chino-mantchú; en fin, tan bravo como inteligente, dominó con grande energía á sus enemigos interiores y exteriores.

Cazador cual Nemrod, á los sesenta y nueve años de edad se entregaba á ese su ejercicio favorito con el mismo entusiasmo que en su juventud, hasta que la fatiga rindió su poderosa naturaleza cerrándole los ojos el 20 de Noviembre de 1722. Su testamento es tan curioso é instructivo que sucumbo á la tentacion de extractarlo brevemente.

"Yo, Emperador, me dediqué al estudio desde mi más tierna infancia y he adquirido algunos conocimientos en las ciencias antiguas y modernas. Cuando era jóven, mi brazo podia tender un arco de quince fuerzas y lanzar flechas de trece palmos de longitud; no ha habido guerra en que yo no apareciera al frente de mis ejércitos; durante mi vida, nadie por órden mia ha muerto sin razon. —Yo he sofocado rebeliones, he limpiado el Norte de Cha-mó y todas las empresas se han realizado desde su orígen hasta su fin por mi propia iniciativa y los recursos de mi ingénio. Nunca he gastado los tesoros del imperio sino en cosas útiles, como atestiguar puede el tribunal de cuentas: ese dinero es la sangre del pueblo, consideracion que me ha hecho emplearlo solamente en la subsistencia de las tropas, y el socorro de las víctimas del hambre ó de la peste.—En mis viajes de inspeccion por las provincias jamás consentí que las casas particulares donde me alojaba hicieran gastos

suntuarios, prohibiendo hasta que mis habitaciones se tapizaran de seda; y el gasto en cada parada era de once á veinte mil onzas de plata."

Si Jan-Hi estaba, y podia estar satisfecho de su administracion, no lo estaba ménos de su persona, si hemos de juzgar por lo que dice otro párrafo del testamento. "Segun el Chu-King, la felicidad consiste en cinco ventajas: una larga vida, riqueza, tranquilidad, amor á la virtud y un fin dichoso."—Pues bien, continua: "La edad que ahora tengo, prueba que he vivido mucho; en cuanto á riquezas, he poseido todo lo que cercan los cuatro mares; como padre, me veo reproducido en ciento cincuenta hijos y nietos varones (las hembras deben ser más numerosas); dejo el imperio en paz y contento; de modo que mi felicidad puede llamarse grande."

Grande era, ciertamente, pero mayor fué la desgracia de los cristianos despues de su muerte. Yung-Tchein, sucesor de ese monarca ilustrado y tolerante, léjos de continuar protegiendo á los misioneros católicos, los persiguió con saña; confinados primero en Canton y desterrados de esta ciudad en 1732, se embarcaron para Macao, abandonando mal su agrado á quinientos neófitos chinos que la autoridad no dejó partir, y muchos de los cuales fueron presos ó apaleados; en un solo distrito se demolieron 18 iglesias, salvándose únicamente de la proscripcion los Jesuitas que estaban en la córte, privilegio debido á su habilidad y vasta instruccion, pues de otro modo no se concibe se otorgara á los misioneros que habian hecho más prosélitos, no obstante la repugnancia de los chinos á reunir en el templo ambos sexos.

Este es el mayor obstáculo que aún hoy se opone á la propapaganda del catolicismo en China; semejante union les choca más que nuestros dogmas, declarados no contrarios á la moral de Confucio por una Asamblea de príncipes y de altos dignatarios, cuya sentencia casó otra dictada por el tribunal de los ritos, contraria á la ley de Jesucristo. Este mismo tribunal declaró, año despues, en 1692, que la doctrina así señalada por los misioneros, cuyos servicios reconocia, no era mala ni capaz de inducir al pueblo á sublevarse.

Realmente, las razones determinantes de la oposicion hecha por el Gobierno chino á la propaganda cristiana, son políticas y, en prueba de ello, véase cómo contestó el emperador á la solicitud de

los jesuitas en pró de los desterrados: "¿Qué diríais vosotros si yo enviase á Europa una mision de bonzos?... En tiempo de vuestro cofrade Ricci érais pocos, no teníais iglesias ni discípulos, y hasta el reinado de mi padre no habeis progresado con asombrosa rapidez... mas, si engañástais á mi antecesor, no espereis engañarme como á él. Quereis bautizar á todos los chinos; vuestra ley lo manda, ya lo sé; pero entonces ¿qué seria de nosotros si estallase una revolucion? Vuestros prosélitos solo oirian vuestra voz; el imperio nada tiene hoy que temer; pero si un dia viniesen millares de navíos europeos, su caida seria inevitable.

La expulsion de los misioneros coincidió con un terremoto que destruyó parte de la ciudad de Pe-King, entre cuyas ruinas perecieron 100.000 habitantes; aunque los libres pensadores me tachen de supersticioso, haré notar el fenómeno de que siempre la persecucion del cristianismo en China ha coincidido con iguales ó semejantes calamidades públicas, cual si la Providencia, irritada por esos desmanes, los castigará de esta manera.

El reinado de este príncipe no se señaló por ningun otro acontecimiento político: más sí por algunas medidas administrativas, entre entre las cuales merece particular mencion una concerniente á la agricultura protegida en mayor ó ménor escala por todos los poderes que se han sucedido en China; proteccion ineficaz, toda vez que no ha impedido al hambre desolar de tiempo en tiempo unas ú otras provincias. Sea como quiera, un rescripto imperial expedido el año 1732, ordena que el labrador, cuya honrada conducta y asíduo trabajo lo distingan entre los demás, sea nombrado mandarin de octava clase, título que le autoriza á llevar túnica, ser recibido por el gobernador de la provincia y tomar con él una taza de thé; los manes de estos notables agricultores serán honrados con grandes funerales y su nombre y títulos inscritos en el salon de los antepasados.

Además, Yung-Tchin publicó varias obras, no se sabe si suyas ó agenas, entre otras un tratado de moral titulado *Los diez preceptos*, en el cual enseñaba á sus súbditos cómo debian conducirse, segun su rango y posicion social. Muerto en 1735, le sucedió su hijo, que al ocupar el trono tomó el sobrenombre de Kien-Lung (grande por él mismo).

Era clemente, instruido, celoso administrador, y la historia

lo cita como uno de los más grandes monarcas que han ilustrado la dinastía de los Mantchús; sin embargo, dejó á las autoridades chinas perseguir á los cristianos, y él mismo ratificó la sentencia de muerte pronunciada contra cinco dominicos españoles, que eludiendo el decreto de expulsion vivian ocultos en la provincia de Fu-Kian; crueldad inusitada en quien consentia vivieran otros misioneros en su misma capital; mas que le granjeó las simpatías de sus fanáticos vasallos, ya inclinados á concedérselas por la apertura de un canal derivado del rio Amarillo (Hoang-Ho), para evitar se desbordara é inundase los campos. Este rio y el Kian son los más caudalosos del mundo, excepto el Mississipí y las Amazonas.

Kien-Lung reinó sesenta años, y á los ochenta y siete de edad abdicó, encerrándose, nuevo Diocleciano, en un palacio rodeado de jardines, donde murió el 7 de Febrero de 1799. No habiendo tenido el honor de conocerlo, me abstengo de emitir un juicio propio, y traslado á mis lectores el emitido por Abel Remusat en sus *Nouveaux Melanges asiatiques*.

Poseia, dice, un carácter firme, mucha penetracion, rara actividad y una gran rectitud; amaba á sus pueblos como un soberano chino debe amarlos; es decir, que los gobernaba severamente dando la paz y la abundancia á sus súbditos. Seis veces, durante su reinado, visitó las provincias de Mediodía, y siempre para dar órdenes útiles; haciendo construir diques á orillas del mar, ó castigando malversaciones de los grandes, con quienes se mostraba inflexibles. Moderó el curso del Hoang-Ho y del Kian; cinco veces celebró el aniversario de su madre ó del suyo perdonando las contribuciones que se pagan en metálico, y tres las prestaciones personales.

Tambien protegia y cultivaba él mismo las ciencias y las artes: hacia buenos versos, y compuso un poema sobre Mukden, antigua capital de los tártaros-mantchús, obra notable por la profundidad de las ideas y la gracia de los conceptos, que traducida por el padre Amiot, llamó la atencion en Europa, valiendo á su régio autor una amabilísima carta de Voltaire. Siguiendo la tradicion de sus antepasados, cada año iba á cazar más allá de la gran muralla; entonces prescindia del fausto y de las comodidades inherentes al lujo imperial; comia sóbriamente y se alojaba en una tienda de campaña, como sus abuelos. Solamente, en vez de perros, llevaba

10.000 hombres, que levantaban la caza en las vastas llanuras de la Tartaria.

En una de estas excursiones hizo el elogio del thé, la esquisita bebida grata á los chinos y envidia de los europeos.

Hé aquí su receta para hacerlo: colóquese sobre fuego lento un aparato de tres piés, cuyo recipiente revele en su color sus largos servicios, llénese de agua límpida de nieve fundida, y cuando se eleve á la temperatura que basta para blanquear el pescado ó enrojecer el cangrejo, se vierte en una taza de tierra de *Yué*, donde habrá hojas de un thé selecto; déjesela reposar hasta que los vapores densos al principio se vayan disipando y no salga sino una ligera niebla sobre la superficie. Entonces aspirando lentamente ese delicioso licor, se consigue alejar los cinco motivos de inquietud que suelen asaltarnos; se puede gustar, se puede sentir, mas no es posible definir la dulce tranquilidad que debemos á una bebida así preparada.

De esta manera se hace el thé en China y, en verdad, tiene un aroma, un sabor que nunca se consigue en Europa, aun usando el thé mandarin, es decir, thé vírgen; de modo que esa receta bastaria á inmortalizar el nombre de Kien Lung aunque fuera su único servicio, pues no se concibe uno mayor que hacer á tan poca costa, feliz al género humano.

Ninguno de sus sucesores, desde el inmediato Kia-King, que reinó veinticuatro años, hasta Tung-Chi, penúltimo soberano del Celeste Imperio, merece especial mencion. Ese príncipe nació en 1854 y en 1862 sucedió á su padre, Hieg-fung; mas casi no ha reinado porque durante su infancia gobernaba como regente un tio suyo, el principe Kong, y cuando iba á gobernar murió el año de 1874 pocos dias despues de contraer matrimonio, quizá de sus resultas.

Era un jóven que prometia, si hemos de juzgar por el siguiente ingenioso rasgo. Habiendo recibido una carta autografa del Emperador Napoleon III, invitándole, no solamente á visitar la Exposicion abierta el 1.° de Mayo de 1867, sino á concurrir enviando productos de la industria china que figurarian dignamente en la seccion del Extremo Oriente, contestó S. M. Celeste: "gracias mil, sois muy bondadoso; pero como vuestros generales se llevaron lo más precioso que habia en el Palacio de Verano, Vos mismo lo podeis exponer."

A su muerte, subió al trono Kuang-Lu, coronado el 15 de Enero de 1875.

Para concluir esta breve reseña, citaré los nombres de las veintidos dinastías que han reinado en China, prescindiendo de los tiempos fabulosos y ateniéndome estrictamente á la historia, cuya mision es narrar fiel y verídicamente los hechos, dejando á la leyenda las tradiciones que todos los pueblos tienen.

Las naciones, lo mismo que ciertos hombres, tienen una vanidad fundada en la antigüedad de su orígen y para satisfacer esta pretension enlazan la fábula con la historia; por eso algunos autores chinos hacen remontar sus anales á noventa y seis mil años antes de nuestra era, suposicion que la crítica no puede admitir, como jamás ha admitido la mitología griega, sin dejar de reconocer que los principales hechos de esa época tienen un fundamento real, mas ¿cómo discernir la verdad entre las invenciones de la ardiente imaginacion helénica?—Cuántas tentativas han hecho los sábios han sido infructuosas.

Si esto sucede en Grecia, cuna, fuente, orígen de la civilizacion europea ¿qué mirada, por perspicaz que sea, podrá escudriñar con fruto los ánales del extremo Oriente, cuyo orígen se pierde en la oscura noche de los tiempos?—Así, los historiadores todos designan á Fu-Hi como el primer soberano del imperio del Medio, en el año 3568 antes de la venida de J. C.—Generalmente se cree que los chinos llamaban así á su territorio, creyendo que ocupaba el centro de la tierra; mas es un error.

El nombre de reinò del Medio viene de que en la época de Confucio (600 años antes de Jesucristo) la China estaba dividida en muchos reinos, y el más poderoso y acatado por todos como soberano ocupaba el centro del imperio. Por lo demás, es conocido bajo diversos nombres: los geógrafos romanos, primeros que sospecharon la existencia de ese país, le llamaban *Serica*, país de la seda, porque algunos ricos vestian esa preciosa tela trasportada hasta Occidente por las caravanas; para los árabes es *Chin;* segun los naturales de la India *Tchina*, y los europeos de la Edad Media llamáronle *Cataya*, nombre que le puso Marco Polo.

A Fu-Hi sucedió Chin-Nung (labrador divino) que supo mostrarse digno de su sucesor: él inventó el arado y reveló al pueblo el secreto de estraer la sal de las aguas marinas; es considerado como

el padre la medicina por haber adivinado la virtud curativa de ciertas plantas. Sábio matemático, quiso medir el globo terráqueo, y el resultado de sus trabajos parece aproximarse bastante á los obtenidos por los modernos astrónomos; mas falta saber si el *li* chino es igual en valor á nuestro grado.—La historia guarda silencio sobre los herederos de Chin-Nung, el último de los cuales fué destronado por Hoang-Ti, príncipe soberano de Ho-Nan, uno de los Estados feudatarios cuya confederacion formaba el imperio; elegido emperador por sus colegas, varió la division territorial, ordenando se demarcasen diez provincias (cechen), dividida cada una en diez departamentos (tse), y estos á su vez en diez distritos (tu) comprendiendo cada uno diez pueblos; de suerte que, puede decirse, se adelantó tres mil años al Occidente en el establecimiento del sistema métrico-decimal. Tambien se le atribuye la invencion de las naves, porque enseñó el modo de ahuecar los troncos de los árboles y convertirlos en canoas, el descubrimiento de los principios de la aritmética y la geometría, una reforma del calendario, la construccion de carros y de algunas armas. En su reinado empieza, realmente, la historia china, que, siendo así, se remonta á 2637 años antes de la era cristiana. Dió esta primera dinastía cuatro soberanos, Yao el último de ellos, murió 2259 años antes de Jesucristo, dejando el trono al jóven Yu-Chun, pobre labrador, cuya irreprochable conducta recompensó dándole en matrimonio sus dos hijas y desheredando á su hijo, considerado por él indigno de reinar.

Chun justificó su elevacion mejorando los servicios públicos y la condicion de sus súbditos; administrador hábil y celoso, organizó los ministerios del imperio, fijando su número y sus atribuciones; un presidente del Consejo, con el título de *instigador* de sus colegas; ministros de agricultura (Hea-tsi); de instruccion pública (Sse-thu); de justicia (Sse); obras públicas (Kung-kung); propiedades del Estado (Yu); de ceremonias y ritos (Tchi-tsung); de música (Tian-yo); de la censura pública (Na-yan) (1).—Al morir (2.208 años ántes de Jesucristo) dejó el cetro á su ministro Yu, descendiente de Hoang-ti, célebre por haber sustituido la monarquía electiva con la hereditaria, quitando á los grandes el derecho de nombrar soberano.

---

(1) Pauthier, *Histoire de la Chine*, p. 45.

Yu sólo reinó diez años y fué reemplazado por su hijo Ki, cuyos sucesores reinaron hasta el año 1766 en que Kie, último vástago de los Hia, fué destroñado por Chang, fundador de la segunda dinastía que ocupó el trono 554 años, siendo desposeido por Wu-Wang, príncipe de Tcheu cuyo nombre lleva la tercera dinastía, que debia ser la cuarta porque entre esas dos hubo un intervalo durante el cual reinó la de Yu, fundada por un Chang rebelde, llamado Pan-keng, que usurpó el trono al legítimo soberano; mas ésta no figura en la cronología.

La dinastía de los Tcheu reinó desde 1122 á 1048 ántes de Jesucristo y fué sustituida por un rey de Tsin, el jóven Tchin, que tuvo la gloria de edificar la Gran Muralla, gigantesca obra destinada á contener las incursiones de los tártaros que, á favor de la anarquía reinante en el imperio chino, desvastaban sus provincias cómo y cuando querian. Los sucesores de Tchin-Haung-Ti (soberano absoluto, que gobierna él mismo) reinaron hasta el año 206 ántes de Jesucristo, cayendo esta dinastía, como las anteriores, á causa de la incapacidad de sus individuos, cuyas culpas paga siempre el último, aunque sea inocente, segun una ley ineluctable que se observa en todo el curso de la historia universal; desde el imperio romano hasta el de los godos, desde el de los Capetos hasta el de los Borbones en Francia y desde el imperio bizantino hasta el de los Osmanlies.

La dinastía de Han, entronizada el año 202 ántes de Jesucristo, subsistió hasta el 220 de nuestra era. Lien-Pang, su fundador, soldado de fortuna, conquistó el cetro imperial con la punta de su espada; cetro que, andando el tiempo, pasó de manos de Hoang-Ti á las de Thsao-Fé, soberano de Wei, uno de los cuatro reinos en que se habia dividido el imperio, reinando Hiang-Ti (190 á 220.) La quinta dinastía sólo tuvo cinco vástagos, el último de los cuales, Hen-Ti, fué destronado en 265 por Seng-Chao, uno de sus generales sublevado contra él.

El audaz guerrero, vencedor de los Wei, no se hizo coronar y ejerció el poder supremo sin el título de emperador, como Augusto quiso ser señor del mundo sin parecerlo; mas su hijo tomó el nombre de Wu-Tí (emperador guerrero), dictado que supo merecer conquistando el reino de Ou, en 281; sucedióle Noei-Tí, príncipe débil que entregó el poder á sus ministros para gozar tranquilamente

de las delicias del serrallo (291).—Lo mismo hicieron sus descendientes, llegando el desórden al extremo de que en el espacio de treinta y dos años hubo cinco emperadores; el año 429 se extinguió la dinastía de Tien, sesta en el órden cronológico, por abdicacion de Kung-Tí, en favor de Lien-Yu, hombre de gran mérito, que desde simple soldado habia ascendido á la más alta gerarquía militar. Todo induce á creer que el desdichado príncipe abdicó por temor de morir como su hermano Ngau-Tí, extrangulado por órden de Lien-Yu. Éste desempeñaba las funciones de primer ministro y abusando de ellas consiguió fundar la dinastía de Sung, que reinó hasta el año 479, y cuyos anales debieron escribirse con sangre: en efecto, él hizo asesinar al mismo á quien debia la corona; su hijo Chao-Tí pereció á manos de otro primer ministro; Wen-Tí, que le sucedió, fué muerto por su primogénito, el cual sufrió la pena del Talion, muriendo degollado por uno de sus hermanos, Wu-Tí, hábil político, pero hombre sin entrañas; sus sucesores heredaron su crueldad y no sus cualidades; Fu-Tí, cometió varias muertes y la suya fué tambien desastrosa; Ming-Ti II mandó degollar á todos sus sobrinos para evitar que un dia le disputaran el trono; su hijo Tchu-Yu fué igualmente feroz y más vicioso; embriagándose diariamente, facilitó á su primer ministro, Sia-Tao-Tchieng, la ocasion de quitarle la vida (476) y dar el cetro á Chun-Ti, noveno y último vástago de los Sung, sacrificado un año despues.

Entonces el usurpador subió al trono, manchado con la sangre de sus dos soberanos, tomando el nombre de Kao-Ti (emperador elevado); mas la muerte le arrebató cuatro años despues (483) el fruto de sus crímenes; sucedióle su hijo Wu-Ti, luego su hermano Maing-Ti que imitándole, mató los otros dos hijos para reinar tranquilamente; por último el hijo de éste, hombre vicioso y debil fué destronado por Siao-I-Ven, príncipe de Liang. Así acabó la dinastía de Thsí, octava de la série, el año 502.

Los Liang reinaron hasta el año 556; pero tanto Siao-I-Ven, como sus hijos Kian-Wen y Yuan-Ti murieron asesinados, ascendiendo al trono la décima dinastía de los Tchin, que solo dió cinco emperadores, siendo el último destronado por un príncipe de Sui, gran general, á cuyo esfuerzo se debe la union del imperio del Mediodía al del Norte, separados hacia muchos años, y que

desde entonces (580) forman uno solo. Naturalmente, el vencedor ocupó el trono, y al coronarse se hizo llamar Wen-Ti (soberano letrado); aunque poco instruido, protegia las letras y gustaba rodearse de sábios; merced á su colaboracion pudo revisar las leyes vigentes, derogando algunas, reformando otras y promulgar un nuevo Código, cuyas disposiciones cortaron muchos abusos; mas en el cual trasciende y se revela ese espíritu retrógado que informa la inteligencia de los legisladores chinos.

Una ley imponia á los hijos la obligacion de ejercer la misma profesion ú oficio que sus padres, encadenando así los talentos, forzando ó extraviando la vocacion de los jóvenes que instintivamente se inclinan hácia la carrera más propia de su aptitud. De esta manera las naciones se inmovilizan y se hace imposible todo progreso. Wen-Ti fué asesinado por su hijo Yan-Ti (605), que murió á manos de Li-Yuan; tuvo este usurpador dos herederos, y el segundo se vió reducido á beber una copa envenenada; era budista, y al llevar á sus lábios el fatal brevaje, rogó á Buda no le hiciese renacer emperador. Extinguida la undécima dinastía el año 617, subió al trono la de Thang.

Kao-Tsu, soberano de este principado, ciñó la diadema despues de vencer á sus rivales descendientes de Suí, que habian sumido el imperio en la más espantosa anarquía; clemente despues de la victoria, amnistió á los vencidos, disminuyó los impuestos, conquistando de esta suerte la adhesion y el cariño de las masas; él, además, hizo cerrar los conventos de bonzos, no violentamente, sino obligándoles á casarse; medio de propaganda semejante al usado en España para conseguir la abjuracion de algunos sacerdotes malavenidos con el celibato. ¡Imbéciles! no han tenido en cuenta que Jesucristo, que instituyó el matrimonio, y San Pablo, redactor de la epístola, murieron solteros. Sea como quiera, lo que perdió la religion de Buda fué ganado por la de Confucio, y este era el objeto del monarca.

Sucediole su hijo Li-Chi-Min, famoso guerrero cuyo bélico ardor no le hizo olvidar las ciencias que estudió con provecho rodeándose de sábios y de literatos á quienes honraba y protegía; así fundaba gimnasios militares y Universidades; reorganizaba el ejército y redactaba códigos civiles ó criminales; construia cuarteles para los soldados y graneros de arroz para socorrer á los desvalidos.

en épocas de hambre ó de epidemias.—Tai-Tsung, que así se llamaba este emperador, desde su coronacion verificada el año 626 de nuestra era, velaba con tanto celo por la prosperidad de sus súbditos como por la educacion de sus hijos, base, segun decia, de la futura prosperidad nacional; cierto dia que embarcado paseaba con su familia, dijo á los niños: "veis el agua que sostiene nuestra nave y nos puede sumergir; no olvideis que el pueblo se asemeja á ese agua y el emperador á ésta barca."

Sintiéndose morir, hizo llamar al príncipe heredero para darle los siguientes sábios consejos: no dejeis nunca para mañana la concesion de una gracia y diferid siempre un castigo; reinad sobre vos mismo y reinareis sin trabajo en el corazon de vuestros súbditos, porque el ejemplo vale más que todas las palabras."

Tai-Tsung murió el año 649, tuvo diez sucesores y su dinastia se extinguió en 909, habiendo reinado cerca de tres siglos.

Entre esa fecha y advenimiento de la dinastia de Sung, verificado en 960, reinaron sucesiva, alternativamente ó á la par algunas veces, que este punto no se ha dilucidado bastante, varios descendientes de los Liang, los Taing, Tein, los Han y los Tcheu, cuyos reinados serian muy breves porque otra cosa no permite un espacio de cincuenta y nueve años, y porque además la historia, desdeñando sus anales, solo les dedica una frase: *las cinco pequeñas dinastías*.

La de Sung, fué, pues, la décima nona y aunque reinó más tiempo que ninguna otra, desde 960 hasta 1279, su crónica no registra esos rasgos de génio, esos grandes episodios dignos de narrarse; y como el lector conoce ya las tres dinastías que le sucedieron, y completan el número veintidos, queda terminada esta reseña.

XV

Las grandes ejecuciones.

La multitud es igual en todas partes, tiene los mismos instin los feroces, implacables, y un sangriento espectáculo que conmoveria á cada individuo en particular, lo contempla impasible y hasta gozosa una gran aglomeracion de gentes, cual si unas á otras

se trasmitieran la dósis de crueldad que en mayor ó menor grado encierra toda alma humana.

Así el pueblo de Pe-King acude presuroso y en masa se reune en torno á los cadalsos que, todos los años, el dia 11 de Diciembre, se levantan bajo la bóveda de Tchong-Tchen-Men, puerta la más accidental de las que hay para facilitar el tránsito entre la ciudad china y la tártara. El inmenso recinto, limitado por una cuerda destinada á impedir el paso á los curiosos, está desde muy temprano invadido por bandas de mendigos famélicos y semi-desnudos, acurrucados contra la pared en compañía de perros vagabundos, cuyo contacto desárrolla un calor que les niega el pálido sol invernal, esperando así horas y horas sin fijarse siquiera en los mandarines organizadores de la siniestra ceremonia que pasan y repasan, montados sobre briosos corceles cuyos cascos salpican de barro la frente de esos desgraciados.

Numerosos agentes de policía, armados de sendos látigos, sacuden con toda la fuerza que da la conciencia del cumplimiento de un deber á los espectadores bastante osados para extralimitarse saltando la valla, saludable advertencia que hace guardar la distancia.

Mi carácter diplomático me permitió franquear esa barrera y seguir con algunos colegas una calle trasversal, mercado de verduras todos los dias y esta vez teatro de las ejecuciones; esta calle ocupada, literalmente, en toda su longitud por funcionarios del ministerio de los suplicios, cubiertos con su sombrero de fieltro con galones rojos, parecia un rio de sangre; la turba de esbirros nos dejó pasar, gracias á las rosetas multicolores que adornaban el ojal de nuestras levitas, y vimos unos carteles pegados en la fachada de una choza de estera, improvisada vivienda, último albergue de los reos que allí esperan mientras se prepara el suplicio.

Esos carteles expresan la condicion y el crímen del sentenciado, ó como nuestros ciegos cantan, pregonando sus romances:

Su nombre, su apellido
Y el delito que ha cometido.

¿Por qué algunos nombres estaban dentro de círculos encarnados? Un letrado complaciente nos dice que esas líneas las ha tra-

zado el mismo emperador con un pincel mojado en carmin, á tientas, cerrados los ojos para no ver la lista fatal de sentenciados, y murmurando estas palabras tradicionales: "No soy yo quien mata estos criminales, sino ellos que han querido ser víctimas de su perversidad." Aquellos cuyo nombre rodea la circunferencia, deben perecer á manos del verdugo; los demás escapan por esta vez al suplicio.

Esto sabido, los tales círculos me parecieron fiel trasunto, exacta imágen del sangriento cuello de un decapitado y los miré con horror. El mismo letrado nos enseña de lejos los ejecutores de las altas obras de justicia, añadiendo que nadie los trataba; no obstante ser hombres pacíficos y de buenas costumbres, pues desde tiempo inmemorial no se han visto verdugos pendencieros, ni se tiene noticia de ningun homicidio cometido por ellos... fuera del ejercicio de sus funciones. Para colmo de desolacion, estaban cerradas todas las tiendas; no habia una sola mujer, sea dicho en honor de su sexo; y aunque los tejados estuvieran llenos de curiosos, ávidos de fuertes emociones, su presencia no colmaba el vacío causado por el total eclipse dela alegria que es el sol del alma.

Pocos momentos despues de las nueve, un sordo lejano murmullo que por instantes crecia en intensidad, anunció la llegada de las carretas portadoras de los reos; apéanse éstos en medio de la la multitud que ha corrido á su encuentro, abatidos, extraviados los ojos, pálidos como la muerte, á pesar del aguardiente con que los habia obsequiado un rico tabernero para reanimar su valor; atadas las manos sobre la cintura, y á la espalda un carton pendiente del cuello, diciendo el nombre de cada uno y su delito. Solo dos musulmanes hacian alarde de olímpica serenidad, cantando con voz sonora versículos del Koran; sus brillantes ojos lanzaban chispas y su calenturiento fulgor era lo único que revelaba la agitacion de su espíritu; mas, así y todo, su noble actitud contrastaba con el terror que parecia dominar á los demás.

Veinticinco eran los reos condenados á la última pena; más sólo trece la sufrirán, debiendo ser ahorcados seis, decapitados otros seis y mutilada una mujer que habia asesinado á su esposo con ayuda del amante. ¡Horrible suplicio!... El verdugo le cortará los párpados, desollará la frente, cuya piel echará sobre los ojos; luego corta la naríz, las megillas, los escándalos de marfil, pues en Chi-

na Sófocles no diria que son de nieve, y atenaceará sus carnes. Los otros reos cuyos nombres no ha tocado el pincel asisten á la ejecucion esperando su vez; de suerte que esta tregua prolonga su agonía y no momentos, sino uno, dos ó tres años, durante los cuales siguen figurando en la lista de condenados: una gota de carmin puede llevarlos al cadalso.

La imperial clemencia no comunica á esos infelices la próroga concedida por el azar á su existencia, y ellos lo saben cuando se les manda entrar en la misma carreta que los llevó al mercado de legumbres, convertido en matadero. Cuando son indultados, se les confina en el Ili, la más remota comarca del imperio.

Avanzando algunos pasos hácia la izquierda ví otra barraca de esteras, abierta á los cuatro vientos, donde sentados en bancos fumaban tranquilamente sus pipas mandarines y funcionarios subalternos del ministerio de suplicios, esperando llegase el edicto imperial conteniendo la relacion de los reos sentenciados á muerte ó indultados; más allá, bajo un cobertizo, habia sobre tosca mesa cinco grandes cuchillos, de hoja rectangular, cuya empuñadura representaba cabezas de mónstruos, talladas en madera; su peso es enorme porque las hojas están rellenas de mercurio, son muy antiguos é inspiran tal veneracion, que el más encopetado mandarin se prosterna sumiso ante ellos cuando los vé, sea en casa del verdugo ó fuera. Cerca de esos instrumentos de muerte arde un horno destinado á calentar el agua donde se mojan para templarlos y quitarles las manchas de sangre que empañan su brillo ¡horrible sencillez!

Súbito un fuerte clamor conmueve y agita la masa de espectadores que repiten como un eco el grito *¡Tohe i lai lo!* el edicto ha llegado. Lo trae un mandarin á caballo, dentro de una caja envuelta en seda amarilla; deja su escolta de lanceros á cierta distancia, se apea, entra en la barraca, deposita el decreto sobre una mesa colocada enmedio de la barraca y momentos despues comienza la ejecucion.

Llega un reo empujado por dos ayudantes cuyos mandiles de amarillo cuero recuerdan los que usan en los mataderos los mozos encargados de sacrificar las reses destinadas al consumo público, le obligan á prosternarse ante el edicto imperial, arrancan el cartel que pende de su cuello, desnúdanlo hasta la cintura y luego lo

echan de bruzes sobre el negro pestilente fango de la calle para atar con bramante su larga trenza á la nariz; acércase el verdugo, brazos desnudos y cuchillo en mano, da un tajo y la cabeza rueda por el suelo inundado de sangre, así como los brazos y el mandil del verdugo.—A veces se contiene la hemorragía aplicando al tronco una galleta que, empapada en sangre humana, constituye uno de los específicos mas usados por la farmacia china.

Con una serenidad que estremece, el verdugo entrega el sangriento cuchillo á un ayudante, coge por la trenza la cabeza y, chorreando sangre, la enseña á los grandes mandarines, gritando, mientras respetuoso se inclina ante el decreto imperial, "*Chao tchi too*" ¡cayó la cabeza!... luego, grave, altivo, solemne, vuelve con mesurado paso y la tira junto al tronco. Entre tanto, los ayudantes han llevado otra víctima que, prévias las mismas ceremonias, sucumbe como la anterior y las siguientes.

Ninguno hizo resistencia ni profirió una palabra: levantado el cuchillo caia la cabeza sin hacer un gesto, sin que la menor convulsion agitara el cuerpo... Solamente habia más sangre en los hoyos, y el pajizo mandil del verdugo estaba negro. Yo me quería ir, pero retenido por mis compañeros, hube de ver ahorcar á uno; horrible espectáculo, cruel suplicio, que los chinos prefieren, sin embargo, á la decapitacion, temerosos de vivir sin cabeza en el otro mundo.

Arrodillado el paciente y metida la cabeza entre los piés del verdugo, rodeado su cuello con un cordel, el verdugo y su ayudante aprietan el lazo gradual, metódicamente; cuando la cara del reo comienza á ennegrecer, lo cual prueba que está casi asfixiado, aflojan un instante para dejar paso al último suspiro del moribundo. Es un favor concedido al alma, que si no, quedaria, segun sus ritos, encerrada eternamente dentro del cadáver; hecho esto, vuelven á apretar la cuerda hasta producir la muerte.

Al anochecer, el verdugo echa los cadáveres en el *Van-yen-Kang*, fosa de diez mil hombres, despues de incautarse de sus ropas exteriores é interiores, que de derecho le corresponden; más las cabezas de los decapitados quedan expuestas en jaulas de mimbre, colocadas sobre postes, hasta que el sol y el aire las conviertan en calaveras, segun tuve ocasion de ver al siguiente dia pasando por el mercado, donde se habian echado algunas espuertas de arena para borrar las huellas de la sangre vertida.

¡Qué diferencia!... Ayer cadalsos y hoy puestos de legumbres; igual concurrencia, pero otra fisonomía; vendedores y parroquianos llenaban el espacio que la víspera ocupaban reos, verdugos, soldados y polizontes; en fin, el contraste de los elementos de vida con los instrumentos de muerte.

XVI

La Gran Muralla.

Desde el principio de mi viaje á China acariciaba la idea de ver esa monumental fortificacion, cuyas monstruosas proporciones son dignas de la arquitectura ciclópea; esa titánica obra que sugiere la sospecha de que la mitología fué algo más que un sueño de la ardiente imaginacion griega; pero el hombre propone y Dios dispone.

Decidido el viaje, no largo, en verdad, pues solo es de tres jornadas, una causa superior á mi voluntad y á la de algunos colegas, poseìdos del mismo deseo, con quienes me habia concertado, impidieron que se verificase.—¿Cuál fué la causa?

La razon de Estado, lo cual parece una paradoja y no es sino mucha verdad; mas como todas las verdades no son axiomáticas, ésta necesita demostracion.

Al tomar la vénia de nuestros jefes, sin cuyo permiso no debíamos ausentarnos, lo negaron, fundándose en lo sucedido al duque de Panthievre y su comitiva, que fuéron salteados en Nang-Kao, aldea situada cerca de la Gran Muralla, donde, volviendo de su excursion, habian pernoctado: una turba de chinos y tártaros sublevados contra ellos, despues de robarles hasta las carretas, los maltrataron de obra y de palabra, debiendo su salvacion á la fuga, y eso que iban bajo la custodia de un oficial inglés, Mister Mac-clatchie, comisionado al efecto por el Enviado de S. M. Británica, Sir Rutherford Alcock. Naturalmente, un príncipe de la familia de Orleans no habia de recurrir al representante de Napoleon III para obtener justicia, y el lance no tuvo consecuencias; pero un atentado semejante contra nosotros, significaria, no solo una violacion del derecho de gentes, sino de las inmunidades diplomáticas.

Ahora bien, no pudiendo el Gobierno chino garantir nuestra seguridad individual, era mejor no exponerse á suscitar una gravísima cuestion internacional. Esta contrariedad redunda en beneficio de mis lectores que, en vez de mi pálida descripcion, tendrán la de un viajero francés, Mr. Buissonet, hombre tan audaz como instruido, cuyo espíritu aventurero le ha impulsado á ir varias veces desde Pe-King á París por la Siberia y el rio Amor; ¡feliz mortal, se ha bañado en esas aguas!

Cierto dia, en un banquete, le oí disertar sobre sus viajes con una naturalidad y una modestia que hacian más interesante su relato; pintaba esa ruta curiosa y erizada de peligros, sencillamente, cual si fuera un viaje de recreo, cautivando de tal suerte el ánimo del auditorio, que sus palabras se grabaron en mi memoria.

Saliendo de Pe-King, decia, á corta distancia se divisan las escarpadas áridas crestas de las montañas de Mongolia, cuando grandes polvorientas trombas que en espirales se elevan al cielo, no oscurecen el horizonte; por las gargantas de esas sierras salen ó entran largas caravanas de camellos, precedidas por una recua de potros salvages, cazados al lazo en las estepas, y seguidas por numerosos rebaños de carneros cuya ancha cola y largo vellon revelan su raza asiática. Yo los he visto iguales en Siria.

Estos animales se venden en el mercado de Pe-King, así como las pieles, drogas medicinales, perfumes sin refinar y otros géneros.

Nada más imponente que esas caravanas en medio del desierto: el aire altivo de los mongoles, la severidad de sus faciones, su tez cobriza, sus largas túnicas de rojo cuero; sus inmensos gorros de pelo con raros adornos de coral, todo contribuye á darles un aspecto austero: izados entre las dos gibas de su camello, parecen antiguas esfinges evocadas por algun mago, que tal es el tipo de su jefe, venerable anciano, de luenga barba gris, armado hasta los dientes y caballero en un dromedario de cuyo cuello pende un esquilon de bronce, que sirve de guion como el antiguo cencerro de nuestras récuas de mulos. Tchang-Pin-Tchao, mísera aldea que, sin embargo, llaman los chinos plaza fuerte, marca la primera etapa; allí se pernocta, aunque no se duerma.

La segunda es más interesante: los primeros rayos del sol ilu-

minan cinco magestuosos pórticos, cada uno de los cuales tiene 800 metros de luz; ellos dan entrada al panteon imperial, magnífico anfiteatro rodeado de montañas que cierran el arenoso valle donde entre espesos bosques de árboles de eterna verdura, están sepultados los trece soberanos de la dinastía Ming. Trece gigantescas tumbas, formando semicírculo, distante la primera una legua de la entrada del valle; el camino que á ellas conduce lo indican al principio columnas aladas de blanco mármol, luego dos filas de animales esculpidos en granito: elefantes, camellos, hipopótamos, leones, dragones alados, monolitos de colosal tamaño; y despues las estátuas de doce emperadores, armados de punta en blanco y tres veces más grandes que el original.

¡Grandioso espectáculo!..... Contemplándolo el ánimo se contrista y se abisma en profundas reflexiones político-filosóficas; comparando esos monumentos, símbolo de la grandeza de un pueblo, con su actual decadencia; recordando que hace dos siglos la China realizaba estos prodigios, y que hoy sus habitantes pasan su vida jugando y fumando ópio, se vé patentemente cuán efímeras son las pompas y vanidades humanas.

Al fin de la avenida están las tumbas, verdaderos templos de mármol rosa y blanco, cuyas anchas naves sostienen columnas de madera, hechas de un solo tronco de árbol, variando su diámetro entre 1 m 50 y 1 m 75.—Cornisas primorosamente esculpidas, grandes vasos de pórfido y esculturas de teck los adornan; el conjunto no es, ciertamente, armónico, mas la pureza de las líneas imprime un carácter tan severo, tan clásico que compensa aquella falta; reina además en esas estancias una lúgubre oscuridad, un silencio tan profundo, que solo es interrumpido por el sordo ruido de los *gongs* cuyas melancólicas vibraciones estremecen la bóveda é inspiran recogimiento á los mismos bonzos, guardianes de esos templos.

Nang-Kao, último punto de etapa, dista 34 kilómetros [illegible] Sur Gran Muralla; el único camino que á ella conduce es el lecho [illegible] torrente abierto por las aguas entre dos montañas cortada[illegible] pico; los caballos andan sobre un terreno pedregoso, cua[illegible] sobre cieno ó hielo; mas es tan bella, tan grandiosa la perspectiva que desde el fondo de esta garganta sombría y abrupta se descubre, que contemplándola todo se olvida. Avanzando por el valle, las

vertientes que lo forman aparecen en soberbio panorama y muy luego se vé el primer contrafuerte de la gran muralla: es un cordon de muros almenados y con torres de trecho en trecho, lanzado atrevidamente sobre la cordillera principal de montañas cuyos picos y quebraduras sigue á través de los escollos y sinuosidades de la sierra, escalando rocas inaccesibles, baluartes naturales donde es difícil subir, tanto para atacarlos, como para defenderlos.

De lejos, ese contrafuerte parece una colosal serpiente de piedra, y solo viendo tan gigantesca obra se escusa, porque se comprende, la jactancia china; sin embargo, esto no es nada comparado con lo que sigue: saliendo de una encrucijada, vénse en lontananza dos kioskos de color escarlata plantados, como nidos de águila, en la cima de dos rocas negras y empinadas, formando el pórtico de un nuevo paso que conduce á la segunda paralela: otra série de muros, torreones y otras fortificaciones ciclópeas, inconmensurables é igualmente erigidas sobre cumbres, cuyas crestas rompen las nubes y cuyas siluetas, proyectándose sobre el fondo del cuadro, lo entonan produciendo el contraste de la luz con la sombra. Aquí el viajero no ve más que bandadas de patos salvajes, que asustados vuelan encima de sus cabezas; su graznido es el único ruido que turba el solemne, magestuoso, imponente silencio de la naturaleza; ni un solo sér humano hay en muchas leguas á la redonda, á menos que pase un correo gabinete ruso ó inglés con la estafeta de Pe-King á Lóndres ó á San Petersburgo.

Rusia é Inglaterra son las únicas naciones que se comunican con la China por tierra, habiendo establecido el servicio postal de esta manera: un chino de larga trenza vestido de azul y caballero en una mula, lleva la balija hasta la Gran Muralla; aquí un mongol, vestido de rojo cuero, lo espera y se encarga de ella conduciéndola hasta la primera estacion de vía férrea rusa. [illegible] montado en un camello atraviesa las incultas estepas de Tar- [illegible] luego en trineo se desliza sobre las nieves de Siberia, y, si no [illegible] de ningun oso blanco, lobo cerval ú otro monstruo feroz que abundan en esas tierras glaciales, llega felizmente á su destino.

Partiendo de Nang-Kao al amanecer, se llega á las doce al bastion que separa la Mongolia de la China; este tiene algunas brechas en su base y en las ventanas; pero la gran muralla, tercera y

última paralela, que desde allí se eleva á inconmensurable altura dominando á lo lejos los montes que se derivan de la principal cordillera sobre cuyas cimas se asienta, está intacta, lo mismo en su granítica base, que en la parte superior hecha de ladrillos; torres cuadradas se levantan á intervalos, como jalones de esta inmensa obra que cuenta más de dos mil años de existencia, puesto que se hizo en tiempos de Hoang-Ti, primer soberano de la quinta dinastía, 200 años ántes de nuestra era.

Viéndola, apenas se concibe cómo el humano esfuerzo realizar pudo tan gran prodigio: una muralla alta de siete metros, larga de tres mil kilómetros y de un espesor que permite corran sobre ella cinco ginetes de frente. Verdad es, que durante diez años trabajaron en esa obra extraordinaria millones de hombres, gran parte de los cuales sucumbieron á la fatiga ó despeñados desde inaccesibles alturas al abismo. Parece un sueño ¡y es que en aquella remota época valía tan poco la vida humana!—Desde lo alto se descubren la Tartaria, de frente; á la derecha el Pe-Tchi-Li, donde penetra hasta mil metros sobre el nivel del mar; el Thibet á la izquierda; y detrás las fértiles llanuras de la China meridional; de suerte que allí todo es grande, por do quier se tienda la mirada la magnificencia del paisaje accidentado y sin límites está en relacion con las fantásticas proporciones de la Gran Muralla; su enorme masa, su inmensa extension impresionan el ánimo más sereno, por mas que en sus troneras no haya cañones, fusiles en sus aspilleras, ni un solo soldado en sus parapetos, que nadie piensa en atacar ni en defender.

Si posible fuera reflexionar entre tantas grandezas, si pudiera evitarse el éxtasis ante paisaje tan vasto y pintoresco, se comprenderia la perfecta inutilidad de una fortaleza maravillosa, sí, pero que no retardó ni un dia las invasiones y conquista final de la China por los tártaros. Solo sirve para marcar con el mar de Okhotsk el límite Norte de ese imperio, como lo marcan el Occéano al Sur y al Este, y las montañas del Turkestan al Oeste.

FIN.